



Somos Tentación

Sueños y pecados 3

E. H. Dugmore

DOLCE
BOOKS

El desenlace de la Trilogía

SUEÑOS Y PECADOS

Somos Tentación

Sueños y Pecados 3

C. H. Dugmore

Título: Somos tentación

©C.H.Dugmor

©Dolce Books

Primera edición: Junio, 2017

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra, son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas, es pura coincidencia.

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



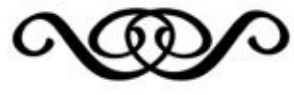
A mi padre.
Por enseñarme que con persistencia y dedicación,
cualquier cosa es posible.

*La mejor manera de liberarse
de una tentación es caer en ella.*

Oscar Wilde

ÍNDICE

<u>PRÓLOGO</u>
<u>CAPÍTULO 1</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>
<u>CAPÍTULO 14</u>
<u>CAPÍTULO 15</u>
<u>CAPÍTULO 16</u>
<u>EPÍLOGO</u>



Prólogo

La fría mañana de Londres, no contribuía en lo más mínimo con el estado anímico de Xander, quien miraba por la ventana.

Afuera hacían unos 11°C aproximadamente y para más colmo, llovía.

«Tal y como llueve en mi corazón», pensó.

Se giró de golpe en cuanto sintió que alguien entraba en el estudio.

—Van a ser las nueve, tesoro —le dijo su madre.

Xander asintió con la cabeza y sonrió a medias.

—Enseguida salgo —le indicó él.

Se giró nuevamente hacia la ventana y miró como Londres compartía su dolor. Estaba muy triste, pero debía hacer de tripas corazón, pues él mismo se lo buscó.

Tomó su billetera y se la metió en el bolsillo del pantalón. Acomodó su corbata frente al espejo e inhaló profundo.

«Al mal paso, mejor darle prisa».

Salió de la casa de su madre, sintiendo como el corazón se negaba a aceptar su realidad.

Amaba a su esposa con todas las fuerzas de su corazón, y siempre lo haría.

Se subió en su auto y lanzó una rápida mirada a su madre, quien lo miraba desde la puerta principal de la residencia Shelley.

Alyssa podía sentir el dolor de su hijo como si fuese el suyo propio.

«Que Dios te dé fuerzas, hijo», fue su deseo.

Sin darle más preámbulo al asunto, Xander puso el auto en marcha.

Llegó a un elegante edificio al cabo de casi media hora de camino.

Si hubiese podido retroceder el tiempo, lo habría hecho, así podría evitar lo que sucedió.

«El error más grande de mi vida».

¿Cómo pudo ser tan tonto como para caer en la tentación? Él lo prometió, pero no lo cumplió. Rompió la sagrada promesa que le hizo a Shirley y debía asumir la responsabilidad de sus actos.

La vio.

En la distancia pudo percibir la figura de la señora Granderson y junto a ella, su pequeño August.

Sintió que el estómago se le revolvía, pues se suponía que el niño no debía estar allí.

—¿Por qué lo trajiste? —le preguntó a su esposa en cuanto estuvo cerca de ella.

—Se dice “hola”, primero que nada —respondió Shirley con notable molestia.

¿Cómo fue que su tierna, dulce y encantadora Shirley se convirtió en una mujer tan dura? No lograba entender. O tal vez, se negaba a entenderlo.

—¡Papi! —August se abalanzó sobre él.

—Hola, cielo. ¿Cómo estás?

—Tengo sueño, pero tuve que venir con mami porque tía Anette no podía cuidarme.

—Pudiste haberme llamado —Xander le lanzó una ruda mirada a Shirley—. Mi madre podría haberlo cuidado.

—No creo que haga falta. No nos tardaremos mucho aquí —contestó ella sin quitar la mirada de la pantalla de su móvil.

La verdad era que Shirley no podía mirarlo. Temía que si lo hacía, su impecable interpretación de mujer fuerte, se viniera abajo. Amaba a su esposo con cada célula de su ser, pero no podía perdonarlo. Ya no le quedaban lágrimas que derramar ni mucho menos corazón para despedazar.

—¿Señor y señora Granderson? —La voz de una mujer captó la atención de la pareja—. Adelante —agregó ella, haciendo un ademán para que entraran en la oficina del Licenciado Flowers.

—Disculpe —Xander se acercó a la encantadora secretaria que acababa de salir de la oficina de su jefe—. ¿Podría quedarse con el niño, un momento?

La mujer miró al pequeñín y sin dudarlo, asintió.

Shirley tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no estallar en llanto. Dudaba de la decisión que había tomado. Tenía miedo de hacer lo que iba a hacer, pues eso significaba que todo se acabó.

—Buenos días, señores. Tomen asiento —solicitó el abogado que ella contrató para llevar el caso.

Shirley colocó una carpeta sobre el escritorio y Xander hizo lo mismo.

El Licenciado Flowers tomó ambas carpetas y las hojeó. Quería cerciorarse de que ambas partes hubiesen firmado, pero le sorprendió mucho que uno de ellos no lo hizo.

Shirley sintió que el corazón se le iba a salir por la boca y no pudo evitar mirar a su esposo, quien también la miraba.

Había amor, mucho amor, en sus ojos.

¿Pero por qué?

¿Cómo era que habían llegado hasta allí?

¿Cómo era que estaban a punto de divorciarse, si todavía se amaban?

»¿Señor Granderson? —La voz del abogado los obligó a romper con la conexión—. Veo que no firmó. ¿Puedo preguntar por qué?

Xander sacudió su cabeza con fuerza y carraspeó la garganta, para deshacer el nudo que se le hizo en la misma.

—Lo siento. Olvidé hacerlo.

Rápidamente sacó el bolígrafo que tenía en el bolsillo de su camisa, tomó la carpeta y...

...levantó su mirada para ver a su esposa por última vez, antes de que dejara de serlo.

—¿Por qué? —le preguntó.

Shirley trató de ser lo más fuerte posible, pero una lagrima necia salió de sus ojos. Con rudeza, se la limpió. No podía darse el lujo de flaquear. No

allí. No después de tantas cosas.

Xander miró la otra carpeta que tenía el abogado y pudo percatarse de que Shirley ya había firmado.

Cerró los ojos y tomó una gran bocanada de aire.

«La decisión ya está tomada».



Capítulo 1

*Luss, Escocia.
Siete años atrás.*

Un dulce beso, dado con el corazón, selló la unión. La unión de dos almas que habían prometido amarse y respetarse hasta el final de sus días. Una unión que significaba que todos los obstáculos habían sido superados, y les recordaba que había valido la pena todas las pruebas que habían enfrentado para estar juntos.

Ambos sonreían y saludaban a todos los invitados que les daban la bienvenida al hermoso salón.

Shirley caminaba a un lado de su amado, aferrándose a su brazo como si no hubiese mañana. Eran señor y señora Granderson.

Familiares y amigos vitoreaban y aplaudían, celebrando junto a los nuevos esposos.

La señora Sandoval, su hermana Aurora, su sobrina Amanda (quienes habían llegado hacía un par de horas a Escocia), junto a Sharon y Anette, se habían asegurado de que todo quedara perfecto. Tal cual lo quería la novia.

Shirley había soñado desde pequeña, con una boda al mejor estilo victoriano, donde la paleta de variaciones del violeta fuese el protagonista. Había rosas, claveles, orquídeas, hortensias y lirios, todas en lila, violeta, blanco y azul, decorando cada florero. Se podía respirar la fragancia primaveral inundando el lugar. Hermosas cortinas de encaje, adornando cada ventana y manteles a juego. Preciosos candelabros de tres brazos en plata envejecida, todos con velas blancas encendidas, hacían contraste con las lámparas araña también de plata envejecida con cristales purpura que guindaban del techo. Una larga mesa, vestida de blanco, al fondo, donde se podía apreciar una gama de quesos y postres exquisitos. Mucho chocolate a petición de Xander.

Lo que podría robarle el aliento a cualquiera, era la magnífica torta de cuatro pisos con cintas y encajes, cubierta de chocolate blanco, adornada con orquídeas y cristales de azúcar, que asemejaban diamantes. Una X y una S hechas de *Swarovski* imponiéndose en la cima del pastel.

Las sublimes notas de una melodía hicieron que el corazón de Shirley diera un brinco. Reconoció la canción. Era la misma que habían bailado aquella tarde en el camerino del teatro. Unas cuantas lágrimas de alegría se asomaron en los bellos ojos de la esposa al recordar el primer beso. Xander sonrió al verla y le dio un beso en la mejilla para luego susurrarle algo al oído.

—Nuestra canción. ¿Pensaste que lo había olvidado?

Shirley soltó una carcajada entre un sollozo. No podía ocultar lo feliz que estaba. Tomó la mano de su esposo y accedió a bailar la primera pieza de la noche.

Un hermoso piano de cola, negro, emitía esas delicadas notas que se escurrían entre los dedos de su intérprete, acompañado de un violín, dulcemente ejecutado por una dama con apariencia de hada del bosque. John Legend y Lindsey Stirling habían sido invitados a la ceremonia para dar esa bella serenata a los recién casados. ¡Claro! Aaron Wickerman había tenido que ver con eso.

—Es hermoso —los ojos de Shirley brillaron al tomar la mano de su ahora esposo.

—No tanto como tú —dijo Xander con una resplandeciente sonrisa.

De un halón la atrajo hacia él y la estrechó por la cintura, acortando toda distancia posible. Ambos cerraron los ojos y se entregaron al momento.

Bailaron...

...como aquella tarde, en la que sus corazones habían sentido por primera vez, el placer del amor correspondido.

Los invitados miraban y se regocijaban del inmenso amor que había entre los esposos Granderson. Sonrisas y algunas lágrimas de emoción se

hicieron sentir, mientras los cuerpos se mecían al vaivén de la canción que el moreno cantaba con el alma.

—*Porque todo mi ser te ama por completo. Amo tus curvas y bordes. Todas tus perfectas imperfecciones...*—Xander cantaba y dedicaba cada palabra a su amada.

—*Dámelo todo y yo te daré mi ser. Eres mi final y mi principio. Incluso cuando pierdo, estoy ganando...*—continuó Shirley, mirando el azul intenso de los ojos de Xander.

Él sonrió y un par de arruguitas se macaron en las comisuras de sus ojos.

Un beso dado con amor, selló el momento.

—Desde hoy y para siempre, soy completamente tuyo, Shirley Sandoval —susurró Xander al oído de su esposa, al separarse de sus labios.

—Desde hoy y para siempre, soy completamente tuya, Xander Granderson —respondió ella y besó su mejilla.

Lentamente, Xander descendió hasta la boca de su dama y se fundieron de nuevo en un dulce y tierno beso.

La música dejó de sonar y todos los presentes estallaron en un sonoro aplauso.

—Damas y caballeros, el señor y la señora Granderson —anunció Danny Maxwell, el padrino de la boda y mejor amigo del novio.

El aplauso se intensificó y se prolongó por unos cuantos segundos para dar paso a la siguiente pieza que retumbó en el lugar.

El Gato Montés fue la melodía con la que decidió abrir la orquesta que el mismísimo Aaron Wickerman había mandado a traer desde Venezuela, después de haber indagado acerca de las tradiciones venezolanas en cuanto a las bodas. La señora Gabriela, madre de la novia, le informó que era una costumbre bailar un buen pasodoble después del vals.

Todos los invitados por parte de Xander, compuestos en su mayoría por ingleses y escoceses, se miraron con sorpresa, los unos a los otros. Para ellos

era muy raro que ese tipo de música estuviese sonando, cuando ninguno de los novios era de proveniencia española, pero decidieron hacer caso omiso y disfrutar de la fiesta.

Shirley por su parte, se llevó las manos al rostro para ocultar el repentino rubor que se había apoderado de sus mejillas al ver como Xander tomaba una rosa con sus labios y daba dos palmadas en el aire, para luego extender su mano hacia ella. Un ataque de risa inminente se hizo presente.

—¡Por Dios! ¿Qué es esto? —preguntó Shirley entre risas.

—Alguien me comentó que sería algo que te gustaría hacer en tu boda —respondió Xander con total seriedad.

—Pero...

—Nada de peros y bailemos. Estuve practicando dos semanas sin descanso.

Ella no podía dejar de reír. Xander se veía adorable con esa pose tan galante.

Sin perder más tiempo, Shirley sujetó la mano de su pareja y se entregó a ese baile de belleza bravía.

Bailaron al son de dos clarinetes altos, un saxofón soprano, un contrafagot y un contrabajo. Xander hizo despliegue de sus pasos, aprendidos con un instructor de baile español, contratado por su amigo y publicista.

Aplausos, risas y... ¡oles!, llenaron de algarabía el acogedor salón del *Loch Lomond Arms Hotel*

Xander vestía un espectacular traje de tres piezas. Smoking y pantalón de color gris plateado y chaleco floreado purpura que hacia juego con su pajarita y la orquídea que llevaba en la solapa de su traje. Una orquídea venezolana.

Por su lado, el vestido de Shirley era de color blanco satinado, con hermosa pedrería que cubría gran parte de su torso. El precioso velo estaba adornado de Swarovski y flores blancas que habían sido bordadas por su propia madre. Una diadema de oro blanco con incrustaciones de amatista, complementaban el bello peinado de bucles y pinzas. La falda vaporosa de

pliegos hondeaba y dibujaba siluetas en el suelo, a la vez que bailaba con su esposo.

«Señor y señora Granderson», dijo ella para sus adentros, como si no lo creyera.

La música dejó de sonar y una vez más, un fuerte aplauso se hizo sentir.

Fue el turno del señor Antonio para bailar con su hija y de Alyssa Shelley para bailar con su hijo, luego sería el turno de Gabriela Sandoval y de Elliot Granderson de bailar con sus nueros. Novio y novia, mejor dicho, esposos, bailaron con cada uno de los invitados, dispuestos a bailar un rato.

Los padrinos de la boda, Margaret y Danny Maxwell, aprovecharon para hacer gala también de sus pasos. La damas de honor, tampoco perdieron oportunidad de mover el esqueleto un rato. Anette bailó con su esposo, Matías. Sharon, la hermana menor de Xander se unió a Eddie Connery, amigo y colega de Xander, en la pista.

—Estimada señora Granderson —Danny se acercó a la pareja de recién casados que se había apartado de la pista para descansar un poco. Habían bailado sin parar desde que habían llegado a la recepción—. ¿Podría robarme a su esposo, por unos minutos?

Shirley sonrió y asintió con la cabeza.

—Ve, cielo. Yo iré a saludar al resto de los invitados.

Xander le dio un beso en la mejilla a su esposa y luego se marchó con su amigo.

—¿Qué puede ser tan importante, que no puede esperar? —indagó Xander en cuanto estuvo lo suficiente lejos con su amigo.

—Hay algo que tienes que ver.

La voz de Danny sonó tan misteriosa que Xander tuvo un raro presentimiento. Conocía de sobra a su amigo como para saber que le ocultaba algo.

Caminaron unos cuantos segundos en silencio, hasta llegar a un pequeño jardín, donde también había mesas dispuestas, para los invitados que quisieran

salir a fumar o tomar un poco de aire. A lo lejos pudo ver una mesa con unos cuantos invitados, todos caballeros. Su amigo continuó caminando hasta llegar a la mesa donde al aproximarse, todos los hombres se giraron hacia ellos.

Xander abrió los ojos como platos y se emocionó gratamente al reconocerlos. Eran ex compañeros de Eton, los cuales llevaba casi 20 años sin ver. Supo de quienes se trataban porque los tenía en Facebook y había visto alguna fotos de ellos, esporádicamente. Sin caer en indagar detalles relacionados a ellos. No porque no quisiera, sino que no era muy ávido usuario de esa red social.

—¡Por Dios! ¿Pero cómo...

—Me puse en contacto con ellos en cuanto fijaste una fecha para la boda —la voz de James lo hizo girar de golpe.

—¡James! —Xander abrazó a su amigo con euforia—. Me mentiste. Me dijiste que estarías ocupado con tu trabajo.

—No podía perderme la boda de mi mejor amigo.

James llegó de Alemania escasas horas antes. Lo del trabajo no era una mentira. A última hora, había decidido revelarse y dejar a su jefe solo con todo el papeleo de la nueva fusión con una corporación coreana y había tomado el primer vuelo a Escocia para acompañar a Xander en ese día tan especial.

»En cuento logré contactar con todos, le avisé a Shirley y ella... — continuó James.

—¿Qué? ¿Shirley sabía de esto? —lo interrumpió Xander.

—¡Por supuesto! Ella me envió las invitaciones para los chicos.

Danny y James voltearon hacia la ventana, por donde se veía a Shirley desde la mesa de sus padres, sonriendo con amplitud. Ella era feliz haciendo feliz a Xander.

—Es una mujer grandiosa —susurró él.

—Sí, amigo. Te has ganado la lotería —Danny le dio unas palmaditas en el hombro.

Xander se viró de nuevo hacia la mesa, donde yacían sus viejos amigos

de la escuela.

—¡Albert! —el nombrado se puso de pie—. ¿Qué ha sido de tu vida?

—Me mudé a América, trabajo en una empresa de telecomunicaciones, me casé y tengo dos niños, uno de cinco y uno de nueve.

—¿Y tú que me cuentas, Dylan? —el hombre se levantó de un brinco y estrechó la mano que le ofrecía Xander—. ¡Wow! Estas...

—¿Delgado? Sí. Perdí casi 120 libras. Ya no soy el gordito de la clase.

Dylan Haggard fue el típico niño obeso del cual todos se burlaban, pero Xander fue la excepción, al tratarlo con respeto e incluirlo en su grupo de amigos.

»Actualmente juego para la selección de Rugby de Manchester y estoy comprometido con una belleza morena.

—George Graves —Xander dijo el nombre con cierta vehemencia.

—Xander Granderson —correspondió el mencionado.

—Veo que sigues siendo un rompecorazones —comentó al ver como algunas mujeres lanzaban miradas coquetas a George, quien era la personificación de la palabra “apuesto”.

—Sí. Una pena que no me gusten las mujeres —respondió el sujeto con una mueca de aburrimiento fingido.

—¿Cómo? —Xander se sintió confundido.

George levantó su mano y le enseñó en anillo plateado que llevaba en su dedo.

—Estoy casado con un fotógrafo de Backstage Magazine. Tú lo conoces.

—¿En serio?

—Orlando Wagner. Hizo un reportaje de ti y tú ahora esposa, hace un año.

—¡Claro! Lo recuerdo, pero que pequeño es el mundo.

Xander estaba muy emocionado, y sorprendido. Estar junto a sus amigos, sin duda era genial. Amigos del pasado, del presente y por supuesto del futuro. Él era del tipo de personas que atesoraba a sus amistades para

siempre.

Miró una vez más a su amada, a través de la ventana. Se sintió regocijante al saber que tenía a la mujer más fabulosa del planeta, como esposa. Ella se tomó la molestia de planearlo todo, junto a James, para propiciar ese bello encuentro entre amigos.

Shirley miraba a su esposo y se sentía dentro de un sueño. Todo era tan hermoso y perfecto, que temió despertar en cualquier momento en la unidad de cuidados intensivos de alguna clínica.

«Saliendo del coma, después de cuatro años».

El pensamiento fue tan gracioso que no pudo evitar soltar una carcajada.

—Es hermoso verte así —la voz de su amiga Anette le recordó que no estaba sola en aquella mesa.

Sus dos cuñadas, Sharon y Elyse, sus dos amigas, Anette y Margaret y su prima, Amanda, estaban a su lado, haciéndole toda clase de preguntas, a la vez que aportaban algunos consejos para que Shirley los pusiera en práctica con su nuevo marido en la noche de bodas.

—¿Quién iba a imaginarlo? —comentó Amanda.

—¿De qué estás hablando? —Shirley pareció un poco confundida.

—Tantos años de tapizar las paredes de tu cuarto con posters de él. Las largas noches en vela, viendo sus películas... ¡Jah! —Se encogió de hombros—. Ahora eres la señora Granderson.

—Sí. Lo sé. Yo no me lo creo todavía. Siento que en cualquier momento voy a despertar.

Las damas soltaron una risita.

—De verdad que se me hace la cosa más tierna y romántica del mundo —habló Elyse—. Amando a alguien por tanto tiempo. Que ese alguien ni siquiera sepa que existes y que de repente, el destino caprichoso una el camino

de los dos. Llevándote a ti a Londres y haciendo que mi hermano perdiera la cabeza por ti...

—Elyse...—Sharon interrumpió a su hermana, antes que comenzara a decir disparates.

—¿Qué? Solo estoy diciendo la verdad. Xander te ama, cuñada —le guiñó el ojo—. Me siento muy feliz porque por fin logró casarse —rió a carcajadas—. Ya comenzaba a pensar que el pobre tenía una maldición o algo por el estilo. Siempre que estaba a punto de lanzarse al agua, algo raro sucedía.

—Pues agradezcamos a Dios, al cosmos, al destino, o al que deseen, porque Xander no logró casarse con ninguna de sus ex, sino no estaríamos aquí, bebiendo champagne y comiendo sushi —dijo Margaret. Dio un sorbo a su bebida y se metió un *roll* de cangrejo en la boca—. Mmmm. Delicioso.

—¿Cariño? —Shirley se giró de golpe al sentir la mano de alguien en su hombro, era su madre—. August se despertó— Shirley se llevó un mano hasta su pecho izquierdo, en el que, desde hace rato sentía una desagradable presión.

Sin perder tiempo, la novia se puso de pie y se disculpó con sus amigas, pues debía ir a darle el pecho a su hijo.

Se encaminó hacia la segunda planta del hotel, donde se disponían todas las habitaciones donde los invitados pasarían la noche, pues la mayoría había viajado desde lejos para estar allí, en especial la familia Sandoval, quienes habían cruzado el Atlántico desde Venezuela.

El pequeño August yacía dentro de una hermosa cunita de madera, color azul pastel, con un hermoso mosquitero, también de color azul pálido, la cual había ayudado a armar el mismísimo Antonio Sandoval junto a Matías, para mayor comodidad del pequeñín durante su estadía en Escocia. La mañana de ese mismo día la trajeron desde la finca del abuelo de Xander y la acomodaron a un lado de la cama de los padres de la novia, donde pasaría la noche el niño, a fin de que los recién casados tuvieran privacidad en su noche de boda.

Un par de ojitos risueños se posaron sobre la madre. Shirley hacía un sonido peculiar cuando se acercaba a su bebé, era una mezcla entre una risa y

un puchero. El pequeño August se removi6 alegremente en su cuna y sonri6, a la vez que se llevaba un piececito a la boca, se1al de que estaba hambriento.

Ella se inclin6, tom6 a su beb6 y lo abraz6 con fuerza para sentir el latido de ese diminuto corazoncito que hacia latir el suyo.

El pequeño August balbuce6 y hal6 un mech6n de cabello de su madre, meti6ndoselo en la boca.

—No creo que sea buen alimento para ti —sonri6 y le quit6 el mech6n de cabello a su hijo. Le encantaba hablar con 6l.

Lo sujet6 con seguridad, mientras bajaba uno de sus tirantes para liberar su seno derecho. August entendi6 lo que hac6a su madre y con desespero busc6 el pez6n de Shirley, hasta quedarse tranquilo entre los brazos de ella, quien lo acun6 y lo meci6 mientras tarareaba la melod6a de “El ciclo sin fin”, canci6n que Xander le cantaba desde el primer d6a que lo hab6a tenido entre sus brazos.

—*¡Oh! Veo que estas aqu6.*

Una voz proveniente de la puerta de la habitaci6n, la hizo dar un resping6n. Al girarse a ver qui6n era, vio a su esposo, quien la miraba como hipnotizado.

El pequeño August percibi6 que ya no era el centro de atenci6n de su madre y protest6. Hizo un puchero y manote6 al sentir que la fuente de su alimento ya no estaba en su boca.

—*Shhh.* Ya, mi amor. Toma —Shirley volvi6 a guiar su pecho hacia la boca de su hijo—. Aqu6 est6 —dijo.

August succion6 con desespero y Shirley lo sinti6, pues se quej6 del dolor.

—*¡Cuidado, peque1o! Debes regresarme a tu mam6 en buen estado, mira que es solo un pr6stamo* —brome6 Xander al acercarse a la madre de su primog6nito y rodearla por la cintura, con sus brazos.

—*¿Qu6 haces aqu6? ¡Has dejado solos a los invitados!* —dijo la se1ora Granderson.

—No creo que se den cuenta de la ausencia de ninguno de los dos. Mi

hermana los tiene bastante entretenidos con el *Gangnam Style*.

Shirley rió con ganas al imaginar a su cuñada animando la velada.

»Además, tengo mucha hambre —comentó Xander con un tono seductor—, y más al ver el banquete que se está dando este pequeñín.

El señor Granderson se inclinó y besó la mejilla de su esposa con total entrega y dulzura.

»Te amo, Shirley. Como un loco sin remedio —dijo y la abrazó con más fuerza.

El pequeño August se removió entre los brazos de su madre al sentirse oprimido. Balbuceó y se agitó, buscando la voz de su padre. Shirley trató de calmar al bebé que amenazaba con estallar en llanto.

»A veces siento que no te merezco —dijo él y Shirley frunció el ceño.

—¿De qué hablas, amor? ¡Claro que mereces! Nos merecemos mutuamente por...

—Hicimos daño a otras personas para estar juntos, y temo que el destino nos pase factura por eso —Xander la interrumpió.

—No digas eso —ella acomodó a August sobre su hombro y comenzó a darle golpecitos suaves en la espalda para evitar que le dieran cólicos—. Matías es feliz junto a Anette, creo que mucho más de lo que era mi lado —ella rió de nuevo—, y mira a Anna. Es feliz junto a Maggie.

—¡Wow! Aun no puedo creer que la hayas invitado.

—¿Cómo no voy a hacerlo? De tus ex novias, es la única que me cae bien.

Ambos rieron a carcajadas.

Xander se separó de su esposa al notar que su hijo se había dormido.

—El querubín ha caído —dijo él.

Shirley se inclinó sobre la cunita, lo acomodó con todo el cuidado posible, le dio un besito y se levantó, soltando un suspiro.

—Me duele todo el cuerpo —farfulló ella.

—Yo puedo hacer que todo ese dolor se esfume —susurró Xander y se

acercó a ella de nuevo, rodeándola con sus brazos, por detrás, y dándole un mordisquito en el lóbulo de la oreja.

Shirley se estremeció.

—No sabes cuánto lo deseo —comentó ella, con picardía.

Xander la tomó con fuerza y le dio la vuelta, estampando sus labios contra los de ella, y haciendo que Shirley chocara su espalda contra la pared. A su esposo no le importaba ser delicado en ese momento, era más que obvio que tenía en mente un único objetivo. Las manos varoniles se aferraron a la nuca de ella, mientras su boca devoraba la de su esposa. Shirley tuvo que separarse un poco para poder tomar un poco de aire, y sin poder evitarlo sonrió.

—Señor Granderson, usted está que arde —dijo ella entre besos.

—Mira como me pones —jadeó él y guió la mano de Shirley hacia su entrepierna.

Xander estaba a mil. Su imponente erección lo dejó claro.

Shirley se mordió los labios, sintió que el corazón se le aceleraba y comenzó a salivar más de lo normal. Su esposo la volvió a besar con pasión y voracidad.

August se removió e hizo un sonido.

Los recién casados se detuvieron en seco y miraron al bebé que dormía plácidamente. La pasión se disipó en el acto.

—Creo que es mejor que volvamos a la fiesta —dijo Shirley sin quitar la mirada de su hijo. Xander asintió sin emitir palabra alguna.

La celebración continuó por un par de horas más, mientras todos bailaban, reían, bebían y comían. Se divertían sin parar. Era una fiesta sensacional, con excelente comida y música selecta, que iba desde electrónica hasta salsa. Matías y Anette no perdían la oportunidad para demostrarse cariño mutuo, al igual que Anna y Maggie, quienes a pesar de ser un poco más discretas con sus muestras de afecto, se les veía a leguas lo mucho que se querían.

Shirley y Xander sonrieron y festejaron el hecho de que sus ex parejas hubiesen rehecho sus vidas junto a personas tan grandiosas. Se regocijaron de ver lo felices que eran.

Más bailes, chistes y mucha diversión.

El ramo lo atrapó Laura y el liguero lo capturó Randy, así que ambos tuvieron que hacer una divertida dinámica. Luego de eso, los esposos Granderson partieron el pastel, y entre destellos de cámaras y besos tiernos, reafirmaron frente a todos, lo mucho que se amaban.

Shirley abrió los ojos de golpe y los volvió a cerrar al percibir la luz del sol que se colaba por la ventana. Se cubrió el rostro con el brazo y se removió entre las sabanas. A su lado yacía el cuerpo semidesnudo de su esposo, quien también se removió con pereza en la cama. Ambos habían quedado rendidos ante el cansancio. Estaban a dos habitaciones de la de los padres de Shirley, donde también se encontraba August. Xander quiso una habitación para él y su esposa, con la finalidad de hacerle el amor durante toda la madrugada y parte de la mañana, pero ambos se quedaron dormidos en cuanto tocaron el colchón.

La señora Granderson se dispuso a salir de la cama, pero los brazos de su marido no se lo permitieron. Ella sonrió y se dejó consentir por ese hombre sensual que la amaba con locura.

—¿A dónde crees que vas? —farfulló él, con voz ronca.

—Pensaba ir a darme una ducha —respondió ella, mordiéndose el labio.

—Pues yo creo que no —dijo Xander mientras llevaba una de sus manos hacia la entrepiernas de su mujer—. No te irás sin desayunar.

Shirley dio un respingón y sintió como el ardor se apoderaba de todo su cuerpo. Xander rió ante el extraño *tip* nervioso de su amada, pues había descubierto que cuando ella estaba realmente muy excitada los deditos de sus pies se engurruñaban de una manera extraña.

—¡Madre mía! Posees un don increíble, para ponerme a mil con un solo roce —dijo ella.

—Me alegra oír eso —comentó Xander y se apoderó de los labios de ella, con besos suaves y delicados, a la vez que su mano recorría la parte interna de los muslos de su esposa.

Con sutileza, la despojó de su picardía blanco, mientras besaba su cuello y seguía explorando, con su otra mano, la zona más íntima de Shirley. Ambas lenguas danzaban al ritmo del placer, mientras los dedos de Xander estimulaban el clítoris de su amada.

Al cabo de unos segundos, las manos del señor Granderson ascendieron hacia los pechos de Shirley, los cuales masajéó con delicadeza, a la vez que los succionaba, daba chupetones y mordisquitos en los pezones. Era delicioso. A Xander le encantaba lamer los pechos de su esposa. Lentamente fue descendiendo, a medida que esparcía besos y saliva por el esternón, abdomen y pelvis, hasta llegar a su vagina. Shirley jadeó y se arqueó en cuanto sintió la lengua de Xander entre sus carnes. Ella gimió escandalosamente y se dejó embargar por ese montón de sensaciones tan divinas que le brindaba su hombre.

Xander inhaló profundo, embriagándose del aroma de mujer. Saborearla era algo que disfrutaba mucho. Dio un lametón y otro tras otro, succionó y volvió a lamer. Ella cerró sus ojos y se concentró en esa área que su esposo degustaba con tanto placer.

Los dedos traviosos de Xander, entraron al juego. Mientras su lengua seguía acariciando el clítoris, sus dedos se introducían en la abertura de su mujer, haciendo que Shirley jadeara y moviera sus caderas, en un vaivén desesperado, pidiendo más y más.

Xander sonrió complacido, al ver que su esposa estaba muy excitada y deseosa por él.

Ella tuvo que hacer puños en la sabana para evitar correrse antes de tiempo.

Él devoraba con pasión mientras con su otra mano recorría los pechos de Shirley, y esta se aferraba a esa mano, como si no hubiera mañana.

—Ven acá —susurró ella.

Xander la miró y supo lo que ella quería, así que no la hizo esperar.

Él también lo deseaba.

Trepó y se situó sobre ella, a nivel del pecho. Dejando su dura erección a pocos centímetros del rostro de Shirley. Verlo tan grande, grueso, venoso y atento, hizo que salivara más de la cuenta. Se le hizo agua la boca ante semejante visión de hombría. Quería comérselo entero, y así lo hizo.

Lo sujetó entre sus manos y lo introdujo en su boca. Xander siseó de placer.

Shirley se aferró a las nalgas de su esposo, a medida que daba algunos lametones al glande y succionaba. Ella chupaba y lamía, a la vez que sus manos recorrían la pelvis y abdomen de su esposo, hasta posarse en sus pectorales. Era una sensación deliciosa, poder delimitar cada músculo tensado y cada vena hinchada.

Xander se movía hacia delante y hacia atrás, mientras ella se aferraba más a su trasero. No quería perder precisión en cada estocada. La lengua de Shirley se deslizaba de arriba hacia abajo, explorando esos casi veinte centímetros.

Luego de unos segundos, Xander se acostó detrás de ella. Ambos yacían de lado.

Lentamente, la penetró. El pulso de Shirley se disparó. Les fascinaba esa posición, pues podía sentir a plenitud, todo el miembro de su marido. Era como si le creciera, o al menos eso sentía ella. Por otro lado, a Xander le encantaba tenerla así, pues la sentía estrecha y la sensación era mucho más intensa.

Él amaba ese cuerpo, amaba esa suave piel, que cada vez que entraba en contacto con la suya, lo hacía delirar. Entrar y salir de ella, le proporcionaba un sinfín de emociones. Lo hacía estremecer. Para Shirley era maravilloso

poder sentirlo tan dentro de ella. Tocarlo y sentir su sudor en la palma de su mano, era un afrodisíaco para sus sentidos.

Xander la penetraba con suavidad, mientras la besaba con pasión. Shirley gemía y jadeaba, mientras sentía que iba a estallar en cualquier momento.

¡Dios! Verla así, tan dispuesta a satisfacerlo, lo volvía loco. Sentirla moviéndose así, con ese vaivén tan ardiente de sus caderas, lo hacía perder el aliento. Era una visión celestial para él, quien entraba y salía, dando embistes concisos, que lograban que ella vibrara de gozo.

Despacio, se colocó de rodillas detrás de ella, invitándola a hacer lo mismo. La tumbó frente a él, a medida que con su mano la acariciaba para guiarla hasta la posición adecuada, de espalda a él, y la volvió a penetrar desde atrás. Sabía lo mucho que a ella le encantaba que la poseyera de esa manera. La sujetó de las caderas y la empaló profundamente, a medida que el ritmo aumentaba.

Dentro y fuera, esas eran las únicas palabras que cruzaban por la mente de Xander.

—Si... —ella jadeó y él gruñó.

Xander dio embistes más rápidos.

Shirley se concentró en el sonido que hacían sus dos partes uniéndose y separándose... ese chasquido tan delicioso... mientras ella movía sus caderas hacia delante y hacia atrás, invitando a su marido a dominarla y poseerla con más rudeza.

Él se inclinó sobre ella, sin dejar de embestir, la rodeó con su brazo derecho a nivel del pecho y haló para que se incorporara. Necesitaba sentirla muy cerca y quemarse con esa piel canela que tanto le encantaba. Entrelazó sus dedos entre sus cabellos ligeramente rizados y no pudo evitar halar un poco. A veces, su instinto salvaje no podía quedarse al margen, y lo mejor del caso, era que a su esposa la excitaba en sobremanera ese lado osado de él, así que no se limitó. Ella gimió y clavó sus ojos en los de él, mientras sentía como Xander entraba y salía de ella. Él se apoderó, una vez más de esa boquita

carnosa que lo hechizaba con cada beso y dio unos mordisquitos leves. Él embestía con fuerza y ella meneaba sus caderas con total disfrute.

De repente, salió de ella. Quería tenerla de frente, y poder contemplar todo el paisaje por completo. Ella se dio la vuelta y se abrió para recibirlo a él.

La penetró una vez más y ella siseó, haciendo que él gruñera.

Xander se colocó el pie de ella en su pecho y a medida que la embestía, lamía y mordía la punta de los dedos de Shirley. Eso, específicamente eso, la empujó a ella al borde del clímax. Era el detonante perfecto para hacerla llegar al nirvana, y Xander lo sabía a la perfección. Mientras lamía y mordía los dedos de los pies de su esposa, con su mano derecha le estrujaba un seno, a medida que aumentaba la fuerza y la velocidad de sus embistes. ¡Por Dios! Eran demasiadas sensaciones para Shirley, quien dejó escapar un escandaloso gemido.

—Córrete conmigo —jadeó Xander y empujó con más fuerza.

Dio unas cuantas embestidas más y gimió ruidosamente, derramándose dentro de ella.

Se dejó caer sobre ella, y Shirley lo abrazó con fuerza.

—¡Que rico desayuno! —dijo ella con la respiración entrecortada, haciendo que él riera a carcajada.

—Si me das unos diez minutos, te puedo dar el postre —respondió entre jadeos.

Shirley sonrió, indicativo de que le agradaba la idea.

El restaurante del hotel, poco a poco se fue llenando. Era la hora perfecta para desayunar, aunque más bien, iba siendo hora del almuerzo. Algunos invitados, ya se encontraban dando un paseo por a orillas del lago Lomond, mientras otros, apenas salían de sus respectivas habitaciones, como era el caso de Matías y Anette, quienes sentían que la cabeza les estallaría en cualquier

momento.

—¡Dios! —dijo Matías, llevándose la mano a la frente.

—No se vale quejarse —comentó Anette, acomodándose las gafas de sol.

—El vino estaba delicioso, eso no lo puedo negar —indicó él.

Anette rió a carcajadas y entrelazó su brazo con el de su esposo.

Ambos bajaron las escaleras y se dirigieron hacia el bello restaurante que había sido preparado para todos los invitados de los Granderson.

Al llegar al punto de encuentro, fueron recibidos por el padre de Shirley, quien los saludó con mucho cariño.

—¡Oh! Pasen chicos, pónganse cómodos. Pediré que les sirvan el desayuno —dijo el señor Antonio Sandoval.

—¿Qué tal durmieron? —Preguntó Margaret, quien se encontraba en una mesa junto a su pareja—. Si lograron dormir.

—Un poco —comentó Matías y se echó a reír

Ambos, tanto Anette como su esposo, tomaron asiento junto a Margaret, quien ya estaba terminando de comer

—*Buenos días* —saludó alguien desde la puerta.

Todos se giraron y se encontraron con una sonriente Shirley que sujetaba con fuerza el brazo de su reciente esposo.

—¡Vaya! Pero si son los tortolitos —indicó Antonio.

—Esos si no durmieron nada —susurró Matías para los que estaban en la mesa. Margaret y Anette rieron.

—¡Queridos! —La voz de Aaron Wickerman se oyó de repente—. Buenos días a ambos —saludó.

—¡Buen día, Aaron! ¿Cómo pasaste la noche?

—Muy bien. Gracias por preguntar —se sentó junto a Xander—. Acabo de arreglar las maletas en el coche y llené el tanque de gasolina. Está todo listo.

—Gracias, Aaron —dijo Xander.

—¿Listo? ¿Para qué? —Shirley frunció el ceño.

—¡Oh vamos! —Xander la miró con una sonrisita traviesa en los labios—. ¿Creías que no tendríamos luna de miel?

—Creí que esta era nuestra luna de miel —ella señaló su alrededor.

—Parte —contestó Xander.

—¿Qué tienes en mente? —Ella le lanzó una mirada inquisitiva—. No me gustaría dejar a August solo.

Xander se encogió de hombros.

—Solo será un fin de semana. Además, mi madre y la tuya ya se encargaran de él.

—No lo sé, amor. No me agrada la idea de dejarlo. Está muy pequeño.

—A mí tampoco me agrada la idea, cielo. Pero solo serán dos días. No iremos lejos. Podríamos estar aquí en un abrir y cerrar de ojos. Por favor... —hizo un puchero—. ¿Hace cuánto que no tenemos un tiempo para nosotros dos?

—Desde hace media hora —respondió ella, por inercia.

Aaron rio a carcajadas.

—¡Vaya! Estuvieron ocupados. ¿No? —bromeó.

Shirley se sonrojo al percatarse de que había ventilado parte de su intimidad frente a Aaron.

—Eso no cuenta. Estoy hablando de pasear, salir por allí, distraernos un poco... Hace mucho tiempo que no lo hacemos.

Ella entrecerró los ojos y consideró la propuesta. Xander tenía razón, desde que había nacido August, ambos se dedicaron de lleno a él. ¿Qué tenía de malo tomarse dos días de vacaciones? Anhelaba estar a solas con su esposo y hacer el amor hasta que sus cuerpos no aguantaran tanto placer. La sola idea de imaginarlo desnudo las 24 horas del día, solo para ella, la hizo sonreír como tonta y asentir.

—De acuerdo —dijo ella.

—¡Sí! ¡Excelente! Termina de desayunar. Yo iré a terminar de prepararlo todo —él se levantó de un brinco.

—¿No vas a desayunar? —indagó ella.

—Ya lo hice, cielo. Hace media hora. ¿No lo recuerdas? —él le guiñó el ojo y salió del restaurante.

Shirley abrazó una vez más a su hijo y le dio un besito en la coronilla. Lo miró de nuevo y sintió su corazón encogerse.

—Por favor, mami. Mantendré mi móvil a mano. Si surge algo, no dudes en avisarnos. Estaremos aquí de inmediato.

—Relájate, hija. August va a estar bien —le respondió la señora Gabriela y extendió sus brazos para sujetar a su nieto.

Xander subió el último bolso a la parte trasera del auto, bordeó el mismo y se acercó a su pequeño, le dio un besito en la mejilla...

—Pórtate bien —le dijo y luego sonrió.

—Ya sabes, mamá —comentó Shirley.

—Sí, sí, si... ya vayanse.

—¡Vamos, amor! —Xander abrió la puerta del copiloto para que su esposa subiera, pero esta se negaba a dejar a su hijo—. Va a estar bien, cielo. Son nuestras madres. Saben cómo cuidar un niño.

Dicho esto, a Shirley no le quedó más remedio que aceptarlo y resignarse a separarse de su príncipe. Era duro hacerlo, pues nunca lo había hecho.

Ambos abordaron el auto y emprendieron su camino. Mientras Shirley no dejaba de pensar en August, Xander iba recordando todo el plan. Estuvo casi dos meses organizándolo todo para ese fin de semana. La llevaría a El *Hermitage* de Dunkeld, el bosque mágico de Escocia. Ese lugar de ensueño que compartía con su padre, cuando era un pequeñín de diez años, y en el cual albergaba hermosos recuerdos.

Rodaron unos cuantos kilómetros en completo silencio. Shirley estaba

disfrutando del paisaje. Luss era un lugar extremadamente hermoso. Recordó la cordillera de Los Andes y aquella vez que fue de vacaciones a Mérida con sus padres. Esos páramos preciosos no tenían comparación, pero sin duda, esas montañas eran alucinantes. El Ben Nevis se podía apreciar en todo su esplendor, y era fascinante.

—¿Cielo? —La voz de Xander rompió el silencio—. Por favor, abre la guantera—. Shirley acató la petición—. Hay una venda allí. Necesito que te la pongas.

—¿Qué? —su esposa le lanzó una mirada incrédula. Él sonrió.

—Anda, cielo. Será divertido —dijo él.

—¿A dónde piensas llevarme?

—Es una sorpresa. Por eso quiero que te vendas los ojos. Así le dará más misterio...

—De acuerdo —respondió ella. Aunque tenía dudas con respecto a todo eso, confiaba ciegamente en su esposo.

Ató la venda por detrás de su cabeza y se recostó en el asiento. Xander agitó su mano frente a la cara de ella, para asegurarse de que no viera.

»Háblame un poco acerca del sitio a donde me llevas —pidió Shirley.

—Es uno de mis lugares favoritos en el mundo —respondió él—. Además, cuentan los lugareños, que el lugar esta embrujado y...

—¿Qué? —Shirley se llevó las manos hacia la venda e hizo amague de quitársela, pero Xander la detuvo.

—Son solo leyendas, mitos, cosas que inventa la gente para asustar a los turistas —indicó él—. Créeme, he venido varias veces y jamás he visto nada fuera de lo normal.

—Xander August Granderson Shelley —ella se cruzó de brazos.

—Amor —el auto se detuvo—. Jamás te pondría en peligro. Hemos llegado.

—¿Puedo quitarme la venda ya?

—No. Aún nos falta un poco para llegar al punto exacto. Espera aquí.

Shirley hizo caso. Sintió que Xander bajaba del vehículo y buscaba algo en la maleta, luego la cerró y no lo escuchó más, sino hasta luego de unos diez minutos.

»Vamos. Dame la mano —dijo él en cuanto abrió la puerta del lado de Shirley. Ella obedeció como chica buena y se dejó guiar por su esposo.

Caminaron por algunos minutos, mientras Xander le indicaba donde pisar y por dónde ir, a la vez que la sujetaba para que no tropezara con alguna raíz de un árbol.

Shirley supo, por el olor, que se encontraba en un lugar con muchos árboles, pues el aire cien por ciento puro se lo dejó claro, además que el suelo era suave, indicativo de hierba y tierra. El frío se coló por sus huesos, haciéndola temblar.

Se detuvieron al cabo de una pronunciada caminata y pudo sentir que Xander se situaba detrás de ella y la rodeaba con sus brazos a nivel de la cintura.

—Hemos llegado —le susurró él, al oído.

Shirley se llevó las manos hacia la venda y lentamente se la quitó. Se quedó sin aliento al contemplar tanta belleza a su alrededor.

La neblina era espesa, pero eso no le imposibilitaba ver la majestuosidad de ese lugar. Árboles inmensos los rodeaba, además de flores de colores que adornaban el suelo a algunas rocas. Un riachuelo de agua cristalina se escurría frente a ellos. El sonido de las aves y de la naturaleza era embriagador. Tanto, que Shirley sintió ganas de echarse una siestecita debajo de un frondoso árbol que estaba a escasos metros de ellos.

—¡Oh por Dios! ¡Esto es precioso! —ella se quedó sin aliento.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—¿Bromeas? ¡Me fascina! Esto es... —no pudo finalizar la frase, pues se le hizo un nudo en la garganta. De un brinco, se abalanzó sobre su esposo y le dio besitos por todo el rostro—. Gracias, mi amor. Por traerme a este lugar tan hermoso.

Xander soltó un suspiro de alivio.

—Me alegra que te guste. De verdad no sabía si este lugar sería de tu agrado.

—Cualquier lugar es de mi agrado, siempre y cuando estés tú a mi lado.

A partir de ese momento, ambos se dispusieron a amarse de mil formas, desde un corto y sutil besito, hasta una noche completa de pasión intensa. Fueron dos días bellos para los recién casados, quienes si no estaban en el interior de su tienda, haciendo el amor y llenándose de caricias infinitas, estaban dándose un chapuzón en el río, donde también terminaban haciendo el amor. Por suerte para ambos, Xander logró un convenio con el guardabosque, a fin de encontrar un sitio apartado de todos, al cual casi nadie se adentraba. Aunque la alta suma de dinero que le había dado Xander para el “mantenimiento” del parque, había contribuido para que los señores Granderson contaran con un área exclusiva, solo para ellos. Hicieron una fogata, asaron malvaviscos y cantaron un poco. Sin olvidar que bebieron vino y bailaron al son del canto de las ranas y los grillos. Solo ellos y la luna, eran testigos del placer que se proporcionaban el uno al otro.

Algo era seguro, a Shirley jamás se le iba a olvidar esa luna de miel. Xander la hizo su mujer una y otra vez, de las maneras más sutiles y salvajes, a la vez. Supo colmarla hasta la saciedad. Aunque de verdad, ella nunca estaría completamente saciada de él. Lo adoraba, y él a ella. Estaban hecho el uno para el otro, y eso lo comprobaban cada vez que hacían el amor a plena luz del día, en el medio del bosque. La manera en que ella lo cabalgaba con descaro y disfrute total, mientras sus pechos saltarines eran una visión exquisita para los ojos de Xander, quien la penetraba con firmeza, a la vez que devoraba su boca traviesa.

Sexo y amor. No hay nada más hermoso que eso.

El día de regresar al hotel, junto a August y demás familiares, llegó. Así que debían volver a la rutina de ser padres.

—Me gustaría volver a repetirlo —dijo Shirley una vez a bordo del auto.

—Pues hagamos un trato. Un pacto. Haremos esto un fin de semana al mes, durante el resto de nuestras vidas. ¿Te parece buena idea?

—¿No te parece un poco difícil, tener que volver aquí cada mes?

—No. Me refiero a este tiempo. Tú y yo, a solas. Sea donde sea. Pero que sea algo que hagamos todos los meses. No importa donde estemos, si yo estoy de gira por América y tú estás en Inglaterra, debemos procurar estar juntos ese fin de semana que nos toca. ¿Qué opinas?

—Y que estés donde estés, me traerás o me llevaras chocolates y flores —ella se mordió el labio inferior.

—Eso dalo por hecho.

—Entonces... acepto —dijo ella y extendió su mano hacia él—. Sellemos el trato.

Xander miró la mano de su esposa y frunció el ceño.

—Una mierda. A mí, dame un beso.

Dicho eso, se lanzó sobre ella y la besó como si no hubiera mañana.



Capítulo 2

Londres, Inglaterra.

Si alguien le hubiese preguntado, hace un año atrás, ¿cómo se veía dentro de un año? Xander no se habría imaginado jamás, ¡ni en mil años! Todo lo que sucedió. Tenía una semana de haberse casado con la mujer que había intentado olvidar en los brazos de otras mujeres, y que por más que lo intentó, no logró.

Esa etapa de casanova le duró poco, pues a los tres meses, decidió ir a buscar a la única mujer que hacía que su corazón latiera a mil o se detuviera por completo. Era padre de un precioso niño de casi ocho meses de edad y era extremadamente feliz. ¿Qué más podía pedirle a la vida?

No se arrepentía de nada, pues todo lo que hizo, lo que sacrificó, los obstáculos que tuvo que superar... lo llevaron a ese preciso momento. A una hermosa vida, como hombre de familia.

Sonrió y sus ojos brillaron con intensidad al mirar a su esposa. Shirley estaba terminando de arreglar la ropita de August en una de las gavetas de un estante en el cuarto del bebé. Él estaba de pie en la puerta, con dos tazas de té en las manos. Una para él y otra para su amada.

—Está listo. Té con leche y uno de azúcar —dijo Xander.

Shirley se giró y sonrió al ver lo guapo que se veía su marido. Llevaba un pantalón negro y una camiseta azul, de lo más normal, pero aun así, lucía súper sensual. Esa tarde, le correspondía grabar unas escenas para la serie en la que estaba trabajando.

»Por cierto, se me olvidó decirte que Aaron viene esta tarde. Dijo que necesita hablar con ambos.

—¿Y eso? —indagó Shirley.

—Creo que es por tu contrato y la renovación del mío. La agencia es muy meticulosa con eso.

Dos semanas antes de la boda, todo se finiquitó. Aaron Wickerman sería

el publicista de Shirley. Él se encargaría, desde ese momento, a promover su carrera, hacer los contactos necesarios para conseguirle buenos papeles y a terminar de darle ese empujoncito que necesitaba para comenzar a ser tomada en cuenta por los grandes directores de cine y televisión. Lo que no fue difícil, pues en cuanto pudo, Aaron se comunicó con Peter Hook, el director de una película que se encontraba en preproducción. Al indicarle que su clienta estaba recomendada por el mismísimo Ian Ducchers, no dudó ni un segundo en concederle una audición, a la que Shirley asistió, obteniendo el papel principal. Peter quedó impresionado con los dotes artísticos de la actriz, en ese entonces, señorita Sandoval.

La película comenzaría a rodarse en dos meses, y Shirley debería trasladarse a California, donde tendría lugar la filmación.

Sí. Era seguro que la visita de Wickerman, esa tarde, estaba relacionada a eso, pues aunque ya habían finiquitado las pautas del contrato con la casa productora de la película, aun le quedaba pendiente revisar con detenimiento el contrato que le ofrecía la agencia de talentos, recién fundada por Aaron.

Para la fecha, los señores Granderson estaban residenciados en una linda casa de estilo victoriano, en Westminster, a media hora de la residencia Shelley.

Shirley estaba a tan sólo dos semanas de graduarse en LAMDA, ya no tendría nada que la atara a Londres, laboralmente hablando. Es cierto que se le haría muy difícil dejar a su esposo cuando tuviera que viajar al continente americano, pero debían separarse por un par de semanas, mientras Xander terminaba las grabaciones de una serie policiaca en la que estaba participando. Ella se llevaría al niño y una vez en suelo estadounidense, su madre viajaría para ayudarla a cuidarlo. Todo ya estaba planeado. Además, a Gabriela de Sandoval le hacía mucha ilusión conocer ese mundillo del espectáculo. Ser la madre de la nominada a Mejor actriz revelación en los *Olivier Laurence Award* era algo que le inflaba el pecho de orgullo.

Durante el resto del día, Shirley se dedicó a desembalar un par de

regalos de boda que faltaban por desenvolver. Los habían recibido un día después de llegar de Escocia, pues así lo solicito Xander a la tienda de regalos encargada. Los obsequios iban desde vajillas de porcelana, pasando por portarretratos de plata, hasta un par de boletos para pasar un fin de semana en una isla privada en Australia, a ser canjeado en cualquier momento durante el año siguiente. Pero hubo un presente en específico que captó la atención de la señora Granderson. Era un pijama para bebé, con estampado de patitas de cachorrito de color azul pastel. No se podía negar que era de muy buena calidad, pero la prenda de vestir era muy pequeña, como para un bebé recién nacido. O el regalo llegó tarde, o de verdad no era para August. Lo que más inquietó a Shirley fue que la tarjeta no estaba firmada por nadie, tan solo figuraba un extraño mensaje, escrito con máquina de escribir.

Guárdalo, lo ocuparás dentro de poco, decía la nota.

Ella frunció el ceño. No lo entendía. Que ella supiera, no estaba embarazada, ni tenía planes de tener otro hijo por el momento,

«*Guárdalo, lo ocuparás dentro de poco*», repitió las palabras en su mente.

¿Pero qué carajo significaba eso?

Sacudió su cabeza con fuerza. Posiblemente se trataba de una broma tonta. O algún error de la tienda de obsequios.

Decidió no darle mucha importancia y seguir con lo suyo. Aunque habían llegado a Inglaterra hace unos cinco días, entre August y las pruebas finales en la Academia, no le habían dejado oportunidad de organizar algunas cosas, y quiso aprovechar el fin de semana para hacerlo. Cuando llegará Xander, le comentaría acerca de ese raro obsequio.

Aproximadamente, a las cinco de la tarde, el timbre sonó. Shirley yacía en la mecedora de la habitación de August, valga la redundancia, meciendo a su pequeño a quien acaba de darle el pecho.

En cuanto abrió la puerta, se encontró a su esposo y Aaron. Xander tocaba los bolsillos de su chaqueta y pantalón.

—No sé dónde rayos he dejado las llaves.

Shirley se hizo a un lado para que los dos hombres pasaran, mientras August se impulsaba con su piernitas para ver a su padre, cuya voz lo hizo reaccionar. Balbuceaba y buscaba con su mirada a su progenitor, quien lo tomó entre sus brazos en cuanto estuvo dentro de la casa, para luego darle un beso en los labios a su esposa.

—Hola, Aaron —saludó ella.

El recién llegado se acercó a Shirley y la abrazó con cariño.

—Hola, Shirley —respondió—. He traído tu contrato. Me gustaría mucho que le echaras un vistazo y me dijeras que tal te parece. Le envié una copia a Redman para que también lo revise —se encogió de hombros—. Sabes que soy nuevo en esto. Zachary era quien se encargaba de todo el papeleo.

Zachary Croft era el ex jefe de Aaron, presidente y uno de los fundadores de la agencia que representó a Xander, y por ende, para la que trabajó Wickerman, hasta hace un par de meses atrás. Él se arriesgó a crear su propia agencia, y Granderson era su primer cliente, por obvias razones, pues ambos eran muy amigos desde que este último estudiaba segundo año de actuación en LAMDA. Ambos se conocieron durante un recital de Otelo, en el que Xander interpretaba a Casio. Aaron Wickerman, quien en ese tiempo era un becario de *Croft & Saint Management Talent*, —y aunque en ese momento no estaba buscando nuevos talentos—, se sintió gratamente sorprendido por las habilidades escénicas de Granderson. Fue una maravillosa casualidad, que una semana después, Jeffrey Saint-Michael, co-propietario de la agencia, le hiciera entrega del expediente de un cliente que acababa de fichar. Era Xander. Desde ese día se encargó de todo lo relacionado a la imagen pública del actor. La relación entre ellos era tan bonita, que con el transcurso de un par de semanas, forjaron una linda amistad.

Shirley tomó la carpeta que le entregaba su nuevo manager y publicista.

—¿Has hablado con Peter? —preguntó ella, en referencia al director de la película que comenzaría a filmar en unas semanas.

—Sí. Me envió el nuevo contrato, tomando en cuenta nuestras exigencias.

—¿Podré llevar a August al set?

—Si —respondió Aaron.

—¿Y mi fin de semana libre? —indagó ella.

—También —Wickerman frunció el ceño—. Me dijiste que me explicarías a que se debe esa extraña solicitud. ¿Por qué tiene que ser un fin de semana por cada mes?

Xander sonrió.

»Un momento —Aaron se giró hacia Granderson—. Tú también me has pedido que haga ese cambio en tu contrato. ¿Por qué?

—Es algo interno entre mi Shirley y yo —respondió él.

—Hicimos un trato —comentó ella.

Aaron dejó escapar una risita.

—¡Por Dios! Son tan lindos cuando están recién casados. Con el paso de los años, van a desear un fin de semana lejos el uno del otro —bromeó.

—Créeme. Cuando eso sucede, seré el primero en pedir el divorcio —farfulló Xander.

—Y yo me encargaré de pagarle al abogado que lleve el caso —agregó su esposa.

Ambos, tanto Shirley como Xander, se carcajearon al unísono. Eso era lo maravilloso de estar juntos. Se complementaban de una manera única.

—¡Dios! Ustedes serán los culpables de que me dé diabetes —murmuró Aaron—. Sí. Todo muy bello, pero... ¿ya decidieron donde van a residenciarse definitivamente? Pues eso me ayudará a la hora de buscarles trabajo y...

—Aquí en Londres.

—En California.

Shirley y Xander hablaron al mismo tiempo, interrumpiendo a Wickerman.

Los esposos se miraron con incomodidad.

—Pensé que... —musitó ella.

—Mi vida esta acá, en Londres —Xander se encogió de hombros.

—Lo sé, cielo. Pero pensé que, en vista de que estaré en California durante los próximos meses, tú te vendrías con nosotros.

—Viajaré constantemente. Todos los fines de semana, si es posible, pero no puedo irme. Al menos no aún. Existe la posibilidad de que se renueve la serie para una segunda temporada.

—Pero me dijiste que sería una temporada única.

—Sí, amor. Se suponía que así sería. Es algo que nos comentó el director, esta tarde.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —ella se cruzó de brazos.

—¡Te lo estoy diciendo ahora! —Xander levantó la voz y August chilló entre los brazos de su padre—. *Shhhh*. Tranquilo pequeño —lo meció para calmarlo.

Shirley se quedó de piedra. Xander jamás le había hablado en ese tono. Unas lágrimas se asomaron en sus ambarinos ojos.

»No, cielo —dijo él, al notar que había lastimado a su esposa—. No era mi intención gritarte. He estado bajo mucha presión los últimos días —él se acercó a ella y la abrazó con el brazo que tenía libre, pues con el otro sujetaba a su hijo—. Yo no...

—Creo que será mejor que me retire. Ustedes necesitan hablar. Convérsenlo con calma. Yo no tengo ningún problema con trabajar con cada uno aparte. Te podría asignar un asistente en Estados Unidos —miró a Shirley—, y yo me quedaría acá con Xander, o viceversa. Lo solucionaremos luego. ¿De acuerdo?

Xander asintió, pero no dijo ni una palabra. Lo mejor era dialogar con su esposa y llegar a un acuerdo, donde ambos fueran beneficiados. Después de todo, los dos estaban claros que en una carrera como la que tenían, debían hacer ciertos sacrificios.

Aaron se marchó y los Granderson se quedaron abrazados por un par de segundos, en completo silencio. Ninguno de los dos sabía que decir.

—Nadie dijo que esto fuera fácil —Xander rompió el silencio—. Pero

estoy seguro de que encontraremos la mejor solución.

Shirley se aferró a su marido. Lo amaba con todas las fuerza de su corazón, y lo respetaba sobre todas las cosas. No era capaz de exigirle que dejara de lado un proyecto con el que él era tan feliz. Ella tampoco era capaz de renunciar a su prometedor carrera como actriz. Por ese amor tan inmenso que sentían el uno por el otro, debían hallar una forma de sobrellevar la distancia. Necesitaban hallarla, urgentemente.

Su mirada estaba fija sobre la mujer al otro lado de la mesa, quien hacía maromas para lograr que el chiquillo frente a ella, se comiera toda la sopa. En silencio, Xander observaba a su esposa y a su hijo. Inhaló profundo una vez más y tragó. La cena que preparó Shirley estaba deliciosa. ¿Qué más podía pedirle a la vida? Su esposa era hermosa, muy cariñosa y cocinaba espectacularmente bien.

—Cariño —rompió el silencio—. De verdad, no quería gritarte.

Shirley lo miró y sonrió.

—Lo sé, amor. Creo que ya dejamos eso claro —respondió ella.

—Pero es que...

—¡Xander! Olvídalo. Sé que no fue tu intención.

—Solo quiero que quede claro.

—Ha quedado claro, cielo. Lo que debemos hacer es pensar que vamos a hacer. En este momento podemos ir y venir, sin tener que preocuparnos en echar raíces. Pero cuando August tenga edad de ir a la escuela...

—Sí. Lo sé. Debemos pensar en donde erradicarnos definitivamente.

—Por el momento podemos estar así —comentó Shirley.

—¿Así como? —Xander frunció el ceño.

—Yo vengo a Inglaterra cada vez que pueda, o tú vas a América cuando tengas la oportunidad de hacerlo. En dos semanas habré culminado la carrera y

en un mes me estaré yendo a Estados Unidos. Mi madre me ayudará con August. Ya todo está organizado.

—De verdad que a veces siento ganas de dejarlo todo, y dedicarme de lleno a ti y a August, pero es que...

—¿Qué estás diciendo? —ella lo interrumpió—. Te prohíbo que hagas tal cosa. Es más te prohíbo que siquiera lo pienses. Sé lo mucho que significa tu trabajo para ti. Jamás me atrevería a pedirte semejante cosa. La pasión con la que vives la actuación, es una de las cosas que hizo que me enamorara perdidamente de ti, incluso antes de conocerte.

—¡Es cierto! —Exclamó Xander—. Se me había olvidado que mi esposita, era una de mis más fervientes fans —se levantó de su silla y se acercó a ella—. ¿Cómo fue que te dijo Roxanne? ¿Qué eras una...

—...friki y perturbada *fangirl* —completó Shirley con notable burla.

—Uy. Me da miedito —bromeó Xander, inclinándose y dándole un beso en la mejilla—. ¿Sabías que tu madre ha deseado violarme desde hace mucho antes de conocernos? —miró a August y le tocó la punta de la nariz con su dedo índice.

—¡Xander! No digas esas cosas frente al niño.

—Debo aprovechar que aún no entiende, para contarle la verdad acerca de su madre.

Shirley procedió a limpiarle la boquita a su hijo y levantarlo entre sus brazos, a la vez que reía a carcajadas.

—Pues fíjate, August —ella miró al niño que balbuceaba—. Tu padre estuvo saliendo con la mujer que casi me asesina.

—¡Dios! Aún no logro entender como pude ser tan imbécil —de repente, el semblante de Xander cambió. Pasó de estar risueño a estar totalmente abatido.

—Eso ya no importa, cielo. Es agua pasada. Mejor dejarla correr —comentó Shirley, pasando su mano por la mejilla de su esposo—. Iré a cambiarle en pañal a August y a acostarlo a dormir.

Xander presionó el botón de apagado de su portátil en el instante que Shirley atravesó la puerta de la habitación. Aprovechó esos minutos para darle una ojeada a su correo electrónico, y al ver que no había nada importante, decidió darse una ducha para irse a dormir. Sin embargo, al ver que su esposa llegaba a la habitación, sus planes cambiaron por completo. Se puso de pie de un brinco y se acercó a ella.

—Creo que dejamos un asunto pendiente —él deslizó la mano por debajo del camisón de ella.

—¿Ah sí? —dijo Shirley en tono juguetón.

—Siempre me he preguntado: ¿Cuáles eran las fantasías que tenías conmigo, cuando ni siquiera imaginabas conocerme en persona?

—Ni las sabrás —contestó ella, sin poder evitar reírse de su picardía.

—¡Oh vamos! Merezco al menos conocer una —Xander hizo un puchero.

—¿De verdad quieres que te cuente una de mis más secretas fantasías contigo?

—¿Una? ¿Es que hay más de una? —él fingió estar muy sorprendido—. Sí. Si quiero que me la cuentes.

—Bien —ella asintió.

Con delicadeza, le dio un empujón a su esposo y este cayó de espaldas sobre la cama. Shirley se mordió el labio y lo miró con lascivia.

»Desnúdate —demandó.

—¿Cómo? ¿Así sin más? —Xander se sintió un poco confundido.

Shirley asintió con la cabeza con total seguridad, así que él procedió a obedecer. Se quitó la camiseta y el pantalón, quedando solo con un ajustado bóxer de color verde.

—¿Y ahora qué? —él se encogió de hombros.

—Todo —ella hizo un ademán, señalando su entrepiernas.

—¡Caramba! Te gusta todo fácil —bromeó de nuevo—. De acuerdo—. Xander hizo lo que le pedían, quedando tal cual lo trajo Dios al mundo.

Shirley tragó saliva y sintió como un ardor se apoderaba de su zona íntima.

—Tócate —murmuró ella.

Xander levantó una ceja.

—¿Estás hablando en serio? —indagó él. Jamás se había tocado para una mujer, siempre ellas se tocaban para él. Se sintió un poco incómodo y eso lo notó Shirley.

—Sabía que era una locura. Déjalo...

—No, no, no. No es ninguna locura, es solo que... ¿esta es una de tus fantasías? —entrecerró los ojos al mirarla. Necesitaba saberlo.

—Sí —ella no pudo evitar bajar el rostro y clavar la mirada en el suelo. Se sintió muy apenada.

—¡Por Dios! ¡Me he casado con una perversa! —dijo él, con fingido asombro.

Shirley estalló en carcajadas, pero solo reía para disimular el ataque de nervios que tenía.

—Dejémoslo así, yo... —Shirley estaba roja como tomate.

—Estoy bromeando, cielo. Si vamos a estar juntos por el resto de nuestras vidas, hagamos que valga la pena.

—Pero es que yo solo te estoy diciendo... —se calló de golpe al ver que su marido comenzaba a masajear su miembro frente a ella. De arriba hacia abajo.

Xander dejó escapar un gemido y Shirley jadeó ante la imagen que contemplaban sus ojos. Siempre había imaginado a ese hombre, tocándose para ella y no había nada más excitante que eso.

—¿Piensas dejarme solo en esto? —dijo él, haciendo un gesto con la cabeza, señalando su poderosa erección.

Ella entendió el mensaje de inmediato y comenzó a mover sus caderas con sensualidad, a la vez que se despojaba de su camisón. Lentamente se deshizo del sujetador y sus voluptuosos pechos quedaron a la vista de Xander, quien siseó y tragó saliva mientras continuaba masturbándose. Shirley se inclinó a medida que se bajaba las bragas, sus pechos traviosos danzaron al movimiento y una gotita de líquido seminal, corrió por el glande de Xander, haciéndolo gruñir de deseo.

»Ven acá —jadeó él.

Shirley negó con la cabeza, a la vez que masajeaba sus senos con sus manos y se mordía el labio.

—Quiero ver hasta dónde eres capaz de resistir. Sigue tocándote para mí —demandó ella.

Xander dejó caer su cabeza hacia atrás, entregándose al placer que le proporcionaba su propia mano. Shirley dio dos pasos, para acercarse a la cama, y se detuvo para observar como su hombre se estremecía ante las caricias que él mismo se daba. ¡Dios! Era lo más erótico que había visto nunca. Ella se llevó la mano hacia su entrepierna y se dio cuenta que estaba muy mojada... deseosa de alimentarse con esa bestia que se erguía para ella.

Él la miró, y con una súplica silenciosa se lo pidió. Necesitaba enterrarse en ella, sentirla vibrar y llenarse de él.

Shirley subió a la cama y trepó sobre Xander, a gatas, hasta situarse a nivel de su abdomen. Xander sujetó esos deliciosos pechos, y sin perder tiempo, los succionó y lamió. Ella se aferró al cabello de su marido y se dejó caer sobre él. Con la otra mano, sujetó el pene de su esposo y sin tener que pensárselo mucho, se empaló con él.

Xander sujetó a su esposa de la cintura, y se acomodó para dejar que fuese ella quien lo cabalgara. Al fin de cuentas, era su fantasía, así que debía ser ella quien llevara las riendas.

Shirley gimió y se dispuso a cabalgarlo. Le fascinaba sentirlo tan profundo, dentro de ella. Se aferró con fuerza al hombro de Xander...

De repente, ella se detuvo y miró hacia la puerta de la habitación. Él jadeó y se movió, animándola a seguirle dando placer, pero ella no lo hizo. Se quedó inmóvil.

—¿Qué sucede? —preguntó él, con la respiración entrecortada.

El llanto inoportuno de un bebé, hizo que toda la pasión y la libido, se esfumaran de golpe. Shirley se apartó de su esposo con un movimiento raudo.

—August. Se despertó —dijo ella, jadeando.

El padre dejó caer su cabeza hacia atrás, sintiéndose muy frustrado.

—Ya me di cuenta —él farfulló una palabrota—. Ve —le dijo a su esposa—. Yo iré a darme una ducha con agua fría.

Sintió que le arrancaban el corazón del pecho al mirar por la ventana y ver como esa bella ciudad se hacía pequeña. Londres se convirtió en su segundo hogar, y aunque le costara reconocerlo, la sentía más cercana de lo que alguna vez sintió a su natal Caracas. No porque no amará a su país, ni porque no se sintiera orgullosa de ser venezolana, sino porque en los últimos años habían sucedido tantas cosas en torno a la gestión administrativa de país, que a veces le daba vergüenza reconocer que era de un país donde los líderes políticos hacían lo que le daba la gana con su gente. Si Simón Bolívar resucitaba, se volvía a morir, de tristeza y decepción, al ver la desidia en la que sumergieron su bello tricolor. Al menos eso era lo que pensaba Shirley.

Sí. Dejar su ciudad era duro, pero más difícil era despedirse de su esposo, sabiendo que no lo vería en un par de semanas. Era muy difícil. Desde que Xander la fue a buscar en Venezuela, y de eso ya hace casi diez meses, no se había separado de su amado. Sin embargo, Shirley estaba consciente de que ese día llegaría tarde o temprano. El día en que tuvieran que regresar a la realidad de sus vidas. Volver al trabajo.

Dos semanas atrás, Shirley obtuvo su licenciatura en arte dramático y,

como lo dijo Xander de manera chistosa durante la cena de celebración, ya era oficialmente su colega. Granderson la llevó a cenar en uno de los restaurantes más exclusivos de Londres. Velada que compartieron junto a Vincent Hoffman, Scott Redman, Anette Reagan y su esposo, Matías Santonini, además de la presencia de los compañeros de Shirley, Christopher, Olivia, Ruth y Margaret. Todos recién egresados de la Academia de Música y Arte Dramático de Londres.

Ella fue la única en graduarse con una oferta para una película en Hollywood y dos propuestas para protagonizar dos obras de teatros que se llevarían a cabo, el año entrante en *West End*. Al parecer, ser la esposa de Xander Granderson le abría muchas puertas. Pero si algo debían tener claro, quienes la veían actuando, era que dicha influencia no era necesaria, pues Shirley Sandoval era una excelente actriz, por sí sola.

Y una clara evidencia, era que Peter Hook quedó cautivado con la calidad interpretativa de ella en cuanto la vio en aquella audición, cinco meses atrás.

En ese momento viajaba rumbo a los Estados Unidos, a grabar su primera película, la que sin lugar a dudas sería la que ayudaría a despegar su carrera como actriz. Serían seis largos meses de filmaciones, lejos de sus amigos y parientes, pero sabía muy dentro de sí, que valdría la pena. Xander viajaría cada cierto tiempo a verla, por no decir que ese fin de semana al mes, era una promesa entre ambos. Ella también aprovecharía cualquier momento para viajar a ver a su marido. En ese momento, dio gracias Dios que August fuese un bebé tan tranquilo. En las dos oportunidades que lo llevó de viaje (la primera vez a Venezuela a conocer a sus abuelos, la segunda a Escocia para la boda), se comportó a la altura. La mayoría del tiempo se la pasó durmiendo, y cuando no dormía, comía. La vida de los bebés es fascinante.

El viaje transcurrió muy tranquilo. Viajar en primera clase era un lujo necesario, y más si viajaba sola con su pequeño. Gracias a Dios, su madre estaría esperándola en el LAX de Los Ángeles, pues la señora Gabriela había llegado dos días antes que su hija, a fin de organizarlo todo para la llegada de

Shirley. Los tres, Shirley, Gabriela y August, se hospedarían en *Magic Castle Hotel*. Un lugar precioso, dispuesto en apartamentos, lo que les permitía sentir la comodidad del hogar, con las atenciones de un hotel de lujo. Así lo quiso Xander, quien fue muy específico con el gerente a la hora de hacer la reservación. Quería que su esposa, su hijo y su suegra, fueran atendidos de la mejor manera posible.

El vuelo 283 de *British Airways* aterrizó a las 7:15 pm. Hora local de California.

Shirley bajó del avión sin perder tiempo, mientras una azafata la ayudaba con las cosas del bebé, a la vez que ella lo llevaba en brazos. August estaba profundamente dormido.

Gabriela, quien esperaba en el área de *Duty Free*, comenzaba a sentirse un poco impaciente. Tenía casi tres horas allí, esperando a su hija y a su nieto. En cuanto la vio atravesar la puerta de arriba, se levantó de su asiento y fue a su encuentro. Se abalanzó sobre ella, abrazándola con cuidado de no despertar a August, en cuanto la tuvo cerca.

—¿Qué tal estuvo el viaje? —preguntó con su particular tono maternal.

—Bastante tranquilo —Shirley sonrió y se giró hacia la amable azafata que la ayudaba cargando la silla portabebés y un bolso de mano—. Muchísimas gracias —le dijo.

—No se preocupe. Ha sido un completo placer —dijo la señorita que llevaba un gafete con el nombre Kelly Johnson.

Detrás de ellas, un chico de aproximadamente veinte años, que arrastraba un carrito con las cinco valijas de Shirley y otros objetos del bebé, como un cochecito plegado.

Gabriela tomó las cosas que tenía la azafata y le agradeció una vez más su amabilidad. Sin perder tiempo, se fueron al hotel.

Xander se removió entre las sabanas, no lograba conciliar el sueño. Miró el reloj en la mesita de noche. Eran las 2:20 de la madrugada, y se suponía que Shirley ya debía haber llegado a Los Ángeles, debería haberle avisado ya. Él le escribió varias veces, pero no obtuvo respuesta. Imaginó que tal vez se había quedado sin batería, o que no tenía señal. Sí. Posiblemente era eso. Tenía que aferrarse a algo para no perder la cabeza.

Su móvil vibró, así que él lo tomó como quien sujeta una reliquia invaluable.

Hemos llegado. Estamos bien. Te amo.

Leyó y sintió que le volvía el alma al cuerpo. Intentó llamarla para oírla, pero la llamada fue desviada al buzón de voz luego de varios tonos de repique. Imaginó que su esposa tal vez estaría un poco ocupada con ese montón de maletas que llevaba, el bebé y todos los tediosos procedimientos de inmigración que debía pasar para entrar al país, así que no insistió otra vez. Con saber que ella estaba bien, era suficiente para poder dormir en paz.

Shirley, junto a su madre y su hijo, llegaron al hotel y fueron recibidos por un amable joven llamado Roberto Díaz, al menos eso decía en su gafete, pero él insistió en que le dijeran Bob. Él era el asistente del gerente y les indicó que sería el encargado de hacerlas sentir como en casa. Xander se aseguró de contratar todos los servicios al momento de hacer la reservación. Él se hospedó en una oportunidad allí y quedó encantado con la atención prestada, por lo tanto, le pareció el lugar indicado para su esposa, su suegra y su pequeño.

Un departamento de dos habitaciones, tres baños, sala de estar, cocina y comedor mediano, todo, a su completa disponibilidad. Era un lugar precioso, con ese aire hogareño que tanto le fascinaba a la señora Granderson.

La habitación de Shirley había sido dotada con una linda cunita y algunos

objetos de uso personal para el bebé.

—El señor Granderson nos dio indicaciones muy específicas —comentó Roberto al notar la sonrisa de Shirley.

—Muchas gracias. Esto es hermoso —dijo ella.

—Estamos para servirle —respondió el muchacho e inclinó un poco la cabeza. Shirley se sintió un poco incomoda, pues le pareció un gesto muy de “amo-esclavo”.

—No es necesario tanto protocolo, Bob. Si voy a estar acá la mitad del año, quiero que tengamos una relación muy relajada. No sé si me entiendes.

—Completamente, señorita —dijo él.

—Señora —le corrigió Shirley soltó una risita, enseñándole el anillo que llevaba en el dedo—. Desde hace más o menos un mes —agregó.

—Cierto. Discúlpeme señora Granderson —dijo Bob y sin poder evitarlo volvió a inclinar su cabeza un poco.

—No hagas eso —comentó Shirley—. Me agrada que seas amable, pero no es necesaria la pleitesía. Soy una persona normal, como tú —dijo ella e introdujo un billete de \$100 en el bolsillo de la chaqueta del empleado.

—No señora —el joven metió su mano en el bolsillo y sacó el billete—. No es necesaria la propina. La atenderé personalmente, y para mi será un honor hacerlo —le dio el billete a ella—. Por favor, si necesita algo más, hágamelo saber. Junto al teléfono que está en la cocina, le dejo el número de la extensión directa para que se comuniqué conmigo. Señora —inclinó su cabeza en dirección a la señora Gabriela. Shirley puso los ojos en blanco al percatarse de que ese gesto, al parecer, era algo automático en el chico—. Que tengan buenas noches.

—¡Vaya! Tu marido sí que no escatima en gastos cuando se trata de ti —expresó Gabriela y soltó un silbido.

—No lo hace por mí, mamá, sino por August.

—Ajá —comentó la madre mientras caminaba por el departamento, explorándolo, con su nieto entre brazos—. No sabía que August comía

chocolates ni que se deleitaba con rosas ni que leía tarjetitas dedicadas —dijo Gabriela al ver el hermoso detalle en la mesita de noche de la habitación que ocuparía su hija.

—¿Qué dices? —Indagó Shirley, atravesando la puerta de la habitación—. Déjame ver —se acercó a su madre y vio el ramo de flores. Sin perder tiempo, tomó la tarjetita y la abrió.

Ya comienzo a extrañarte.

Te amo.

X.

Shirley sonrió y sintió su corazón palpar acelerado. Amaba ese tipo de detalles por parte de su esposo. Desde que habían vuelto a estar juntos, él se encargó de llenarla de mimos y preciosos obsequios. Muestras del más puro romanticismo que lo caracterizaba.

—Iré a cambiarle el pañal a August —la voz de su madre la sacó del ensueño en el que estaba. Shirley sacudió su cabeza—. Date una ducha. Yo llamaré a Bob para que nos traigan algo de comer.

El timbre sonó una, dos... tres veces. Xander abrió los ojos de golpe y giró su cabeza lo suficiente para ver el reloj que estaba en su mesita de noche. 9:08 am. De un brinco salió de la cama, a la vez que farfullaba un impropio al percatarse que la alarma de su móvil no sonó.

Una vez más, el timbre se escuchó.

—Mierda, mierda, mierda —masculló y bajó las escaleras a toda prisa.

Mientras caminaba pudo distinguir la silueta de su amigo, Aaron, a través del cristal de la puerta, así que no tuvo que ver por la mirilla. Abrió.

—¿Aun durmiendo? —Aaron se sorprendió mucho, pues Xander no acostumbraba a dormir hasta tarde. Siete de la mañana era lo más tarde que él se levantaba de la cama.

—Mi alarma no sonó —contestó él—. Me quedé dormido a eso de las tres de la madrugada.

—¿Y por qué? —indagó Aaron.

—Esperando que Shirley me escribiera diciendo que llegó a Los Ángeles.

—¡Oh! Cierto. ¿Y qué tal?

—Todo bien —respondió Xander, pasándose la mano por la cara y bostezando.

—Ve a darte una ducha, hombre. Sacúdete la pereza —le dijo el agente y publicista.

—Déjame poner la cafetera...

—Deja. Yo lo hago. Ve a...

—De acuerdo, de acuerdo. No tienes que repetirlo. El mío con mayonesa y tomate —dijo Xander antes de subir las escaleras.

—¿De qué coño hablas? —preguntó Aaron, arqueando la ceja.

—De mi emparedado. Con poca mostaza —agregó Xander desde la planta de arriba.

—No abuses. No soy el chico del servicio —gritó Aaron desde la cocina. Xander rió mientras se despojaba de su ropa y se metía bajo el chorro de agua tibia.

Aaron preparó café, echó un vistazo al refrigerador y vio que estaba dotado de todo tipo de cosas, desde papillas de frutas para el bebé, hasta cervezas alemanas para Xander. Se vio tentado a destapar una y bebérsela, pero se dijo a si mismo que era muy temprano para hacerlo. Sacó pan y unas cuantas cosas más para rellenar los emparedados. Él tampoco había desayunado así que vio la oportunidad perfecta para auto invitarse a comer en casa de los Granderson.

Xander se unió a su amigo luego de diez minutos, y ambos desayunaron mientras conversaban acerca de las nuevas pautas que había agregado el estudio al contrato de Granderson. La renovación de la serie para una nueva

temporada era un hecho.

—Ya redacté tu nuevo contrato y el de Shirley, tomando en cuenta sus nuevas exigencias —le hizo saber en cuanto se sentaron en el sofá de la sala.

—¡Genial! Déjame verlos —solicitó Xander.

Aaron le entregó las dos carpetas.

—Préstame el sanitario —el publicista se puso de pie de un salto.

—¡Por Dios! ¿Cuándo dejarás de hacer eso? —bramó Xander.

—Cuando me familiarice con tu nueva casa.

Xander puso los ojos en blanco.

»¿Me vas a ayudar a categorizar a los nuevos clientes? —Aaron lanzó la pregunta mientras se alejaba.

—Por supuesto. ¿Dónde están los expedientes? —inquirió Xander.

—En la caja —respondió su amigo, desde el baño.

Xander dejó a un lado su nuevo contrato y el de Shirley, y se dispuso a ojear un poco los perfiles de los futuros clientes de Aaron. Había decenas de carpetas.

—Son bastantes. ¿Cuántos aproximadamente? —preguntó, elevando la voz para que su amigo lo oyera.

—Por ahora, solo 75 —respondió la voz a lo lejos.

Xander dejó escapar un silbido.

—¡Joder, Aaron! Vas a tener que contratar a más personal —comentó y tomó una carpeta al azar, del montón.

—Sí. El lunes entrevistaré a diez, y el martes a diez más, entre publicistas, asesores de imagen, asistentes y agentes...

Xander dejó de oír las palabras de Aaron, pues su cerebro se enfocó en la fotografía que había en una de los expedientes. Sintió un escalofrío y supo que ese expediente, o mejor dicho, la persona a quien le pertenecía ese expediente, solo le traería problemas a su vida.

»¡Oye! Se acabó el jabón para manos... —Aaron dejó de hablar al notar que Xander tenía la mirada fija sobre el papel que sujetaba en su mano—. ¿Qué

pasa? —preguntó.

—¿Adeline Richards? —Musitó Xander.

Wickerman cerró los ojos con fuerza al recordar que no le había dicho nada a su amigo.

—¡Mierda! —Dijo entre dientes—. Se me olvidó decírtelo.

Xander lo fulminó con la mirada.

—¿Se te olvidó decirme? ¿Pero de qué coño estás hablando?

—¡Hey! ¡Hey! Un momento. No perdamos la cabeza —el ahora manager de Granderson se acercó a su cliente—. Déjame explicártelo.

—¿Explicarme qué? ¿Qué quieres ser el manager de mi ex novia y de mi esposa a la vez? ¿Te has vuelto loco? ¡También eres mi representante!

—Xander, por favor, déjame hablar...

—No lo entiendo, Aaron. Has estado empeñado en esto desde hace un par de meses. Desde aquella cena, donde planeaste esa encerrona para que ella y yo nos reencontráramos...

—Xander, sabes que no haría esto si no...

—¿Si no supieras lo que haces? —él completó la frase—. ¿Y qué coño es lo que estás haciendo? Nunca he estado en contra de una de tus decisiones. De hecho, siempre he creído que, después de Redman, eres la persona más acertada en este mundo, para descubrir nuevos talentos, pero...

—No debemos mezclar nuestra vida personal con el trabajo, Xander. Porque eso es lo que es: Trabajo.

—¡Eres el representante de mi esposa! ¡De la madre de mi hijo! ¿Cómo crees que va a reaccionar ella al ver a Adeline llegando a una de tus reuniones mensuales con clientes?

—Hablaré con Shirley y le explicaré la situación —indicó Aaron.

—¿Entonces es un hecho? ¿Ya tomaste la decisión?

—Xander, por favor, óyeme...

—¡Joder! ¿Pero porque estas tan empeñado?

—No pienso dejar ir a un cliente potencial, solo porque tú no eres capaz

de superar el hecho que te dejó por otro —Wickerman levantó la voz.

—¿Cómo? ¡No es por eso, Aaron! Es porque es mi ex novia. Ha sido mi única pareja dentro del medio, mi relación más destacada. Todo el mundo hablaba de nosotros. Es como si pretendieras meter a Angelina Jolie y a Jennifer Aniston, juntas, en la misma habitación. ¡Es una locura! —la última palabra la dijo gritando.

—Es distinto. Tú ya no estabas con Adeline cuando conociste a Shirley.

—Son mi ex y mi esposa. Es la misma tensión. ¿Piensas someterme a eso?

—No puedo, Xander. No puedo dejarla ir. Adeline es una actriz súper talentosa, con una prometedora carrera, y despidió a su agente cuando supo que yo lanzaría mi propia firma. Ella confió en mí, así que yo confío en ella. Fin de la discusión.

—¡Mírate! La forma en que hablas de ella, con tanta pasión y entrega. Es como si... —Xander se detuvo y se acercó a Aaron, quien repente bajó la mirada y demostró nerviosismo—. Es como si... —Xander lo miró con detenimiento y se inclinó un poco para buscar la mirada de su amigo, pero éste parecía muy decidido a no establecer ningún contacto visual—. ¡Oh por Dios! —Granderson se llevó una mano a la cabeza—. ¿Desde hace cuánto?

—¿Desde hace cuánto qué? —Aaron levantó la mirada y miró a Xander con notable confusión.

—¿Desde hace cuánto te acuestas con ella?

—¿Qué? ¿Pero qué estás diciendo? Yo no...

—¿Desde hace cuánto te acuestas con ella? —Xander repitió la pregunta, con insistencia.

—Desde hace mes y medio —Aaron masculló la respuesta.

Xander se llevó la otra mano a la cabeza.

—¡La madre que te parió! ¿Cuándo coño pensabas decírmelo? ¡No! ¿Por qué diablos no me lo habías dicho?

—¿Qué querías que te dijera? ¡Hey, Xander! Me estoy follando a tu ex

novia. ¡Mira cómo te has puesto al saber que voy a representarla!

Xander se sentó de golpe en el sofá y enterró su rostro entre sus manos.

»Deja que yo me encargué de Shirley. Yo hablaré con ella y le plantearé la situación.

Granderson negó con la cabeza sin cambiar su postura corporal.

—Esto va a acabar muy mal —murmuró—. Muy, muy, muy mal.



Capítulo 3

Los Angeles, California.

Los ojos de Shirley se llenaron de fascinación a medida que se adentraba más en los estudios de Hollywood. Se sentía dentro de un sueño. Todo era increíble. Una semana completa transcurrió desde su llegada a Los Ángeles, pero ella sentía que solo habían pasado horas, pues con cada segundo que pasaba y con cada cosa nueva que veía, parecía ser que California tenía un sinfín de sorpresas que ofrecerle.

Xander la llamó todas y cada una de las noches. Para él era un poco difícil adaptarse a la diferencia de horarios, pero programó varias alarmas en su móvil para recordar la hora que podía llamar a su esposa.

Shirley aprovechó esos días, mientras el estudio terminaba de finiquitar los detalles para la filmación, para visitar el paseo de la fama, donde se tomó un montón de fotos, junto a las estrellas de grandes como: Michael Jackson, Madonna, Meryl Streep, Anthony Hopkins, Julie Andrews, entre otros. No pudo evitar fantasear con el día en que su propia estrella fuese develada frente a todos, bueno, si la vida le daba la oportunidad de eso, después de todo, soñar es gratis, así que no se limitó al hacerlo. Paseó también, junto a su madre y su bebé, por las preciosas playas de *Sunset Boulevard*, y no faltó el paparazzi impertinente que la fotografiara e hiciera preguntas personales acerca de ella y Xander. Shirley era una experta lidiando con las cámaras y el ojo público, así que logró salir airoso de los tres encuentros incómodos que tuvo que soportar mientras lo único que deseaba era despejarse un poco antes del trabajo que le tocaba comenzar en pocos días.

Gabriela se divirtió de lo lindo en los Studios Universal de Hollywood, donde tuvo que disfrutar de algunas atracciones, sola, porque August estaba muy pequeño para poder disfrutar de ellas, por lo tanto Shirley se quedaba con él afuera, esperando a su madre mientras esta disfrutaba. De igual manera,

Shirley disfrutaba viendo a su madre tan feliz.

La visita al zoológico fue una de las experiencias más encantadoras que Shirley pudo vivir. Ver la manera en que August reía al ver a cada uno de los animales, sin duda, era un recuerdo que, como madre, iba a atesorar.

También visitaron el Museo *Madame Tussauds*, donde se encontraron con un busto de Xander, pero en uno de sus personajes más icónicos en la gran pantalla. Fue muy gracioso ver a August diciendo “papá” y queriendo abrazar al maniquí de cera.

Las “vacaciones” previas llegaron a su fin, y ese día era el primero, de muchos, que tendría que compartir con actores, directores, productores, asesores y asistentes de Alkar Picture.

—Señorita Sandoval —la voz de una amable mujer, le dio la bienvenida. Shirley sonrió con algo de timidez.

—Granderson. Señora Granderson —la corrigió.

—¡Oh! Lo siento —la mujer se mostró algo apenada—. Soy Alisson Wayans. Seré su asistente personal, durante el tiempo que dure la filmación. Sígame, por favor. La llevaré a su camerino.

—¡Wow! ¿Tendré mi propio camerino?

—Por supuesto señorita San... —se calló—. Señora Granderson — corrigió.

—Dime Shirley, por favor.

—De acuerdo, Shirley. Se le ha asignado su propio camerino, y además, hemos instalado una cuna y un espacio de juegos para su bebé, tal cual especificó su agente.

Shirley sonrió con amplitud. Aaron, sin lugar a dudas, era excelente haciendo su trabajo. Se aseguró de que le ofrecieran todas las comodidades posibles. Aunque era evidente que, Xander estaba también metido hasta el cuello en ese asunto. Él era especialista usando sus influencias y contactos en beneficio de ella.

Llegaron a una puerta de madera que decía: Shirley Sandoval. Y la

emoción que sintió fue tan grande, que no quiso empañar el momento haciendo correcciones.

—Espero no haber llegado tarde —comentó ella, al ver a Peter Hook, director de la película a través del cristal de la ventana de lo que parecía ser su oficina, reunido con algunas personas.

—No, tranquila. El señor Hook se ha reunido con los escritores y guionistas para hacer unas modificaciones al libreto, antes de reunirse con ustedes. Además, todavía faltan por llegar algunos miembros del reparto.

Gabriela, quien llevaba a August en los brazos, entró primero al camerino, seguida de Shirley y Alisson

»Póngase cómoda. Vendré por usted en diez minutos —dijo la asistente y se retiró.

La madre de Shirley soltó un silbido.

—¡Vaya! ¡Camerino propio! —dijo Gabriela.

—Estoy segura que Xander metió la mano en esto.

—Sea como sea, esto es precioso. Un lujo completo —comentó la madre, mirando su entorno. August balbuceó.

—¡Es demasiado, mamá! Y me aterra —confesó Shirley.

—¿Te aterra? ¿Por qué?

—Todo ha sucedido tan deprisa, que a veces tengo miedo de despertar y que todo sea un sueño.

—Pues te aseguro que no es un sueño. Es muy real. Tan real como el hecho que tengo que cambiarle el pañal a mi nieto —Gabriela hizo un gesto de asco y miró al bebé. August soltó una carcajada.

—Déjame. Yo lo hago —Shirley extendió sus brazos para sujetar a su hijo.

Se dispuso a cambiarle el pañal a su pequeño, mientras su madre toqueteaba todo cuanto pudo en el camerino.

—¡*Self service* de frutos secos! —Gabriela se oyó muy excitada, y no era para menos. Le fascinaban los anacardos. Era adicta a ellos.

—Creo que después de todo, este no es mi camerino sino el tuyo — bromeó Shirley al ver como su madre se llenaba los puños de maní, almendras y pistachos, y comía con deleite.

La puerta sonó y la voz de Alisson Wayans le indicó a Shirley que llegó la hora de la reunión con el resto del equipo de trabajo. La señora Granderson le entregó su bebé a su madre y salió apresurada hacia el lugar a donde la guiaba su asistente personal.

Llegaron a una especie de sala de conferencias, donde había varias personas. Los ojos de Shirley se abrieron con sorpresa, al reconocer a uno de los actores, entre los presente.

—¡Ian! —dijo ella, sin poder esconder la emoción de ver un rostro familiar.

El nombrado se puso de pie, en un salto y se acercó a ella para abrazarla con notable cariño.

—¡Shirley! Me alegra mucho verte por acá. ¿Cuándo llegaste a la ciudad? —preguntó él.

—Hace casi una semana —respondió ella.

—¿Y no me avisaste? Podríamos haber ido a tomarnos un café.

—Lo siento, pero no tengo tu número. Además, no ando sola.

—¡Oh! ¿Has venido con Xander?

—No. Con mi madre y mi hijo.

—Muy bien, chicos —la voz de Peter Hook los hizo percatarse de que había más personas presentes allí —, aunque me encanta que mis actores fraternicen de esta manera... es necesario que comencemos con la reunión.

Ian y Shirley sonrieron con vergüenza. Sin querer, se habían comportado como un par de muchachitos de prepa que se reencuentran después de tanto tiempo.

La reunión dio inicio, y uno a uno se fueron presentando los actores. La única que no tenía experiencia en cine era Shirley, pues el resto, ya tenían un largo trecho recorrido en el mundo del séptimo arte. El reparto estaba

compuesto por Annie Black, una bella jovencita de rasgos latino, de 14 años de edad, que en la película le correspondería ser la hermana menor del personaje que le tocaba representar a Shirley. A Ian Ducchers le correspondía interpretar a un soldado en la guerra de Vietnam, y que a su vez era el esposo del personaje de Shirley. Lo que significaba que tendrían que pasar mucho tiempo juntos, a fin de afianzar una buena química entre ambos. También estaban, John Allen y Morgan Fisher, ambos ganadores del premio de la Academia, quienes interpretarían el papel de un general y un teniente, respectivamente. Junto a ellos, también Maverick Torres, Abel Donald y Sarah Simons, quienes tendrían papeles secundarios, pero de gran relevancia para la trama. La primera, representaría a la hermana mayor del personaje de Ian, el segundo, sería un médico de guerra, y por último, a Simons le tocaba ser una prostituta con quien el personaje de Ian tendría un amorío durante su estancia en Vietnam.

La trama de la película giraba en torno a un drama bélico. Y en cuanto cada uno de los actores tuvo una copia del libreto corregido, dieron inicio a la lectura del mismo en conjunto.

—De verdad, necesito que sean cien por ciento sinceros conmigo. Si tienen alguna sugerencia, alguna observación con respecto al libreto, díganmelo. Deseo que este trabajo sea de todos, que nos comprometamos de verdad. Que lo sintamos como propio, de cada uno. ¿De acuerdo? —Peter Hook hablaba con total camaradería.

Ian, Shirley, John y Sarah, comentaron algunas sugerencias con respecto a algunos diálogos. Acotaciones que Peter solicitó a los guionistas que tomaran en cuenta.

Al cabo de unos minutos de charlas, lectura de guion y demás acotaciones, la reunión culminó, no sin antes Peter indicar que comenzarían con las pruebas de vestuario esa misma tarde.

Cuando Shirley se disponía a marcharse hacia su camerino, Ian la interceptó.

—¡Felicidades! —soltó él, sin más.

Shirley entrecerró los ojos, notablemente confundida.

—¿Por? —indagó ella.

—Por haber obtenido el papel y por tu boda. ¡Doblemente, felicidades!
—dicho eso, la abrazó.

—Gracias, Ian. De verdad no habría podido unirme a este proyecto si no hubiera sido por ti.

—Nada de eso. Ganaste la audición gracias a tu increíble talento — comentó él—. Por cierto. ¿Dónde está mini Xander? Me gustaría conocerlo.

Shirley rio ante el apodo que Ian usó para referirse a August.

—En mi camerino, con mi madre.

—¡Oh! ¡También conoceré a mi suegra! —el comentario de Ian hizo que Shirley se detuviera en el acto y lo mirará frunciendo el ceño.

—Es broma, Shirley —dijo él—. Nunca me metería con una mujer casada.

—Es bueno saberlo —respondió ella—. Y ya que nos estamos sincerando, debo decir que yo jamás sería capaz de serlo infiel a mi esposo.

Aunque Shirley rio para restarle tensión al momento, no podía negar que la intención de sus palabras eran muy claras. Hacerle saber a Ian, que ella era una mujer de un solo hombre, y que... amaba con locura a ese hombre.

Por otro lado, Ian no pudo evitar sentir que las palabras de Shirley le habían dado un toque de sensualidad a la situación. Él era adicto de lo prohibido. Lo que le dio muchos problemas en el pasado. En ese instante, no pudo evitar clavar su mirada en el firme, redondo y bien proporcionado trasero de la mujer que caminaba por delante de él.

«Ya veremos, Shirley. Ya veremos». Fue el pensamiento de Ian, mientras se mordía el labio e imaginaba a esa mujer desnuda entre sus brazos.

Londres, Inglaterra.

Presionó el botón del control de la alarma y se aseguró que el pitido sonara dos veces, indicando que el auto quedó asegurado. Caminó hacia la puerta y se detuvo un momento antes de abrir, para verificar si tenía algo en el pequeño buzón metálico que estaba al lado de la puerta. Había tres sobre, dos blancos y uno amarillo. Atravesó la puerta principal y dejó las cartas sobre la mesita de la entrada, se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero al lado izquierdo de la entrada.

Siguió de largo hacia la cocina para prepararse algo de comer. Estaba hambriento. Se preparó un emparedado de pavo y se dispuso a comérselo, pero no sin antes buscar los sobres que había recogido antes de entrar a casa. Aprovecharía para revisar su correspondencia mientras almorzaba.

La primera carta que vio, iba dirigida a su esposa, así que le hizo a un lado y continuó con la siguiente. El sobre amarillo tenía como remitente a Scott Redman, y también leyó que estaba dirigido a Shirley. Cuando llegó al tercer sobre y leyó su nombre:

—¡Vaya! ¡Alguien se ha acordado de mí!

Normalmente no recibía cartas en su residencia, pues todas las que le mandaban sus fans, eran enviadas a la dirección de la agencia de Aaron.

Sintió un escalofrío al leer el membrete del documento.

Su malestar se incrementó al leer el cuerpo de dicha carta.

Palabras llenas de intriga, que contenían una amenaza.

Maldijo entre dientes, pues pensaba que ese era un capítulo que había concluido, ocho meses atrás, pero por lo visto, el pasado regresaba para atormentarlo.

Miró su reloj. Era la 1:36 de la tarde. Si se iba de inmediato, lograría llegar a buena hora. Dejó su sándwich a medio comer, tomó las llaves de su auto y su abrigo, y salió como alma que lleva el diablo.

«Al mal paso, es mejor darle prisa».

No se detuvo ni un segundo a pensarlo. Debía salir de eso ya, pues en dos

días viajaría a Los Ángeles para ver a su esposa y a su hijo. No quería dejar ningún asunto pendiente. Además, sabía que posponer cualquier asunto ligado a esa persona, tan solo le traería problemas. Lo mejor era resolver eso de una buena vez.

Puso el auto en marcha y trazó su lugar de destino en su GPS. Tomó el móvil y marcó el número de Aaron.

—Necesito que por favor canceles mi sesión de fotos con *GLAMOUR*, esta tarde —dijo en cuanto su agente contestó.

—¿Sucede algo? Te escucho algo preocupado —Aaron tuvo un mal presentimiento.

—Voy camino a Falfield. Te explicaré todo mañana, cuando regrese.

—¿Mañana? Pero... ¿Qué está pasando?

—No te preocupes. Tan solo encárgate de lo de la sesión esta tarde.

—De acuerdo, como digas. Por favor, cuídate.

Xander pisó el acelerador hasta el fondo en cuanto atravesó *The London Bridge*. Le quedaban dos horas de camino por delante y no quería que el tráfico de la ciudad lo atrapara. Por cada kilómetro que se acercaba a su destino, no podía dejar de pensar y hacer suposiciones. Además que las preguntas se aglomeraban una tras otra en su cabeza, mientras que cada una de las palabras de aquella carta se reproducían en su cabeza.

“Tengo que verte, urgente”.

Esa fue la frase que apertura el mensaje.

“Tanto tú como yo necesitamos solucionar un asunto. Algo que podría destruir tu matrimonio con tan solo chasquear los dedos. Es serio, Xander”.

¿Qué cosa podría ser tan importante, como para que la usará para amenazarlo de esa manera?

“Ven lo antes posible, o será la prensa quien se encargue de todo”.

La advertencia fue tajante, y eso fue lo que hizo que tomará esa determinación. Lo que tenía que decirle era muy gordo, sino ni siquiera pensaría en vincular a los medios. Y siempre que la prensa interfería en uno de

sus asuntos, la cosa terminaba mal, muy mal.

Detuvo el auto, miró su reloj. 4:17 pm. Dos horas con 19 minutos fue lo que tardó en llegar a la prisión femenina *Eastwood Park*.

Atravesó la entrada principal de la penitenciaría, como una exhalación. Un hombre de color, bastante corpulento, lo recibió. Le preguntó en que podría ayudarlo, y sin mucho protocolo, Xander le indicó el nombre de la persona que deseaba ver.

—Firme aquí, por favor —el hombre le puso una libreta frente a él.

Granderson firmó casi que mecánicamente.

—Aguarde aquí —dijo el sujeto—. Vendré por usted en breve.

Xander asintió con la cabeza y prosiguió a sentarse en uno de los asientos metálicos dispuesto para eso.

Al cabo de diez minutos, el mismo hombre que lo había recibido, le hizo una señal para que lo siguiera. Xander lo hizo. Ambos llegaron a una habitación, donde procedieron a revisarlo, desde la punta del pie hasta la última hebra de su cabello. Políticas de la institución.

—Sígueme, por favor —dijo el hombre que lo recibió.

Xander sintió su corazón palpitando a mil por hora. Estar en ese lugar no estaba en sus planes, y de verdad, esperaba no tener que volver nunca más allí.

Caminaron a través de un pasillo de paredes blancas y piso de granito, pulcramente pulido, hasta llegar a una puerta de hierro. El guardia se detuvo antes de abrirla.

»Tiene diez minutos —le dijo a Xander.

Abrió la puerta y se hizo a un lado para que el visitante pasara.

Los ojos de Xander se fijaron en la mesa que tenía al frente, donde estaba alguien, esperándolo. La persona llevaba un suéter azul claro y llevaba el rojizo cabello recogido en una coleta alta.

—¡Vaya! De verdad no creí que fueses a venir —la voz de esa mujer, le revolvió el estómago—. Hace una semana que te envié esa carta. Has tardado mucho.

—Vine en cuanto la recibí —espetó él.

—Te ves muy bien —dijo la mujer.

—Lamento no poder decir lo mismo de ti —soltó Xander, con notable desprecio.

Ella dejó escapar una débil carcajada.

»Creo que fui lo suficientemente claro, la última vez, cuando te dije que no quería verte nunca más. ¿A qué se debe todo esto?

—Me gusta menos que a ti, tener que recurrir a esto —comentó ella con desdén—. Pero eres la única persona que me puede ayudar a solucionarlo.

—¿Y qué te hace creer que voy a ayudarte o a ceder a algo que tú digas?

—La misma razón por la que estás aquí —ella levantó la voz, pero la bajó de inmediato al ver que uno de los guardias hacia amague de acercarse a ella—. Te aterra el solo hecho de pensar verte envuelto en un escándalo. La misma razón por la cual, la tácita amenaza en esa carta te hizo venir hasta acá. Porque te aterra que cumpla con lo que allí digo.

—He venido solo por curiosidad —Xander golpeó la mesa, pero de inmediato se disculpó con el guardia que le lanzó una mirada de advertencia—. Escúchame bien, Roxanne —volvió a su tono de voz habitual—. Sea lo que sea que tienes entre manos, déjame decirte que estás perdiendo tu tiempo. No pienso mover ni un dedo para ayudarte. Y si lo que quieres es que Shirley o yo intercedamos para que reduzcan tu pena, pierdes el tiempo. Pasaras tras las rejas los cinco años que se te han dado, es lo mínimo que te mereces por...

—¡Cállate, Xander! —Roxanne puso los ojos en blanco—. Se me había olvidado lo parlanchín que eres. ¡Dios! Mareas a cualquiera. Si quise que vinieras no era para escuchar tus reproches, sino porque no tengo otra alternativa. No lo hago por mí, sino por... —hizo una pausa, dudosa de terminar la frase—, ella.

—¿Ella? ¿De quién coño estás hablando?

Roxanne soltó un suspiro y lentamente se puso de pie.

Un intenso escalofrío recorrió el cuerpo de Xander, su corazón se

detuvo por fracción de segundo y sintió que la tensión se le bajaba de golpe. Sus ojos se abrieron tanto, que por poco se le salen de las cuencas.

—¡Oh por Dios! —masculló.

Roxanne estaba frente a él, mirándolo fijamente. Xander clavó su mirada sobre la enorme panza de la mujer. Parpadeó un par de veces, deseando que lo que veía no fuera cierto. No. Ella no podía estar...

»Embarazada —dijo él, entre dientes—. Estás embarazada.

—¡Vaya! ¡Qué observador eres! ¿Cómo te has dado cuenta? ¿Por mi enorme panza? ¿O porque me he comportado muy gruñona? —las palabras de Roxanne iban cargadas de sarcasmo.

Xander sacudió su cabeza con fuerza, obligándose a enfocarse.

—No —él la fulminó con la mirada—. No pienso caer en tu juego.

—¿Crees que esto es un juego?

—Sí. Una artimaña muy bien planeada —soltó Xander, con rabia.

—¡Por Dios, Xander! ¿De verdad crees que este par de gorilas —señaló a los guardias cerca de la puerta—, se prestarían para montar semejante engaño?

—¿Por qué ahora? ¿Por qué esperaste tanto tiempo para decírmelo? —él se levantó bruscamente.

—Traté de ponerte en contacto contigo muchas veces, pero todas las cartas que envié, fueron devueltas. Hace tan solo dos semanas, supe que te habías mudado. También intenté hablar con Aaron, pero él se negó a atender mis llamadas.

—No me imagino por qué —comentó él con sarcasmo.

—Cree lo que te dé la gana. Si deseas confiar en mi palabra y evitar el escándalo que se va a armar si esto sale a la luz, bien. Si no, muy bien puedes esperar a que este bebé nazca, hacerle una prueba de paternidad, y que la prensa se regodee con la primicia de saber que tienes un hijo fuera de tu “perfecto” —dibujó las comillas en el aire—, matrimonio.

—No te creo. Ese hijo podría ser de cualquiera —Xander no pudo evitar

hacer el comentario.

—¿En serio? —Ella lo miró con fingida sorpresa—. ¿Crees que mi vida fue escrita por un guionista de un culebrón mexicano? ¿La villana que intenta asesinar a la protagonista, que es descubierta y va a la cárcel, que en su desesperación por no perder a su hombre, finge un embarazo? ¡Por Dios! Si hubiera podido acabar con esto, lo habría hecho desde hace tiempo. Créeme, la idea de verme como una ballena no estaba entre mis planes, y mucho menos tener que vivir mi embarazo encerrada entre cuatro paredes. Tú decides, ofrecerle un hogar a tu hija, o dejar que crezca en un orfanato...

Xander intentó hablar, pero ella no se lo permitió.

»Me dejaran tenerla los primeros cinco meses, pero luego será enviada a un lugar donde le buscaran padres sustitutos, mientras cumplo mi condena.

Él intentó decir algo, pero una vez más, Roxanne se negó a dejarlo hablar.

»Ese es el problema de ser hija única. Mi madre murió hace siete años, Xander. Lo sabes. Y mi padre, sabrá Dios donde estará. Eres el único lazo filial que tendrá esta —se tocó el vientre—, criatura con el mundo exterior. Esta pequeña no tiene la culpa de todas las estupideces que yo he cometido...

Xander frunció el ceño al percibir unas lágrimas saliendo de los ojos de Roxanne. Jamás imaginó poder verla así, tan expuesta.

»No le niegues el derecho de tener un hogar. No lo hagas por mí. Hazlo por ella.

Él se llevó las manos a la cabeza. Se sentía muy abrumado. ¿Un hijo con Roxanne? Ni en sus pesadillas más espantosas lo imaginó. Tuvo algo con esa mujer en una época de despecho. Sí. Era cierto. Hubo un tiempo en el que sintió algo especial por ella, pero de eso hacía más de seis años atrás. La Roxanne con quien se había planteado formalizar su relación, cuando apenas era un actor en ascenso, nunca existió. Él la idealizó, pensando que era la mujer perfecta para él, pero con el paso del tiempo, descubrió que ella era egoísta, manipuladora y muy egocéntrica, que solo le importaba ella misma.

Frente a él, estaba una Roxanne que mostraba un atisbo de aquella mujer de antaño, y se sintió muy confundido, por desear mandarla al carajo, salir de allí y alejarse de todo eso. Continuar con el curso de su vida, tal y como lo tenía planeado, era una idea muy tentadora. Pero por otro lado, su lado de hombre, de padre, le decía a gritos que debía encarar el problema y darle una solución. Aunque intentara hacerse creer a sí mismo que no le creía ni una sola palabra a Roxanne con respecto al hijo que esperaba, no podía evitar sentir dudas. Unas dudas inmensas. No quería arriesgarse a que la prensa se enterara de todo e hiciera festín de su reputación.

—De acuerdo —susurró Xander—. Me haré cargo de todo. Pero, Roxanne... —la nombrada dejó su sonrisa a medias y miró fijamente al hombre frente a ella—, ni una sola palabra de esto a nadie. ¿Me has entendido bien? ¡A nadie!

Los Angeles, California.

La mano de Ian recorrió sutilmente el brazo de Shirley. Posó su mirada sobre esos carnosos labios, que tantas ganas tenía de besar. Ella inclinó su cabeza a un lado y bajó la mirada, clavándola en el suelo. Él sujetó su barbilla y la obligó a verle a los ojos.

—Esto no es correcto —musitó ella—. No debemos...

—Shhh —él la acalló colocándolo dos dedos sobre sus labios—. Nadie tiene porque enterarse. Este será nuestro secreto —dijo y muy despacio se acercó a la boca de ella.

—No... —fue el débil susurro de ella, antes de sentir esos labios en los suyos.

Se sintió muy extraño. No había ni pizca de pasión en ese beso. Los labios se unían de manera mecánica, como si estuvieran siguiendo paso a paso una guía para besar.

—¡Corte! —La voz de Peter los hizo sobresaltarse un poco—. ¿Qué coño ha sido eso?

—Lo siento mucho —farfulló Shirley—. Fue culpa mía. Mi mente no estaba aquí.

—No te preocupes —Ian le dio una palmadita en el hombro—. Nunca sale bien a la primera —él se giró hacia el director—. No lo habíamos practicado. Por eso ha salido tan mal.

—Por favor —Hook se acercó a los actores—. Tiene que parecer que se aman, que se desean —miró a Shirley—. Él es el hombre que has amado por muchos años, y también era el mejor amigo de tu difunto esposo. Hay remordimiento, pero ante todo pasión. Deseas estar con él, pero tu sentido de moralidad no te lo permite. Quiero desesperación en tu mirada —se giró hacia Ian—. Ella es la mujer de tus sueños. La has amado desde que eres un niño, pero sentías gran admiración y respeto por tu amigo. Quiero ver culpabilidad, pero a la vez, mucho deseo. ¡Dios! Si fuera por ti, le arrancas la ropa allí mismo y la haces tuya.

Shirley rio nerviosamente. Ian también.

»No ha sido un chiste —recalcó el director de la película—. Quiero mucha tensión sexual entre ustedes. Mucha. A granel. ¿Me la pueden dar? —agitó los brazos en el aire.

Ambos actores asintieron con la cabeza, como si fuesen un par de niños recibiendo el regaño de sus padres.

»Tómense un descanso —bramó Peter—. Reanudaremos la grabación en treinta minutos.

—Lo siento mucho, Ian. Yo...

—No te preocupes, Shirley. Es normal. No nos hemos puesto de acuerdo para esta escena —él trató de tranquilizarla—. Normalmente charlo con mis co-protagonistas antes de una pauta como esta. Debí hacerlo contigo también.

—Si quieres, vamos a mi camerino y...

—No. Vamos al mío —dijo él. Había una oscura intención en esa

petición.

Ian era extremadamente calculador, y sabía que en el camerino de Shirley estaba su madre y su hijo. No quería mirones.

Shirley dudó unos segundos, pero terminó accediendo. Al fin de cuentas, no tenía razones para desconfiar de Ian, pues nunca se las había dado.

Ambos llegaron al camerino de Ducchers. Era del mismo tamaño que el de ella, solo que se veía más espacioso porque no tenía una cuna en el medio ni todo ese montón de juguetes, ropita de bebe y otros artículos de su hijo. Además, la decoración era muy elegante, minimalista al cien por ciento. Se notaba que Ian era un hombre de gustos sencillos.

—Ponte cómoda. Estaré contigo enseguida —dijo él y pasó de largo hacia el tocador.

Shirley no pudo evitar clavar su mirada sobre una fotografía en blanco y negro que estaba pegada en la parte superior del espejo de la peinadora de Ian. Era una mujer preciosa.

—¿Quién es? —indagó ella al ver que Ian se aproximaba.

Él tenía una toalla entre sus manos, y se las secaba.

—Es mi madre —indicó él—. También era actriz... de *Broadway*. Murió hace tres años.

—¡Oh! Lo siento mucho, Ian. Yo...

—Tranquila. Ya aprendí a vivir con eso —la mirada de Ian se perdió por un instante. De repente, él sacudió con fuerza su cabeza—. Bien. A lo que hemos venido.

—Cierto —Shirley dio un respingón—. De verdad, necesito pedirte disculpas. Lo que pasó en el set fue culpa mía. Yo no tengo mucha experiencia con ese tipo de escenas...

—Es normal, no te preocupes. Suele pasarles a los actores novatos, no tienes porque... —él se calló al notar como Shirley bajaba su mirada y jugueteaba nerviosamente con sus manos—. ¡Lo siento, Shirley! No quise ofenderte.

—No —ella levantó su mirada y le regaló una sonrisa—. No lo has hecho. Tienes razón. Para ser una novata, he tenido mucha suerte. Mira que lograr un papel protagónico tan rápido...

—Te lo merecías —comentó Ian.

—Gracias de todo corazón. No habría logrado esto sin tu ayuda.

—Yo no hice nada. Solo le comenté a Peter que había conocido a una chica en una fiesta, que le había dado su tarjeta y que pronto ella lo contactaría. El resto lo hiciste tú, Shirley.

—Sí, pero si tú no me hubieses recomendado, no estaría aquí.

—¡Joder! Cuando te vi en aquella obra de teatro, quedé fascinado. Eres excelente. Posees esa chispa... —él chasqueó los dedos—, una magia única, ese algo que no poseen las actrices de hoy en día. Era como si estuviese viendo a la mismísima *Audrey Hepburn*...

Shirley arqueó las cejas, sorprendida por tal comentario.

»Posees ese don, ese carisma nato que embelesa. Quiero que tengas dos cosas claras, Shirley —él la sujetó con sutileza de ambos hombros, a la vez que la miraba directamente a los ojos—. Uno. Eres preciosa —Shirley desvió la mirada por un momento. Se sintió muy nerviosa—. Dos. Eres talentosa. Posees una gran arma que te abrirá muchas puertas. Todo lo que logres, lo harás por ti misma. Ten eso claro. ¿De acuerdo?

Ella no entendía a que se debía todo ese discurso de Ian, pero decidió seguirle la corriente y asentir con la cabeza.

»¿Crees que no me he dado cuenta? —Dijo él —«¿Cuenta de que?» Shirley frunció el ceño, pero no dijo nada—. La manera en que te comportas algunas veces, como si no merecieras nada de esto —señaló alrededor—. Piensas que el hecho de ser la esposa de Xander Granderson es lo que ha dado todas estas oportunidades. Y no. No es cierto.

—No puedo negar que es algo que me ha ayudado a llegar lejos —comentó ella.

—Podrías llegar mucho más lejos —soltó él.

—¿De qué hablas? —Shirley se sintió muy confundida.

Ian se quedó callado por unos cuantos segundos.

—Nada. Olvídalo —dijo él, al cabo. Una vez más, sacudió su cabeza—. ¡Ups! Me he vuelto a desviar del tema —soltó una carcajada—. A ver, Shirley. Quiero que seas sincera conmigo, que te abras a mí. Necesito conocerte mejor, para que podamos tener esa... “química explosiva” que está pidiendo Peter. Quiero que me digas. ¿Cómo te gusta besar? ¿Cómo te gusta que te besen? ¿Qué es lo que más te agrada que te hagan en la intimidad? Y esas cosas...

Ella no pudo evitar ponerse roja como un tomate.

»Relájate. Imagina que soy tu mejor amiga, y que estamos en una fiesta de pijamas—él hizo un gesto femenino e imitó la voz de una mujer. Shirley se partió de risa—. ¿Ves? Ya comenzamos a entendernos.

—Pues yo... —ella titubeó.

—El secreto para lograr una buena escena de besos, es no pensárselo mucho, y dejar que fluya. Al fin y al cabo, es solo un beso. De pie —demandó él.

Shirley obedeció en el acto. Se levantó de un brinco.

Él se acercó lo máximo posible a ella y le rodeó la cintura con sus brazos. Ella se tensó un poco.

»Relájate —dijo él, con notable profesionalismo.

—Lo siento, es que esto es nuevo para mí.

—Un beso puede ser suave o rudo, lento o rápido, corto o largo. Lo importantes es lo que se siente, o en nuestro caso, lo que deseamos transmitir —Ian hablaba con una vehemencia increíble—. Para que se sienta real, tan solo tienes que dejarte llevar —musitó él sobre los labios de Shirley.

Ella cerró sus ojos y se dejó embargar por la inesperada sensación del momento.

Ian atrapó el labio inferior de Shirley, entre sus labios y succionó con delicadeza, pasando su lengua lentamente. Ella dejó escapar un gemido. Fue inevitable. Él subió sus manos por la espalda de ella, hasta llegar a su nuca,

donde se detuvo y deslizó los dedos por esa piel que poco a poco se iba erizando. Él cerró los ojos, algo que casi nunca hacía al besar, pues le gustaba ver el placer reflejado en el rostro de cada mujer que besaba, pero esa vez, hubo algo que no pudo controlar. Sintió necesidad.

Las manos de Shirley se pasearon por la parte posterior de los brazos de Ian.

El beso que comenzó siendo sutil, se fue haciendo un poco más demandante. Él se abrió paso por la boca de Shirley, tanteando con su lengua. De repente, ella aprisionó el labio de él entre sus dientes y dio suaves jalones. Sin poder evitarlo, Ian gruñó y se aferró con más fuerza a ella. Él dibujó con su lengua, el contorno del labio superior de ella, mientras sus salivas se mezclaban de una manera excitante.

Se separaron por fracción de segundo para tomar algo de aire, pero enseguida retomaron el beso. Ambos sintieron urgencia y mucho deseo. Lenguas iban y venían, labios se movían armoniosos en una danza desenfrenada de pasión.

Ian quería más, y sin poder evitarlo, posó su mano sobre el seno izquierdo de Shirley y lo estrujó.

Shirley dio un brinco, y de un brusco empujón, se apartó de Ian. Había terror en su rostro.

—¿Pero qué coño ha sido eso? —ella habló con la respiración entrecortada.

Ian soltó una gran bocanada de aire.

—¡Wow! Lo que son capaces de hacer dos cuerpos que se dejan llevar —comentó, también con la respiración entrecortada.

—Eso ha estado mal. Muy mal —Shirley estaba horrorizada.

—¿Pero qué dices? ¡Eso estuvo fabuloso! —los ojos de Ian brillaron.

—No, Ian. Eso es...

—Querida, Shirley... —el río con algo de descaro—, relájate. Eso ha sido solo trabajo. Una manera de hacerte entender que una cosa es lo que

sucede cuando finges sentir algo y otra muy distinta cuando lo sientes de verdad.

—No. Ian, eso no fue un beso actuado. Eso...

—Exacto. Eso es lo que Peter quiere. Que se vea real, y ten por seguro que de ahora en adelante cualquier escena que implique cierto grado de tensión sexual entre nosotros dos... —hizo un gesto señalándola a ella y luego señalándose a sí mismo—, no se verá falso en lo absoluto —le guiñó el ojo y se acercó a la puerta. Se detuvo antes de salir y se giró hacia ella—. Recobra el aliento y encuéntrame en el *set*. Allí estaré —dicho eso, se retiró.

Para Ian eso debía ser algo normal, pues lo hacía con todas las coprotagonistas con quien le tocaba grabar una escena íntima. Era su forma de romper el hielo. Sin embargo, en esa ocasión se sintió extraño. Era como si deseara repetirlo una y otra vez, y no precisamente actuando.

Por otra parte, Shirley se sintió terriblemente mal. Un sentimiento de culpa la embargó. No podía evitar sentirse muy deshonesto. De allí a la China, lo que había hecho se catalogaba como infidelidad, pues las sensaciones que emanaron de ese beso, no fueron para nada profesionales. El temblor de sus piernas y el palpitar acelerado de su corazón lo dejaban claro.



Capítulo 4

En algún lugar, sobre el océano Atlántico.

Miró de nuevo el vaso de vidrio que tenía en la mano, con un movimiento sutil revolvió el líquido amarillento con los pedacitos de hielo que aún quedaban. Tomó una gran bocanada de aire y de un tirón se tomó el último trago de su whisky a las rocas.

—¿Desea que le sirva otro, señor? —la voz de la auxiliar de vuelo hizo que Xander espabilara. Se había perdido entre sus pensamientos.

—No. Estoy bien, gracias —dijo él.

Ya llevaba tres tragos, y aunque deseaba beber hasta embriagarse, perder la consciencia y olvidarse del marrón que se le vendría encima en cuanto le dijera a su esposa que Roxanne iba a tener un hijo de él, no podía hacerlo, pues en un par de minutos estaría aterrizando en el LAX de Los Ángeles. Debía estar en todos sus sentidos para poder lidiar con Shirley, quien de seguro iba a perder la cabeza, tal cual lo hizo Aaron cuando le contó.

Su amigo se carcajeó de risa cuando se lo dijo.

—No. En serio. Dime que fuiste a hacer en Falfield —dejó de reír a duras penas.

Xander lo fulminó con la mirada y no dijo ni media palabra. El silencio incómodo le indicó a Aaron que lo que decía el pobre hombre sentado delante de él, era cierto.

»¡Ostia puta! —Se llevó las manos a la frente—. Lo que me estás diciendo no es una broma —Granderson negó con la cabeza—. ¡Mierda! —masculló Aaron —¿Y cómo fue que sucedió?

—¿En serio quieres que te lo explique? —la cara de Xander fue un poema.

—No. Me refiero a que... —Aaron se levantó de golpe y comenzó a

caminar de un lado al otro, farfullando improperios. Se detuvo y se giró hacia Xander—. ¿Shirley lo sabe?

—No. Y aún no sé cómo voy a decírselo.

—¡Joder, Xander! Esto debemos manejarlo con la mayor discreción posible.

—Sí. Lo sé. Fui claro con Roxanne cuando accedí al trato que me propuso.

—¿Trato que te propuso? ¿De qué hablas?

—Ella dará a luz en una semana, y yo me haré cargo de la niña...

—¡¿Qué?! ¿Acaso te has vuelto loco?

—Era eso o que la niña fuese ubicada en un hogar sustituto con unos completos desconocidos y...

—¡Estas casado! —Aaron lo interrumpió—. No es una decisión que puedas tomar solo.

—No tuve elección. Roxanne me amenazó con decírselo a la prensa. ¡Imagina el hermoso encabezado de los periódicos! Xander Granderson tendrá un hijo con la mujer que ordenó que le dieran una paliza a su actual esposa. Digno de novelón mexicano —la última frase la dijo con mucho sarcasmo.

—Mierda, mierda, mierda —Aaron musitaba sin parar.

—Señor, por favor, abróchese el cinturón —esa voz, de nuevo, lo trajo al presente—. Aterrizaremos en pocos minutos —indicó la señorita.

Xander asintió con la cabeza y procedió a hacer lo que le decían.

Los Angeles, California.

La palabra más esperada por Shirley durante toda la tarde, por fin se oyó.

—Corte —dijo Peter. Claro y fuerte.

No era que a ella no le gustara estar en el set, sino que ese día se sentía muy ansiosa, pues su esposo llegaría en un par de horas y anhelaba mucho

verlo, abrazarlo, besarlo...

Rápidamente se dirigió a su camerino, donde recogería sus cosas para marcharse. Su madre se había quedado en el hotel, con August. Xander no tardaría en llegar y quería estar para recibirlo.

Empujó la puerta y entró, pero en cuanto fijó su mirada en la peinadora que estaba en un lado del lugar, su corazón palpitó acelerado.

—¡XANDER! —exclamó y se lanzó sobre él—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo entraste?

Él se encogió de hombros.

—¿En serio quieres que te diga cómo es que dejaron entrar a Xander Granderson al set de grabaciones de la película donde trabaja su esposa?

Shirley rió nerviosamente y se mordió el labio.

—¡Dios! Te extrañé mucho —dijo ella mientras esparramaba besitos por todo el rostro de su esposo—. Pensaba que llegarías más tarde.

—Adelanté el vuelo un par de horas. Moría de ganas de verte —él sujetó el rostro de ella entre sus manos y la miró fijamente—. Te amo. Nunca lo olvides —dijo él y la besó con intensidad.

Shirley cerró los ojos y se entregó a la pasión que emanaba de Xander. Luego de unos segundos, fue él quien finalizó el beso. La señora Granderson abrió los ojos.

—¡Wow! Si me sigues besando así, se me va a olvidar hasta mi nombre —comentó ella tratando de recuperar el aliento.

Xander se carcajeó.

—*Hey, Lee. Peter desea hablar contigo antes de que...* —una voz proveniente desde la puerta, hizo que los esposos se separaran de golpe—. ¡Oh! Lo siento —dijo Ian notablemente apenado—. No sabía que estabas acompañada. ¿Qué tal, Xander? ¿Cuándo llegaste?

—Hola, Ian —Xander inclinó su cabeza como gesto de saludo—. Llegué hace un par de minutos.

—Lo siento de verdad. No sabía que estabas acá... yo... —Ian clavó su

mirada en el suelo. Si hubiera podido, habría enterrado su cabeza en un hoyo, tal cual un avestruz. Que incomoda situación. Xander lo miraba como si fuera una cucaracha que deseaba pisar.

Muere maldita cucaracha. Muere. Ian se imaginó la situación de una manera muy gráfica, hasta la voz de Xander la recreó con espeluznante precisión. Sacudió su cabeza y se obligó a enfocarse.

Ian carraspeó su garganta.

»Bueno, los dejaré solos para que...

No terminó la frase, pues salió casi que corriendo del lugar.

Xander esperó en silencio, el tiempo suficiente para que Ian se alejara. Girándose hacia Shirley:

—¿Lee?

—¿Qué? —Ella se encogió de hombros.

—¡Joder! Ni yo te he puesto un apodo —Xander se notó indignado.

Shirley chasqueó la lengua.

—Es solo algo entre colegas. No tiene importancia —dijo ella, agitando la mano en el aire, como queriendo restarle importancia al asunto.

—¿Tan colegas son, que ni siquiera se toma la molestia de tocar la puerta?

—Ya le diré que lo que ha hecho está mal —comentó ella y se acercó a su esposo, rodeándole el cuello con sus brazos—. Te ves tan sexy cuando te pones celoso —le dio un beso en la punta de la nariz.

—No son celos, son solo observaciones —soltó él en su defensa.

—Como sea. Espérame aquí. No tardaré —ella le dio otro beso, esta vez en la boca, y se apresuró a ir a ver qué era lo que quería Peter Hook.

Esa noche, una vez en el hotel, luego de pasar un par de horas junto a su pequeño hijo y saludar a su suegra, Xander llevó a Shirley a la habitación que

había reservado previamente antes de llegar al país. Deseaba tener la mayor intimidad posible con su esposa, cosa que en la habitación dúplex que compartía Shirley con su madre, no sería posible. La señora Gabriela se ofreció a hacerse cargo de August esa noche que, Granderson aprovechó para amar a su mujer hasta altas horas de la madrugada.

La rutina de Shirley estaba estructurada de la siguiente manera: A las seis de la mañana despertaba, tomaba un batido energético, que su nutricionista le había recomendado e iba a hacer *footing* por una hora. Xander la acompañó y no perdió la oportunidad de bromear al respecto, pues su esposa no era muy amante de hacer deporte ni entrenar, pero por demanda del estudio, debía procurar hacerse con un poco de masa muscular. Para Xander era un total misterio como Shirley lograba mantener ese cuerpo tan esbelto y provocativo. Bueno, en realidad, para él, así ella tuviera sobrepeso, la seguiría amando con todas sus fuerzas.

Luego de una relajada sesión de trote para Xander, que para Shirley fue realmente ardua, ella se dio una ducha y se dirigió al estudio. Él, por su lado, aprovechó el resto de la mañana para reunirse con unos amigos que estaban en la ciudad también. A la hora del almuerzo, los esposos Granderson se encontraron y comieron en un precioso restaurante cerca del estudio de grabaciones.

La tarde fue igual. Shirley, al estudio y Xander al hotel, a pasar el rato con su hijo.

Fue un fin de semana normal en la vida de los Granderson, con la diferencia de que no estaban en casa.

El domingo llegó y Xander debía regresar esa tarde a Inglaterra. Por suerte, Peter les dio el domingo a todos, para que descansaran, así que Shirley pudo dedicarle esas pocas horas a su esposo. El plan era ir a dar un paseo por la playa

Esa mañana, Shirley se levantó muy temprano y procuró no despertar a Xander. Él se veía muy agotado, y no era para menos. Durante las últimas dos

noches habían hecho de todo, menos dormir.

Ella tomó su cartera y fue en busca de un par de cafés. Muy bien podría haber pedido servicio a la habitación, pero la verdad era que deseaba salir a tomar aire y ver el bello amanecer de California. Se sentía plena y muy feliz. Ese era el efecto que tenía Xander en ella.

El sonido del móvil hizo que Xander abriera los ojos de golpe, para cerrarlos de nuevo a causa de los rayos de sol que entraban por la ventana. Con los ojos cerrados, estiró su mano hacia la mesita de noche y agarró su teléfono. Sin mirar la pantalla, contestó.

—Granderson —dijo él, somnoliento.

—¡Joder! ¿No me digas que te he despertado? —Aaron se oyó apenado.

—No me has despertado —farfulló Xander y abrió los ojos, girándose y viendo que estaba solo en la cama. Miró rápidamente su alrededor y no vio señales de su esposa. Se levantó de la cama—. ¿Qué sucede? —preguntó mientras se cubría con una toalla de la cintura para abajo y caminaba hacia el balcón de la habitación.

—*Ayer, el licenciado Johnson y yo le hicimos una visita a Roxanne y le planteamos las pautas del contrato de confidencialidad, el cual ella firmó sin ninguna oposición. El asunto de su parto será tratado de la manera más discreta posible. Será atendida por los mejores médicos en una instalación privada. Ella no tendrá ningún tipo de contacto posible con el exterior. No debes preocuparte por la prensa ni alguna fuga de información.*

—¿Y los empleados de la penitenciaría? ¿Podemos confiar en ellos?

—*Absolutamente. También hemos logrado un acuerdo con ellos. Lo tenemos cubierto, pero Xander...* —Aaron hizo una pausa dramática—. *¿Qué piensas decirles a los demás, cuando te toque hacerte cargo de la criatura? No puedes esconderle un bebé al mundo.*

—Ya pensaremos luego que vamos a hacer. Por ahora lo que me importa es que no se sepa nada de esto.

—¿Y cómo se lo tomó Shirley?

Silencio.

»¿Xander? ¿Estas allí? ¿Me oyes? —Aaron miró la pantalla del móvil, creyendo que la llamada se había caído, pero no—. ¿Xander? —insistió.

—Aún no se lo digo —respondió Xander.

—¿Qué? Pero Xander, debes decírselo.

—Sí. Lo sé. Es que no sé cómo hacerlo.

—Pues fácil. Se lo dices y ya.

—¡No es fácil! —Xander se exasperó un poco.

Shirley abrió la puerta con sumo cuidado, procurando hacer el mínimo ruido posible, pues no quería despertar a su esposo. El pobre no había descansado bien desde que llegó a la ciudad. Puso los cafés en la mesita de la entrada y miró hacia la cama. Xander no estaba. Giró su mirada hacia el balcón y pudo divisar a su esposo a través de las cortinas blancas que se agitaban con el viento californiano. Sonrió al ver que solo llevaba una toalla y pensó en sorprenderlo por detrás y deslizar sus manos bajo esa única tela que cubría su cuerpo. ¡Dios! Él la ponía millón.

A medida que se acercaba, notó que él hablaba por teléfono con alguien.

—Sí. Lo sé. Es que no sé cómo hacerlo —lo oyó decir.

Le pareció extraño escuchar a su esposo decir eso, pues para él no había nada que fuese difícil. No era del tipo de hombres que se daba por vencido tan fácilmente.

»¡No es fácil! —Xander levantó la voz.

Ella dio un brinco y se preocupó un poco. Xander no se irritaba con facilidad. Supo de inmediato que algo lo perturbaba. Cuando estuvo a punto de

hacer a un lado las cortinas para acercarse a su esposo y de cierto modo darle apoyo moral, aunque no tenía ni idea de que estaba sucediendo, lo siguiente que dijo él, la dejó helada; pasmada en el sitio y con el corazón en un puño.

»¿Cómo diablos pretendes que le diga a mi esposa, que tendré un hijo con otra mujer, y que precisamente, esa mujer fue la que intentó asesinarla?

—*¡Mierda, Xander! Debes decírselo. No puedes ocultárselo.*

—Lo sé, lo sé —se llevó las manos a la cabeza, se sentía muy frustrado —. Pero no sé cómo decírselo —se giró para entrar a la habitación y se quedó de piedra.

Shirley lo miraba con ojos llorosos.

Xander sintió que el mundo se le venía encima.

—Cielo, yo... —balbuceó—, déjame explicártelo.

Aaron, que escuchaba al otro lado de la línea, cerró los ojos con fuerza al percatarse de lo que había sucedido. Shirley había escuchado lo que Xander dijo. Sin más, finalizó la llamada, deseando que su amigo tuviera la fortaleza de afrontar el problemón que se le venía encima.

Shirley dio un paso hacia atrás en cuanto Xander trató de acercarse a ella.

—Mi amor, por favor...

—Dime que lo que acabo de escuchar no es cierto —lo interrumpió ella.

—¿Qué fue lo que oíste? —indagó él, deseando con todas sus fuerzas que ella hubiese escuchado mal.

—Que Roxanne está esperando un hijo tuyo —dijo ella, con voz trémula. ¡Mierda! Había escuchado su confesión a la perfección.

—Te lo puedo explicar todo. Tan solo escúchame... —Xander atropelló las palabras

—¡Oh por Dios! —Chilló ella y se llevó las manos a la boca para no

gritar. Se sentía fuera de sí, con el corazón partido en mil pedazos.

—Te juro que no sabía nada hasta hace tres días... —él trató de explicar.

—¿Lo has sabido desde que llegaste y me lo has ocultado? —ella estaba horrorizada.

—Entiéndeme, por favor. Yo no sabía cómo decírtelo —él se acercó a ella e intentó abrazarla, pero ella no se lo permitió.

—¡No me toques! —Le dio un empujón—. Traté de enterrar eso en el pasado. Traté de olvidar el hecho de que, mientras yo lloraba por ti, como una estúpida, tú te revolcabas con cuanta mujer se te atravesaba —estalló ella—. Traté de engañarme a mí misma, al decirme que lo que tuviste con esa mujer no significaba nada, que tú me amabas a mí.

—Yo te amo a ti —dijo él, con notable desespero.

—¡Por Dios, Xander! De todas las mujeres que pudiste darte el lujo de tener... ¿Tenía que ser ella?

—Lo sé. Sé que fui un imbécil, pero cuando me enteré que estabas saliendo con ese sujeto, Leonardo Ángeles, perdí la cabeza, me volví loco. Pensé que estar con ella, te daría donde más te dolía. ¡Mierda! Fui un completo idiota. Lo sé, pero quería que sintieras mi dolor, mi rabia...

—Yo te fui fiel, aunque no te lo merecías. Yo no me revolqué con el primer hombre que se me atravesó en el camino. Aunque deseé borrarte de mi mente y odiarte, no pude. Te amé con cada fibra de mí ser, cada día y cada noche de mi vida. Mientras tú, tratabas de vengarte de mí, acostándote con medio Hollywood...

—Perdóname, por favor. Yo no tenía idea de que esto podría pasar.

—¡Por supuesto que no lo sabías! —Ella estaba al borde del desmayo—. Y yo tampoco.

Shirley se dejó caer sobre la cama y lloró copiosamente.

A Xander se le partió el corazón y se sintió como el hombre más nefasto del planeta. ¿Cómo era posible que le hiciera tanto daño al ser que más amaba en el mundo? Se arrodilló frente a su esposa y apoyó su cabeza en las rodillas

de ella.

Shirley sentía que le dolía el alma. Pero por más que lo deseara, no podía sentir nada más que amor por ese hombre, frente a ella. Y aunque deseó golpearlo, debido a la furia que sentía, no podía imaginar hacerle daño de ninguna forma. Lo amaba con todo su corazón.

Lloró amargamente durante unos minutos, mientras Xander se aferraba más a ella y murmuraba: —Perdóname, perdóname —entre sollozos.

Ella deslizó sus dedos entre los cabellos de él, y se rindió a lo que sentía en su corazón.

—Te perdono —musitó ella.

Él levantó su mirada, incrédulo de lo que oía.

»Aunque sé que las cosas, de ahora en adelante, no serán igual.

—Nada tiene que cambiar. Yo te amo, y es lo único que importa.

—No, Xander. A veces el amor no es suficiente para mantener los fantasmas del pasado a raya. Siempre regresaran para acecharnos y tratar de dañarnos.

—Yo no permitiré que eso suceda —dijo él, deslizando sus manos por las parte externa de los muslos de ella—. No sé qué haría si no vuelvo a sentir tu piel contra la mía —susurró—. Fui un completo imbécil al tratar de olvidarte entre los brazos de otra mujer —levantó su mirada y la fijó en la de ella—. Pero solo logré comprender una cosa.

—¿Qué cosa? —masculló Shirley.

—Nadie me besa como tú, nadie me toca como tú, nadie me hace sentir como tú. Me di cuenta que eres irremplazable para mí, que no podría vivir sin ti, y que si tu no estas a mi lado...

—*Sssh*. Ya cállate. No digas esas cosas —ella lo acalló poniendo un dedo sobre sus labios.

Lentamente, él se puso de pie, tomó la quijada de ella con sutileza, se inclinó y estampó sus labios contra los suyos. Le supo a gloria. La saboreó con ternura, mientras la recostaba sobre la cama.

—Mi corazón late solo por ti —dijo él, deteniéndose sobre la boca de Shirley.

Despacio, sin ninguna prisa, deslizó sus manos por el cuerpo de su mujer, hasta meterlas por debajo de la blusa y despojarla de ella, con delicadeza, mientras le besaba el cuello con devoción. Ella sintió un escalofrío recorrerla desde la cabeza hasta la punta de los pies. La sensación de sentirse amada, la desarmaba y la dejaba a merced de su hombre. Él la desnudó con calma, mirando con detenimiento cada centímetro de su cuerpo. Le encantaba ese cuerpo, sentir esa suavidad en sus manos, y ese aroma a rosas que la abrazaba, lo embriagaba.

Él dejó caer la toalla al suelo y muy despacio, comenzó a besarla, ascendiendo desde su vientre, esparciendo besos, subiendo por el hueso de su cadera, la curvatura de su cintura y posar sus labios sobre uno de sus pezones, para besarlos, succionarlos y morderlos muy suave. Gruñó y se acomodó entre sus piernas. Con sus rodillas se las separó, para luego hundirse hasta el fondo en ella.

Shirley posó su mano sobre la mejilla de él y Xander clavó sus ojos en los de ella, mientras lamia su pezón y la penetraba lentamente.

Una, dos, tres estocadas, lentas y profundas.

—Nadie me toca como tú —dijo él y se posicionó completamente sobre ella, enterrándose mucho más profundo.

Ella gimió de placer.

Los labios de Xander se apoderaron de los de Shirley, a la vez que el vaivén de sus caderas indicaban cuando entraba y salía de ella, con movimientos lentos y precisos. Muy despacio.

Ella siseó y no pudo evitar clavarle las uñas en la espalda mientras levantaba su pelvis para sentirlo más profundo, como si eso fuera posible.

—Nadie me hace el amor como tú —dijo ella, tomando el rostro de él entre sus manos y mirándolo fijamente a los ojos.

Xander continuaba entrando y saliendo de ella, a un ritmo pausado.

De repente, dejó caer su peso por completo sobre Shirley, y las bocas se volvieron a unir.

—Nadie me besa como tú —repitió él, entre besos.

Continuó embistiendo con lentitud mientras le devoraba la boca, y con sus manos la recorría desde las caderas, pasando por su cintura, para finalmente sujetarle los brazos y levantárselos por encima de su cabeza.

—Nadie me toca como tú —jadeó ella, a la vez que se movía debajo de él, para excitarlo más de lo que ya estaba.

—¡DIOS! —clamó él y sin poder evitarlo, se corrió.

—Nadie me hace estallar como tú —masculló Xander y se dejó caer sobre ella.

Sin perder tiempo, se separó de ella, y con su lengua trazó un camino de saliva desde la clavícula hasta adentrarse entre los pliegues de su zona más sensible, donde se abrió paso a lametones. Con su lengua dibujó círculos sobre el clítoris de Shirley. Succionaba y daba lametones, alternando la acción. Así lo hizo por un par de minutos. Los suficientes para que ella llegara al clímax.

Shirley jadeó y se retorció sobre la cama, haciendo puños en las sábanas. Gimió y jadeó, pero de repente reventó en llanto.

Xander levantó su cabeza de golpe y la miró con el ceño fruncido.

—¿Cielo? —Tanteó, pero no obtuvo respuesta, tan solo sollozos—. ¿Amor? ¿Qué sucede?

Ella se llevó las manos al rostro y se encogió, lloriqueando con más intensidad.

»¿Qué sucede? ¿Te he lastimado? —Xander se arrimó hasta situarse delante de ella—. ¿Shirley? —intentó retirarle las manos de la cara, pero ella dio un respingón y se engurruñó más.

—¿Por qué ella? —Farfulló entre quejidos—. ¿Si nadie más te besa ni te toca ni te hace sentir ni estallar como yo, por qué ella?

Un sinfín de emociones se arremolinaron dentro de ella. Iba desde la confusión hasta la ira. Aunque deseaba salir corriendo de allí, le aterraba

alejarse de ese hombre que tanto amaba, aunque le rompiera el corazón una y otra vez.

Xander sintió como si alguien le abofeteara sin piedad, y una vez más se preguntó: ¿Cómo era posible que le hiciera tanto daño al ser que más amaba en el mundo?

—No me perdonarás, ¿verdad? —dijo él, con un hilo de voz.

—Una cosa es perdonar y otra olvidar —respondió ella, entre sollozos—. Nunca podré olvidar que de tantas mujeres con las que pudiste estar, tuvo que ser con ella —aspiró fuerte por la nariz—. ¿Por qué ella?

Él no dijo nada, tan solo se limitó a repetir la pregunta que ella hizo, pero en su mente.

«¿Por qué Roxanne?».

No lo sabía. Ni siquiera sentía algo por ella, sino ira y una sensación muy desagradable. Ahora se suponía que iba a tener una hija con esa mujer.

Él se recostó, arropándola con sus brazos y acunándola contra su pecho desnudo, mientras su esposa lloraba amargamente.

—¿Quieres dejarme? —La pregunta sonó como un lamento—. Si quieres dejarme, lo entenderé.

Shirley se dio la vuelta de golpe y lo miró con un atisbo de terror en sus ojos. Negó con la cabeza.

—No. No he pensado siquiera en eso —dijo ella, tomando una gran bocanada de aire para calmar un poco su llanto—. Xander, yo te amo, pero debes comprender que todo esto me sobrepasa. No tengo ni idea de cómo reaccionar ante algo como lo que me has dicho. Yo... —ella agitó su cabeza con fuerza, como si esa la ayudara a organizar sus ideas—. Necesito tiempo —acotó ella—. Dame un poco de tiempo para procesarlo —reafirmó Shirley.

Xander asintió con la cabeza y volvió a abrazarla, mientras el silencio se apoderaba de la habitación.



Capítulo 5

—Muy bien —Peter Hook dio una palmada, lo que les indicó a todos que el descanso había concluido—. A sus puestos —dijo el director.

Todos los miembros del elenco prosiguieron a hacer lo que se les pedía.

Esa semana fue muy fructífera, pues lograron grabar todas las escenas pensadas y también adelantar un par que estaban pautadas para la próxima semana. A pesar de que Shirley tenía la mente en otro sitio, cuando estaba en el set de grabaciones, trataba ser lo más profesional posible. No obstante, ese día, fue una proeza total mantenerse enfocada. Su mente viajaba a Dursley, al *Vale Community Hospital*, al lado de Xander, y aunque todavía estaba en shock por lo que su marido le dijo hace exactamente ocho días, no podía evitar desear estar con él y darle todo el apoyo posible. Se trataba de algo que se salía por completo de las manos de ambos. Al menos, eso era lo que quería creer ella. Dicho pensamiento le daba un poco de paz.

Esa mañana recibió la noticia. Roxanne había entrado en labor de parto, y Xander junto a Aaron, estaban en el hospital, pendientes de todo. Desde ese momento que leyó: *R. en quirófano. Esperando noticias.* Su cerebro se convirtió en una masa amorfa mono-sináptica. Y por más que deseara concentrarse en sus actividades, solo actuaba por mera inercia.

El asistente de Peter, Douglas García, tomó la claqueta y se situó por delante de Shirley e Ian.

—*Escena número 24, toma uno* —el respectivo *clac* al unísono del característico “Acción” y el rodaje dio inicio.

—No es justo —dijo Ian—. Mel, mírame.

Melanie era el nombre del personaje que interpretaba Shirley. Ella levantó su mirada e hizo lo que indicaba el libreto: Miró a quien se suponía era su esposo, según el guión.

»¿Qué es lo que ves? —continuó Ducchers, muy metido en su papel.

—A un gran líder —respondió ella—. Veo a un hombre que podría hacer que cul... cual... cualquiera...

—¡Corte! —demandó Hook.

—Mierda —farfulló Shirley—. Lo siento mucho, yo...

—Veo a un hombre que podría hacer que cualquiera temblara con tan solo su voz —dijo Ian a modo de apuntador, para que Shirley recordara su línea. Ella repitió lo que su compañero había dicho, pero de una manera muy mecánica.

—Sí. Lo siento —ella se disculpó con el resto del equipo técnico.

—De nuevo —ordenó el director de la película.

—*Escena número 24, toma dos* —dijo Douglas.

Durante los siguientes quince minutos tuvieron que hacer y rehacer la misma toma. Por una o por otra razón, Shirley no lograba decir sus líneas como debían ser, y cuando por fin lo logró, fue Ian quien se equivocó casi al final de la secuencia, lo que produjo que las carcajadas se apoderaran de todo el set. Al fin de cuentas, era el único modo de drenar tensiones.

—*Escena número 24, toma 32* —a García ya comenzaba a cansársele el brazo de tanto abrir y cerrar la claqueta.

—No es justo —dijo Ian—. Mel, mírame. ¿Qué es lo que ves?

—A un gran líder —respondió ella—. Veo a un hombre que podría hacer que cualquiera temblara con tan solo su voz. Veo a un gran soldado. A un gran hombre. Pero eso es lo que veo yo. ¿Qué es lo que eres realmente? ¿Un montón de habilidades, de medallas y condecoraciones? ¿Un hombre que no supo ser un buen esposo? ¡Que mientras yo esperaba que regresara a casa con vida, él se revolcaba con una mujer de la mala vida... ¿para satisfacer sus necesidades de hombre? ¿Acaso la guerra te da el derecho de ser un cretino?

La manera en que Shirley pronunció cada palabra fue tan convincente, que todos, tanto actores de reparto, extras, encargados de escenografía, camarógrafos y hasta el mismísimo Peter Hook, se quedaron atónitos, viendo

a la mujer que parecía temblar de ira. Se veía tan genuino, que al director se le olvidó decir *corte* en el momento que le correspondía, y sin querer las cámaras captaron el momento en que una lágrima rodaba por la mejilla de Shirley. Dicho detalle no estaba en el libreto, pero a Peter le gustó mucho, así que en el instante que dijo *corte*, entre dientes, decidió hacer esa modificación en el metraje final.

Ian por su lado, se quedó atónito frente a su compañera. Sabía que ella era muy profesional y que se metía de lleno en cada uno de sus personajes, pero... la sensación que le transmitió hizo que se le erizara la piel.

—¿Shirley? —Tanteó—. ¿Te encuentras bien?

Ella permaneció con la mirada fija en el suelo por unos cuantos segundos, hasta que el roce de la mano de Ian, en su hombro, la hizo reaccionar y sacudir la cabeza con brusquedad.

»Joder. Ese estuvo brutal —masculló Ian.

—Sí. Estoy bien —murmuró ella y se dio la vuelta para retirarse del set.

—Tómense 15 minutos de descanso —dijo Hook, levantando la voz.

Shirley apresuró sus pasos para llegar hasta su camerino, pero no contaba con que Ian iría tras de ella. Él casi corrió para alcanzarla, hasta lograrlo. La sujetó con delicadeza del brazo, haciendo que se ella se detuviera y se girara hacia él, con la mirada un poco perdida.

—¡Hey! No hace falta ser un genio para saber que algo te sucede —dijo él.

Ella sacudió su cabeza, una vez más, obligándose a concentrarse en el *allí y el ahora*.

—No te preocupes por mí, ha sido solo que... —dudó—, me metí mucho en el personaje —se encogió de hombros y sonrió a medias—. Es todo.

Ian le lanzó una mirada inquisitiva, de esas que dicen: *Si claro, y las vacas vuelan*.

»Es cierto —se defendió ella ante la mirada insistente de su compañero de trabajo.

—Oye, de verdad que no tengo idea de lo que puede estarte sucediendo —él levanto las manos, en señal de rendición—, pero sería bueno que te abrieras un poco a mí. Eso ayudaría a mejorar nuestra química ante las cámaras.

—¿Mejorar nuestra química? —ella frunció el ceño.

—Lo que sucedió en mi camerino, solo fue un ensayo. Por favor, quiero que lo tengas claro. No quise ofenderte, pero creo que fue lo único que logré.

—Lo que me pasa no tiene nada que ver con eso...

—¡Aja! —Él la apuntó con el dedo—. Si te sucede algo. Lo sabía.

—No estoy de ánimo de para hablar con nadie, de verdad. En este momento, mi cabeza esta en otro lado —argumentó ella, dándose la vuelta.

—Pues no sé qué vas a hacer, pero en 15 minutos tendrás que hablar conmigo en el set —gritó él, a medida que ella se alejaba.

—Estaré allí en diez —respondió ella del mismo modo, sin siquiera girarse.

*Vale Community Hospital.
Dursley, Reino Unido.*

Aaron le dio un fuerte apretón a su amigo, en el hombro, y le hizo entrega de su café. Xander llevaba casi tres días sin dormir. La atmosfera de aquella sala de espera, no ayudaba en lo más mínimo a calmar su nerviosismo. Muy bien podría haber esperado alguna noticia al respecto, desde la comodidad de su casa, pero quería asegurarse de que el asunto se manejara de la manera más discreta posible.

Transcurrieron dos horas desde que Roxanne fue transferida al quirófano para practicarle una cesárea de emergencia, pues el embarazo se complicó a última hora.

Tomó el móvil, miró la pantalla y leyó el mensaje que acababa de llegar.

¿Qué ha sucedido? ¿Está todo bien?

Sonrió ante la nobleza de su esposa. Ella había estado pendiente de todo el asunto desde el momento que se enteró que Roxanne había entrado en labor de parto. Era cierto que para Shirley, esa mujer no era santo de su devoción, pero esa criatura que llevaba en su vientre, no tenía la culpa de nada. En todo caso, su único delito sería ser hija de una mujer como Roxanne. Además, la sangre de Xander corría por sus venas. Era la hermanita de August.

Había sido una semana muy tensa para los Granderson. La mayoría de las conversaciones giraron en torno a Katherine, así era como decidió Roxanne que se llamaría la niña, y otras veces solo se limitaban a hablar de August. Era como eso fuese lo único que los uniera. Sus hijos.

R. en quirófano. Esperando noticias.

Escribió y dio enviar al mensaje, sintiendo como palpitaba su corazón desafortunado. Anhelaba estar al lado de su esposa.

—¿Señor Granderson? —una voz masculina lo hizo levantar su mirada de golpe.

Se quedó pasmado ante lo que veía. Un hombre de uniforme azul marino llevaba un bojote de tela blanca entre sus brazos. Sintió que el corazón se le detenía al comprender de qué se trataba. Aaron le dio un toquecito en el codo, instándolo a acercarse al enfermero.

Xander se puso de pie lentamente y se fue aproximando al hombre de casi treinta que sostenía lo que a simple vista se veía como un bebé. Su bebé.

—Soy yo —dijo con voz trémula.

—¡Felicidades! —Dijo el hombre frente a él—. Aquí tiene.

Xander no sabía qué hacer, si extender sus brazos para recibir el bultito que le estaban entregando o si salir corriendo de allí, sin mirar atrás. Por inercia, sujetó la pequeña cosita que se removió entre el montón de tela, emitiendo un sonido muy parecido al que hacía August antes de quedarse dormido. Un balbuceo.

Sus ojos se empañaron y su corazón palpitó desbocado al contemplarla. Era preciosa, de piel blanca como la leche, ojitos azules, como los de él, y una

pelusita de color cobrizo que cubría su cabecita. Katherine era como ver una versión en miniatura de su hermana Elyse.

Sin poder evitar, estrechó ese diminuto cuerpecito entre sus brazos, mientras una lagrima rodaba por su mejilla. Era su hija, y eso lo sintió de inmediato.

Los Angeles, California.

Miró el reloj digital sobre la mesita de noche. Tres de la madrugada. Miró al angelito que dormía placido en aquella cuna y sonrió. Ese era su milagro, su pedacito de cielo. Tomó la tacita y le dio un sorbo a su té de valeriana. No había podido conciliar el sueño, y estaba segura que era de tanto pensar y pensar. Dejó la taza a un lado, estiró el camisón de algodón con sus manos hasta cubrirse las piernas. A continuación, las subió en el sillón y las abrazó con fuerza, aferrándose a la idea que eso le daría un poco de consuelo. Se sentía muy triste. No podía negarlo.

La idea de esa vida perfecta, que tantas veces imaginó junto a Xander, ya no era posible. No con el fruto de su romance con la mujer que quiso borrarla del planeta, por allí deambulando... Y aunque en su mente, trataba de autoconvencerse de que eso no sería un obstáculo, de que podría darle todo su amor a esa pequeña que no tenía culpa de nada, que podría seguir adelante como si nada hubiese pasado... no podía dejar de pensar en el día que Roxanne saliera de la cárcel, dispuesta a recuperar a su hija. Todos esos años de esfuerzos, de proveerle una buena educación, de que Katherine la viera a ella, Shirley, como a una madre, se irían por el váter en cuanto su madre biológica le envenenara el corazón en contra de ella. Sin querer esa pequeña se convertiría en un arma de doble filo entre ella y su esposo.

Se llevó las manos a la cabeza y trató de acallar sus pensamientos. Le pareció increíble la velocidad en que estos fluían. Definitivamente, el insomnio

jugaba en contra de su propia paz mental.

—Me alegra mucho que Roberto me acompañara a súper mercado —la voz de su madre la hizo dar un respingón—. Le pedí que me recordara comprar algunas infusiones, y cumplió con su objetivo.

—¿Qué haces despierta, mamá? —indagó ella.

—¿Podría hacerte la misma pregunta? —dijo Gabriela.

—No tengo sueño —respondió Shirley.

—Misma respuesta —sonrió la madre—. Pero sería bueno que trataras de dormir un poco. No es bueno que te desveles.

Shirley miró a su madre con ternura. Ella era una pieza fundamental en esa etapa de su vida. Sin su ayuda, no podría hacerse cargo de August y a la vez cumplir con sus responsabilidades como actriz. No pudo evitar sentir ganas de llorar al ver a esa mujer que por tantos años había sido su apoyo, su refugio, su guía...

La señora Sandoval no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, pues Shirley no tuvo el valor de decírselo en cuanto lo supo. Tal vez eso era lo que la atormentaba más, que no tenía con quien desahogarse, a quien pedirle consejo o una simple opinión.

Soltó un suspiro y se levantó del sofá, caminando hacia la habitación contigua. Su madre la siguió.

—¿Hija? ¿Qué sucede? —preguntó Gabriela.

¿A quién pretendía engañar? Su madre era el único ser del planeta que podía desnudar su alma con tan solo una mirada.

Se acercó a ella y la abrazó, dejando caer esa careta que había llevado durante los últimos días, por no preocupar a su madre con sus problemas maritales. Su madre la abrazó con la misma intensidad, dando por sentado que su hija no estaba bien.

Shirley no podía dejar de pensar en la última conversación que tuvo con Xander, justo antes de llegar al hotel.

—*Es una niña hermosa. Pesó tres kilos con setecientos gramos* —

recordó.

Ya no era una espera, era algo tangible.

Volvió a suspirar, pero esta vez con notable frustración.

—Tal vez no lo comprendas —masculló Shirley, al borde de las lágrimas.

—Ponme a prueba —contestó su madre, acariciándole el cabello.

Shirley rompió el abrazo, sujetó las manos de su mamá y la miró a los ojos.

—¿Qué harías si te enteras que papá...

—¡Oh por Dios! —La señora Sandoval la interrumpió, abriendo los ojos como platos—. ¿Xander tiene una amante?

—¿Qué? —El asombro golpeó a Shirley, quien miró a su madre sin poder evitar fruncir el ceño—. No —negó con la cabeza—. No exactamente —agregó ella.

—¿Qué quieres decir con “no exactamente”? —ahora era Gabriela quien la miraba ceñuda.

—No sé mamá —Shirley se llevó las manos a la cabeza, denotando desespero—. No sé cómo explicártelo. ¿De acuerdo? Todo esto es tan confuso para mí.

—Si no me explicas que está pasando, no podré ayudarte, hija...

—Xander se convirtió en padre, por segunda vez, esta tarde —soltó sin ningún tacto.

La cara de Gabriela fue como un poema de Homero, pasó de la comedia a la tragedia en cuestión de segundos.

»Sí —rectificó Shirley—. Durante esa época, en la que yo regresé a Venezuela, y que no quería saber absolutamente nada de Xander, él mantuvo una relación con una mujer. Y no solo eso, sino que dicha mujer fue la que contrató a aquellas chicas para que me golpearan.

—¡Santo Dios bendito! —masculló la señora Sandoval, llevándose las manos a la boca.

—Xander no tenía ni la más mínima idea. Se enteró hace una semana...

—¿Pero cómo es que no se ha enterado antes?

—No lo sé —respondió Shirley, encogiéndose de hombros—. Me he hecho esa pregunta un par de veces, pero sabiendo cómo es esa mujer, no me extrañaría que todo fuera uno de sus macabros planes. Esa mujer no da un paso sin pensar en el próximo que va a dar.

—Ay hija —Gabriela se acercó a ella y le puso una mano en la mejilla—. No tenía ni idea.

—No sé qué hacer mamá —suspiró—. No sé cómo reaccionar ante algo como esto —su madre se limitó a mirarla en completo silencio—. Si lo vemos de manera general, no cuenta como una infidelidad, porque no estábamos juntos cuando sucedió, pero duele. ¿Sabes? —Gabriela asintió. La entendía—. Es como si de repente, ese Xander perfecto... ese esposo único, toda esa vida de ensueño, juntos... solo fuera una utopía.

—Te comprendo. Y si te aconsejo como amiga, te diría que debes apoyarlo...

—¿En serio?

—¡Claro hija! Hiciste una promesa. ¿Lo recuerdas? —Shirley la miró, dubitativa—. ¿Tus votos? En las buenas y en las malas...

—Sí. Lo sé, mamá. Pero es que... he escuchado tantas cosas acerca de criar hijos de otras mujeres que...

—Sácate de la cabeza esas ideas —la interrumpió.

—No puedo, mamá. Es simplemente una imagen que tengo grabada en la cabeza. Esa niña nunca me va a querer como su madre...

—Un momento —de repente, Gabriela sintió como si acabara de descubrir algo crucial—. ¿La niña vivirá con ustedes?

—Hasta que Roxanne salga de la cárcel.

—Uff... —la madre se llevó la mano a la quijada e hizo un gesto de reflexión—. En ese caso no te queda de otra. Y Conociendo a Xander como creo que lo conozco, él va a querer la custodia completa de esa criatura, aún y

cuando la madre quede en libertad.

Shirley se quedó en completo silencio, oyendo cada palabra que su madre decía, como si se tratara de la verdad más absoluta del mundo.

»La respuesta es muy sencilla, hija. Él es tu esposo, y tú lo amas. ¿Cierto? —Shirley asintió con la cabeza—. Es su hija, tal cual lo es August. Sangre de su sangre. Te guste o no debes aceptarlo y procurar ser una buena madre para esa niña.

Cinco meses después.

La gente corría de un lado al otro. Actores, asistentes de producción, maquilladores y vestuaristas. Era el último día de filmación y Peter Hook quería que todo saliera perfecto.

La última escena se llevó a cabo entre Sarah, Ian y Shirley. Y en cuanto se oyó el grito de Hook indicando que la toma había sido captada en totalidad, los aplausos no se hicieron esperar. El elenco celebró eufóricamente por haber finalizado las grabaciones.

Ian abrazó con fuerza a su compañera, pero Shirley finalizó el abrazo casi que de inmediato. Durante los últimos meses procuró mantener toda la distancia posible entre ella y Ducchers, desde que Xander, durante una de sus visitas a la ciudad, le comentara que era evidente que Ian se sentía atraído por ella, y no se lo dijo como esposo celoso, sino como el hombre observador que era.

Ian siempre intentaba rozarla, acercarse más de la cuenta y engañarla con la excusa de ensayar para algunas escenas, con tal de estar a solas con ella. Y aunque él era la definición total de la palabra “tentación”, con su muy bien definido y trabajado cuerpo, unos ojos verdosos enmarcados en una profunda e intensa mirada, de esas que intimidan a cualquiera, una boca que invitaba a pecar y una barba de tres días que mantenía siempre pulcra y cuidada, Shirley

había desentrañado todas y cada una de sus tretas con mucha diplomacia.

Para Ducchers era muy frustrante que ninguno de sus avances diera fruto. Nunca antes fue rechazado por una mujer, y era eso lo que le hacía sentir más ganas de insistir, aunque supiera que era una completa pérdida de tiempo. Shirley le demostró de muchas maneras que nunca le sería infiel a su esposo, pues lo amaba con locura.

De todo el elenco, fue con Sarah y Maverick con quienes forjó una linda amistad, aunque con la primera, fue mucho más estrecha, pues con ella fue que se atrevió a desahogarse una noche de salida entre amigas y le contó lo que sucedía entre Xander y ella, luego de que Sarah insistiera...

—Confía en mí —le dijo ella—. Sea lo que sea, juro no contárselo a nadie.

Y así fue, Shirley tomó el riesgo de confiar en ella, a pesar de que Xander le pidió que no conversara del asunto con nadie, pues la prensa carroñera aprovecharía el mínimo dato para hacerlo pedazos frente a la opinión pública. No obstante, Sarah le demostró que si era de fiar, pues no le dijo a nadie acerca de lo que le confesó su amiga.

Las tres, Sarah, Maverick y Shirley, salieron un par de veces a bailar y tomarse unas copas. Cosa que esta última agradeció sobremanera, pues la ayudó a relajarse mucho y despejarse de ese montón de dudas y fantasmas que le robaban la calma.

El padre de Shirley, el señor Antonio, viajó un par de veces a visitarlas. Extrañaba horrores a su esposa, pues nunca se habían separado por tanto tiempo.

Entre los esposos Granderson, las cosas marcharon con normalidad. Dialogando y comunicándose eficazmente, lograron limar asperezas con respecto a Roxanne y la pequeña niña que llevaría también el apellido Granderson, la cual le correspondía recoger de la penitenciaría en una semana, tal cual lo indicó la jueza encargada del caso de la señorita Sullivan.

Por otro lado, Xander se dedicó de lleno a sus compromisos. Si no

estaba grabando algún capítulo de la serie donde trabajaba, estaba en algún evento benéfico, apoyando a su amigo Aaron, o en alguna entrevista, sesión fotográfica, o en el alguna convención, compartiendo con los fanáticos de “Remembranzas de Harvinder”. No podía quejarse. Se encontraba en una etapa muy fructífera de su carrera, y quería que siguiera siendo así. Por esa razón, Aaron y él se encargaron de manejar todo el asunto de Katherine lejos del foco mediático. En toda su vida, era la primera cosa que manejaba como si se tratara de un secreto nacional.

Cuando su madre y sus hermanas se enteraron de que tenía una nieta y una sobrina, respectivamente, casi pierden la cabeza. Luego se emocionaron. Después volvieron a perder la cabeza al caer en cuenta de quién era la madre de dicha criatura.

Para Xander era difícil tener que lidiar con esa... ¿doble vida? O al menos así lo sentía cuando viajaba a Los Ángeles a ver a su esposa y a su hijo, para luego regresar a Londres e ir de visita a la cárcel donde se encontraba Roxanne pagando su condena, a ver si ella y la niña se encontraban bien y si recibían la atención especial por la cual pagaba semanalmente. Vivir de esa forma, comenzaba a abrumarlo, pero a fin de cuentas, debía aceptar y afrontar las consecuencias de aquella noche en la que se pasó de copas y durmió con Roxanne sin tomar la precaución de cuidarse. Durante los casi tres meses que mantuvieron su relación, lo hizo, pero bastó una sola noche, un solo polvo, un solo minuto, para que, nueve meses después, su vida se complicara más de lo que él podía imaginar.

Sin embargo, ese sentimiento de haber cometido el peor error de su vida, se disipó cuando tuvo a esa pequeñita entre sus brazos. A pesar de no sentir ninguna pizca de pasión por la madre de ella, una clase de amor incondicional, el mismo que sintió cuando tuvo a August por primera vez entre sus brazos, le hizo darse cuenta de lo afortunado que era. ¿Cómo era posible que engendrara a dos seres tan preciosos? Claro, Xander era un hombre muy guapo, pero él jamás se vio a sí mismo como el símbolo sexual

en el que lo convirtieron sus fans.

Esa noche, Shirley celebró junto a sus compañeros de rodaje en un exclusivo restaurante de la ciudad. Obviamente, Ian no perdió la oportunidad de ser más galante de lo normal con su co estrella, y la señora Granderson no perdió tampoco la oportunidad de dejarle en claro que no tenía ningún interés amoroso por él. Sarah y Maverick no perdieron la oportunidad de bromear acerca de la situación. Era muy gracioso ver que Ducchers no le quitaba la vista de encima a Shirley, quien decidió vestir un bello vestido rojo con escote modesto, acompañado de unas zapatillas de tacón aguja, mientras su cabello castaño y suelto ondeaba con el viento. No por incitar la libido de Ian, sino para salir bien en las fotos que se tomarían al inicio de la velada, y que según lo que les dijo Peter Hook, serían usadas como material promocional de la película.

Al día siguiente, ella, August y su madre, tomaron un vuelo con destino a Londres. Fueron recibidas por Aaron y Xander en el aeropuerto, quienes los llevaron de inmediato a la residencia Granderson. Nadie habló durante el camino, a excepción de los balbuceos e intentos de August por hablar.

En cuanto llegaron a casa, Shirley bajó del auto, con August en brazos junto a su madre y se internaron en la casa, seguidas de Aaron y Xander que llevaban las maletas.

Shirley puso a su hijo en el suelo, quien de manera eficaz pudo mantenerse de pie y dar unos cuantos pasitos...

—¡Oh por Dios! —Exclamó Xander, haciendo que Gabriela, Shirley y Aaron dieran un brinquito—. ¿Cuándo ha comenzado a hacer eso?

—Hace una semana —respondió su esposa, a la vez que sonreía de ver a su esposo tan contento—. Mamá lo vio cuando dio sus primeros pasos e intentó grabarlo para documentarlos, pero no pudo. Lamentablemente yo estaba en el set ese día, y también me lo perdí.

La señora Sandoval rebuscó rápidamente su móvil entre su bolso y lo sacó.

—Tan solo pude tomarle un par de fotos al bribón, riendo a carcajadas cuando cayó al suelo —dijo ella.

Xander miró las imágenes y se sintió regocijado ante la bella inocencia de su hijo.

Su esposa se acercó a él y le dio un besito en la mejilla.

—Estoy agotada. Iré arriba a ponerme cómoda —dijo.

—De acuerdo —indicó él—. Aaron y yo subiremos el equipaje. No se preocupen.

Shirley subió las escaleras y caminó a través del largo pasillo, pero no pudo evitar detenerse frente a la entrada de una de las habitaciones.

Estaba bellamente decorada con detalles rosa y blanco, con una cunita en el medio. Miró alrededor y vio peluches, muñecas... un moisés al lado de una mesa, la cual estaba repleta de ropita de niña.

Una sensación muy extraña se apoderó de ella.

Un par de lágrimas se asomaron en sus ojos.

Por un momento había olvidado la realidad. Esa en la que eran solo ella, Xander y August.

Sí. Era cierto. Eran sentimientos muy egoístas y debía sacárselos de su ser, como fuera.

En cuanto se dio la vuelta para salir de allí, se detuvo en seco, al ver a Xander parado en la puerta, con una mueca indescifrable en su rostro.

—Mamá me ayudó a decorarla —dijo él.

Shirley asintió, sin decir media palabra.

»Sharon me dio parte de la ropita de Vanessa que...

—Esto es un desastre —Shirley se cruzó de hombros y frunció el ceño. Xander la miró confundido—. Digo. ¿Rosa? ¿En serio? ¿No podía ser blanco con detalles magenta, o violeta? ¿Y qué me dices del verde? No es solo para varones —se acercó a la cuna y comenzó a tocarla—. Parece un poco inestable —se giró hacia el gabinete donde estaba la ropita—. Debemos ir a comprar más ropita. Esta no será suficiente...

Xander se limitó a verla caminar de un lado al otro y mirarla con el ceño fruncido.

—Shirley —masculló él—. ¡Shirley! —exclamó, levantando la voz, al ver que su esposa no dejaba de hablar y moverse frenéticamente en todas direcciones.

Ella se detuvo en el acto.

Xander caminó apresuradamente hacia ella, temiendo que se fuera a quebrar en ese preciso instante.

—Shhh. Calma —la abrazó con fuerza.

—No sé, no sé —ella dejó fluir sus lágrimas—. No sé si pueda hacer esto —confesó.

—Podrás, cielo —acarició su cabello con ternura—. Podremos hacerlo —susurró él—. Debemos hacerlo.

Ambos permanecieron allí, abrazados, mientras Shirley drenaba un poco de su miedo y de su confusión. Xander la consoló en silencio, sabiendo que sus vidas no serían las mismas a partir de ese momento en adelante.



Capítulo 6

Si le hubiesen preguntado el día de su boda, ¿Dónde te imaginas dentro de unos siete meses? Seguramente él habría respondido: en casa, leyendo un buen libro, mientras su esposa preparaba té y August hacía de las suyas, revolviéndolo todo a su paso. Oyendo las carcajadas de ese pequeñín y las quejas de Shirley porque él dejaba que su hijo hiciera lo que quisiera. No allí, sentado frente a una mesa metálica, mientras esperaba que uno de los guardias de la prisión femenina *Eastwood Park* le entregara a su hija.

Shirley decidió acompañarlo a última hora. La idea de ver a Roxanne le puso los pelos de punta, pero debía apoyar a su esposo en las buenas y en las malas, sin importa cómo ni dónde.

El silencio sepulcral del lugar, amenazó con acabar con la poca cordura que le quedaba a Xander. Llevaban casi quince minutos esperando, y nadie les había informado nada acerca de la niña ni de Roxanne.

Shirley se removió en su asiento, incomoda e impaciente. Xander le dio un apretón en su mano para tranquilizarla un poco.

Al cabo de diez minutos, apareció un hombre fornido de tez oscura y detrás de él, se materializó la figura de una mujer que llevaba entre sus brazos a una pequeñita de rizados cobrizos. El guardia acompañó a Roxanne hasta la mesa, aseguró uno de sus tobillos a la silla y se retiró.

Shirley sintió que el estómago se le revolvía al reconocerla y se removió de nuevo en su asiento. Xander volvió a darle un apretón suave en la mano, para hacerle saber que estaba allí para ella.

Roxanne clavó su mirada sobre la mujer que estaba sentada al lado del padre de su hija, y sonrió con malicia, al percatar lo incomoda que estaba la señora Granderson. Levantó una ceja y miró a Xander.

—No hacía falta que la trajeras —le dijo.

—Es mi esposa —fue la tajante respuesta de él—. ¿Qué esperabas? Es la mujer con la que criaré a Katherine.

—Hasta que salga de aquí —dijo Roxanne, mordaz.

—Por favor —Xander sonó fastidiado—. Entrégame a la niña, para poder largarnos de acá y olvidarme de ti por los próximos cinco años.

Roxanne chasqueó la lengua.

—No tan rápido, querido. Antes de irte, quiero aclararte un par de cosas.

—No creo que estés en posición de exigir nada —soltó Shirley, con notable hostilidad.

—Te equivocas —Roxanne miró a Shirley con socarronería—. Tu esposito sabe que estoy en una posición muy favorable para pedir lo que me dé la gana. ¿Verdad? —miró a Xander con una media sonrisa dibujada en sus labios.

—¿De qué está hablando? —Shirley frunció el ceño.

—Solo basta con que mi abogado levante el teléfono y le haga una llamada a... ¿Hello? ¿Te parece bien? —Roxanne era la personificación del descarado—. ¡Vamos! ¡Es la revista de la realeza! —Xander tensó su mandíbula para no escupirle un montón de improperios en la cara—. Serías la comidilla. Estarías de boca en boca de todos los programas de chismes y farándula. Y créeme, en cuanto se sepa todo, la prensa querrá saber más. ¿Y a quién acudirán? ¡A mí! Y yo estaré muy dispuesta a contarle un par de mentiras acerca de lo nuestro.

—Habla de una puta vez —farfulló él.

Shirley sintió mucho dolor al percatarse del miedo que sentía su marido, por qué todo eso saliera a la luz. Su imagen se vería seriamente perjudicada, y posiblemente sus proyectos a futuro se verían afectados también.

—Si pudiera sacarte los ojos sin ir a la cárcel, lo haría —musitó la señora Granderson.

Xander la miró y no pudo evitar asomar una sonrisita en sus labios.

—Veo que no has podido domar a tu bestia —comentó Roxanne sin dejar

de mirarlo a él—. De acuerdo. En primer lugar, deseo ver a Katherine cierto tiempo...

—Eso no lo decides tú, ni yo. Lo decide la jueza que lleva tu caso.

Roxanne chasqueó la lengua de nuevo.

—Déjame decirte que he pensado en todo, y en todos los posibles escenarios. Si no me equivoco, tú tienes mucha influencia para poder arreglarlo —le guiñó el ojo.

De nuevo Xander tensó la mandíbula.

Shirley tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para abofetearla allí mismo, pero no le fue difícil. Ver al bebé que tenía entre los brazos, las hizo desechar cualquier acto violento en contra de Roxanne, que le pasara por la mente.

»Segundo, quiero que mi hija crezca sabiendo de mí. En cuanto ella tenga la capacidad cognitiva suficiente, tú —señaló a Xander—, y tú —señaló a Shirley—, le hablarán de mí. No quiero que crezca pensando que tú —miró de pies a cabeza a Shirley—, eres su madre. ¿Entendido?

Ninguno de los dos respondió.

»¿Entendido? —insistió ella.

—Una puta mierda, Roxanne —Xander se acercó a ella y le quitó a la niña—. Criaré a mi hija como mejor me plazca. De aquí a cinco años pueden suceder muchas cosas. Además, ya me harté de tus amenazas. Haz lo que quieras. Cuéntaselo al papa si quieres, pero recuerda que pierdes más tú que yo, porque la única persona que me importa lo que piense acerca de esto, está aquí conmigo —con su cabeza señaló a su esposa—, y me apoyará en todo.

—Eso es correcto —concordó Shirley.

—¿Qué creías Roxanne? ¿Qué con todo este despliegue de sátira ridícula ibas a lograr que Shirley y yo entráramos en conflicto? No. Has logrado todo lo contrario. Nos has unido más, y además no has dado una nueva hija a la cual le daremos todo el amor que tú no le podrás darle jamás —se aferró con ahínco a Katherine—. Me encargaré personalmente de que no la vuelvas a ver

nunca más.

—Pe-pe- pero —Roxanne balbuceó.

Los esposos Granderson se dieron la vuelta y se dirigieron hacia la puerta, la cual se abrió inmediatamente, acompañada de un ruido parecido a una alarma.

»¡Xander! ¡No puedes hacerme eso!

—Adiós, Roxanne —dijo Shirley sin molestarse en girarse a mirarla—. Disfruta de tu estadía aquí.

Dicho eso, ambos salieron, dejando a una Roxanne muy furiosa detrás de ellos.

En cuanto estuvieron lejos de la mirada de la perturbada Roxanne, ambos dejaron escapar un suspiro de alivio.

—¡Dios! Ser actor tienes sus ventajas —habló él.

—Sentía que el corazón se me iba a salir de la boca —dijo ella.

—Larguémonos de aquí —concluyó Xander.

Los meses siguieron su curso, y con el tiempo, la vida de los Granderson regresó a la “normalidad”. Y lo normal era que Xander viajara de un lugar a otro, promocionando la nueva temporada de la serie, la cual le valió un premio BAFTA, dos globos de oro y una nominación a los premios Emmy. Nada mal para un proyecto por el cual él tuvo que rechazar dos películas para poder dedicarse de lleno a las grabaciones en Reino Unido.

Shirley regresó al teatro, participando en la temporada de teatro del West End, estelarizando una adaptación de Madame Bovary, donde compartió rol con su amiga Anette Reagan y su ex compañero de estudios Christopher Gilbert.

Cuando los Granderson no estaban trabajando, estaban de visita en casa de la madre de Xander, o de viaje a Venezuela, visitando a los padres de

Shirley.

Katherine crecía de prisa, y poco a poco se iba pareciendo más a su padre, lo que para Shirley era una bendición. Era una niña risueña y muy juguetona. La hermanita perfecta para August, quien la protegía y la celaba de casi todo el mundo. Cuando su abuela Alyssa o su tía Elyse iban de visita a la casa, él se plantaba frente a la cuna de su hermanita para evitar que la tocaran. Se ponía bravo cuando había mucha gente en casa, dedicando sus atenciones a su hermanita. No porque no fuese a él a quien consentían, sino porque no le gustaba cuando Katherine se ponía llorar.

—Mía —decía con dificultad cuando alguien se le acercaba a ella.

Xander y Shirley reían a carcajadas ante la actitud de August. Sin lugar a duda, un hermanito muy sobreprotector.

Con el paso de los días, Shirley se encariñaba más y más con esa pequeña pelirroja. Le compraba muñecas, ropita, gorritos, peluches... y poco a poco fue llegando a la conclusión de que tal vez lo que ella quería de verdad era una niña. No obstante, amaba a August con todas las fuerzas de su corazón.

Xander no logró mantener secreto el asunto de Katherine por mucho tiempo, pues una tarde, mientras Shirley paseaba por el parque con los niños, fue fotografiada con August de la mano y empujando un cochecito rosado, donde se veía claramente a otro bebé.

La prensa hizo suposiciones de que tal vez se trataba de una niña que habían adoptado, o que simplemente se trataba del hijo de una amiga de la pareja, pero fue la misma Shirley Sandoval la que habló con la prensa y les contó todo lo que había sucedido, dejando claro que entre ella y su esposo, todo estaba bien, que se amaban y se encontraban en la mejor etapa de su matrimonio. Por supuesto, no faltaron los medios mediocres y amarillista que tildaron el hecho como una treta publicitaria, pero Xander fue muy firme al declarar públicamente, en un entrevista, que todo lo que dijo su esposa era cierto. Katherine era producto de una relación previa a su matrimonio, no de una infidelidad, como otros medios quisieron hacer creer.

Con todo esto a la luz, Roxanne perdió cualquier ventaja y toda la atención especial que recibía a causa de sus amenazas a Xander, simplemente cesaron de la noche a la mañana. Para el personal de la prisión femenina *Eastwood Park*, ella era una rea más.

Una tarde, mientras Xander y Shirley esperaban a Aaron en un restaurante en pleno centro de la ciudad, pues el agente los citó para charlar acerca de algunas ofertas que acababa de recibir, una mujer se acercó a la mesa de ambos, saludando muy amable.

—Buenas tardes —dijo. Xander casi se atraganta con su bebida al ver quien era la persona que sonreía desde el otro lado de la mesa—. Espero no haber llegado tarde.

Shirley notó de inmediato que su esposo había palidecido y no pudo evitar lanzarle una mirada inquisitiva a la morena que acababa de llegar. La había visto un par de veces, pero en fotografías. Supo también de quien se trataba y se sintió muy incómoda.

«¿Qué demonios hace estar mujer aquí?». La pregunta resonó en su mente.

—Llegas a tiempo —Xander carraspeó su garganta—. De hecho Aaron no ha llegado aún. No sabía que te había citado también.

—Un placer. Shirley Granderson —estiró la mano hacia la recién llegada, denotando cierta altivez, atípica en ella, que solo afloraba cuando se sentía amenazada.

—Adeline Richards. Lo sé. Es un placer conocerla, señora Granderson —sonrió con simpatía. Shirley le devolvió la sonrisa, aunque no era tan genuina como la de Adeline. Xander se limitó a sonreír también, aunque fue una sonrisa a medias, más del tipo incómoda.

Shirley se inclinó un poco hacia su esposo y con disimulo se cubrió la

boca con una mano, para que la mujer frente a ella no leyera sus labios. Acercándose un poco más a Xander, farfulló:

—¿Qué está haciendo ella aquí?

—No lo sé —respondió él, imitando el tono de su esposa.

—Aaron me pidió que viniera —dijo Adeline, divertida.

Incomodidad absoluta fue lo que sintieron los Granderson. Pensaban que habían sido lo suficientemente astutos como para que la persona que estaba de pie frente a ellos, no los escuchara, pero al contrario, los había escuchado y se entretenía con la conducta de los dos.

—¿Puedo sentarme? —indagó Richards.

—Sí. Claro. Adelante —dijeron los esposos al unísono, intercambiando una mirada cargada de vergüenza.

—¡Oh! Aquí están. Lamento llegar tarde —la voz de Aaron los hizo sentirse un poco aliviados. A todos—. Hola, cielo—. Wickerman se inclinó hacia Adeline y le dio un besito en los labios.

Shirley abrió los ojos con asombro y se giró hacia Xander, demandando una explicación con la mirada. Su esposo solo negó y gesticuló algo con los labios, pero sin emitir sonido.

Después te cuento. Entendió que dijo.

—¿Y bien? ¿Para qué nos has citado acá? ¿No podíamos reunirnos en casa? —habló Xander en voz alta.

—No lo vi conveniente —respondió Aaron, refiriéndose al hecho de que Adeline no sería bien recibida. De hecho, podía sentir la tensión flotando en el aire—. Quise verlos acá porque quería cenar algo distinto, además de variar un poco nuestras reuniones —sonrió y luego se inclinó para buscar algo en su maletín. Sacó un par de carpetas—. A ver. Xander. Recibimos cinco... —soltó un silbido—. ¡Wow! ¿Cómo le haces? —abrió una de las carpetas y la ojeó—. *Wagner, Fox, Paramount, Dream Work* y hasta *Disney*. ¡Dios! —Wickerman fue pasando hoja tras hoja—. Casas productoras que se han puesto en contacto con la agencia para ofrecerte un papel en una de sus próximas películas.

Shirley sonrió y le dio un apretón en la rodilla a su esposo, seguido de un besito en la mejilla, demostrando el orgullo que sentía por él. Xander se sonrojó.

»Pero hay un problema —hizo una mueca de tristeza—. Tres de ellas están pautadas para grabarse a mediados del año que viene. Deberás decidirte por una —volvió a sonreír—. Los guiones están en la agencia. Solo han enviado dos, el resto los estaremos recibiendo en el transcurso de la semana.

—Felicidades, Xander —dijo Adeline con sinceridad. Se sentía muy feliz por el éxito de él.

—Ahora tu —Aaron señaló a Shirley—. Dos ofertas para obras de teatro, ambas como protagonista... mmm... tres ofertas para películas, una con *Wagner* y dos con *Paramount* —hizo de nuevo la mueca de tristeza—. Acá pasa lo mismo. El calendario choca entre dos de ellas. Una es una comedia romántica y la otra es de suspenso. Tú decides —Wickerman puso ambas carpetas, cada una delante a quien le correspondía.

Fue el turno de Xander de mostrarse orgulloso por su esposa. La abrazó y luego le dio un besito en los labios. Adeline también la felicitó, con mucha diplomacia.

»De acuerdo —Aaron resopló—. Seré sincero con ustedes. La razón por la que los he citado acá, hoy, es porque necesitaba decirles algo que sé que no será del agrado de ustedes —Shirley y Xander fruncieron el ceño—. Debido a que sus próximos compromisos son en América, me veo en la necesidad de asignarles un nuevo publicista, a cada uno.

—¿Qué? —los Granderson hablaron en coro.

—Verán. Adeline se encuentra en un momento crucial de su carrera y...

—¡Ah! ¿De eso se trata? —lo interrumpió Xander—. ¿Te dedicarás exclusivamente a ella? —no pudo evitar lanzarle una mirada reprobatoria a su agente.

—No —respondió Aaron—. Adeline tiene varios compromisos acá, en Londres, y quiero estar con ella. No solo como su agente sino como su

compañero. Espero que lo entiendas Granderson.

—Ya decía yo, algo raro te traías entre manos —Xander lanzó una mirada gélida a Adeline—. No te bastó con convertirme en la burla de los medios, hace cuatro años atrás, sino que ahora regresas a mi vida, ¿para robarte a mi agente?

—Xander yo no... —Adeline balbuceó.

—¡Una mierda, Aaron! ¿Qué significa esto? —Xander agarró la servilleta de tela y se la arrojó a su agente, poniéndose de pie bruscamente.

—A ver —Aaron también se levantó de la silla—. Creo que no me expliqué bien. Yo seguiré siendo tu representante. El representante de ambos — corrigió—. Pero me dedicaré a mis clientes de acá, mientras ustedes están en América. Alice y Oliver estarán con ustedes durante los meses que yo no podré.

—¿Quiénes son Alice y Oliver? —preguntó Shirley, algo confundida.

—Un par de publicista que acaba de contratar Aaron —dijo Xander, molesto.

—No es así. Ambos son muy profesionales. No se los asignaría si no lo fueran. Xander, por favor... —Aaron apeló a la amistad que había entre los dos—. Será temporal.

Xander no podía evitar sentirse como un niño caprichoso y berrinchudo, pero no era para menos. Aaron Wickerman había sido su publicista durante los últimos diez años, incluso desde antes de graduarse de LAMDA. Granderson no sabía lo que era tener que depender de alguien que no fuese Aaron. Para Xander, no existía nadie más eficiente, leal y profesional, como lo era él. Se sentía muy molesto, y aunque trató de ponerse en los zapatos de su amigo. No pudo. Era una patada directa a sus pelotas. Así lo sentía...

—Cielo —la voz de su esposa lo hizo espabilar—. Yo no tengo ningún problema. Aaron también tiene derecho a decidir si viajar a América o no. Démosle una oportunidad a Alice y a Oliver, tal vez terminemos

encariñándonos con ellos y despidiendo a Aaron —bromeó ella.

Aaron y Xander se carcajearon. Shirley poseía ese don. El de apaciguarlos incluso en las disputas más intensas.

—De acuerdo —dijo Xander con una media sonrisa.

Shirley se asomó una vez más a la habitación de August, para cerciorarse de que estuviera dormido. Hizo lo mismo con Katherine. Gracias a Dios, Johanna, la mujer que cuidaba a los niños, siempre hacía un excelente trabajo. Cuando Xander y Shirley tenían que asistir a un evento (o a una reunión de último momento), era la rubia de casi cuarenta años, oriunda de Manchester, quien les daba un baño, les daba de cenar y los metía a la cama, hasta que los Granderson llegaran. Y esa vez, no fue la excepción. Los dos pequeñines dormían como angelitos.

Entró a la habitación que compartía con su esposo y sin perder tiempo, se metió en la cama, donde Xander leía alguno de los documentos que le había entregado Aaron.

—¿Cuándo pensabas decirme que Adeline y Aaron estaban saliendo? —preguntó ella.

—Cuando se presentara la ocasión de hablar acerca de eso, pero en vista de todas las cosas que hemos pasado en los últimos meses, esa ocasión nunca se presentó —respondió él, sin quitar la mirada de los papeles que tenía entre las manos.

—¿Puedo hacerte una pregunta, sin que te la tomes a mal? —inquirió Shirley.

—Aja —él estaba muy entretenido en lo que leía.

—¿Aún sientes algo por ella?

—¿Qué? —una alarma se activó en el cerebro de Xander—. ¿A qué se debe tal pregunta? —él dejó la carpeta a un lado.

—Es solo que... en el restaurante... lo que dijiste.

—¿Y qué fue lo que dije?

—No fue lo que dijiste, sino la forma en que lo hiciste.

—¿Ah sí?

—Sí. Cuando dijiste que ella te hizo quedar como un idiota ante los medios y que ahora regresaba para robarte a tu agente...

—¿Y que hay con eso? —Xander no entendía.

—Noté cierta... rabia en tu voz, como si le recriminaras algo a ella.

—¡Joder! ¿En serio percibiste todo eso de una simple frase que dije por decir?

—Es que... —Shirley se mostró algo frustrada—, fue la forma en que lo dijiste...

—Ninguna forma —él se acercó a su esposa y la miró directamente a los ojos—. Lo mío con Adeline quedó enterrado en el pesado. Encerrado en un baúl con llave, y cuya llave boté en el mar más profundo.

—¡Wow! ¡Que poético! —dijo ella con algo de sarcasmo.

—Ya veo porque las grandes novelistas de la historia, son mujeres —masculló Xander.

—¿Qué estas queriendo decir? —Shirley lo miró ceñuda.

—Imaginas cosas, amor.

—Yo no imagino nada. No digas eso —ella se cruzó de brazos.

—Ven acá —Xander extendió su brazo para abrazarla—. Te haré unas preguntas y quiero que las respondas. ¿De acuerdo?

Ella no dijo nada, solo se removió un poco hasta que ambos cayeron sobre la cama, uno frente al otro.

»¿Quién es la que está conmigo? —inquirió él.

—Yo —reconoció ella.

—¿A quién le prometí pasar el resto de mi vida junto ella, frente a familiares y amigos?

—A mí —ella se mordió el labio inferior—. A mí me lo prometiste.

Lentamente, él deslizó su mano por el vientre femenino, hasta colarse por debajo de la tela de sus bragas. Shirley jadeó al sentir ese par de dedos, posados en su abertura. Manteniendo la mirada fija en los ambarinos ojos de su mujer, Xander introdujo el índice y el dedo medio en la vagina de su esposa. Ella gimió por la invasión.

—¿A quién es la única que le puedo hacer esto, cada vez que me plazca? —indagó él con lascivia.

—Si se lo llegas a hacer a otra mujer, te mato —confesó ella, terriblemente excitada.

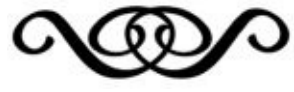
Xander estalló en una sonora carcajada, que tuvo que ahogar tapándose la boca para no despertar a los niños. Sacó la mano de donde la tenía y se incorporó.

—Ya entendiste mi punto —argumentó él entre risas.

—¡Oye! —protestó ella—. Ni se te ocurra dejar a medias lo que acabas de iniciar.

Él giró levemente su cabeza y la miró. Ella había comenzado a jugar con sus senos. Dicha escena, lo puso a mil.

—Bueno. Ya que insistes —dijo él, riendo travieso, para luego arrojarse sobre su esposa, como un león hambriento a punto de devorar un tierno y succulento cervatillo.



Capítulo 7

Dos años después.

Los gritos y las luces de las cámaras eran los protagonistas de la noche. Además de una inmensa alfombra roja que se extendía por todo el lugar. Actores, directores, productores, guionistas, diseñadores de vestuario, ingenieros de sonido... y hasta cantantes afamados, se dieron cita en el Dolby Theatre, en Los Ángeles, California, donde se llevaría a cabo la ceremonia más importante para el cine, los Premios de la Academia.

Entrevistas, fotos y más entrevistas. Para los Granderson era la cosa más natural del mundo, pues lo habían estado haciendo muy a menudo durante los últimos años.

Esa noche, los esposos caminaban uno al lado del otro, tomados de la mano. Shirley lucía un despampanante vestido azul granate con hermosa transparencia en el busto y una sola manga, largo, de escote sensual que le llegaba a la parte alta del muslo, de la casa *Versace*, y el que fue toda una sensación entre los críticos de moda en la alfombra roja, quienes le daban el título de la mejor vestida de la noche. Xander vestía un majestuoso *tuxedo* de tres piezas de color vino, con una camisa blanca y una corbata azul celeste con rayas azul granate, a juego con el vestido de su esposa, nada más y nada menos que de *Armani*. Para él, era el momento de cosechar los frutos de tantos años de trabajo, pues era su primera nominación como Actor de reparto, y en general, la primera vez que asistía al evento. Era una noche especial para Granderson.

El último año estuvo viajando de país en país, promocionando las tres películas en las que trabajó. Al fin y al cabo decidió aceptar las propuestas de Wagner, Dream Work y Disney, por los guiones. La primera había sido una película de espionaje, al mejor estilo de James Bond, filmada en hermosos escenarios de España, Francia e Inglaterra. La segunda fue una película de

suspense, donde tuvo que hacer el papel de un padre de familia que sin querer, presencié el asesinato de su vecina, a manos de su propio esposo. La cinta fue catalogada como una de las mejores del género, en los últimos diez años, según el Festival Internacional de Cine en Toronto. La tercera, y la cual le valió su primera nominación a los Oscar, era una película dramática, ambientada en los años 80, donde personificaba al hijo de un mafioso ruso, que trabajaba también de encubierto para la CIA, y que dejando de lado los lasos de sangre, debía hacer lo correcto, aunque eso significara condenar a los suyos.

Por su parte, Shirley participó en dos obras teatrales y de tres ofertas para películas, solo aceptó una, la de una película de suspense, pues consideraba que de acceder a las tres que le ofrecieron, su tiempo para compartir con su familia sería muy limitado. Ella no podía quejarse, pues durante esos dos años de trabajo duro, se hizo acreedora de dos premios Lawrence Olivier, por sus impecables actuaciones sobre las tablas y un BAFTA como Mejor Actriz Emergente. Poco a poco, comenzaba a ser un nombre que muchos directores pronunciaban y demandaban. Durante el último mes, *Wickerman Management Talent* recibió ¡cinco! ofertas de trabajo para ella, todas para la gran pantalla.

August y Katherine crecían a prisa, y daban más de un dolor de cabeza a sus padres. Los dos hablaban hasta por los codos, y más de una vez hicieron que Shirley o Xander (el que estuviera más cerca) tomara un vuelo de última hora para ir casa de Alyssa Shelley, madre de Xander, porque se enfermaban, pero al final resultaba siendo una trampa de los pequeñines para pasar tiempo con sus padres. La razón por la que no viajaban con sus padres era porque a August le daba pánico viajar en avión, (en dos oportunidades lo demostró, gritando y llorando histéricamente, hasta que sus padres desistían) y separarlo de su hermanita era una completa locura. Él nunca lo permitiría. Adoraba a Katherine.

El matrimonio Granderson era uno de los más sólidos de Hollywood, y

uno de los más envidiados por aquellos que eran infelices con sus parejas. Ambos mantuvieron la promesa de *un fin de semana al mes*, que hicieron durante su luna de miel, y lo disfrutaban reuniéndose en Londres para pasar el tiempo con sus hijos, paseando por el parque, llevándolos al circo o al cine. Eran una preciosa familia.

Saludaron a unas cuantas personas más y procedieron a ingresar en el recinto, guiados por un caballero que les indicó cuales eran sus asientos.

Las siguientes tres horas fue un despliegue total de diversión. Chistes, actuaciones musicales en vivo y más chistes, por parte del anfitrión de la noche, hicieron que la velada fuera inolvidable. Una a una se anunciaron las categorías, y uno a uno, cada ganador fue recibiendo su estatuilla dorada.

Cuando llegaron a la categoría donde Xander estaba nominado, Shirley sintió que el corazón se le iba a salir por la boca, aunque nada comparado al festival de mariposas que sentía Xander en su estómago.

—Y el ganador es... —parecía que el tiempo se había detenido y que las luces se habían apagado—. ¡Xander Granderson!

Escuchar su nombre, de boca de una de las actrices más emblemáticas del cine, fue una experiencia fascinante. Claro que él había ganado premios anteriormente, pero lo que sintió en ese preciso instante, no se comparaba con nada. ¡Era un Oscar! ¡Joder! La cúspide en la carrera de un actor, la cima... la guinda del pastel: El momento con el que todo artista, dedicado a las artes dramáticas, sueña desde el momento que decide estudiar actuación. Y para Xander, era un sueño hecho realidad.

Antes de ir a recibir su premio, se inclinó sobre su esposa, tomó su rostro entre sus manos y le plantó un beso. Uno de esos que le roba el aliento hasta a quienes miran. Seguidamente se dirigió al escenario, donde dio uno de los discursos más emotivos de la noche.

—...los sueños son para hacerlos realidad. Persíguelos y cúmplelos — finalizó él.

Era la misma frase que repetía una y otra vez, y que incluso había sido

por la cual Shirley se enamorara perdidamente de él, aquella vez que lo vio en una entrevista. Ella aprendió de él, a no rendirse nunca, a luchar por lo que de verdad quería y a ponerle el alma a todo lo que haces. Verlo allí, triunfando de esa manera, era solo un recordatorio de que todo es posible, siempre y cuando lo deseemos de verdad, con el corazón. Para muestra un botón, ella se había casado con el hombre que admiró por tantos años, y no solo eso, sino que gracias a esa pasión, la vida la llevó a vivir su propio sueño de ser una de las actrices más solicitadas del momento.

Durante el resto de la noche, Xander se dedicó a celebrar y demostrar lo feliz que era junto a la mujer que amaba. Más de una vez fueron captados dándose muestras de afecto, lo que para nadie era incomodo, pues ambos eran conocidos como la pareja más tierna de la farándula.

Los días siguieron su curso, y con eso, llegaron las vacaciones de ambos.

¡Por fin, un respiro!

Aaron logró que sus días libres concordaran, luego de negociar incansablemente con cada una de las casas productoras con las cuales Xander y Shirley tenían contrato.

Shirley comenzaría el rodaje de su próxima película dentro de seis meses. Una comedia romántica. Xander se tomaría un descanso del cine y regresaría al teatro. La obra estaba pautada para dar inicio en tres meses, y sería producida por Scott Redman, pero la convocatoria era para un mes antes, por los ensayos.

Ambos tenían tiempo suficiente para disfrutar al lado de sus pequeñines.

Fueron las vacaciones más geniales, viajando de Inglaterra a Australia, disfrutando de esas hermosas playas. A August tuvieron que darle algo que le recetó su pediatra para evitar que se agitara tanta antes de abordar cada vuelo. De Australia a Francia, donde los niños disfrutaron en *Disneyland Paris*. De Francia a Italia; una escapada romántica, donde Shirley y Xander solicitaron los servicios de su niñera Johanna, quien trabajó durante todo ese tiempo para

los Granderson, así ellos aprovecharon para cenar a la luz de las velas en algunos de los restaurantes más íntimos de Milán.

Alemania, Noruega, España y Portugal fueron algunos de los lugares que visitaron, para concluir sus vacaciones en Venezuela, donde disfrutaron de la compañía de los padres de Shirley y parte de la familia de ella, siempre manteniendo un bajo perfil, pues la situación del país no era la ideal para que un par de celebridades de *Hollywood* deambularan por las calles. En las últimas semanas, la familia se vio obligada a estar confinada en la casa de los Sandoval, pues en Caracas se respiraba un ambiente de mucha tensión debido al gran repudio, de una gran parte de la población, por el gobernante de turno.

Al cabo de unos días más, los Granderson tuvieron que regresar a Londres y retomar el ritmo de sus vidas.

Xander tuvo que hacerse cargo de algunos asuntos junto a Aaron, pues estaba a punto de convertirse en socio de *Wickerman Management Talent*, mientras Shirley aprovechó los pocos días que le quedaban de vacaciones para disfrutarlos junto a August y Katherine en casa de Elyse, en Irlanda.

Una tarde, Aaron y Xander charlaban en casa de este último, acerca de la renovación de contrato de algunos clientes de la agencia, y el hecho de que Wickerman quería firmar a un joven actor, de apenas 16 años, pero que con su corta edad, se había ganado la admiración de Aaron, por el increíble talento que tenía. Lo vio un par de veces en una obra de teatro local.

—¿Y cómo se llama? —indagó Xander ante el entusiasmo de su casi socio.

—Thomas Neville —respondió el agente.

—¿Y qué es lo que te impide ofrecerle un contrato?

—Su actual agente. Jeffrey Saint-Michael —indicó Aaron—. El mismo que le jugó aquella mala pasada a Redman.

—Si por mala pasada te refieres a que le robó la esposa...

Aaron soltó una carcajada. No lograba superar el sentido del humor tan peculiar que Xander le inyectaba al asunto. Para ambos era muy hilarante la manera en que Redman se los contaba cada vez que se reunían a tomar un par de copas. *Ese infeliz no sabe el favor que me hizo*, decía Scott todo el tiempo.

—Pues había pensado que... —prosiguió Wickerman—, como forma de venganza, Redman se encargara de hablar con el chico y convencerlo. En vista de que Scott tiene un motivo muy personal para desquitarse con Jeffrey, le va poner bastante empeño al asunto.

—¿Eso? ¿O por qué te fascina ver el mundo arder? —dijo Xander.

Ambos amigos estallaron en carcajadas, y rieron por algunos segundos.

»Te vas a meter en un gran lío —logro decir Granderson, entre risas.

—No. Lío es en el que me metí hace una semana —comentó Aaron, tratando de recuperar la compostura.

Xander fue recuperando el aliento poco a poco, y le lanzó una mirada inquisitiva a Aaron, quien hizo un gesto muy parecido al de un niño a punto de hacer una travesura.

—¿Qué coño fue lo que hiciste? —Xander lo instó a confesar su fechoría.

—¡Oh! ¡Es verdad! No te platicué de esto. ¡Claro! Con tu idílica familia, ya no tienen ni tiempo para los amigos.

—Me fui de vacaciones por casi tres meses. El mundo no se acabó —se defendió Xander—. Además lo necesitaba. Lo sabes.

—Ni una llamada en todo ese tiempo —Aaron fingió estar muy dolido.

—Te escribía todos los días —contraatacó Granderson—. Así que deja de poner excusa y cuéntame de una vez que fue lo que hiciste.

—Le pedí a Adeline que se casara conmigo —soltó Wickerman.

Xander cambió su semblante de risueño a asombrado de un segundo a otro.

—¡Wow! —se llevó ambas manos a la nuca y se recostó al respaldo del

sofá—. ¡Wow! —repitió.

—¿Es todo lo que vas a decir? ¿Wow? —Aaron frunció el ceño.

Xander resopló.

—Es que... cuando supe que estaban saliendo, nunca creí que fueran a durar tanto, ni mucho menos que fueran a llegar a...

—Pues ya ves que sí. Hemos estado juntos los últimos dos años, y he vivido cosas que jamás imaginé —lo interrumpió Aaron—. Adeline es una mujer espectacular. Ya entiendo porque te tenía tan fascinado y porque sufriste tanto cuanto se terminó lo de ustedes.

Sin poder evitarlo, Xander se sintió un poco incómodo por remover algunos recuerdos del pasado. Las cosas con Adeline no terminaron nada bien, y él tuvo gran culpa por la ruptura.

—Nunca imaginé a Adeline casada. Es todo —farfulló.

—¿Por qué no? ¿Por qué no se casó contigo? —Aaron no pudo evitar soltar la pregunta.

—¡Oye! —Xander protestó.

—Lo siento, no quise ofenderte.

—Tranquilo. No hay problema. Debo confesar que en un principio solo creía que Adeline te estaba usando para darle un empujoncito a su carrera y que a la primera de cambió se desharía de ti...

—Créeme, yo también lo llegué a pensarlo —declaró Aaron—, y más por la forma en que ella te miraba cada vez que nos reuníamos en mi oficina a discutir un asunto de la agencia.

—¿Qué dices? Me miraba con odio. Sabes que ella me odia.

—No. No es cierto. Ella te admira y te respeta. Créeme, ha madurado mucho.

—Pues me alegro por ella y me alegro por ti —espetó Xander con cierto fastidio—. De verdad. Me alegra que seas feliz. Tan solo espero que no te estés equivocando.

—¿Por qué me estaría equivocando?

—No lo sé, Aaron —Xander se exasperó un poco—. Es un simple decir.

—No es un simple decir, y mucho menos cuando pones esa cara de pocos amigos. ¿Por qué rayos te molesta tanto que este con ella?

—No me molesta. ¡Joder! —Xander levantó un poco la voz—. Es solo que... es raro. ¿De acuerdo? Es mi ex novia.

—No me jodas, Xander. Tuviste como cincuenta novias después de ella.

—Fueron solo dos, y ninguna significó nada.

—¿Nada? —Aaron abrió los ojos, asombrado—. ¡Te ibas a casar con Anna! ¿Qué coño te pasa?

—Creo que es mejor que me vaya. Tengo varios sentimientos encontrados y... —tomó una profunda inhalación y botó el aire de golpe—, necesito despejarme un poco. Es todo.

Xander se puso de pie, tomó sus cosas y salió casi corriendo de allí, ante la mirada atónita de Aaron.

Su corazón latía desbocado dentro de su pecho. ¿Era por Aaron o por Adeline? ¿Le preocupaba el hecho de que su amigo pudiera salir lastimado? ¿O le molestaba saber que Adeline se iba a casar, nada más y nada menos que con su mejor amigo? No lograba entender que era lo que sentía. Amaba a su esposa, eso lo tenía muy claro, pero en su pecho se arremolinaban un montón de emociones que iban desde la ira hasta la nostalgia.

Se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta y sacó las llaves de su auto, abordándolo de inmediato. Una vez dentro del vehículo, lo encendió y se marchó a toda prisa a casa de su madre. Necesitaba charlar con la única persona que lo escucharía sin juzgarlo y que lo aconsejaría.

Adeline había sido una persona muy importante en su vida. La mujer que él creyó nunca podría olvidar, y mucho menos superar. Incluso estando con Anna, hubo momentos en los que deseó que fuese Adeline. La pasión que sintió

con ella, no la sintió con nadie más. Hasta que llegó una dama de ojos ambarinos y sonrisa resplandeciente que le robó el corazón. Su amada esposa, Shirley.

Se cuestionó un par de veces eso que sentía. No lo aceptaba. Se negaba a aceptarlo. ¿Cómo era posible que se sintiera tan incómodo con esa situación? Si al contrario debía estar feliz porque Adeline había logrado seguir adelante, aun cuando tuvo una muy mala experiencia con él. Ella decidió pagarle con la misma moneda y se enredó con un compañero de trabajo. Eso devastó a Xander, quien como hombre, se sintió con el ego destruido.

Muy tarde comprendió que debía cambiar y dejar de ser tan impulsivo con las mujeres. Muy tarde aprendió a pensar con el cerebro y no con el pene, pues por culpa de su conducta, perdió a la única mujer que él había amado hasta el momento. Y tal vez era eso. Adeline era un capítulo sin concluir, una asignatura pendiente, una herida abierta, que aún no había sanado completamente.

Claro que en el presente, su esposa era su prioridad y la amaba como un loco, pero sentía su corazón dividido, en ese momento, y no entendía por qué.

—Necesitas hablar con ella —le dijo su madre al rato de estar charlando.

—¿Para qué, madre?

—Lo de ustedes quedó en el aire. Sucedió lo que sucedió, ella se fue y tú te encerraste en ti mismo... Jamás tuvieron la oportunidad de limar asperezas —comentó Alyssa.

—Estoy casado, mamá, y se supone que no debo sentir estas cosas —Xander se golpeó el pecho con suavidad.

—Eres humano, hijo. Sientes y padeces. Además, nunca llegaste a cerrar el ciclo con Adeline. Tal vez eso es lo que necesitas. Perdonar y que te perdonen.

—No creo que sea buena idea, mamá.

—¡Es Aaron! ¡Es tu mejor amigo el que se va a casar con ella! ¡Por el

amor de Dios! No puedes cargar con esto toda la vida. Tu amistad con él podría verse afectada. ¿Por orgullo?

—No es orgullo, mamá. Es solo que...

—Te conozco, hijo. Te tuve nueve meses en mi vientre y te traje al mundo luego de 18 horas de labor de parto. Te conozco como a la palma de mi mano. Eres terco, orgulloso y un poco caprichoso, y eso no se te va a quitar ni porque tengas 80 años. Así naciste, y así te vas a morir.

—¡Mamá! —Xander hizo un puchero, que le recordó a Alyssa cuando su hijo era un pequeñín.

—Tienes que solucionar esto ya. Por ti, por Aaron y por tu matrimonio —dijo la madre. Xander frunció el ceño—. Si no lo haces, esa será una duda que estará allí, constante, robándote la calma todo el tiempo.

Él resopló y asintió con la cabeza.

—Tienes razón, mamá —admitió Xander—. ¡Joder! Siempre tienes razón.

—Por algo soy tu madre —concluyó ella, sonriendo de oreja a oreja.

Se estacionó frente a la casa de la cual él conocía muy bien a su propietaria. Había sido la casa de Adeline Richards por el último año. Él y Shirley asistieron a la fiesta de inauguración de la misma, porque Aaron los invitó, y para ambos, era muy importante que su amigo se sintiera cómodo sabiendo que ellos estaban de acuerdo con dicha relación, aunque no fuese del todo cierto, por lo menos, por parte de Xander.

Puso sus manos una vez más sobre el volante y resopló con frustración. No quería hacerlo, pero debía. Por su propia paz mental, debía.

Bajó de su jaguar negro, modelo del año, y se encaminó hacia la puerta roja que tenía un enorme número 4 en la parte de arriba. Se plantó frente a ella y tocó. Estuvo a punto de salir corriendo, como si fuera un niño haciendo una

travesura, pero se obligó a permanecer allí.

La puerta se abrió tras el segundo llamado, revelando a una mujer preciosa, de ojos grises y cabello negro azabache. Ataviada con un glamuroso vestido rojo satinado. Xander no pudo evitar mirarla de pie a cabeza, escaneándola por completo. Adeline poseía un cuerpo, que a pesar de ser delgado, tenía curvas donde debía tenerlas. Unas piernas largas que se podían ver a través de una pronunciada abertura que iba desde el suelo hasta la parte alta del muslo... donde muchas veces, él deslizó sus manos...

—¿Xander?! —la voz de Adeline lo hizo sacudir la cabeza, y gracias a Dios, porque pudo sacarse esos libidinosos pensamientos de la cabeza—. ¿Qué haces acá? —continuó ella.

—Yo... Emmm... he... —él balbuceó. Adeline frunció el ceño—. ¿Vas a salir? Creo que mejor será que vuelva otro día.

Él hizo amague de darse la vuelta para marcharse, pero ella le puso una mano en el hombro, deteniéndolo.

—No. Nada que ver. Me estoy probando el vestido que usaré en *Cannes* —dijo.

—¡Oh! Ya veo. Te queda muy bien —masculló él.

Ella cruzó los brazos y levantó una ceja, mirándolo con inquietud.

—¿Has venido hasta aquí para elogiar mi vestido? —indagó ella con algo de sorna.

Él sacudió su cabeza de nuevo, obligándose a aclarar sus pensamientos para coordinar sus palabras.

—¿Puedo pasar? —inquirió Xander, con notable timidez.

Ella se hizo a un lado y estiró su brazo, indicándole a él, el camino hacia el interior de la casa. Xander entró.

Ambos caminaron hasta llegar a la sala, donde decidieron tomar asiento uno delante del otro. Xander en el sofá grande y ella en el sillón individual.

El silencio incomodo perduró por unos cuantos segundos.

—He venido porque necesito charlar contigo —él rompió el silencio.

—¿Acerca de?

—Necesito aclarar ciertas cosas —indicó Xander.

—¿Cómo cuáles? —Adeline comenzaba a sentirse muy intrigada.

—Me enteré que tú y Aaron van a... —hizo una pausa incomoda—
casarse.

—Si has venido a persuadirme para que me aleje de él, déjame decirte
que... —ella se puso a la defensiva.

—No. No he venido a eso —la interrumpió él.

Era lógico que Adeline pensara que la intención de Xander era reñirla
por empeñarse a estar con su amigo, pero es que ella lo quería de verdad y
esperaba que su ex lo entendiera de una buena vez.

»Enhorabuena —espetó él, haciendo que ella abriera los ojos con
asombro.

—¿Hablas en serio o... es una manera de probarme? Porque de verdad
no sé qué quieres probar.

—Estoy siendo muy sincero —él resopló—. Una persona en la cual
confió mucho, me dijo que lo mejor para ti, para Aaron, para mí, para mi
esposa... era perdonar y que me perdonaran.

—De verdad que tu madre da muy buenos consejos.

Xander soltó una carcajada.

—¿Cómo sabes que fue ella? —indagó él.

—¡Por Dios, Xander! Estuvimos juntos por casi... ¿Cuánto? ¿Cuatro
años? Reconozco las palabras de la señora Alyssa.

—Lo cierto es que... —prosiguió Xander—, tengo que confesar que
desde que supe que estabas con Aaron sentí algo muy extraño. No sabía si era
por el hecho de que mi ex novia estaba saliendo con mi mejor amigo o si era
porque mi mejor amigo estaba saliendo con mi ex novia. Lo cierto es que
pensaba que, tal vez, te habías involucrado con él para molestarme a mí.

Ella no pudo evitar reír.

—¡Xander! ¿Cómo vas a pensar eso de mí? —se sintió un poco ofendida.

—No lo sé —él se encogió de hombros—. A veces suelo ser un poco paranoico.

—¿A veces? —se mofó ella.

—Quiero pedirte disculpas —Xander se puso muy serio, y ella se contagió—, por cómo te traté, por cómo me comporté contigo. No lo merecías y...

—Ay no, Xander, no comiences a evocar esos malos recuerdos. Para mí, eso quedó en el pasado. Yo seguí adelante, y tú también. Así que no tiene sentido hablar de eso... Yo te perdoné hace mucho tiempo —confesó ella.

—Lo siento mucho, de verdad, Adeline —la cara de Xander denotaba pesar.

—No, no, no. No lo hagas, Xander —dijo ella meneando la cabeza—. No nos sumerjamos en una absurda melancolía. Me costó un poco, pero comprendí que tú no eras el hombre indicado para mí, y obviamente, por lo visto, yo tampoco era la indicada para ti —ella rió—. Te soy muy sincera cuando te digo que soy muy feliz por ti, al verte con tu esposa y que hayas encontrado eso que tanto querías, la mujer adecuada para formar una familia.

—Yo también me alegro por ti —comentó él, con total sinceridad—, y por Aaron —soltó una risita.

—¿Esto significa una tregua? —tanteó ella—. ¿Dejarás de pensar que soy una arpía sin corazón que solo quiere aprovecharse de tu pobre amigo? —bromeó.

—Creo que si —él sonrió como respuesta.

Xander estiró la mano hacia Adeline, ofreciéndosela amigablemente, como un gesto de pactar la “tregua” entre ellos, pero ella lo miró, levantando una ceja, como diciendo: ¿En serio?

—A mí —se señaló a sí misma—, dame un abrazo, tonto —se puso de pie y se acercó a él.

Xander se levantó de un brinco e hizo lo que ella le pedía. La abrazó

Ambos pudieron percibir ese cariño especial que sintieron alguna vez.

Xander se sintió muy agradado con el abrazo, y comprendió que por fin estaba en paz consigo mismo. Había vivido durante tantos años, sintiéndose culpable, con la zozobra de haber lastimado a alguien que quiso tanto, y que no se lo merecía. Actuó muy mal en el pasado, pero lo cierto era que todos esos errores lo convirtieron en el Xander que era en el presente. Aprendió la lección. Había madurado como persona, y como hombre.

Mientras se prolongaba el abrazo, él no pudo evitar sentir algo de melancolía. Eran muchos los recuerdos preciosos que llegaban a su mente. Se sintió curioso. Se sintió tentado. Necesitaba comprobarlo. Saber que ya no había ni una pizca de ese fuego que ella encendía con tan solo tocarlo. Y sin ponerse a pensarlo mucho... la besó.

Un beso corto que significó mucho para él.

No porque hubiese vibrado de pasión, sino porque su corazón estaba en paz. No palpitaba de prisa, ni lento. No hubo ardor, y eso, para Xander, fue como un bálsamo que acalló a todos esos demonios que estuvieron tratando de hacerle perder la calma, durante las últimas horas.

Lo único que lo unía a Adeline era un cariño bonito, como el que se puede sentir por una amistad. Para Xander, fue muy reconfortante comprobar que la mujer frente a él no le hacía sentir ese deseo, casi animal, que una vez sintió por ella.

De hecho, desde que había conocido a Shirley, no se sentía atraído por ninguna otra mujer. Era como si lo hubiese hechizado de una manera tal, que de solo pensar en hacer algo que llegara a lastimarla, lo hacía sentir como el más canalla.

—¿Qué rayos ha sido eso? —inquirió Adeline al separarse.

—Algo que necesitaba comprobar —susurró él.

—¿Ah sí? —Ella frunció el ceño—. ¿Y qué has comprobado?

—Que no siento nada por ti —soltó Xander, casi por inercia, y no fue sino unos segundos después que cayó en cuenta de lo ruda que sonó su confesión—. Digo, yo... —tartamudeó en su intento por querer remediar su

falta de delicadeza.

—Auchs. Eso dolió —Adeline hizo una mueca de dolor, llevándose una mano al pecho.

—Lo siento, Adeline. No quise sonar tan...

—No te preocupes —ella se echó a reír—. Yo acabo de comprobar exactamente lo mismo.

Jonah sonrió e inhaló todo el aire posible, llenando sus pulmones con el olor característico de Londres en plena primavera. Soltó el aire, seguido de un suspiro.

—¡Ah! Preciosa —dijo y miró a su amigo, Richard, quien caminaba a su lado.

Había estado planeando ese viaje desde hace mucho tiempo. Soñaba con el día de poder transitar esas calles tan hermosas. Las mismas con las que tenía fantasías recurrentes, desde que leyó Harry Potter y el prisionero de Azkaban. La escena de la película no le hizo justicia a la del libro. Esa de la persecución de Harry a bordo del autobús rojo...

Eran sus vacaciones soñadas. Esas por las que había estado ahorrando durante los últimos dos años. Su amigo fue quien lo ayudó a dar el último paso.

Ambos se conocieron a través de un foro de fanáticos de los libros de J. K. Rowling y desde entonces se convirtieron en grandes amigos.

Richard era estudiante de fotografía, pero en sus ratos libres, le gustaba pasear por las calles londinenses, cazando a alguna celebridad, para fotografiarlas. Dichas fotos eran las que le habían ayudado a pagar sus estudios durante los últimos meses.

Los amigos salieron en busca de diversión, y algo de acción. Era el tercer día de Jonah en la ciudad y se sentía desesperado por conocer más y

más.

De repente, Jonah se detuvo al cruzar una esquina.

—Alto —dijo y extendió su brazo a un lado, para frenar a su amigo.

—¿Qué pasa? —preguntó Richard, frunciendo el ceño.

—¿Ese no es el actor de *Remembranzas de Harvinder*? ¿El que hace de Aldous Kenrrang?

Richard siguió la mirada de su amigo, con sus ojos, y la posó sobre un hombre que salía de una casa, al otro lado de la calle.

—¡Joder! Sí. Es Xander Granderson —dijo casi sin aliento.

Rápidamente le quitó el protector a la lente de su cámara *Nikon*, la cual colgaba de su cuello y comenzó a disparar fotos, percatándose de hacerlo sin usar el flash para que no notaran su presencia.

El actor se inclinó y le dio un beso en la mejilla a la mujer, pero por el ángulo en el que estaban, parecía que se daban un beso en los labios. Ambos sonrieron con complicidad. Él se giró y se encaminó hacia su coche, mientras la dama agitaba su brazo, despidiéndose...

...Toda la escena quedó captada en una secuencia de fotografías.

—¿Quién es esa? —indagó Jonah.

—No lo sé, pero no es su esposa —respondió el improvisado *paparazzi*.

—¿Cómo lo sabes?

—Su esposa es latina, y tiene un trasero que reconocería a mil kilómetros de distancia.

—¿Podría ser una colega? Tal vez se reunirían para hablar de alguna película —comentó Jonah.

—Déjame ver, pues se me hace conocida —Richard sacó su móvil y abrió su navegador. Escribió algunas palabras en su buscador, en específico el nombre de una obra de teatro a la cual había asistido unos meses atrás—. ¡Bingo! Sí. Es quien creía. Se llama Adeline Richards.

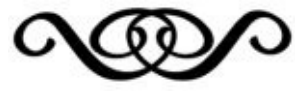
—¿Es también actriz?

—Sí —indicó Richard a la vez que buscaba información de Adeline

Richards en Wikipedia—. A ver... ha actuado en teatro, cine y televisión y... —se le abrieron los ojos con excitación y una sonrisa maquiavélica se le dibujó en el rostro—, estuvo saliendo con Granderson en el año 2009. Ambos estuvieron comprometidos para casarse, pero la relación terminó a mediados de 2011.

—Creo que tendrás para pagar los próximos tres semestres —dijo Jonah imitando la sonrisita de su amigo.

—Ya lo creo. Estas imágenes van a valer miles de libras.



Capítulo 8

*Londres, Inglaterra.
Una semana después.*

Para Xander era muy satisfactorio poder hacer algo diferente a la actuación, y ser socio de Aaron era muy divertido. La oficina de Wickerman se convirtió en su segundo hogar durante la última semana. Quería empaparse de todo, conocer a todos y cada uno de los empleados de la agencia, además de todos los clientes y posibles candidatos a firmar con *Wickerman Management Talent*, la que muy pronto sería *W&G Management Talent*.

—¿Y estas? —preguntó Xander a Geraldine, la asistente de Aaron.

—Esas son de los niños —respondió ella.

—¡Caramba! No sabía que Aaron se quería arriesgar con actores niños.

—Al parecer encontró a varios que le hicieron cambiar de idea.

Xander tomó una carpeta y la ojeó. Reconoció a Elliot Delch, un chiquillo que había estado haciendo de las suyas durante los últimos 2 años. Si Aaron lograba encaminarlo, podría llegar a convertirse en el nuevo *Macaulay Culkin* de *Hollywood*, con la diferencia de que Wickerman si sabría cómo mantenerlo a raya para que no se descarriara como Culkin.

—¿Y estas que están acá? —indagó Granderson, señalando unas carpetas a un lado del escritorio.

—Esas son las de Alice. Son los clientes que Aaron le asignó —contestó la mujer.

Xander tomó varias y las ojeó. Sonrió al ver que el expediente de Shirley estaba entre el montón.

—¿Y esas que están allá? —Xander señaló hacia el sillón que estaba a un lado de la oficina.

—Esos son expediente descartados —dijo ella—. Te sorprendería el montón de personas que nos envían sus...

Geraldine no pudo terminar la frase, pues Aaron atravesó la puerta de su oficina, como si fuese un ciclón. Llevaba en su mano algunas revistas y el *The Times* del día.

Sin mediar palabra con alguno de los presentes, arrojó las revistas y el periódico, sobre el escritorio, justo delante de Xander. Geraldine miraba con notable confusión.

Granderson levantó su mirada, observó que su amigo se veía un poco molesto y sin poder evitarlo, Xander frunció el ceño.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Me parece que tú lo puedes explicar mejor —respondió Aaron.

Xander clavó la mirada sobre las revistas, y miró con detenimiento. Abrió los ojos como platos al percatarse de lo que era.

—¡Mierda! ¿Pero cómo diablos... —balbuceó

—¿Cómo rayos diablos lo supieron? —Lo interrumpió Wickerman—. ¡Eres una puta celebridad! Se enterarían de lo que haces hasta en el baño.

—Aaron, déjame explicarte. No es lo que piensas.

—¿Y qué es lo que pienso? —Aaron se cruzó de brazos.

—No lo sé —Xander arrugó la nariz.

—Yo solo quiero saber, ¿Qué coño hacías en casa Adeline? ¿Y desde cuando tú y ella son tan cariñosos entre sí?

—¿Pero qué dices? Es un simple beso en la mejilla. Solo nos despedíamos —se defendió Granderson.

—Pues lo que veo no parece ser un simple beso en la mejilla —espetó Aaron.

—¡Esta bien! ¿Quieres la verdad? Fui a verla para echar el último polvo que no pudimos hace cinco años atrás.

—¿Pero qué coño estás diciendo? —Aaron levantó el tono de voz.

—¡Te estoy jodiendo! —Respondió Xander, levantando más la voz—. ¿Cómo crees que sería capaz de engañar a Shirley?

—Porqué te conozco, lo dudo.

—Voy a ignorar que dijiste eso —Granderson se sintió muy ofendido.

Geraldine, quien había quedado atrapada en medio de “fuego cruzado”, se fue escabullendo hacia la puerta.

—¿Qué quieres que piense cuando veo esto? —agarró una revista y la agitó en el aire.

—Que es una completa patraña. ¡Joder, Aaron! Eres mi amigo. ¿Cómo crees que podría hacerte esto?

—No lo sé. Tal vez tu ego se sintió herido, por el hecho de saber que Adeline se casaría conmigo y quisiste demostrar que...

—¿Estás oyendo lo que dices? —Lo interrumpió Xander—. No pasó nada. Solo fui a conversar con ella, a pedirle disculpas por haber sido un imbécil los últimos años, y a...

—De verdad quiero creerte, pero...

—¿Quieres creerme? ¡Pues hazlo! Porque fue lo que sucedió.

All of me de John Legend, se escuchó en la habitación. Era el tono personal que le tenía a Shirley. Ambos se quedaron callados de repente. Xander se inclinó para tomar su teléfono.

»¡Mierda! —masculló Granderson.

—¿Quién es? —inquirió Aaron.

Xander levantó su mano y extendió el celular hacia su amigo, mostrándoselo. En la pantalla se leía: *Llamada entrante de Mi amor ♥*.

Unas horas antes.

—...y esta es la última —dijo Shirley, haciéndole entrega de la valija a la mujer para que la documentara.

—Me habría gustado mucho que se quedaran más tiempo.

—Lo sé, pero ya los niños comienzan a preguntar mucho por su papá. Me gustaría disfrutar esta semana que me queda, al lado de Xander.

Elyse se acercó a su cuñada y la abrazó.

—Prométeme que vendrán para navidad —habló la hermana menor de Xander.

—Pues todo depende de los planes de tu hermano.

—Nada de eso. El año pasado fue el turno de Sharon de ser anfitriona, este año me toca a mí. No tienen excusa. Mamá vendrá.

—En ese caso... —Shirley se encogió de hombros—, vendremos —sonrió ampliamente.

—Señora —la llamó Johanna, la chica que la ayudaba con los niños—. El niño ya se durmió.

—De acuerdo, debemos abordar antes que se le pase el efecto —comentó Shirley refiriéndose a August—. No me gusta darle las dos pastillas. Aunque el doctor diga que no hay problema —abrazó a Elyse—. Gracias por todo. La pasé genial.

—No hay de qué. Son bienvenidos cuando quieran —dijo al separarse—. ¿Estás seguro de que no quieres que le diga a Xander que vas en camino?

—No hace falta. Quiero darle la sorpresa. Él cree que estaré acá hasta fin de mes, pero la verdad es que ya me hace mucha falta —rio con timidez.

—En ese caso... llámame cuando llegues a Londres —pidió Elyse.

—De acuerdo —contestó la señora Granderson.

Shirley se inclinó y tomó a Katherine entre sus brazos. Johanna a su lado, con August dormido y recostado en el hombro de la muchacha... ambas se encaminaron hacia la puerta de abordaje.

El vuelo fue completamente tranquilo, y muy rápido.

Shirley, Johanna y los niños no perdieron tiempo al llegar. Buscaron el equipaje y se dispusieron a salir del aeropuerto, tratando de llamar la atención lo menos posible.

Caminando por el área *Duty free*, Shirley no pudo evitar clavar su mirada en uno de tantos puestos de revistas y periódicos. Ver el nombre de su esposo en la portada de varias revista, la llenó de mucha curiosidad. Se detuvo

en el acto.

—¿Señora? —Johanna se detuvo también al ver que su jefa caminaba en otra dirección—. ¿Qué sucede?

—Dame un momento, Johanna.

Shirley se acercó al kiosco y sin pensárselo mucho, tomó una de las revistas.

Granderson y sus amores del pasado. Decía.

Levantó su mirada, confusa, y miró las demás.

Xander y Adeline, ¿recordando viejos tiempos?

Conoce todo acerca de la nueva aventura amorosa de Granderson.

Richards y Granderson: ¿juntos de nuevo?

Shirley se llevó las manos a la boca. Lo que veían sus ojos era un completo disparate. Sabía que su esposo no era capaz de semejante engaño. ¿O sí?

Sacudió su cabeza con fuerza al percatarse de ese sentimiento de duda.

No.

Xander no era así.

Él había cambiado.

Tomó todas las revistas donde hacían mención de su marido, pagó y se unió de nuevo a la niñera, quien sujetaba a Katherine con una mano, y con la otra a August, que se acababa de despertar.

—¿Está todo bien? —indagó la empleada de los Granderson.

—Casi —farfulló la respuesta, sacando su móvil de su cartera, para luego marcar el número de su esposo.

Se sentía confundida, molesta y un tanto triste, aunque no entendía porque estos últimos sentimientos, pues confiaba ciegamente en Xander. Pero no podía negar que ver esas imágenes de él, junto a Adeline, le revolvieron el estómago.

Antes que Xander contestará, decidió finalizar la llamada. Lo reconsideró y pensó que ese no era un asunto para ser tratado por teléfono,

sino en persona. Sabía que su marido estaba en la agencia, pues él se lo dijo la mañana de ese mismo día, cuando hablaron por teléfono, como lo hacían todos los días. Xander le comentó que estaría ayudando a Aaron con algunas cosas, así que le indicó a Johanna que fuera a casa con los niños. Shirley, iría a la agencia, la que quedaba muy cerca de allí.

Xander frunció el ceño y se quitó el móvil de su oreja, mirando la pantalla.

—Colgó —dijo entre dientes.

—Bien —comentó Aaron—. Ya que se ha aclarado que es un malentendido...

—¿Bien? —Xander lo fulminó con la mirada—. Mi esposa nunca me había colgado el teléfono.

—Tal vez haya sido que se le fue la llamada —Wickerman se encogió de hombros.

—¡Escuché su respiración! ¡Ella colgó! —se exasperó.

—¡Como sea, Xander! Si Shirley colgó o no, es lo que menos nos debe importar. Tu imagen pública está en juego, y debemos pensar en cómo vamos a solucionar esto.

—Voy a demandarlos —soltó Granderson.

—Buena idea —concordó Aaron—. Llamaré a Adeline para que esté al tanto.

—Quiero que organices una rueda de prensa —solicitó Xander.

—¿No crees que es demasiado? Con una demanda, una petición para que retiren las revistas y que se retracten, es suficiente.

—No. Quiero que esto quede muy claro y que no quede lugar para la duda. En este momento, soy el infeliz que engañó a su esposa con una ex novia y no quiero que eso afecte a Shirley de ningún modo.

—Geraldine —Aaron llamó a su asistente.

—¿Sí, Aaron? —la mujer apareció de inmediato.

—Por favor, comunícame con el Licenciado Corbin —le dijo.

—Enseguida —dijo ella y se retiró.

Aaron tomó su móvil y le envió un mensaje de texto a su novia.

Necesito que vengas a la agencia. Besos.

—Tenemos que ponernos de acuerdo con lo que le vamos a decir a la prensa —dijo Aaron.

—¿Qué le vamos a decir? ¡Pues la verdad!

—De acuerdo, pero debes estar claro de que buscaran cualquier cosa para joderte. Eres noticia, y querrán que los sigas siendo.

—¡Joder! Ni que fuera un puto político —Xander resopló son hastío.

—Eres un ganador del Oscar. Es como si lo fueras —Aaron sonrió.

Cuando Granderson estuvo a punto de unirse a las carcajadas de su amigo, su mirada se fijó en la entrada de la oficina, justo donde yacía, de pie, su esposa.

—¿Shirley? —Frunció el ceño—. ¿Qué haces aquí?

—Me vine antes de lo pautado para darte una sorpresa, pero veo que la sorprendida fui yo.

Xander bajó la mirada y se percató de que llevaba unas revistas en la mano.

—¡Oh! Ya lo viste —dijo él con un atisbo de pesar.

Aaron se puso de pie y se acercó a ella.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza.

Xander también se acercó a su esposa.

—Cielo. Déjame explicarte. Todo es...

—Mentira —dijo ella—. Lo sé. No serías capaz de enredarte con Adeline en su propia casa, donde puede descubrirlos Aaron.

—¿Ves? —Granderson le dio un manotazo a su amigo, en el hombro—. Debería darte vergüenza. Ella no dudo ni un segundo de mí, mientras que tú,

mi mejor amigo...

—¡Vale! Lo siento—dijo Aaron.

Wickerman lo miró de soslayo.

Xander abrazó a Shirley con fuerza.

—¡Dios! Eres perfecta. Por cosas como esta, me haces amarte cada vez un poco más —la besó con ternura en los labios.

Aaron puso los ojos en blanco.

—Solo hay una cosa que no entiendo —dijo ella al separarse de su esposo—. ¿Cómo es que esas imágenes llegaron a los medios? ¿Qué hacías en casa de Adeline? —ella entrecerró los ojos, inquisitivamente.

—Uno. No sé cómo rayos. Dos. Fui a su casa a charlar con ella. Solo eso.

Shirley meneó la cabeza, restándole importancia al tema.

—Como sea. ¿Qué piensan hacer? No quiero ser la esposa del canalla que me engañó —comentó ella. Su esposo rió.

—Demandar —dijo Aaron—. Adeline y tú —señaló a Xander—. Deberán decir que todo es falso, que no hay nada entre ustedes. Solo una simple amistad y...—Wickerman se cayó de repente y se quedó pensativo un momento—. ¡Joder! Si tú... —señaló a Shirley—, eres la esposa engañada... entonces yo soy el novio cornudo —se llevó la mano hasta el puente de su nariz. Con sus dedos, pulgar y medio, tocó sus lagrimales, soltando un suspiro—. Putos *paparazzi*.

Xander y Shirley rieron a carcajadas.

Así era el nivel de confianza de los Granderson. Un chisme burdo y simple no lograría que riñeran. Se amaban y eso era suficiente para afrontar cualquier prueba.

Durante los próximos días, Xander y Aaron se enfocaron en una lucha legal

contra las revistas que publicaron las imágenes de él y Adeline, y que además propagaron el chisme de un posible romance entre ellos. Normalmente, Granderson hacia oídos sordos a esa clase de polémicas, y prefería no gastar energías ni tiempo en esos asuntos, pero todo ser humano tiene un límite, y ese fue el suyo. Estaba por completo cansado de tanto sensacionalismo y amarillismo en torno a su vida privada. Esa, no la iba a dejar pasar. Más que todo por respeto a su esposa, que ya bastante tenía con tener que lidiar con los imbéciles que, cada vez que tenían oportunidad, sacaban a colación el tema de Roxanne y el hecho de que su esposa tenía que criar a la hija de la mujer que había tentado contra su vida.

Luego de que Adeline Richards y Xander Granderson dieran una rueda de prensa, donde aclararon que todo era un malentendido, que solo se habían reunido para charlar asuntos de trabajo y que entre ellos dos solo había una linda amistad, la agencia *W&G Management Talent* logró que cada uno de los medios impresos o audiovisuales que propagaron el falso rumor, pagaran una multa de 150.000 £, cada uno. Un total de cinco *magazines*, dos canales de televisión, en los cuales se transmitieron programas donde hablaron del asunto y un periódico. Dando un total de 1.200.000 £. Dinero que fue destinado a diversas obras benéficas que representaba Granderson.

Por su parte, Shirley tuvo que irse a los Estados Unidos para dar inicio a uno de sus tantos proyectos. Esta vez sería Xander quien se hiciera cargo de los niños, con la ayuda de su madre, Johanna y su hermana Sharon, la que estaría de visita en la ciudad por las próximas semanas.

Los días siguieron su curso, y con ellos, los Granderson volvían a la normalidad de sus vidas. A Shirley le tocaba dar inicio a las grabaciones de su nueva película y a Xander, ensayos a final de la tarde en el *Donmar Warehouse*.

Luego de pasar por el Starbucks más cercano y pedir su acostumbrado *Hot Caramel Macchiato* esa mañana, Shirley prosiguió hacia *5555 Melrose Ave, Los Angeles, CA 90038*, en específico al estudio 8, de *Paramount Picture*.

En cuanto llegó fue abordada por el asistente del director, quien enseguida le presentó a algunos miembros del equipo. Shirley se sintió muy cómoda entre tantos rostros amables. No era su primera vez entre cámaras, escenografías preparadas y gente que corría de un lado al otro, pero ella nunca lograba acostumbrarse a todo eso.

—¡Oh! Aquí estás —dijo Tony Skinner, el asistente de producción, mirando a alguien que se acercaba—. Te presento a Shirley —agregó.

La nombrada se giró un poco para encontrarse con un hombre de cabello castaño medio, de piel blanca, pero sin llegar a lo caucásico, unos misteriosos ojos marrones, de rasgos muy varoniles. El hombre media, por lo menos, unos 15 centímetros más que ella. Shirley no pudo disimularlo, lo miró de pie a cabeza, con descaro, y pudo percibir un cuerpazo de gimnasio. Al subir su mirada, la posó sobre unos labios gruesos, de esos que provoca morder...

Sacudió su cabeza con fuerza al darse cuenta de la dirección que estaban tomando sus pensamientos. Ella era una mujer casada y no tenía que andar pensando esas cosas. Le debía fidelidad a su esposo.

Había visto a ese hombre en un par de películas, pero jamás se imaginó que fuese tan guapo en persona. Él era la personificación de la “belleza mediterránea”. Un dios griego en la tierra.

«¡Joder, Shirley! Enfócate». Le espetó la vocecita de su conciencia, obligándola a menear su cabeza, una vez más.

Su compañero de reparto no pudo evitar sonreír ante la actitud de ella. Le pareció de lo más tierno que ella se sonrojara al verlo. Sin perder tiempo, extendió su mano en dirección a Shirley.

—Encantada —dijo ella, estrechando su mano con fuerza. Tal vez más de la normal. Él volvió a sonreír, y lentamente llevó la mano de ella a esos

labios, para besar el dorso.

—El placer es todo mío —dijo él, con natural encanto—. Marcus Ward.

Shirley sintió un escalofrío recorriendo su espalda en cuanto la boca de él tocó su piel. Era un hombre fascinante, de esos que te aceleran el pulso.

—¡Wow! Es genial que de entrada tengan esta química tan sorprendente —dijo Tony al percatarse de lo nerviosos que estaban los dos actores que estaban frente a él—. ¡Quiero que muestren más de eso frente a las cámaras! —le dio un apretón en el hombro a cada uno—. Los dejaré para que se conozcan un poco y charlen.

Dicho eso, Skinner se fue, dejando a Shirley y a Marcus entre miradas tímidas.

Él fue el primero en tratar de romper la repentina cortina de tensión entre los dos. Rió sin poder evitar parecer un chiquillo.

—Espero no haber sobrepasado los límites con mi presentación tan... —hizo una pausa, levantó una ceja y miró hacia un lado, como buscando la palabra indicado—, ¿permisible?

Ella soltó una carcajada que se vio obligada a reprimir casi de inmediato, por lo escandalosa que fue.

—No te preocupes. Estoy acostumbrada a que... —se calló al darse cuenta de la estupidez que estaba a punto de decir. ¿Acostumbrada a qué? ¿A que un recién conocido se tomara tantas atribuciones?—. Ay, lo siento. Ya no sé ni lo que digo.

—Tranquila —dijo él a modo de calmarla—. No sucede nada. Para mí, lo fundamental es que te sientas cómoda. A ver... —él se acercó un poco más a ella—. Me gustaría conocer tus preferencias.

—Pues... me gusta el color violeta, soy a amante de blues, del soul y el jazz, además de funk —comentó ella, atropellando las palabras—. Creo que tengo alma de negra —rió—. Soy adicta al sushi y... —de nuevo tuvo que callarse al ver como Marcus la miraba. La sonrisa en su rostro le dejaba claro que se estaba divirtiendo de lo lindo—. No te referías a eso. ¿Verdad? —

indagó Shirley, mordiéndose el labio. Él negó con la cabeza, sin dejar de sonreír—. ¡Ay por Dios! Debes pensar que soy una retrasada —ella se llevó las manos a la cara. Sin poder explicarse porque rayos ese hombre la ponía tan nerviosa.

—No digas eso —él le sujetó las manos con delicadeza y se las quitó del rostro—. Creo que no fui lo suficientemente claro. Me refería a la hora de... —Marcus titubeó—, ya sabes... —carraspeó su garganta—. Por lo que vi en el guión, hay bastantes escenas...

—Eróticas —completó ella—. Pero nada comparado con el libro, donde hay el doble de escenas de ese tipo.

Ambos rieron.

Marcus se sintió muy agradable por la energía que emanaba de su coprotagonista. Era muy divertida y tenía una chispa casi infantil, no porque se comportara como tal, sino porque era jovial y muy inocente. Al menos eso era lo que le decía el rubor de sus mejillas, que no había desaparecido de su rostro desde que él llegó.

—Siempre que me toca grabar alguna escena así, me gusta conocer cuáles son los límites de mi compañera. ¿Algo que deba saber? —preguntó él.

—Sufro de cosquillas —soltó ella sin pensarlo siquiera—. Así que, ten cuidado con mi espalda y mis rodillas si no quieres arruinar una buena escena.

—De acuerdo —dijo Marcus—. Ya que has confesado eso, debo confesar que transpiro mucho. Sudo en exceso cuando estoy bajo presión.

Durante las próximas dos horas, Shirley y Marcus estuvieron hablando acerca de cómo harían para recrear ciertas escenas, donde escaseaba la ropa. Ella jamás había hecho algo como eso. Sin duda, esa película sería todo un reto en ese aspecto. No era que tuviera algún problema con hacer un desnudo, pues sus años en LAMDA la prepararon para casi todo. La cuestión era que jamás se sintió tan intimidada con un compañero de reparto. Con Ian Ducchers, tal vez llegó a sentir algo parecido, pero con él no imaginó ciertas cosas que se estaba imaginando con Marcus, en ese preciso instante. No podía dejar de

ver esos labios que se movían al hablar y desear dar inicio a las grabaciones, y equivocarse muchas veces para repetir las escenas...

«¡Por Dios, Shirley! ¡Tú estás casada!», le recordó su consciencia. «Y tienes dos niños preciosos», agregó. «Amas a tu esposo. ¡Lo adoras!», concluyó.

Era cierto. Amaba a Xander con locura y pasión. Pensar en él hizo que recobrarla la compostura. Recordar sus ojos, su sonrisa y la manera en que él le hacia el amor... fue suficiente para hacer que ese calentón repentino por su compañero, se esfumara.

¿Si era verdad que sentía cosas tan intensas por su marido, por el hombre que amó durante tantos años, en silencio, y por el que había luchado contra viento y marea, cómo era posible que Marcus Ward hiciera tambalear los cimientos de su cordura? ¿Así? ¿A primera vista? ¿Pero qué mierda era eso?

Marcus poseía un magnetismo sexual increíble, del cual se percató en cuanto notó la manera en que casi todas las mujeres del set lo observaban. ¡Pero él ni siquiera se esforzaba en ser sexy! ¡Al jodido hombre le salía natural!

Una vez superado el episodio hormonal de Shirley, ambos se pudieron concentrar en intercambiar opiniones con respecto a las escenas que les tocaba comenzar a rodar en un par de días.

Marcus era súper simpático y muy profesional. Las veces que tuvo que hacer contacto físico con Shirley, para ilustrar alguna escena, lo hizo manteniendo el respeto. Para ambos era muy importante conocer los límites del otro.

Para Marcus fue muy grato saber que Shirley era desinhibida y que se tomaba todo como lo que era, trabajo.

Rieron, charlaron, discutieron puntos de vistas, recrearon algunas escenas...

La tarde transcurrió y ninguno de los dos se dio cuenta.

La química entre ellos, era innegable.

Algo que con el tiempo se podía convertir en una gran ventaja, o en un gran problema.

Tres semanas después.

A las diez en punto, después de ayudar a su madre a dar de comer a los niños y de haber atravesado el caótico tráfico de Londres, Xander cruzó a través de las puertas del Donmar, dispuesto para el primer ensayo de la temporada. Había transcurrido casi tres años desde que él no pusiera un pie en el teatro, justo desde la puesta en escena de la adaptación de El Murciélago de Johann Strauss, y la cual él tuvo el placer dirigir y producir.

Él amaba el teatro y se sentía muy ansioso por volver a las tablas, con un rol protagónico, al cabo de seis años. La energía que percibía de sus fans, era increíblemente alucinante. Era como una droga para él. Y esa era la parte que más le encantaba, poder interactuar con el público de la manera que lo hacía cuando actuaba en teatro.

Saludó unas cuantas caras conocidas, entre esas, Anette. Xander se sintió muy feliz de verla allí y tener alguien de confianza en el equipo.

Luego de saludar a unas cuantas personas más, prosiguió su camino hacia el área de camerinos. Pero en cuanto atravesó el pasillo que lo condujo hasta el sitio donde supuestamente debían estar sus compañeros, relajándose un poco antes de dar inicio el ensayo, fue otro el panorama que lo recibió.

Había una mujer sentada en el suelo, haciendo una extraña posición de yoga, con la espalda estirada hacia atrás, lo que dejaba en evidencia unos pechos prominentes. La persona en cuestión tenía los ojos cerrados y llevaba auriculares. Al lado de ella, un muchacho, en la misma posición, solamente que este si noto la presencia de Granderson y se puso de pie en un brinco.

A pesar de que Xander saludó al joven con un apretón de mano, no pudo

dejar de ver a la mujer que, al parecer, estaba muy concentrada en sus ejercicios de estiramiento, porque ni corta ni perezosa, cambió de posición, esta vez a una donde era su trasero, el que dejaba muy poco a la imaginación.

Él tragó grueso y por más que quiso, no pudo dejar de mirar. Era una mujer de esas que tientan a cualquiera.

—Bonito el paisaje, ¿eh? —la voz de alguien lo hizo girar de golpe.

—¿Eddie? —Xander reconoció a su amigo—. ¿Qué haces aquí? No sabía que...

—Yo tampoco sabía que iba a participar en esta obra. Me decidí hace dos días, y más cuando supe quién iba en el protagónico —dijo Connery fijando la mirada en la mujer que se ponía de pie—. ¡Madre de Dios! Mira eso... —Eddie siseó con morbo.

—¿Quién es? —indagó Xander, devolviendo su mirada a la despampanante mujer que estaba a escasos metros de ellos.

Camille Wawrowski, de nacionalidad húngara. Una actriz en ascenso que poseía una belleza sin igual, y de seguro la que le había abierto muchas puertas. Con una cabellera castaña oscura que hacía contraste con sus ojos grises y su piel canela. Era poseedora de grandes curvas, aunque muy delgada. Medía aproximadamente 1.80 m. Rostro de ángel con cuerpo de diosa.

Para nadie era un secreto que Camille era una mujer que disfrutaba la vida al máximo. Era adicta a las fiestas y a andar con personas de muy mala reputación. Sus proezas amorosas eran de dominio público, pues lamentablemente no tenía suerte en el amor. Cada vez se topaba con uno más patán que el anterior. Pero frente a las cámaras era otro asunto. Era realmente muy buena actriz, y respetada por eso.

—¿Bromeas? —Eddie se mostró muy sorprendido—. La mitad de la población masculina del mundo, sueña con llevársela a la cama.

—Estoy casado, Eddie—. Xander frunció el ceño—. No estoy pendiente de esas cosas.

—¡No me digas! Si no llego a tiempo, te la devoras con la mirada —se

mofó Connery.

—¡Cállate! No es lo que piensas.

—Pienso que eres uno de los hombres más afortunados del mundo —su amigo comentó.

—¿Por qué? —Granderson lo miró.

—Vas a poder besar a ese bomboncito, durante los próximos dos meses.

Noche tras noche.

Xander volvió a clavar su mirada sobre la mujer.

—¿Qué habrá visto Scott en ella? —farfulló Xander.

—Lo mismo que ven todos. Su increíble personalidad —Eddie hizo un gesto con sus manos, simulando que sujetaba un par de senos.

—¡Por Dios, Eddie! ¿Quién coño eres y que hiciste con mi amigo?

—Relájate, Xander. Deberías empezar a tomarte las cosas más a la ligera —Eddie carraspeó su garganta—. Al parecer oí que el agente de Camille le pagó una buena suma de dinero a Redman, para que este la incluyera en su nuevo proyecto.

—¿Por qué Redman aceptaría tal cosa?

—En realidad, no creo que lo haya hecho por el dinero, sino por ayudar a la muchacha. Es buena actriz, pero ha tomado muy malas decisiones. Y ya sabes que Scott tiene complejo de salvador —Connery rió a carcajadas.

Camille terminó con sus ejercicios y se dispuso a guardar su iPod en su bolso, pero la intensidad con la que Eddie la miraba, le hizo voltearse de golpe.

—¡Hola! —Saludó ella, agitando su mano en el aire—. No me di cuenta que habían llegado —dejando de lado su mochila, soltó su cabello y lo volvió a sujetar en una coleta alta, mientras se acercaba a Granderson y a Connery—. Hola, Eddie —dijo ella seductoramente, acercándose a él y dándole un beso en la mejilla—. Hace mucho tiempo que no te veía.

—Hola, Camille. Preciosa como siempre —contestó el aludido.

—Xander Granderson —Camille dijo el nombre de una manera tan

sugereute, que hizo que el nombrado se sintiera muy intimidado.

—Es todo un placer —él extendió la mano hacia ella, y Camille la sujetó con fuerza, a la vez que lo veía fijamente a los ojos.

Con sutileza, ella se mojó los labios con la lengua.

—El placer es todo mío —respondió ella, sin dejar de mirarlo y sujetarlo.

Xander sintió un escalofrío recorriendo su espalda.

¡La madre que la parió!

Esa mujer era fuego puro, y por poco calcina a Xander.

Cuando la mujer lo soltó y se alejó poco a poco de él, para dirigirse hacia los sanitarios, ya era muy tarde. Su cuerpo lo había traicionado, con una erección espontánea.

Bajó su mirada, la posó en su entrepierna y resopló de alivio, al ver que no se notaba.

—¿Qué sucede? —indagó Eddie.

—Nada —contestó Xander, tratando de sonar lo más convincente posible.

—Como sea —dijo el amigo, dándole un manotazo en el pecho—. Si no la quieres tú, me la pido yo.

Xander lo miró ceñudo.

—¿Y qué pasó con Vicky? —indagó.

Eddie tomó una gran bocanada de aire y la soltó de golpe.

—No me quiere ver ni en pintura —respondió.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas de Phillipa, con la que grabé mi última película? —inquirió Eddie. Xander asintió con la cabeza—. Bueno. Digamos que nuestra relación no se quedó en la ficción... y Vicky no entendió que los hombres tenemos necesidades. ¡Joder! Tenía casi cinco meses que no tenía sexo. Y eso, hermano mío, ¡es inhumano!

—¿Cómo le haces? —la pregunta salió de la boca de Xander de manera

tan natural que, por momento, Eddie pensó que había cambiado de tema.

—¿Cómo hago qué? —tanteó Connery.

—Estar casado con una mujer que piensas que amas, pero igual serle infiel.

—Como si tú no lo hicieras también —barbulló Ed.

—Pues fíjate que no. Desde que me casé con Shirley, le he sido fiel en cuerpo y mente...

—Ni tan fiel de mente —lo interrumpió—, pues por lo que vi, te la estabas pasando muy bien con Camille, en tu cabecita

—No digas estupideces —espetó Xander—. Y ya dejemos de hablar tantas chorradas y manos a la obra.

Capítulo 9

*Una semana después.
Los Angeles, California.*

Silencio total, un par de velas y la luz de la luna, eran los únicos testigos de esa noche perfecta. Ella lo miró con timidez y él sonrió ampliamente, deseaba hacerle muchas cosas a la mujer que tenía enfrente. Cosas muy agradables para los sentidos.

El corazón de ella latió acelerado ante la expectativa de lo que estaba a punto de suceder.

Él se acercó y con toda la delicadeza posible, introdujo sus manos por debajo de la blusa de ella, sin poder evitar sentir que esa piel se erizaba bajo tu tacto. Eso no estaba en el plan, pero a él le encantó, por la autenticidad que le sumaba al hecho.

Ella se mordió el labio y dejó escapar un gemido. Él sonrió de nuevo, mientras la despojaba de su parte superior.

—He esperado tanto este momento —confesó ella en un débil susurro.

Él se inclinó sobre ella, tomó su barbilla, y le plantó un beso apasionado: voraz y demandante. Ella lo sujetó por la cintura y lo atrajo hacia ella, para poder sentirlo más suyo, mientras se dejaba llevar por todas esas emociones que galopaban en su pecho.

De repente, él la alzó y ella rodeó la cintura de él con sus piernas, a medida que él la conducía hacia el lecho donde la haría su mujer de una vez por todas.

—¡Vamos! Pídemelo —dijo él, con un brillo lujurioso en sus ojos.

—Ámame como solo tú sabes hacerlo —rogó ella.

Esas palabras fueron como una orden para él, quien la depositó sobre la cama, negándose a apartar su boca de esa suave piel que lo embriagaba.

Él se lanzó sobre ella y comenzó a besarle el cuello, a la vez que ella

gemía y se retorció de placer.

—Te haré gritar mi nombre —farfulló él, entre besos—, mientras te corres —agregó y deslizó su mano por la espalda de ella.

Sin poder evitar, Shirley soltó una carcajada, dejando a su compañero completamente atónito.

Marcus frunció el ceño y se incorporó sobre la cama, mirándola.

—¡CORTE! —El grito de Clive Hawkins, el director de la película, retumbó en el set de grabaciones—. No, no, no. Estaba quedando muy bien.

—Lo siento —dijo Shirley, sintiéndose muy avergonzada.

—¿Se puede saber qué es lo que te ha dado tanta risa? —preguntó Clive.

—¿Fue algo que dije? —indagó Marcus, genuinamente preocupado.

Shirley negó con la cabeza.

—No, Marcus. Estuviste sublime, es solo que... —ella se encogió de hombros—, me tocaste la espalda, y...

—Cierto —la interrumpió él—. Sufres de cosquillas —rió—. Lo siento.

—A ver, a ver... Retomemos desde donde tu —señaló a Shirley—, le dices “ámame” y bla bla... Tú la lanzas en la cama y haces lo que tienes que hacer —la última indicación era para Ward.

Ambos actores asintieron con la cabeza y se limitaron a hacer sus trabajos, en cuanto Hawkins dijo “acción”.

A pesar de que ambos fingían cada una de las palabras, cada uno de los movimientos y cada uno de los sentimientos, había algo que ninguno de los dos podía fingir. Algo que estuvieron sintiendo durante las últimas dos semanas, cuando comenzaron a rodar las escenas subidas de tono, y era que ambos cuerpos respondían de manera muy contraria a lo que ellos querían. Y aunque Shirley estaba completamente clara con lo que sentía por su esposo, y Marcus respetaba a su compañera en todos los aspectos, no podían negar que eran humanos. Ninguno de los dos podía evitar que la piel se les erizara en cuanto el otro lo tocaba, o ese palpitar acelerado que quedaba después de un beso "falso".

Para Shirley era frustrante sentir esas cosas por Marcus, y no entendía por qué. Su relación con Xander era idílica. Tan solo hacía dos días desde que él había estado de visita en la ciudad y habían tenido largas e intensas sesiones de sexo, que ambos disfrutaron al máximo. Su esposo y sus hijos eran su prioridad. Él la llamaba todas las noches y charlaban varias horas acerca de lo que habían hecho en el día, así que el tema de la comunicación no era ningún problema.

Entonces, ¿por qué rayos había deseado un par de veces que aquellas escenas no fuesen de mentira? ¿Por qué se ponía tan nerviosa cada vez que le tocaba pauta con Marcus? ¿Por qué no dejaba de imaginárselo de maneras tan pervertidas? Había llegado hasta a considerar la posibilidad de un trio, con ella, Xander y Marcus. Pero la idea quedaba descartada en cuanto imaginaba la respuesta de su esposo. Xander era demasiado reservado en ese aspecto, ¡y ella también! ¿Entonces por qué diantres deseaba esas cosas? Sin querer, Marcus hacía que aflorara en ella ese lado depravado que, hasta ese momento, ella no conocía de sí misma.

Para Marcus se convirtió en todo un reto, después de la primera semana. Pero muy rápido comprendió que lo que sentía por Shirley era netamente sexual, hormonal y primitivo, pues él era una persona muy madura, emocionalmente hablando, y sabía que sentir cosas por una mujer casada, no era lo más sensato. No le gustaba para nada los conflictos, ni mucho menos hacer sufrir a un tercero. No. Su padre le hizo mucho daño a su madre, siendo un detestable patán mujeriego que la engañó con cuanta mujer se le atravesó en el camino. Él nunca se comportaría como su padre, ni mucho menos propiciaría el rompimiento de un matrimonio tan sólido, como era el de *la pareja dorada de Hollywood*.

Sin embargo, no podía negar que sentía unas ansias locas por enterrarse hasta el fondo en su compañera, pero atribuía el hecho a que tenía casi dos meses sin tener relaciones sexuales. Su novia, o mejor dicho ex novia, lo mandó a volar unas semanas antes de que comenzaran las grabaciones de su

nueva película, porque él se estaba tomando la relación muy en serio, y ella solo quería divertirse un poco más.

Si a toda la pasión carnal se le sumaba la simpatía y la caballerosidad con la que él la trataba a Shirley, cada vez que podía, y los chistes malos, las carcajadas y las bromas que Shirley le gastaba a él, contagiándolo de toda esa diversión que ella emanaba, sin duda ambos eran una bomba de tiempo que podía estallar en cualquier momento.

No obstante, aunque ambos desearan tantas cosas, actuaban con total aplomo y profesionalismo. No por guardar las apariencias, sino por mantener las distancias y no caer en la tentación.

Tuvieron que repetir las escenas un par de veces más, pues si no era ella quien se equivocaba, era él.

Pareciera ser que se equivocaban intencionalmente para prolongar más los momentos en que le hacían creer al mundo que fingían deseo y pasión, sin caer en sentimientos de culpa.

Clive Hawkins se sentía muy complacido con sus actores y la “química” tan genuina que había entre ellos. Sin duda, de seguir así, la película iba a ser todo un éxito.

Se miró una vez más frente al espejo que estaba a un lado de la puerta, antes de abrirla. Quería asegurarse de que su cabello estuviera en orden y que ese vestido plateado que le llegaba un poco más arriba de la rodilla, no fuese tan escandaloso. Debía mantener su imagen de esposa y mamá, aunque fuese de juerga con su amiga.

Lo necesitaba, de verdad que sí. Estuvo sometida a mucho estrés emocional durante las últimas semanas, y en cuanto se enteró que su queridísima amiga, Margaret, estaba en la ciudad, quedaron en salir a tomarse unas copas.

—¡Dios mío! Luces tan sexy —dijo Margaret en cuanto la puerta se abrió.

Shirley abrazó a su amiga con fuerza, tanto, que Margaret tuvo que protestar para que aflojara un poco el apretón.

—Me alegra tanto verte —confesó la señora Granderson.

—¿Ya estás lista? —inquirió Margaret. Shirley asintió con la cabeza—. Entonces, ¿qué estamos esperando? ¡La noche nos espera!

Shirley tomó su bolso y las llaves del auto que rentó su publicista, en cuanto llegaron a la ciudad, y sin perder tiempo, las dos amigas se fueron, en busca de un buen lugar para divertirse un rato.

Durante el camino, Shirley le pidió a Margaret que sacara su móvil de su bolso y le mandara un mensaje a Alice, su publicista, para que supiera sus planes de la noche y para que le recomendara un buen lugar para pasar un rato lejos de las cámaras y la atención mediática de los *paparazzi*.

Alice Clarke, sin duda, era todo lo que Aaron dijo. Era una mujer muy profesional, que desde que llegaron a Los Angeles, le fue de mucha ayuda. Una asistente formidable, de esas que no se limitan a una sola función, sino que hacen de todo un poco. Ella se encargó de agendar todas y cada una de las entrevistas que le tocaba dar a Shirley durante el próximo mes, así como también, de todas las ofertas que recibió su clienta por parte de empresas de cosméticos y perfumes, para que Shirley fuera la imagen de sus marcas. Hasta el momento, tenía concretado un contrato con *Dior* y *Pantene*.

Luego de que Alice le diera unos cuantos consejos a Shirley, de cómo debía actuar en caso de que un grupo de *paparazzi* apareciera de la nada y la acorralara con preguntas tediosas acerca de su vida privada, la publicista le indicó el lugar idóneo para tomarse un par de copas, oír música y conversar un rato, así que, allí fueron a parar las dos amigas.

Clarke estaba en lo cierto. El lugar era pequeño e íntimo, pero muy precioso. Con una decoración exquisita, al mejor estilo de los años 20'. A Shirley no le tomó mucho tiempo darse cuenta, que así como ella, habían otras

celebridades allí. Todas con la intención de pasar una noche agradable sin llamar tanto la atención.

Margaret le hizo una señal a Shirley, para indicarle que había una mesa disponible casi en el fondo.

En cuanto se sentaron, fueron abordadas por una muchacha rubia de escasos veinte años, quien se presentó como Alexa, poniéndose a disposición de ellas para atenderlas durante toda la velada.

Shirley pidió un Cosmopolitan. Margaret se decantó por algo más fuerte: Un tequila.

Sin más preámbulo, las amigas se dispusieron a charlar y ponerse al día. Margaret le comentó acerca de su ruptura con su novia Melissa, la chica que había conocido en su boda, y que resultó ser una prima lejana de Xander. También le comentó que estuvo participando en algunas películas independientes y en una serie de televisión de bajo presupuesto. Lamentablemente, ellas perdieron contacto a raíz de que Margaret se mudó con la que era su pareja en ese entonces, a Escocia. Su novia era un tanto celosa y paranoica, razón por la cual, Margaret se distanció mucho de sus amistades, pero esa misma actitud nociva de su pareja, la llevó al borde, obligándola a terminar con la sofocante relación que tenía.

—¿Y tú, que me cuentas? —inquirió Margaret.

Shirley suspiró y dio un sorbo a su bebida.

—¿Por dónde empiezo? ¡Han sucedido tantas cosas!

—¡Joder! Háblame de lo de Roxanne. Cuando me enteré de eso, pensé que era un mal chisme, pero en cuanto vi que era cierto... ¡Dios mío!

—¿Qué quieres que te diga? Roxanne tuvo una niña de Xander, y yo la estoy criando. No es que me queje —aclaró, antes que su amiga dijera algo—, Katherine es una niña fabulosa y la adoro como si fuese mi propia hija. Es solo que, pensar que hay algo que me vincula a esa mujer, me pone los pelos de punta.

—¿Y cuánto le falta para salir? —preguntó Margaret.

—Dos años, siete meses y veintitrés días —indicó Shirley, con la mirada divagante.

—¡Caramba! Llevas muy bien la cuenta —bromeó la morena.

—Créeme. Si fueses tú, y se tratara de la persona que contrató a un grupo de chicas para que te dieran una paliza, y como si eso no fuese suficiente, es con quien tu esposo tuvo una niña, con la cual te has encariñado tanto, al punto tal de pensar día y noche, en ese momento en el que tengas que separarte de ella, y no poder evitar sentirte muy triste... entonces, tú también sería muy precisa al llevar la cuenta —Shirley se bebió de un trago lo que quedaba en su copa y arrugó la cara al sentir el alcohol quemando su garganta.

—¡Salud por eso, amiga! —dijo Margaret, haciendo un gesto para que Alexa se acercara a la mesa—. Otra ronda de lo mismo —le indicó en cuanto la camarera se acercó.

—No sabes por el montón de cosas que hemos tenido que pasar, Xander y yo —comentó Shirley.

—Me lo imagino. He visto un par de cosas en la tele, y leído algunas revistas. ¡De verdad que son despiadados!

—No tienen el más mínimo de respeto por nada ni por nadie.

—Carroñeros —farfulló Margaret—, pero en fin... eso es lo que pone comida en sus mesas. Por eso no los culpo. De alguna manera deben buscarse la vida.

—¿Arruinando la vida de otros? —Shirley frunció el ceño—. No creo que sea la mejor forma.

Alexa llegó con las bebidas y las puso, una a una, frente a Shirley y Margaret. Le obsequió una sonrisita a Margaret y esta, a cambio, le guiñó el ojo.

Shirley tomó su copa, y se tomó el líquido rojizo a fondo blanco.

Margaret abrió los ojos, sorprendida con la actitud de su amiga, pues ella nunca había sido de beber mucho, desde aquel día que perdió la cabeza y terminó casándose con Matías. Desde ese entonces, se prometió a sí misma, no

beber de aquella manera.

—¡Wow! A este paso, creo que tendré que pedir que traigan la botella completa.

Shirley agitó su mano en un gesto de negación, mientras se limpiaba la comisura de la boca y terminaba de tragar.

—De verdad lo necesito —dijo por fin, al cabo de unos segundos.

—¿Shirley? —Su amiga la miró con detenimiento—. ¿Te encuentras bien? —Margaret frunció el ceño y acercó su silla a la de su amiga—. Si hay algo que necesites hablar, solo tienes que...

—Estoy sintiendo cosas por alguien que no es Xander —espetó Shirley.

Si Margaret abría más sus ojos, de seguro se le salían de sus orbitas. La confesión de su amiga la tomó desprevenida por completo.

—¿Qué?

—Lo sé, lo sé... es una locura... pero es que, cada vez que estoy con Marcus es como si...

—¡Un momento! —Margaret la interrumpió—. Sé que en este momento estas trabajando en la película basada en este novela...—chasqueó los dedos, tratando de recordar el nombre del libro—, la que ha vendido millones de copias en el mundo, y que si no me equivoco, Marcus Ward es el protagonista. ¿Me estás hablando de Marcus Ward?

Shirley asintió, mordiéndose el labio con vergüenza.

»Hasta a mí, que soy cien por ciento lesbiana, me parece que Marcus es un hombre muy sensual —agregó Margaret.

—Es una locura —la señora Granderson se llevó las manos a la cara, con notable frustración—. Amo a mi esposo, soy muy feliz con él, y cuento los días para poder verlo, estar juntos y hacer el amor. Nadie me hace vibrar como él, y nadie me hace desearlo tanto como...—dejó la frase sin concluir.

—Gracias a Dios que te callaste —dijo Margaret de sopetón—, estabas comenzando a revelar información que no me interesa.

—¡Joder! Solo Xander me hacía desearlo con esa intensidad, ahora que

hablo de Marcus, no sé qué pensar —Shirley soltó un quejido que se vio opacado por la música del lugar—. No sé qué rayos sucede conmigo. Pero es necesario que aclare que, no me imagino con él cenando a la luz de las velas, ni mucho menos caminando de la mano a la orilla de la playa, hablando de estupideces románticas. Es como si solo deseara...

—Follartelo —completó Margaret, interrumpiéndola—. Bueno, en todo caso, que él te folle a ti.

Shirley gruñó y se restregó las manos en la cara, con la misma frustración que había estado sintiendo los últimos días. Al mirar las palmas de sus manos, se dio cuenta que parte de su maquillaje había quedado en ellas. Resopló con hastío y se puso de pie en un brinco.

—Necesito ir al tocador, a arreglar este desastre —le enseñó las manos a Margaret—. ¿Me acompañas?

—Ven acá —su amiga se puso de pie y se acercó a ella, tomó una servilleta de tela que había en la mesa y la pasó por el borde inferior de los ojos, pómulos y mejillas de Shirley—. Listo —dijo—. Ahora cálmate, por favor.

Shirley resopló con resignación y se volvió a sentar, haciendo una señal a la camarera que las atendía para que le trajera otro trago.

—¿Desde hace cuánto que no tienes sexo con Xander? —la pregunta salió de la boca de Margaret con total naturalidad.

—¿Qué? —Shirley meneó su cabeza un poco—. ¿Por qué preguntas eso?

—Puede que lo que te hace sentir Marcus, sea por falta de un buen revolcón.

—No. Por supuesto que no. El sexo con mi marido es espectacular. Hace tan solo cuatro días que estuvimos juntos. Él me provee orgasmos fascinantes. Es solo que...

Shirley se calló de repente, y su mirada se clavó en un punto específico. No podía creer lo que veían sus ojos.

»¡Mierda! —Masculló—. Cuando las cosas son ciertas —dijo entre

dientes, manteniendo la mirada fija en el hombre que caminaba junto a una morena despampanante.

Margaret se volteó y siguió la mirada de su amiga con sus ojos, hasta llegar a percatarse de la presencia de alguien que se le hizo muy familiar. Abrió los ojos al reconocerlo.

»De todos los lugares que hay en esta jodida ciudad... —continuó Shirley—, y tenía que venir justo a este.

—Tal vez su publicista maneja la misma información que la tuya —comentó Margaret sin dejar de ver al sujeto que charlaba amenamente con una preciosa mujer.

Para Marcus era una pésima idea salir de fiesta con una mujer que acaba de conocer hace una semana, pero el hecho era que lo necesitaba. De verdad que necesitaba despejar un poco su mente. Todas esas estupideces que sentía por una mujer casada, solo podían quedarse en su cabeza, y debía asegurarse de mantener sus sucios pensamientos, lejos de la realidad. Tal vez un par de copas, una charla banal y un buen polvo, lo ayudaría a quitarse esas locas ganas que tenía de meterse entre las faldas de Shirley Gabriela Sandoval de Granderson.

¡Joder! ¡Hasta se sabía su nombre completo! Y ese “Granderson” retumbaba en su mente, como un recordatorio de que, eso que sentía, era lo más descabellado que había sentido en toda su vida.

Esa mujer le despertaba sus instintos más básicos, y aunque sabía que no podía aspirar a nada formal con ella, moría de ganas de averiguar hasta donde, ella, era capaz de llegar.

Jennifer, la mujer que estaba a su lado, era hermosa. Carne de primera calidad, y lo mejor de todo, ella no podía disimular las ganas que tenía de que Marcus le arrancara la ropa, la sujetara con fuerza y le hiciera todo lo que él

deseaba hacerle a Shirley.

La idea le pareció muy tentadora. Él era un hombre, y ella era una mujer. ¿Qué podía salir mal?

Era cierto que Marcus no era muy adicto al sexo casual, pues para él, no había nada más puro que el sexo con amor. Y eso era lo que más le causaba intranquilidad. ¿Cómo era posible que deseara tanto a alguien que no amaba? ¿O era que de verdad, lo que sentía por su compañera de trabajo era algo más que unas simples ganas de un revolcón?

Sacudió su cabeza con fuerza para sacarse esas ideas de la cabeza. Lo último que necesitaba era pensar en la persona por la cual había decidido salir con un ángel de *Victoria Secret*, para así sacársela de la cabeza, al menos por un par de horas. Un amigo le habló de ese sitio, y le comentó lo exclusivo que era. A Marcus le agradó mucho la idea de pasar desapercibido. No quería atención mediática de ningún tipo.

Le hizo una señal a una chica, para que le trajera un par de bebidas. Arrimó una silla de la barra para que su acompañante se sentara, y a continuación paseó su mirada por el lugar, para cerciorarse de que no hubiese nadie conocido que pudiera arruinar sus planes.

Sin embargo, su mirada se detuvo al notar la presencia de alguien. Justamente la persona que había ido, a intentar, de mantener lejos de sus pensamientos.

La mujer a su lado, hablaba y hablaba, y parecía no callarse nunca, pero él no le prestaba atención. Todos sus sentidos estaban enfocados en aquella mesa, donde estaba Shirley...

—Discúlpame. Regreso enseguida —se excusó con su acompañante y se fue alejando lentamente.

Margaret y Shirley giraron sus rostros de golpe, al toparse con la mirada

inquieta de Marcus Ward.

—¡Joder! Nos vio —masculló Shirley.

—No. Te vio a ti —musitó Margaret, mirando con disimulo en dirección a Marcus—. ¡Rayos! Viene para acá.

—¿Qué? —Shirley se sintió como una adolescente, y se recriminó mentalmente, por estar comportándose como lo hacía. Tomó una gran bocanada de iré y recuperó la compostura, justo a tiempo para...

—¿Shirley? —la voz de Marcus llegó a sus oídos.

Ella se giró despacio, y con un semblante muy sereno:

—¿Marcus? ¿Qué haces acá? —fingió estar muy sorprendida.

—Estoy con una...—se giró hacia la barra para ver a Jennifer—, una amiga —miró de nuevo a Shirley—. ¡Wow! No creí que fueras del tipo de persona que le gusta salir a...

—¿Tomarse una copa? —Lo interrumpió Shirley, levantando su copa y dando un sorbo—. ¿Por qué no lo creías? ¿Por qué soy mamá y estoy casada? —ella frunció levemente el entrecejo.

—No. No me refiero a eso. Es solo que...

El carraspeo de alguien los hizo caer en cuenta de que no estaban solos.

—¡Oh! Te presentó a Margaret. Es una de mis mejores amigas —le indicó Shirley—. Margaret, él es...

—Sé quién es —la morena agitó la mano en el aire, para luego extenderla hacia él—. Es un placer, Marcus.

—Gracias. Igualmente —dijo él, estrechándole la mano.

Marcus hizo un ademán con la mano para pedirle a Jennifer que se acercara. La mujer no pudo evitar poner los ojos en blanco. Entre sus planes no estaba tener con compartir con un par de amigas de su cita. Eso le restaba posibilidades de poder terminar la velada, con una buena dosis de sexo.

»Me agrada mucho verte por acá —le dijo él a Shirley.

—Créeme. No fue nada fácil convencerla —habló Margaret—. Shirley es bastante chapada a la antigua.

La nombrada rió con vergüenza y se encogió de hombros.

En cuanto una tercera mujer se acercó al grupo, Marcus la presentó.

—Chicas, les presento a Jennifer. Ella es una... —dudó que adjetivo usar.

—Soy su amiga —dijo la mujer, captando en el acto la incomodidad de Marcus. Extendió la mano hacia Margaret, escudriñándola con detenimiento. Luego hizo lo mismo con Shirley.

—Ella es mi compañera, en la nueva película —le indicó Marcus a la recién llegada, señalando a Shirley.

La señora Granderson tan solo sonrió e hizo un leve movimiento con la cabeza.

Las miradas de Marcus y Shirley se cruzaron, y permanecieron conectados por unos breves, pero muy incómodos segundos, hasta que Margaret se animó a romper el silencio entre ellos.

—¡Oh por Dios, Shirley! —hizo amague de que veía su reloj—. ¡Es tardísimo! Tenemos que irnos.

Shirley la miró con confusión. ¿Irse? ¿A dónde?

»Tenemos que ir a la fiesta de cumpleaños de un amigo —miró a Marcus—. Vinimos por un par de copas, para entrar en calor antes de la celebración —continuó Margaret y la lanzó una mirada fugaz a su amiga—. ¡Vamos, nena! Alice debe estar esperándonos afuera —se volvió a girar hacia el caballero que estaba de pie a un lado de ellas—. Es su publicista —le indicó.

—¡Sí! ¡Es cierto! Se me ha ido la pinza —dijo Shirley, de repente, cayendo en cuenta de lo que hacía su amiga—. Tenemos que irnos.

Ella se puso de pie, y más atrás su amiga.

—Es una pena que tengan que irse —comentó Marcus—. Me habría gustado compartir contigo...—carraspeó su garganta—, ustedes —hizo énfasis en la última palabra.

Jennifer rodeó los ojos con fastidio. El interés de Marcus por esa mujer, llamada Shirley, era más que evidente.

—Te veo mañana —Shirley lo apuntó con sus dedos índices, como un

gesto de camaradería.

—No si yo te veo primero —contestó Marcus, imitando el gesto de Shirley.

Ambos sonrieron como dos completos idiotas.

Margaret tomó a Shirley del brazo y se acercó a su amiga.

—Vámonos —le susurró al oído.

Ambas se fueron alejando lentamente, en dirección a la barra, donde le hicieron señas a Alexa, para pedirle la cuenta. Una vez que pagaron, se dirigieron a la salida del lugar. Durante todo este trayecto, Shirley no pudo dejar de lanzar miradas furtivas a Marcus, y este no pudo disimular su fascinación por ella, pues sonreía como un tonto.

—¿Es en serio? —Jennifer se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo? —él sacudió su cabeza y se giró hacia la mujer que lo acompañaba—. ¿Qué decías?

Jennifer dejó escapar una risita irónica.

—Lo mejor será que me vaya a dormir —dijo ella—. Sola —recalcó—. No pienso permitir que te acuestes conmigo, pensando en otra —movió su cabeza y su mano con desdén.

—¿Pero qué estás diciendo? —Marcus intentó mostrarse indignado.

—Un consejo, querido Marcus. Cuando invites a salir a una mujer, con la que tengas pensado dormir... evita ser tan descarado al momento de mirar a otras mujeres. Tal vez lo nuestro no sea nada serio, pero aún conservo mi dignidad.

Jennifer se levantó de su silla, tomó su cartera y se largó, como alma que lleva el diablo.

Marcus ni siquiera se inmutó. Hizo una señal a la mesonera para que le llevara un buen trago de vodka. Necesitaba algo muy fuerte, para mantener su cerebro ocupado un par de minutos, y así poder organizar sus pensamientos. Los mismos que colapsaron en cuanto Shirley Sandoval entró en escena.

Él sintió que algo tembló dentro de sí. Tal vez perdió la poca cordura que le quedaba. Lo cierto es que esa noche, tal vez le tocaría recurrir a su mano amiga.

Shirley suspiró de alivio, en cuanto estuvieron a bordo de su auto rentado. Miles de sensaciones se aglomeraron en su cuerpo. Iba desde excitación hasta la culpa.

—¿Pero qué coño fue eso? —soltó Margaret.

—No lo sé, ni tampoco me interesa saberlo —respondió Shirley, tajante.

—Esto es más grave de lo que me contaste.

—¿De qué hablas? —Shirley estaba a la defensiva.

—El sujeto está loco por ti.

—¡Por supuesto que no!

—Vale, mujer. ¿Ahora me dirás que no te diste cuenta?

—No me di cuenta de nada, porque no pasa nada.

—Tal vez no ha sucedido nada, aún. Pero está claro que va a suceder si los dos siguen por el camino que van.

—Estoy casada, y AMO A MI ESPOSO —Shirley levantó la voz.

—De verdad no sé qué pasa entre tú y Xander —espetó Margaret, levantando también su voz—, pero de que algo pasa, pasa. ¡Joder! ¡No es normal que sientas cosas tan intensas por alguien más que no es tu esposo! —Shirley se agazapó un poco, y su rostro denotó pesar—. No te estoy juzgando. Sé que amas a Xander. ¡Por Dios! Lo amas con todas tus fuerzas y de eso no hay duda. Pero se de muchas parejas que se adoran, y que la distancia le juega muchas cosas en contra.

—Amo a Xander —Shirley lo rectificó—. Pero no sé qué me pasa con Marcus. Es como si... él fuese una jodida tentación —gruñó de impotencia—. No sé cómo explicarlo. Y quiero aclarar algo. Nunca he pensado, siquiera, en

dejar a Xander. No —negó con la cabeza—. Una vida sin él, es inconcebible. ¿Lo sabes, verdad?

Margaret asintió con la cabeza y la abrazó.

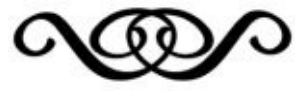
—Lo sé, nena. No hay nada de lo que esté más segura en este mundo, que de eso. Pero es innegable la tensión sexual que se percibe entre Marcus y tú. Eso a larga te va a traer problemas.

—¡Maldición! —Shirley golpeó el volante—. ¿Por qué me sucede esto a mí?

—Eres humana. ¿Acaso no has oído el refrán que dice: en el corazón no se manda? Tú no decides que sentir, ni por quien sentirlo. Simplemente sucede. La química entre dos personas, surge de repente, y nada podemos hacer para evitarlo.

—Regresemos al hotel —dijo Shirley—. No tengo ánimos de nada —puso el auto en marcha—. Por cierto. Gracias por rescatarme allí adentro.

—De nada —respondió Margaret y le guiñó el ojo.



Capítulo 10

Se removió entre las sábanas, una vez más. Miró la hora en el reloj que estaba en la mesita de noche. Resopló con frustración y se incorporó. Extendió su mano hacia la derecha y rebuscó su móvil que yacía debajo de una almohada. Anhelaba escuchar su voz, y que la devolviera a la realidad. Necesitaba una buena dosis de él, del amor de su vida. El hombre que amaba con locura. De eso estaba segura. Solo precisaba recordarlo.

Si sus cálculos eran correctos, en Londres eran las nueve de la mañana.

Tomó su móvil y deslizó el dedo por la pantalla. Buscó el nombre del dueño de su corazón y le dio llamar. Rogó internamente que no estuviera ocupado, pues precisaba de toda la atención posible de su esposo.

Al segundo repique, él contestó.

—¿Amor? —la voz de Xander era un bálsamo para ella—. ¿Qué haces llamando a esta hora? —Él miró la pantalla de su móvil—. ¿Qué hora es allá?

—La una de la madrugada —respondió Shirley.

—¿Estás bien? —Xander se sintió muy preocupado.

—Sí, cielo. Estoy bien. Solo necesitaba escucharte —la voz de ella era trémula. Estaba al borde de las lágrimas. Se sentía muy mal por sentir cosas por alguien que no fuese su marido, y su consciencia era muy dura con ella.

—Amor, ¿qué sucede? Se te oye la voz extraña.

—¿Qué estás haciendo? —indagó ella, ignorando la insistencia de Xander.

—Nada. Salí a correr un rato, y acabo de llegar. Estaba a punto de darme una ducha.

—¿August? ¿Katherine? ¿Cómo están?

—Bien. Están abajo con mamá. ¿Quieres que los ponga al teléfono?

—No —espetó ella.

Xander enarcó una ceja. Algo no andaba bien con su esposa, y se aventuró a presionar un poco más.

—Cielo, te oigo muy extraña. Por favor, dime la verdad. ¿Está todo bien?

—Te extraño demasiado —susurró ella, y se le quebró la voz.

Él sintió que el corazón se le encogía, al percibir la tristeza en la voz de su mujer.

—Yo también te extraño como un loco, mi vida. Y no sabes lo ansioso que estoy por que llegue fin de mes y vengas a...

—Hazme el amor —musitó ella, interrumpiéndolo.

Xander se quedó callado, procesando las palabras que acababa de escuchar. Sin poder evitarlo, soltó una risilla nerviosa.

—Amor, créeme, no hay nada en este mundo que no desee más que eso, pero... es un poco complicado. Estamos a kilómetros de distancia, y llegar hasta donde tú estás me tomaría por lo menos unas quince horas...

—Sabes a lo que me refiero, Xander. Por favor —rogó ella.

Xander tragó grueso y recordó las tantas veces que había sido él quien propiciara esos encuentros telefónicos. Jamás había oído tanta urgencia en la voz de su esposa, y eso, aunque no quisiera reconocerlo, lo excitó muchísimo.

—De acuerdo —dijo él—. Dame un momento.

Xander caminó apresurado hacia su habitación y se encerró en ella. Seguidamente se metió en el baño y abrió la llave de la ducha.

»¿Qué llevas puesto? —indagó él.

Shirley se mordió el labio inferior y deslizó su mano libre por su vientre.

—La batita rosada que compré en Milán, la última vez que fuimos —respondió ella.

—¿De qué color son tus bragas? —continuó él.

—Blancas —la voz de ella se tornó juguetona.

Xander sonrió.

—Quiero que te la quites —demandó él.

Shirley hizo lo que su esposo le pedía

—Listo —anunció ella.

—Ahora quiero que cierres los ojos e imagines todo lo que te diga —susurró él—. Estoy a tu lado —continuó hablando con una exquisita sensualidad y ese acento británico que hacía que Shirley se pusiera a millón—. Deslizo mi mano, lentamente, desde tu tobillo, subo hasta tu rodilla, y despacio sigo hasta tu muslo. Acaricio tu vientre, y sigo mi camino, pasando por tu ombligo... tú estomago... tu pecho. Con la punta de mis dedos, bordeo cada una de tus aureolas. ¿Lo sientes?

Inconscientemente, ella trazó el trayecto descrito, con su propia mano. Jadeó en cuanto sintió que su piel se erizaba.

—Sí —jadeó.

—Ahora mi lengua... —Xander sintió que su miembro comenzaba a ponerse muy duro— En tu cuello. Dejando un rastro de saliva, desciendo por tu clavícula... tu esternón... tus senos —él siseó—. Siente mi lengua húmeda y caliente, allí. Lamo y saboreo cada uno de tus pezones. Primero el derecho. Mmm. Que delicia. Ahora el otro. Quiero oírte gemir —susurró—. Vamos. Hazlo.

Shirley obedeció. Gimió escandalosamente, y Xander volvió a sisear, mientras comenzaba a masajear su pene, de arriba abajo. Lentamente.

»¡Dios! Estoy muy duro. ¡Quiero enterrarme en ti!

—Hazlo —jadeó ella.

—Calma. Aún no. Quiero más de ti. Quiero saborearte e impregnarme de ti —gruñó él—. Siente mi lengua, allí, torturándote. Tu sabor en mi boca. ¡Dios! Voy a estallar.

Shirley dirigió su mano hasta su vagina, y comenzó a estimular su clítoris, sutilmente con las puntas de sus dedos, tratando de imitar los movimientos que Xander describía.

»...lento, suave... mi lengua dibuja un círculo... de un lado al otro... de arriba hacia abajo —inhaló con fuerza—. Te respiro y me lleno de ese aroma,

que me vuelve loco. Tu aroma.

Ella jadeó, gimió y volvió a jaderar.

—Sí —clamó ella—. Sigue. Así.

Una gotita de líquido seminal recorrió el glande de Xander, y los vellos de la nuca se le erizaron.

—Tengo que detenerme, linda —dijo él con mucha picardía—. No quiero que llegues aún.

Shirley se mordió el labio, y se detuvo también, siguiendo al pie de la letra, las reglas del juego.

»Pídelo —musitó él—. Sé que lo quieres.

—Por favor, hazlo. Quiero sentirte muy dentro de mí.

Él sonrió y comenzó a masajear su pene con más ahínco.

—Sí —siseó—. Entro en ti, despacito, poco a poco. ¿Lo sientes?

—Sí —ella jadeó—. Lo quiero todo.

—Me hundo en ti, suavcito. Quiero que lo sientas. ¿Te gusta?

Ella no contestó, pero sus gemidos compensaron el morbo de Xander.

»Sí. Así. Muévete, amor. Te quiero sobre mí. Cabálgame —él siseó y ella gimió—. Dentro y fuera, dentro y fuera. ¡Siénteme!

Los dedos de Shirley se movían con desenfreno, sobre su clítoris, haciendo que cada uno de sus nervios liberara una ráfaga de divinas sensaciones. La mano de Xander se movía, de arriba abajo, estimulando su miembro. Ambos estaban a punto de estallar.

Jadeos, gemidos, siseos y gruñidos.

»Córrete conmigo. Vamos, cielo. Hazlo.

Una corriente eléctrica la recorrió desde la punta de los pies hasta la cabeza, y un orgasmo potente la golpeó sin previo aviso, dejándola exhausta. Xander tuvo que reprimir sus ganas de gritar en cuanto sintió su liberación. Su semen salió disparado como un proyectil, salpicando la cortina del baño.

Cuando él abrió los ojos y vio el desastre, no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Mierda! —farfulló—. Creo que voy a tener que lavar el baño, cielo. ¿Cielo? ¿Estas allí? ¿Shirley? —se despegó el móvil de la oreja y miró la pantalla. El cronometro seguía avanzando—. ¿Amor? ¿Me oyes?

Lo único que obtuvo por respuesta, fue un débil ronquito, indicativo de que su esposa se había quedado dormida.

Sonrió satisfecho y finalizó la llamada.

Londres, Inglaterra.

Los gemidos de Camille era lo único que se oían en la habitación. Eddie sudaba y arremetía como si fuese una bestia.

—¡Oh sí! Si, nena —gruñó él—. Síguete moviendo así.

Camille movió sus caderas en círculo, haciendo que Eddie perdiera la cabeza.

—Vamos, cariño. Córrete para mí —dijo ella entre jadeos y se esparramó sobre la cama, manteniendo la posición perfecta para que su amante la siguiera satisfaciendo.

En el momento que Eddie sintió que se iba a correr, salió de ella y se derramó sobre la espalda de su amante.

—¡Dios! —clamó él y se dejó caer a un lado de ella.

Camille se incorporó, se limpió la espalda con una toalla, extendió su mano hasta una mesita de noche, buscó un cigarrillo, lo encendió, le dio una fumada y se recostó al lado de Eddie, en completo silencio.

»¿Y qué tal? ¿Te gustó? —Indagó él, pero ella solo se limitó a asentir con la cabeza—. ¿No piensas decir nada?

—Háblame de tu amigo —ella no pudo evitar ser ruda con su petición—. ¿Cómo es él? —dijo ella, botando el humo despacio.

Eddie rió con ironía ante el descaro de esa mujer. Acababa de tener sexo duro y salvaje con él, ¿y le preguntaba cosas acerca de otro hombre? Claro,

tampoco es que Camille fuese el ejemplo de rectitud, pues le tomó solo un par de semanas llevársela a la cama. Obviamente, él tampoco era el ejemplo de fidelidad, pero las cosas estaban bastante tensas entre él y su esposa. La posibilidad de un divorcio era inminente. No podía tapar el sol con un dedo.

Pero aún y cuando estaba claro, que ese revolcón con Camille no significaba nada más que simple sexo casual, su ego de hombre se sintió herido al ser abordado con preguntas referentes a su amigo y colega, Xander Granderson.

Por su lado, Camille cedió a los encantos de Eddie, después de varios intentos fallidos por parte de él, en vista de que sus propios intentos por seducir al hombre que de verdad le interesaba, pasaron desapercibidos.

Xander estaba en la mira de Camille desde aquel día que él levantó la estatuilla dorada, a la cual todo actor aspira. Ella lo vio en la ceremonia de premiación, y pensó mil maneras de acercarse a él, pero cada vez que lo intentaba, se encontraba con un enorme muro, llamado Shirley Sandoval. No obstante, eso no la desanimó a seguir intentando, y cuando Redman se ofreció a ayudarla a limpiar un poco su imagen, dándole el rol protagónico en una obra de teatro, no se lo pensó dos veces, y mucho menos al saber que Granderson participaría en ella.

Eddie era un simple atajo para llegar a su preciada meta.

—¿Me estás jodiendo? —él rió—. Acabamos de tener una buena dosis de sexo, ¿y tú me preguntas por Xander?

Ella se encogió de hombros, dándole otra fumada a su cigarrillo.

—No confundas las cosas, Eddie —dijo Camille.

Él frunció el ceño y se apoyó en uno de sus brazos, para girarse hacia ella.

—¿De qué estás hablando?

—De esto —ella movió su mano, señalándolo a él y luego a sí misma—. De aquí no pasaremos.

El cerró los ojos y los volvió a abrir, sacudiendo levemente la cabeza,

incrédulo por lo que oía.

—¿Disculpa? —él se mofó—. Lamento mucho si en algún momento te di la impresión de que confundí las cosas. Lo he tenido claro en todo momento. ¡Joder! ¡Estoy casado!

—Como si eso te importara lo más mínimo —musitó ella—. Te divorciarás dentro de poco.

—¿Pero qué estás diciendo? —Él se incorporó y la fulminó con la mirada—. Mi matrimonio es...

—¡Ay por Dios! No pretendas mentirme. Tienes problemas desde hace más de un año. Ya no follan, y si no me equivoco, ella está follándose a un tal Geor...

—¿Cómo coño sabes todo eso? —Eddie levantó la voz.

Ella dio una fumada a su cigarrillo y botó el humo, muy despacio.

—Hace tres años atrás... —Camille comenzó a relatar—, fui a una obra de teatro con mi mejor amiga. Ella estuvo toda la semana tratando de convencerme para que la acompañara. Recuerdo que estaban presentando *Hamlet* —ella se llevó la mano al pecho—. Nunca me gustó *Shakespeare* —acotó—, pero traté de divertirme. Estaba de vacaciones en la ciudad y debía aprovechar al máximo. Lo cierto es que, cuando el actor principal salió a escena, hizo que todo valiera la pena. Ante mí, estaba el hombre más exquisito del planeta. Su carisma y su esencia... ¡me dejaron embelesada! —expresó—. Le pregunté a mi amiga: *¿Quién es él?* Ella me respondió: *¡Olvídate de él! Está recién casado, y por lo que cuentan, adora a su esposa.* ¿Sabes qué le dije a mi amiga? —Eddie, quien oía con atención, negó con la cabeza—. *¡Ese hombre va a ser mío!* —Ella pronunció cada una de las palabras con total vehemencia—. Durante un año entero tuve una fuerte fijación con él. Traté de ir a todas y cada una de las funciones de aquella obra, así como de ver todas sus películas. También le pedí a mi agente que buscara la forma de hacerme coincidir con él en todos los eventos...

—Y esta es la parte donde me dices que de quien me estás hablando, es Xander —comentó Eddie con sorna.

—No —dijo ella con inquietante sensualidad, fijando su mirada en la de él—. Eras tú.

Eddie no pudo evitar reírse como descerebrado, y fue en ese instante que muchos recuerdos llegaron a su mente. La época de Hamlet, su participación en la obra, su boda con Victoria... ¡Había sido dos meses antes de la obra! Entonces recordó un rostro recurrente, entre el público... Una mujer misteriosa, que un par de veces había logrado llamar su atención, pero que no pasó de ser una cara bonita más del montón.

—Te recuerdo —susurró él, con algo de temor en su voz.

—¿Me recuerdas? —ella dio un respingón y trató de tocar el rostro de Eddie, pero él se levantó de un brinco de la cama.

—¡Dios mío! ¿Qué vas a hacerme? ¿Vas a asesinarme? —el pánico se apoderó de él.

Camille estalló en una estruendosa carcajada.

—¡Por supuesto que no!

—Entonces, ¿qué vas a hacerme? —él intentó alejarse lo máximo de ella—. No serás una de esas fanáticas obsesivas, que hacen lo imposible por estar con su ídolo, para luego matarlos.

—No te haré daño. ¡Por Dios! No soy una demente.

Eddie se quedó un rato en silencio, mirándola. La mujer delante de él era divina. Hermosa en demasía, y como si fuese poco, le estaba confesando que sentía cosas por él, desde hace mucho tiempo.

—No entiendo —titubeó él—. Si dices tener una especie de obsesión conmigo, ¿por qué estás interesada en Xander?

—En primer lugar, no tengo ni tuve una obsesión contigo. Digamos que fue un enamoramiento inocente, que no pasó de ser platónico. Segundo, recalco el hecho de que lo que sentía por ti, ya fue. Repito. Fue un sentimiento netamente platónico, que al no verse correspondido, simplemente cesó.

—¿Es una conclusión a la que llegaste sola o es algo que te dijo tu psiquiatra? —Eddie la miró con desconfianza.

—¡Que no soy una demente! —Ella puso los ojos en blanco—. ¿Acaso es muy difícil creer que una mujer como yo, simplemente no tuvo el valor para acercársele a un hombre casado, e interferir con un matrimonio feliz? —Eddie enarcó una ceja—. Créeme, no es mi forma de hacer las cosas. En el amor, la paciencia es algo muy valioso. Si no, míranos. No tuve que hacer nada, tú viniste a mí, por tu propia voluntad.

Eddie rió con ironía.

—Te escucho hablar y es como si estuvieras hablando de un par de zapatos. “Me cansé de estos, así que los desecho y me compro unos nuevos”. No se puede ser tan...

—¿Práctica? —lo interrumpió ella.

—No. Iba a decir insensible.

—En la vida hay que aprender a ser prácticos —dijo ella, ignorando la diatriba de Eddie.

—Pues déjame decirte que estás siendo nada práctica al aspirar tener algo con Xander. Te lo advierto. Perderás tu tiempo. Allí no vas a conseguir nada.

—No has entendido nada, ¿verdad?

Ella caminó lentamente hasta estar muy cerca de él. Estaba completamente desnuda y Eddie no pudo evitar que su corazón se acelerara ante tal visión de sensualidad femenina. Ella deslizó su dedo índice desde la sien hasta la quijada de Eddie, para finalmente posarla sobre los labios de él. Se acercó más y con sus dientes atrapó esa boca, la cual reaccionó con una pasión casi salvaje. Se besaron una vez más, con ganas de volver a repetir lo que acababan de hacer, pero sin previo aviso, ella rompió con el beso y se separó unos cuantos centímetros.

»Siempre obtengo lo que quiero —dijo ella, sacando a Eddie de su estupor—. Tarde o temprano, pero siempre lo obtengo.

La sonrisa de Camille era tan tenebrosa, que hizo que un escalofrío recorriera el cuerpo de Eddie, de pies a cabeza.

Los Angeles, California.

*♪ ♪ Bang my head against the wall
Though I felt light-headed
Now I know I will not fall
I will rise above it all
Found what I was searching for
Though I felt light-headed
I should have failed and nailed the floor
Instead I rose above it all...♪ ♪*

—*Ohhhh ohhhh...♪ ♪ Bang my head against the wall* —Shirley cantaba a todo pulmón, aferrándose al volante de su coche rentado, mientras iba camino al estudio.

Esa mañana se sentía de muy buen humor.

¿Y cómo no estarlo, después de semejante sesión de sexo telefónico con su marido? Rió una vez más al recordar sus picardías, y sintió un cosquilleo en la parte baja de su vientre al acordarse de la lascivia con la que Xander la atendió.

Se detuvo un momento en *Starbucks* y pidió lo que siempre acostumbraba. Tuvo que firmar algunos autógrafos y posar para algunas fotos, debido a que varias personas la reconocieron, a pesar de llevar unas gafas oscuras y el cabello recogido en una coleta alta, complementado con una gorra rosa.

Llegó al set con diez minutos de retraso. Ese día grabarían en una locación externa: *Dockweiler Beach*, para ser más específicos.

Sin perder tiempo, se dirigió a su tráiler para dejar algunas cosas y tuvo que apresurarse para que Darla, la encargada de maquillaje y vestuario, la ayudara a prepararse para la escena que le tocaba grabar.

Marcus, quien no dejaba de mirar en todas direcciones y preguntarse: *¿Por qué Shirley no ha llegado?* Logró respirar tranquilo en cuanto la vio aparecer, ataviada con un hermoso vestido playero de color azul cielo, cabello suelto con leves ondas, maquillaje modesto y descalza. Él no pudo evitar sonreír al verla. Se veía preciosa.

Ella lo saludó con un leve movimiento de la cabeza, mientras sus mejillas se ruborizaban. No lograba entender por qué diablos seguía sintiéndose como una idiota cuando estaba cerca de él, si tenía claros sus sentimientos. Lo que sentía por él, era netamente carnal, no había cabida para ninguna de esas sensaciones cursis que sentía.

Sacudió su cabeza con fuerza y obligó a su cerebro a evocar un recuerdo en específico. *Xander haciéndole el amor, a orillas de una playa privada en Mallorca, durante sus últimas vacaciones por Europa.*

Sonrió como tonta, ante la mirada confusa de Marcus.

—¿Shirley? —La voz de su compañero la hizo poner los pies sobre la tierra—. Hawkins pregunta si ya estamos listos. ¿Estás lista?

Ella tan solo se limitó a asentir con la cabeza.

Marcus le hizo una señal con la mano al director, y este procedió a dar las indicaciones para que se comenzaran a grabar.

—¡Acción! —la voz del director, retumbó en el lugar.

Shirley comenzó a trotar en cuanto el *clic* de la claqueta se lo indicó. Trotaba y reía como si fuese una niña traviesa. Marcus corría tras ella. Tres cámaras, en diferentes ángulos, grababan la escena.

Ella fingió tropezarse, y calló sobre la arena, riendo a carcajadas. Más atrás, Marcus, se lanzó detrás de ella y gateó unos cuantos centímetros, hasta llegar a ella, con una sonrisa radiante en su rostro.

—No puedes huir de mi —dijo él, mirándola a los ojos. Había un brillo

especial en su mirada.

—¿Quién ha dicho que quiero huir de ti? —respondió ella, pasando su mano, con ternura, por la mejilla de él.

Todos en el *set*, observaban con atención.

—Prométeme que nunca querrás huir de mi —él acarició la mejilla de ella, también.

—Jamás —susurró ella.

Él sonrió, tal cual lo decía el libreto, y poco a poco se fue acercando a la boca de ella, para sellar el momento con un beso.

Hubo algo.

Algo con lo que ninguno de los dos contaba.

Emociones reales.

Un beso que debía durar unos escasos cinco segundos, para separarse y reír ambos a carcajadas, marcando así el final de la escena, se prolongó más de la cuenta. Debía ser un beso simple, de esos falsos entre actores... un beso netamente fingido. Pero en lugar de eso, las bocas de Shirley y Marcus se movían con pasión. Lenguas iban y venían y la respiración de ambos se entrecortó.

Ella sintió que un calor abrasador la cubría por completo, a la vez que su cabeza daba vueltas. Él se sentía muy deseoso de explorar esa boca, de pasar sus manos por ese cuerpo, de estrecharla con fuerza y hacerla vibrar.

Algunos miembros del equipo de filmación, intercambiaron miradas incómodas, otros fruncieron el ceño. No entendían que estaba pasando. Tony Skinner, el asistente de producción, tuvo que mirar el libreto para comprobar que no hubiesen hecho un cambio a última hora. Y más fue su confusión al comprobar que el guión era el mismo de siempre. Se giró hacia Clive, mirándolo ceñudo.

—¿Qué están haciendo? —cuchicheó.

—Improvisando —musitó Hawkins.

El director se puso de pie, y miró a los tres camarógrafos que grababan.

Les hizo un gesto con la mano, indicándoles que siguieran grabando.

Marcus sujetó el rostro de Shirley con delicadeza, mientras seguía besándola. La besaba con ternura, y luego alternaba entre dulzura y pasión. Ella mantuvo los ojos cerrados, dejándose besar con esa entrega que le transmitía él. Las manos de ella, se aferraron a las manos de él.

El beso concluyó, pero no se separaron por completo. Él apoyó su frente en la de ella y dejó escapar un suspiro. Ella mantuvo sus ojos cerrados, y sin poder evitarlo, jadeó.

—¡Y... corte!

La voz de Clive les recordó que no estaban solos.

De un movimiento raudo, Shirley se separó de él. Marcus se puso de pie y sacudió la arena de su ropa.

Ninguno de los dos fue capaz de mirar al otro.

—¡Joder! Eso estuvo bestial —dijo el director al acercarse—. Me gustó mucho, chicos. Quedó mejor que la escena original.

—¿Eso quiere decir que no la repetiremos? —indagó Shirley, con la mirada clavada en el suelo.

—No. Ni hablar. Esta escena se queda. Vayan a prepararse para la próxima secuencia.

No tuvo que decirlo dos veces. Shirley salió casi que corriendo hacia su trailer. Marcus sintió que algo dentro de él se desgarraba, era como si le arrancaran el corazón y lo arrojaran al suelo, para luego pisotearlo.

—No, no, no —Shirley se recostó en la puerta de su trailer en cuanto cerró la puerta y se llevó las manos a la cabeza—. ¿Qué estás haciendo, estúpida? —se recriminó a sí misma—. Se suponía que ibas a mantener tus ridículos arrebatos hormonales a raya —gruñó y resopló con frustración.

Alguien llamó a la puerta, haciendo que ella diera un brinco.

»¿Quién es? —indagó.

—Soy yo, Marcus. ¿Podemos hablar?

—No me siento bien en este momento —respondió ella—. Vete.

—No me iré —dijo él—. No hasta que hablemos. Necesitamos hablar.

Ella hizo una mueca de desagrado y resopló con resignación.

Abrió la puerta.

—¿Puedo pasar? —inquirió él.

Ella no respondió, solo se limitó a moverse a un lado.

Marcus entró y se situó en frente de ella. Sus ojos denotaban tristeza.

»Lamento mucho lo que pasó en el *set*, hace un momento. Yo... —él farfulló—. No me gustaría que pensaras que me quiero aprovechar de la situación.

Shirley sentía que su corazón latía a mil por hora. Deseaba hacer algo, pero no se atrevía.

«Amo a Xander. Él es mi esposo. Lo amo con locura. Él es mi todo. Lo amo, lo amo, lo amo». Los pensamientos de ella fluyeron como cascada.

»Quiero que sepas que te respeto y te admiro mucho, porque eres una mujer... —Marcus continuó hablando, pero Shirley dejó de escucharlo. Solo veía el movimiento de sus labios al hablar.

De un manotazo, ella cerró la puerta. Marcus dio un brinco ante el sonido que emitió el metal al cerrarse.

Sin pensarlo más, Shirley se abalanzó sobre él, uniendo su boca a la suya. Él la recibió sin oponer resistencia.

Ambos chocaron con las paredes, entre jadeos y caricias desesperadas. Ella sujetó con fuerza su rostro, y él la estrechó de la cintura, a la vez que correspondía a ese beso voraz que le daba Shirley.

La respiración entrecortada de ambos hizo eco en el lugar, llenándolos de deseo y desenfreno. Manos por aquí y manos por allá.

Pasión total.

Ella jadeó, una vez más, al sentir la mano de Marcus en su trasero,

apretándolo y acariciando.

—Tenemos quince minutos —dijo él, entre besos.

—No hables, por favor —rogó ella.

Él obedeció.

La abrazó con más fuerza, mientras daba lametones a su cuello.

Ella se restregó descaradamente contra él, y él sintió un respingón en sus pantalones. Tomó una mano de ella y la dirigió hacia su zona abultada.

Tal cosa hizo que Shirley se precipitara de golpe contra la realidad. De un empujón brusco, se separó de él.

—No, no, no —negó repetidas veces con su cabeza—. No puedo — siguió meneando su cabeza—. Amo a mi esposo. Esto está mal. ¿Qué coño fue lo que me hiciste? —levantó un poco la voz.

Él frunció el ceño.

—¿Qué fue lo que te hice? ¡No! ¿Qué diablos fue lo que me hiciste tú a mí? No dejo de pensar en ti y desearte con esta intensidad —se golpeó el pecho.

—Esto está mal —repitió ella, negando con la cabeza.

—¡Sí! —Vociferó Marcus—. ¡Esta jodidamente mal! Pero sabiendo que está mal, quiero hacerlo. Quiero estar contigo, Shirley. Quiero entrar en ti, hacerte gemir y hacerte gritar mi nombre mientras te corres. ¡Joder! ¡Esto es irracional! —gritó, llevándose las manos a la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo —algunas lágrimas rodaron por el rostro de ella—. Amo a mi esposo. Y sea lo que sea que siento por ti, no es amor —negó de nuevo y se secó las lágrimas con brusquedad—. No puedo, no puedo. No pienso echar por la borda todo lo que tengo, por un simple arrebató. No lo haré.

Marcus se quedó sin palabras. Estaba desarmado. Bajó su mirada, abatido, y se resignó.

—Xander Granderson es el hombre más afortunado del planeta —dijo—. No solo tiene a una mujer hermosa como esposa, sino que también posee el

corazón de una verdadera dama.

Sin decir nada más, Marcus se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo 11

*Londres, Inglaterra.
Tres semanas después.*

Por fin, la etapa de ensayos culminó. Xander estaba muy emocionado porque en un par de días se presentaría frente al caluroso público de *West End*. Tantos años alejados de las tablas, lo hicieron sentir como un novato, con ese peculiar cosquilleo en el estómago. Se sentía muy ansioso.

Esa noche, todo el elenco celebraría con una cena en uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad, y a Xander no le gustaba llegar tarde a ningún sitio.

Se arregló la corbata frente al espejo, y se cercioró de que los gemelos en los puños de su camisa estuviesen derechos.

—¿Cielo? ¿Estás lista? —inquirió, levantando la voz.

Shirley llegó el día anterior. Tendría un mes libre. Había concluido las grabaciones de su película, pero tendría que volver a los Estados Unidos para comenzar las filmaciones de otra. Sería una temporada ocupada para ella.

Terminó de ajustarse las zapatillas, se puso de pie y se acercó a su pequeño hijo que estaba en el suelo, jugando con algunos de sus juguetes. Lo alzó y caminó con él entre brazos, hasta llegar a la sala de estar, donde estaba Johanna viendo la televisión con Katherine.

—Ya nos vamos —dijo la señora Granderson, poniendo a August a un lado de la niñera—. Ya sabes...

—Sí, señora Shirley. Les avisaré en caso de que surja algo —dijo la mujer que tenía casi tres años trabajando para ellos.

Shirley bajó las escaleras sin perder tiempo y se acercó a su marido para ayudarlo a ponerse la parte superior de su traje.

—Te ves guapísimo —lo elogió.

—No tanto como tú —respondió él, dándose la vuelta para darle un beso

en los labios a su esposa.

Ella llevaba puesto un precioso vestido color verde esmeralda, que le llegaba a las rodillas, ceñido a su cuerpo, lo que remarcaba muy bien sus atributos, el cabello recogido en un delicado moño, y unas zapatillas plateadas que complementaba el atuendo.

»¿Nos vamos? —preguntó él, ofreciéndole su brazo.

Ambos abordaron el coche de Xander y se dirigieron a *The Ledbury*.

Al llegar fueron recibidos por Redman, quien estaba en la entrada del lugar, platicando con un caballero. Los dos fumaban un cigarrillo.

—¡Oh! ¡Pero miren nada más quienes llegaron! —Vociferó Scott—. Mis dos grandes estrellas.

Los Granderson sonrieron con timidez ante el halago.

—¡Scott! —dijo Shirley, acercándose a él para abrazarlo—. Me alegra tanto verte.

—Y a mí, querida. Debes contarme todo. ¿Cómo te ha ido en estos últimos años? Hace mucho tiempo que no nos veíamos.

Xander carraspeó la garganta para hacerse sentir.

»¡Oh! ¡Vamos! Tu no necesitas un abrazo —bromeó Redman, para luego abrazar también a Xander, pero con mucha fraternidad.

—¿Ya llegaron todos? —indagó el señor Granderson.

—Sí. Estábamos esperando por ustedes. Entremos —Scott se hizo a un lado para que la pareja entrara.

Se acercaron a la mesa que se encontraba casi al final del local, y sin perder tiempo, tomaron asiento. Shirley al lado de su esposo. Xander sonrió e hizo un gesto con la mano para saludar a su amigo Eddie, quien estaba sentado de frente a él. A su lado, su voluptuosa compañera. Camille.

—Damas y caballeros —habló Xander—. Para quienes no la conozcan... —señaló a Shirley con la mano—. Ella es mi esposa.

—Un placer —la señora Granderson asintió levemente a cada uno de los presentes—. Es un placer —le dijo a quienes no conocía, y a quienes sí, solo se

limitó a sonreírles y saludarlos con un movimiento de su mano.

En cuestión de minutos, la mesa estaba repleta de platillos succulentos. Una velada completamente normal.

Todos charlaban amenos, acerca de la obra, de lo deliciosa que estaba la comida y lo hermoso que era el lugar. Redman aprovechó para ponerse al día con Shirley, pues ambos tenían muchas cosas que contarse. Desde la cena de graduación de ella, no tuvieron la oportunidad de sentarse a platicar con calma. Coincidían en una que otra reunión en la agencia, pero sus interacciones no pasaban de ser netamente laborales.

Xander charlaba con Eddie, un rato con Camille, otro rato con Arthur, un miembro del elenco, y por ratos intervenía en la conversación de Redman y su esposa...

—¿Y qué tal es Clive Hawkins? —Preguntó Scott—. ¿Es verdad lo que dicen de él? ¿Eso de que es un completo imbécil?

Shirley chasqueó la lengua y agitó su mano en el aire.

—No. Para nada. A mí me parece la persona más agradable del planeta —respondió ella y tomó un sorbo de su copa de vino.

—¿Más agradable que yo? —Redman fingió indignación.

—Nadie es más agradable que tú —respondió Camille, con un inquietante tono de voz, que era una mezcla entre seducción y adulación.

Tanto Shirley como Xander se giraron hacia la mujer, sintiéndose incómodos por su intromisión.

—En eso tienes toda la razón —comentó Redman con total bufonería.

Todos los presentes estallaron en carcajadas.

—¿Y que nos cuentas sobre Marcus Ward? —la pregunta de Camille se oyó un tanto odiosa.

Shirley dejó de reír en el acto y sintió que su corazón daba un brinco. Frunció el ceño y miró a la mujer que estaba sentada frente a su esposo. Ella no era tonta, supo enseguida que esa mujer tenía una sola intención. Hacerla quedar mal frente a todos.

—Marcus es una persona muy profesional, con la cual me llevo muy bien. ¿Qué si es guapo? ¡Lo es! Y mucho, pero...

Xander carraspeó la garganta, interrumpiéndola.

»Pero no es más guapo que mi esposo —agregó ella, mirándolo a él y poniéndole la mano en su mejilla.

Él se inclinó para darle un beso en los labios.

Eddie, quien estaba al lado de Camille, le dio un codazo con disimulo y señaló con su cabeza hacia la pareja que demostraba amarse frente a todos.

—Observa con atención —le susurró al oído.

Camille se cruzó de brazos y fingió una sonrisa, pues en realidad moría de rabia por dentro.

—Romeo y Julieta es una gran historia de amor —le respondió ella con completa serenidad—, pero tiene un final trágico.

—Pensé que no te gustaba Shakespeare —le refutó Eddie.

—Solo si es para compararlo con la desgracia y la desdicha real de alguien más —dijo ella con satisfacción.

Eddie no supo que responderle. No había forma de responder a semejante cosa. Tan solo se limitó a callar y mirar a esa espantosa mujer con rostro de ángel.

Xander retomó su plática con Redman, y prefirió mantenerse ajeno a la bizarra conversación que tenía lugar entre Camille y Eddie. Dio un respingón de repente, algo que pasó desapercibido para Shirley, pues estaba muy concentrada contándole a Redman lo que había estado haciendo en Irlanda, con su hermana Elyse.

Él trató de disimular su incomodidad, y a la vez trató de ignorar lo sucedido. Es más, se negaba a creerlo. «Tal vez alguien movió sus pies por debajo de la mesa y tropezó, sin querer, conmigo», se dijo mentalmente, dejando correr el hecho.

Dio otro respingón al sentir que alguien rozaba su pierna, y por inercia paseó su mirada de un extremo de la mesa al otro. Había más de quince

personas allí, cada uno concentrada en lo suyo: unos comiendo, otros bebiendo, y algunos charlando entre sí.

Se detuvo en cuanto su mirada llegó a Eddie. Su amigo parecía molesto, pues tenía el semblante ceñudo. Xander continuó paseando su mirada por el resto de personas en la mesa. Arqueó una ceja, al sentir que rozaban su pierna, una vez más.

Miró fijamente a la mujer frente a él, y frunció el entrecejo.

Camille lo observaba con mucho detenimiento y se humedecía los labios con su lengua, procurando que nadie más, además de Xander, percibiera ese gesto tan endiabladamente seductor.

Eddie, —quien estaba a punto de levantarse de su silla y largarse— le lanzó una mirada fugaz a su amigo, para hacerle un gesto y pedirle que lo acompañara a tomar un poco de aire, pero en cuanto notó la incomodidad con la que se removía Xander en su asiento, ver como se desabrochaba un botón de la camisa y halaba un poco el cuello de la misma, supo que algo raro estaba sucediendo. El clima de Londres era muy fresco, aparte que el lugar donde se encontraban contaba con aire acondicionado. ¿Por qué razón debería sentir calor?

Sintió algo de movimiento por debajo de la mesa, y con disimulo hizo a un lado el mantel, para darse cuenta de que Camille frotaba su pie contra la pantorrilla de su amigo.

Xander dio otro respingón y aprovechó para separar su silla, de la mesa. Eddie aprovechó el momento para meter su mano por debajo y darle un apretón a la pierna de Camille.

—¿Qué coño estás haciendo? —le susurró Eddie al oído.

—No es asunto tuyo —farfulló ella.

Eddie se puso de pie de golpe y miró a Xander, que estaba a punto de mimetizarse con el mantel rojo de la mesa.

—¡Hey Xander! —dijo Ed. Camille lo fulminó con la mirada—. ¿Te importaría acompañarme un momento a fuera? No me siento bien.

—¿Qué sucede Eddie? —Preguntó Shirley con preocupación—. ¿Qué es lo que sientes? ¿Quieres que te traiga algo?

—¿Todo bien, chico? —indagó Redman.

Los demás dejaron de hacer lo que hacían y enfocaron su atención en Eddie.

—No es nada. Tan solo me gustaría ir a tomar un poco de aire —anunció Connery.

Xander ni se lo pensó. Se levantó de su silla como impulsado por un resorte y asintió con la cabeza.

—Vamos —le dijo a su amigo.

Ambos caminaron en completo silencio, hasta llegar al exterior del restaurante. Eddie rebuscó en los bolsillos de su chaqueta con desespero. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

Xander lo miró son asombro.

—¡Vaya! No sabía que habías vuelto a retomar el hábito de fumar —comentó—. ¿Qué ha sido eso de allá? —Señaló hacia el interior del restaurante—. ¿Y de que va Camille? Me tocó...

Eddie dio una fumada y botó el humo.

—Sé exactamente lo que hizo. No necesitas explicármelo.

—¿Pero qué coño pretende? ¿Acaso no entiende que no estoy interesado en ella? ¿En qué idioma tengo que decírselo?

—¿Tu sabías que ella está interesada en ti?

—¡Por supuesto! —Respondió Xander—. Desde que comenzamos los ensayos, no ha dejado de coquetearme y mandarme señales.

—¿Por qué no me comentaste nada? —Eddie se rascó la cabeza.

—No lo vi necesario. Tú estabas tan emocionado pretendiéndola y tratando de llevártela a la cama. ¿Qué querías que te dijera?

—No sé. Podrías haberme dicho que mientras por un lado yo dormía con ella, por el otro te coqueteaba a ti. ¿Qué sé yo?

—¿Ya dormiste con ella? —Xander se sorprendió.

—¿Qué te puedo decir? Es difícil que una mujer se me resista —dijo Eddie con notable arrogancia.

Xander se partió de risa.

»¿De qué te ríes? —su amigo se sintió un poco ofendido por su mofa.

—Me rio porque acabo de tener un ataque de pánico allá adentro —confesó Xander, entre risas—. ¿Acaso esa mujer se volvió loca? ¡Allá adentro está mi esposa! —siguió riendo.

—Debes tener mucho cuidado con ella, Xander. Esa mujer es muy extraña —Eddie dio una última fumada y botó el cigarrillo al suelo, para luego pisarlo y apagarlo.

—No. El que debe cuidarse de ella, eres tú. Si Victoria se entera que te acostaste con ella...

—Olvídate de mí, Xander. Mi matrimonio ya no tiene salvación. En cambio el tuyo... —hizo una pausa para controlar el nudo que comenzaba a formarse en su garganta—. El tuyo es un matrimonio precioso. No permitas que nada ni nadie lo dañe. Ni se te ocurra cometer los errores que yo cometí.

Sin poder evitarlo, una lágrima rodó por la mejilla de Eddie. Aunque no lo quisiera reconocer, Connery amaba a su esposa y le dolía tener que perderla por no haber podido mantener su pene dentro de sus pantalones.

Xander sintió mucha pena por su amigo. Nadie lo conocía mejor que él. A pesar de que su amigo no lo demostrara, estaba devastado.

—¿Xander? —La voz repentina de una mujer, le hizo girar el rostro hacia su derecha—. ¿Xander Granderson? ¿Eres tú?

Él no contestó, solo se limitó a mirar a esa mujer que lo miraba muy sorprendida.

«Ese rostro. Lo he visto en alguna parte». Xander entrecerró los ojos y miró a la mujer, tratando de recordarla.

Abrió los ojos como platos, al caer en cuenta de quien se trataba.

Eddie observaba la escena como buen espectador, sin decir ni hacer nada.

Claro que Xander la recordaba, pero le costó un poco hacerlo. La

recordaba muy distinta. Con el cabello negro, en vez de rubio, además algunas marcas de expresión se dibujaban en su frente. Pero de igual forma, seguía siendo una mujer muy linda.

—¿Vivian? —dijo él, sin poder ocultar su emoción.

—Iré a ver si Eddie está bien —le dijo Shirley a Scott, dejando su servilleta de tela a un lado y poniéndose de pie.

Redman tan solo asintió con la cabeza y se puso de pie en cuanto ella se levantó, como señal de caballerosidad. Los demás hombres en la mesa hicieron lo mismo.

Shirley sonrió. Había olvidado lo protocolar que eran los británicos.

Ella se apresuró hacia la salida. El semblante de Eddie la preocupó. En los años que llevaba conociéndolo, nunca lo vio tan cabizbajo. A pesar de que era más amigo de Xander, ella lo apreciaba muchísimo.

Shirley se detuvo a unos cuantos metros de donde estaba su esposo con Eddie, pues la escena que contempló, se le hizo un tanto desagradable. Xander abrazaba a una mujer, de una manera en la que nunca había visto que abrazara a alguien. Ella fue testigo de muchas veces en la que Xander se reencontró con viejas amistades, colegas, y hasta familiares lejanos, pero jamás había percibido eso que sentía en ese momento. Era como si su sexto sentido tratara de decirle algo.

Decidió no acercarse, pues tenía muchas emociones revueltas, y si hay algo que aprendió en casi tres años de matrimonio, era a no reaccionar impulsivamente, ni mucho menos guiada por los celos.

Tomó una gran bocanada de aire y se regresó por donde venía.

Xander estaba asombrado de ver a Vivian después de casi dieciocho años.

Muchos fueron los recuerdos que se agolparon en su cabeza. No pudo evitar sonreír y cerrar los ojos al abrazarla.

A pesar de que ella le partió el corazón en mil pedazos, aquella tarde de invierno en Manchester después que él le pidiera ser su esposa y que ella contestara con un rotundo no, alegando que casarse no estaba entre sus planes, con el tiempo las heridas sanaron, y ambos se mantuvieron en contacto, más que todo por necio masoquismo de Xander en su intento por retomar la relación y llegar a consolidarla más adelante, pero sus intentos fueron en vano.

Al parecer, Vivian Thompson estaba decidida a dedicarse a sus estudios y lograr obtener su licenciatura en Psicología en la Universidad de Manchester, luego viajar y conocer el mundo a medida que seguía ampliando su currículum.

Lamentablemente, en esa época, Xander era tan solo un joven de 21 años, que decidió colgar su título de Licenciado en Literatura Clásica y perseguir su sueño de ser actor. Para la familia de ella, él era simplemente el niño mimado de un académico destacado, que malgastaba su tiempo yendo tras una quimera. La influencia de sus padres también llevó a Vivian a tomar la decisión de finalizar la relación.

Con el paso del tiempo, ella se mudó de Inglaterra y se radicó en Alemania, donde conoció a un exitoso empresario, quien fue aprobado por sus padres de inmediato. Su matrimonio duró solo cuatro años. Por lo visto, su esposo era adicto al sexo, pero con otras mujeres que no era ella. Después de su fiasco, regresó a Inglaterra, donde consiguió un buen cargo como psicóloga laboral en una empresa farmacéutica.

El asombro de Vivian fue inmenso cuando vio el rostro de Xander en el poster de una película súper taquillera, donde él era el protagonista. Vivian se arrepintió por no haber creído en él, y por casi dos años estuvo intentado contactar con Xander, pero la carrera de este despegó de una manera tan asombrosa que era imposible dar con él. Con el tiempo se dio por vencida y decidió continuar con su vida.

Esa noche se animó a salir a cenar con el primo de una compañera de

trabajo, y su velada prometía ser encantadora. Sin embargo, la presencia de su ex novio, allí, cambió por completo su perspectiva respecto a esa noche.

—¡Dios! ¡Cuánto tiempo! —Exclamó Xander—. ¿Qué ha sido de tu vida?

—Bueno, no creo que mi vida sea tan divertida como la tuya —ella manoteó en el aire, un gesto de informalidad—. ¡Háblame de ti! ¡Eres una súper estrella! ¡Lo lograste! —ella levantó las manos y vitoreó.

Xander dejó escapar su particular risilla y se encogió de hombros.

—Hago lo que puedo —le guiñó el ojo.

Eddie carraspeó su garganta para hacerse notar. Vivian lo miró y abrió los ojos con asombro.

»Vivian, te presento a...

—Eddie Connery —lo interrumpió ella—. ¡Wow! Es un honor conocerte en persona —extendió su mano hacia él—. Mi sobrino de doce años es gran admirador tuyo. Ha visto *War Souls* un millar de veces —hizo mención de la película más destacada de Ed—. Creo que podría recitarte los diálogos de memoria —bromeó ella.

—¡Vaya, Xander! ¿Dónde tenías escondida a esta dama tan hermosa? —Comentó Eddie.

—Vivian y yo estuvimos saliendo hace tiempo —respondió Granderson.

—Hace muuuucho tiempo —agregó ella y se carcajeó—. Pero, ¡Dios! ¡Cuéntame de ti! —Se giró de nuevo hacia Xander—. Supe que te casaste y que tienes dos niños. ¡Por Dios! —exclamó ella—. También supe que te ganaste un Oscar. ¡Felicidades! —lo volvió a abrazar.

—¡Gracias! —Xander sonrió genuinamente, al separarse de ella.

El carraspeo repentino de alguien más, hizo que Vivian se girara hacia su acompañante.

—¡Oh! ¡Por Dios! ¿Qué clase de modales tengo? —dijo ella—. Xander te presento a Alan Holmes, mi cita de esta noche —movió las cejas sugerentes.

Xander rió ante el gesto de ella. Había olvidado lo bromista que era Vivian.

—Un placer —dijo el hombre, con fingida amabilidad. Ella notó la incomodidad de Alan.

—De verdad me encantaría seguir charlando contigo, Xander —comentó Vivian, cambiando repentinamente el tono de voz a uno más protocolar—, pero muero de hambre.

Ella se acercó una vez más a su ex novio y le dio un beso en la mejilla, para luego acercarse a Eddie y despedirse de él del mismo modo cariñoso. El caballero que la acompañaba tan solo se limitó a mover la cabeza en dirección a ambos.

Xander se quedó en completo silencio mientras veía como Vivian se alejaba y se internaba en el restaurante. Sonrió inocentemente, sintiendo nostalgia por los recuerdos de tantos momentos lindos junto a la mujer que acababa de ver.

—El destino sí que tiene una forma muy extraña de barajar sus cartas —musitó Eddie, haciendo referencia a la famosa frase de Shakespeare.

Xander frunció el ceño y se volteó hacia su amigo.

—¿Por qué lo dices? —inquirió.

—Te casas, y de repente tu publicista se compromete con una de tus antiguas novias, aparece una mujer despampanante, que cabe destacar va tras de ti. Ahora te reencuentras con el primer amor de tu vida... —soltó una carcajada irónica—. El destino es un puto sádico —concluyó.

Sus ojos se perdieron en el horizonte, mientras observaba el crepúsculo desde la ventana de la cocina. Como todos los días, Xander salió a correr un rato. Ella terminó de servir la cena a los niños, y se sirvió una taza de té para ella. Aunque deseaba algo más fuerte para poder digerir mejor todos esos pensamientos que se arremolinaban en su cabeza. Había sido un día muy largo para ella, entre dudas y zozobra. Se sentó en la mesa para acompañar a sus

hijos. August y Katherine solían ser más ruidosos de lo normal por las noches, así que Shirley no pudo adentrarse mucho en sus pensamientos.

Sintió la puerta principal abriéndose y supo que era Xander, así que se puso de pie, dispuesta a servirle la cena a su esposo, a la vez que se servía la suya.

Xander entró en la cocina y saludó a sus pequeños como solía hacerlo, a August le revolvió la cabellera con su mano y a Katherine le hizo cosquillitas, seguidamente le dio un beso a cada uno. Se acercó a su esposa, quien estaba de espaldas y la abrazó, depositando un besito en su mejilla.

—¿Dónde está la mujer más hermosa del mundo? —indagó él.

—Donde siempre —respondió ella con algo de indiferencia.

Él frunció el ceño.

—¡Uy! Alguien anda gruñona, hoy —bromeó Xander.

Shirley se dio la vuelta bruscamente, con dos platos en las manos. Puso uno en el sitio que siempre ocupaba su esposo y puso el otro donde correspondía el de ella, sin emitir ni una palabra.

Xander siguió cada uno de sus movimientos con la mirada, en completo silencio.

Ella no había dejado de hablarle, pero le hablaba cuando era necesario. Él notó su comportamiento extraño, unos minutos después de llegar a casa, la noche anterior. Su esposa parecía distante. Sin embargo, él no le dio importancia y atribuyó dicha actitud al hecho de que ambos estaban muy agotados.

Shirley no lograba descifrar porque se sentía de esa forma con respecto a Xander. Se sentía molesta, aunque él no le había dado motivos para estarlo. La velada había transcurrido de manera amena —a excepción de la petulante compañera de su esposo, que no perdió oportunidad para incomodarla—. No obstante, no podía dejar de pensar en lo que vio cuando salió a buscar a su esposo y a Eddie. Xander abrazaba a esa mujer con una entrega especial. Ella decidió no comentárselo a él, pensando que Xander le diría algo al respecto,

que se había encontrado con una amiga o una colega, pero no, él no hizo mención en ningún aspecto. Cuando le preguntó porque habían tardado tanto, Xander le dijo: *Estábamos hablando*. Solo eso

Era cierto que ella era muy celosa. ¿Quién no lo sería con Xander Granderson, el hombre más sexy del mundo, por cuatro años consecutivos, según *Glamour Magazine*? Ella aprendió a controlar sus instintos, pero eso no evitaba que fuera más suspicaz de lo normal. Ella percibía cuando una mujer, cercana a su marido, tenía intenciones de entrometerse en la relación, y obviamente esa tal Camille tenía un letrero pegado en la frente que decía: *Quiero robarte a tu esposo*, en mayúsculas e intermitente.

Pero esa mujer... esa rubia. ¿Quién era? ¿Por qué Xander no le comentó nada acerca de ella?

—¡Cielo! —la voz de Xander la hizo espabilar. Él agitó la mano frente al rostro de ella—. ¿Te encuentras bien? —Ella no respondió, tan solo sacudió ligeramente la cabeza—. Te has estado comportando de una manera muy extraña durante todo el día. ¿Sucedió algo que yo no sepa?

Ella entrecerró los ojos y fijó su mirada en su esposo. Necesitaba una explicación, pero debía pensar en una forma de indagar sin sonar controladora o como una típica esposa celópata, pero no pudo evitar soltar la pregunta.

—¿Quién era esa mujer?

Xander no entendió la pregunta. Era como si se hubiese quedado mono sináptico. Tuvo que sacudir su cabeza para poder reaccionar.

—¿De qué hablas? —él frunció el ceño.

Shirley sintió que su corazón daba un brinco. ¿Su esposo estaba tratando de evadir el asunto? ¡Dios! La zozobra se apoderó de ella. Soltó una risa irónica.

—¡La mujer que abrazabas anoche, fuera del restaurante! —ella no pudo evitar alzar la voz. Tal actitud hizo que Xander abriera los ojos como platos.

—¿Mujer? ¿Pero de que estás... —dejó la pregunta a medias al recordar algo. A Vivian—. ¡Oh! Creo que refieres a Vivian.

—¡Vaya! ¡Lo recordaste! —había sarcasmo en la voz de Shirley.

—Amor —él extendió su mano para sujetar la de su esposa, pero ella la quitó con un movimiento raudo—. Es solo una vieja amiga —aclaró mirándola con recelo.

—Una vieja amiga de la cual se te olvidó hablarme... —Shirley se calló al caer en cuenta de que ese nombre lo conocía—. ¿Vivian? ¿Tu ex novia de la universidad?

Xander asintió.

—De verdad no le di importancia a ese encuentro. Además llegamos muy agotados anoche...

—¿Y de que va esa otra mujer? —Shirley lo interrumpió—. La tal Camille —explicó.

El esposo sacudió la cabeza con más fuerza y se mostró muy sorprendido por el cuestionamiento de su esposa.

—Pues no tengo ni idea —respondió él, a la defensiva.

—No dejó de hacer comentarios de doble sentido. Era evidente que solo deseaba oncomodarme.

—No lo sé. Ella se inventó un mundo en su cabeza —dijo él.

—¿Acaso le diste motivos para hacerlo? —indagó ella, mirándolo de soslayo.

—¡POR SUPUESTO QUE NO! —Xander levantó el tono de voz, más de lo normal.

Katherine se asustó y comenzó sollozar.

»Y ahora que lo mencionas... ¡Marcus es muy guapo! ¡Y mucho! —Las últimas palabras las dijo tratando de imitar la voz de Shirley—. ¿Qué fue todo eso?

—E-eso so-solo fue un decir —ella tartamudeó.

—¡Dios! Pero mira cómo te pones cuando lo mencionan —Xander la señaló con algo de desdén—. ¿Qué coño fue lo que sucedió entre tú y ese sujeto?

—¡NADA! —gritó ella.

Katherine sollozó con más fuerza.

—Papi —la voz de August hizo que ambos giraran rápidamente.

—Un momento, pequeño —dijo Xander, para luego girarse de nuevo hacia Shirley—. ¿Acaso crees que no sé nada?

—¿De qué hablas? —ella lo miró con confusión.

—La gente habla. Todo lo que sucede en un *set* de grabaciones, es comidilla para la prensa. Hice caso omiso cuando ciertos rumores llegaron a mis oídos, pero ahora comienzo a dudar que tal vez sí son ciertos.

—¿Rumores? ¿Pero de qué coño hablas?

—Tú y ese tal Marcus, muy cariñosos en las filmaciones.

—Era solo actuación. Trabajo. Nada más.

—Eso lo veré cuando vea la película. En algo que soy muy bueno es en saber cuándo alguien me miente —la discusión se tornó muy acalorada.

—¿Pero qué dices? Yo no soy como tú, que te involucras de más con todas tus co-estrellas —espetó Shirley, dejándose llevar por los recuerdos del pasado.

—¿Todas mis co-estrellas? ¿Estás oyendo lo que dices? —él se sintió muy indignado.

—Sí. Bárbara, por quien Adeline te dejó. Luego la tal Dannessa Finntrock, con la que estuviste enredado también, mientras estabas con Anna...

—...y te recuerdo que dejé a Anna —él la interrumpió—, ¡POR TI! —gritó.

Shirley se quedó de piedra ante ese brusco recordatorio.

—Mami —de nuevo la vocecita de August, más insistente.

—¿QUÉ SUCEDE? —los esposos vociferaron al unísono, girándose hacia su hijo.

—Kate —el niño señaló a su hermanita.

—¡Oh por Dios! —Musitó Shirley.

La pequeña se sacudía con fuerza, a la vez que sangre emanaba de su nariz. Xander se puso de pie en un salto y la sostuvo antes de que cayera al suelo. Shirley agarró un pañuelo de cocina y se apresuró en sujetar a la niña y mecerla para tratar de calmarla. Los ojos de Katherine estaban desorbitados.

—Iré a buscar las llaves del auto —dijo él.

—Calma, mi amor. Todo estará bien.

Xander apareció y sujetó a August de la mano.

—Vamos, de prisa.

Sin perder tiempo, los Granderson salieron hacia el hospital más cercano.

Capítulo 12

Shirley caminaba de un lado al otro, parecía un león enjaulado. Xander estaba sentado junto a su hijo, en una silla de la sala de espera. Tenía el corazón en un puño y la ansiedad amenazaba con hacerle desmayar. Había transcurrido casi media hora desde que Katherine ingresara de emergencia. La enfermera que los recibió le dijo que ellos se encargarían y se llevaron a su pequeña en una camilla. No sabía nada más al respecto.

Una lágrima silenciosa rodó por la mejilla de Shirley.

—Lamento haberme puesto como una loca —balbuceó ella cuando se acercó a su marido.

—Y yo lamento haberme comportado como un imbécil —respondió Xander mientras sujetaba la mano que ella extendía hacia él.

August se removió un poco y se recostó de su padre.

—Papi. ¿Qué le están haciendo a mi hermanita? —preguntó con esa vocecita angelical.

—La están curando, pequeño —contestó él. Se inclinó le dio un beso en la coronilla a su hijo.

—¿Señor y señora Granderson? —un hombre se acercó a ellos.

Xander se puso de pie de inmediato, al darse cuenta de que era el médico de guardia.

—¿Cómo se encuentra Katherine? —preguntó Shirley y se giró hacia el caballero que acababa de llegar.

—Logramos controlar las convulsiones y le dimos algo para que durmiera un rato —hizo una pausa y miró a ambos padres—. ¿Es la primera vez que le sucede esto? —indagó el galeno. Shirley y Xander asintieron al mismo tiempo—. Aún no hemos determinado la causa de su estado, pero me gustaría que pasara la noche en observación mientras realizamos algunos

estudios, solo para descartar algunas cosas.

—Claro, doctor —comentó Xander—. Lo que sea necesario.

Shirley solo se limitó a asentir, apoyando las palabras de su esposo.

El doctor de dio la vuelta, dispuesto a marcharse, pero antes de irse, se giró una vez más hacia los Granderson.

—¿La niña ha estado sometida a algún tipo de estrés, sorpresa... algún susto? —indagó—. ¿Cualquier cosa que la haya impresionado?

Xander y Shirley se miraron el uno al otro.

—Tuvimos una pequeña discusión frente a los niños —confesó ella, sintiéndose muy avergonzada.

—Ya. Entiendo. Ese pudo haber sido un desencadenante. Procuren no volver a hacerlo —indicó el doctor y se giró para irse—. Pueden entrar a verla —comentó mientras se alejaba.

—Mami —la vocecita de Katherine la hizo dar un brinco sobre su asiento—. Mami —insistió la chiquilla.

—*Shhh*. Aquí estoy, mi amor —Shirley se acercó a la cama donde estaba la niña y le puso la mano en la frente—. Todo está bien, tranquila. Aquí esta mami.

Kate, como le decían por cariño estaba asustada y miraba en todas direcciones. Sin poder evitarlo, comenzó a llorar.

»¿Qué sucede, mi cielo? ¿Te duele algo? —La voz de la Shirley estaba llena de preocupación—. ¿Te duele aquí? —le tocó la frente. La niña negó con su cabecita y sollozó—. ¿Dónde te duele? —tanteó la madre, pero la Katherine tan solo lloraba.

Al cabo de unos cuantos minutos, Shirley logró calmarla.

Eran las siete de la mañana, y Katherine pasó la noche entre doctores, exámenes, revisiones y tranquilizantes, pues cada vez que despertaba lloraba

intensamente. Cuando los médicos le preguntaban donde le dolía, ella decía: *Becha, me lele becha*, para referirse al hecho de que le dolía mucho la cabeza.

Para los doctores fue muy frustrante no encontrar la causa de dicho dolor. Le hicieron una serie de exámenes que iban desde hematología hasta una tomografía, pero la pequeña se saturó a causa del estrés que producían tan tediosas pruebas, así que para evitar males mayores, la mantuvieron sedada toda la noche, mientras continuaban indagando acerca de su estado.

Xander llamó a su madre para que fuera a buscar a August, antes de medianoche, pues ese no era lugar para que durmiera un niño. Granderson se encargó de llamar a Aaron para contarle lo sucedido, postergar la entrevista y la sesión de fotos que estaba pautada para la mañana siguiente.

Shirley insistió en que fuera a descansar un par de horas y ella se quedaría con la niña, y a Xander no le quedó otra opción que hacerlo, pues lo último que quería era discutir nuevamente con su esposa.

A pesar de que Shirley no era la madre biológica de Katherine, la amaba como si la hubiese traído al mundo. La cuidaba y se preocupaba por ella, como lo haría cualquier madre. Fue una noche muy larga, y por lo visto, también sería un día agotador.

La puerta de la habitación se abrió, revelando a Xander, con dos cafés entre sus manos.

—Hola, amor —susurró él. Ella sonrió al ver a su esposo llegar.

Katherine se giró hacia la puerta al escuchar la voz de su padre.

—¡Papi! —dijo un gritito y trató de sentarse en la cama, pero Shirley la detuvo antes de que pudiera lastimarse.

—¡Princesa! —Exclamó Xander y se acercó a la cama de su pequeña—. Mira quien vino a verte —de una bolsa, él sacó un osito panda de peluche—. El señor Gibs —anunció el padre y se lo entregó a su hija.

Katherine sonrió con ganas y sujetó su peluche favorito con fuerza.

Shirley se acercó a Xander y lo abrazó. Él se inclinó un poco para darle un besito en los labios.

—¿Han dicho algo respecto a Kate? —preguntó él, susurrándoselo al oído. Ella negó con la cabeza.

—No. Solo que aún siguen investigando cual fue la causa del ataque. ¡Por Dios! Me siento tan culpable —dijo ella—. Si no hubiera dicho lo que dije, no te habrías molestado de esa manera, y no habríamos discutido, y Kat no estaría así...

—¡Hey! —la interrumpió él—. El doctor dijo que eso fue un detonante, no la causa. No te culpes por esto.

El carraspeo repentino de alguien hizo que se separaran.

—Buenos días —saludó una enfermera y se acercó a la camilla de la niña, tomó la jeringuilla de la pequeña bandeja metálica que tenía entre las manos—. Esto es para que esté tranquila durante el examen —indicó la mujer.

—¿Qué es? —indagó Xander.

—Un sedante suave —aclaró la enfermera—. Le realizaremos una resonancia magnética y necesitamos que se mantenga inmóvil para obtener los mejores resultados.

—¿Es necesario ese examen? —indagó Shirley. Le parecía un poco exagerado tantos estudios por un dolor de cabeza.

—Sí. El EEG no arrojó ningún resultado convincente. El doctor ha pedido un análisis más profundo.

—Pero es solo un dolor de cabeza —Shirley no pudo evitar hacer el comentario—. ¿Qué tan grave puede ser?

—Puede ser algo muy sencillo, o puedes ser algo más. Para eso son los estudios, para descartar cualquier sospecha que tenga el doctor.

—¿Y ya tienen un posible diagnóstico? —preguntó Xander.

La enfermera se encogió de hombros mientras inyectaba el sedante a través de la manguerilla conectada al bracito de Katherine.

—Eso se los dirá el doctor en persona —miró a la niña y sonrió—. Vendré por ti en un ratito —dijo y le tocó la punta de la nariz con su dedo.

Sin agregar nada más, se retiró.

Xander se aproximó de nuevo a su esposa y la sujetó de las manos.

—Ve a casa. Duerme un rato. Yo me encargaré de todo —dijo él.

—No hace falta, cielo —respondió ella.

—Cuando me lo pediste a mí, no discutí porque era lo más sensato. Por favor, no discutas. Ve a descansar. Necesitarás fuerzas para el resto del día. No sabemos qué es lo que nos va a decir el doctor.

—Bien —contestó ella, de mala gana—. Iré a descansar un rato.

La puerta de madera sonó, rompiendo el silencio total que había en esa habitación.

—Adelante —dijo el doctor Ralph Carter, médico pediatra.

La puerta se abrió lentamente, y Amanda, la enfermera de guardia esa mañana, entró.

—Traigo los resultados de la resonancia magnética, hecha a Katherine Joan Granderson —anunció la mujer.

—Bien. Dámelos —ordenó el médico.

El doctor Carter sujetó las láminas de acetato y sin perder tiempo las colocó frente al negatoscopio para poder examinarlas con detenimiento. Estuvo observándola por casi diez minutos, sin emitir ningún comentario. La señorita Amanda se limitó a mirarlo, también en silencio.

—¿Sabes si el doctor Stiles está hoy acá? —dijo Carter luego de un rato.

—Sí. Lo vi llegar hace un rato —contestó la enfermera.

—Por favor, búscalos y dile que necesito hablar con él.

—Enseguida —contestó ella y fue en busca de Ronald Stiles.

Amanda se encaminó, con mucha prisa, hacia el consultorio del doctor Stiles, pues no era común que Carter tuviera que recurrir a él para analizar los resultados de los análisis de algún paciente, y menos cuando la especialidad de Ronald era tan específica.

En cuestión de minutos estaba frente a la puerta con la plaquita metálica que decía: Doctor Ronald F. Stiles. Oncólogo pediatra, y sin perder tiempo, la golpeó con delicadeza.

La puerta se abrió casi de inmediato, dejando a la vista a un caballero de casi 50 años de edad, delgado y muy alto, con una barba cuidada y con gafas de pasta negra, ataviado con una bata blanca.

—¡Oh! ¡Amanda! ¿Qué haces por acá? ¿Alguna emergencia interesante? —bromeó Siles, quien siempre hacía chistes con respecto a lo aburrido que era ser un médico especializado en un hospital donde la mayoría de los casos eran simples. Las fracturas de brazo y pierna eran los casos más recurrentes.

—El doctor Carter necesita su opinión con respecto a una paciente —indicó la enfermera.

—Estás de suerte. La madre de mi paciente de las diez acaba de llamar para cancelar nuestra cita, así que... —se acercó a su escritorio, tomó su bípér y se lo enganchó al cinturón—, vamos.

Cuando Ronald Stiles atravesó la puerta del pequeño cubículo, que servía como consultorio del doctor que estuviese de guardia en el área de emergencia, encontró a su colega mirando fijamente el negatoscopio.

—¡Vaya! Debe ser algo muy interesante para que capte tu atención de esa manera —dijo Stiles.

Carter sonrió y solo se limitó a asentir.

»¿Qué es lo que me tienes? —preguntó su colega.

—Paciente que ingresa con fuerte dolor de cabeza, sangrado nasal y convulsiones —indicó Ralph.

—¡Que lindo! —Stiles poseía un raro sentido del humor—. ¿Qué pruebas realizaste?

—Hematología, encefalograma y una resonancia magnética —contestó su colega.

—¿Y esto que vemos... —Ronald señaló las imágenes radiográficas que estaban en varios negatoscopios dispuestos en la paredes de la habitación— ...

es para lo que me llamaste?

—Sí —respondió el doctor de emergencia—. Necesito tu opinión al respecto. Mira esto —Carter señaló, con su dedo, un punto en específico de una de tantas radiografías—. Tengo la sospecha de que sea...

—Un meduloblastoma —musitó el especialista, interrumpiéndolo.

—¿Qué? —Carter sacudió la cabeza, atónito por lo que había dicho su colega—. Iba a decir que tengo la sospecha de que se trate de un error de la máquina

Ronald frunció el ceño y fijó su mirada sobre una imagen específica.

—Pues de ser un error, sería un error muy específico —comentó y con su debó señaló un punto determinado de la imagen—. Piso del cuarto ventrículo, plano coronal —indicó—. Piso del cuarto ventrículo, plano medio —Stiles señaló otra de las radiografías—. Piso del cuarto ventrículo, plano horizontal —señaló otra imagen. La mirada de Carter se mantuvo atenta a los movimientos de la mano de Ronald—. Si lo deseas, repite el estudio, pero mis 18 años de experiencia como oncólogo me ha dado la pericia como para reconocer un meduloblastoma de aquí a la China. ¿Qué edad tiene el paciente? —indagó, dándose la vuelta y clavando su mirada en Ralph.

—Tres —Carter balbuceó la respuesta.

—¡Joder! El 75% de los casos, donde infantes menores a tres años son los que padecen esta condición, son mortales —Stiles carraspeó su garganta—. Aunque existe la posibilidad de sobrevivir, siempre y cuando se someta a un largo, y muy costoso tratamiento.

—Por lo costoso que sea el tratamiento, no creo que debamos preocuparnos —Carter dijo la frase entre dientes—. Los padres de la chiquilla pueden costearlo.

—¿De quién estamos hablando, Carter? —Ronald lo miró inquisitivo.

—De la hija pequeña de Xander Granderson y Shirley Sandoval.

—¡Joder! ¿Me estás hablando de los actores? —Carter asintió en respuesta—. ¡La puta realeza de Hollywood!

—¿No hay posibilidad de que sea otra cosa? ¿Tal vez sea benigno? ¿Podríamos practicar una biopsia? —Ralph comentó, aferrándose a cualquier posibilidad.

—¡Podríamos! —Stiles agitó la mano en el aire— Pero si abro, toco el tumor, y es lo que te digo, tan solo perturbaría el hormiguero. Las células se expandirían por todo el cerebro, y no habría marcha atrás. Lo más recomendable es comenzar con el tratamiento...

—¿A ciegas? —Carter lo interrumpió—. ¿Y si no es lo que dices?

—No es lo que yo diga. Es lo que es. ¡Joder! —Stiles levantó la voz—. He visto decena de casos como este, y los que han sobrevivido es porque atacaron el problema a tiempo. Debes tomar una decisión, Ralph. Cuanto más te tardes, esa cosa... —señalo una de las radiografías en la pared—, que está en la cabeza de esa pequeña, se hará más fuerte y más difícil de combatir. Pero debes darte prisa. El tiempo no perdona, y la enfermedad avanza a pasos agigantados. Lo que yo te recomiendo es que comiences con el tratamiento cuantos antes y veas que tal reacciona ella.

Carter tomó una gran bocanada de aire y lo dejó escapar lentamente, mostrando mucho pesar por las palabras de alguien que poseía un doctorado en oncología. Lo conocía, y sabía que Stiles nunca se equivocaba con un diagnóstico. Además, ¿a quién pretendía engañar? Era la misma sospecha que tuvo en cuanto vio las láminas de acetato con las imágenes radiográficas. Lo que decía Ronald, solo se la confirmaba.

Stiles se acercó a Carter y le dio un apretón en el hombro.

»Lo sé. Esta es la parte más difícil —dijo Ronald y respiró hondo—. Decirles a los padres que su hijo tiene cáncer.

Shirley abrió los ojos de golpe y miró el reloj en su muñeca. Soltó una maldición entre dientes al percatarse que había dormido más de lo pensado. Cuando decidió hacerle caso a Xander, de ir a casa a descansar, solo

contempló el hecho de darse una ducha, cambiarse de ropa y regresar al hospital, pero la cama se veía muy apetitosa y clamaba por ella, así que decidió descansar por al menos media hora, y recuperar un poquito de energías. Ya se las apañaría para atiborrarse de cafeína. Sin embargo, en cuanto su cabeza tocó la almohada, se quedó profundamente dormida por casi cuatro horas.

Tomó su móvil y rápidamente le envió un mensaje a Xander explicándole lo que sucedió, además de decirle que pasaría por casa de su madre y luego iría al hospital.

Salió a prisa de la cama, con su blusa arrugaba. Se la cambió rápidamente, tomó sus llaves y su bolso para encaminarse hacia la residencia Shelley. Donde estaba August, para llevarle ropa limpia y algunas cosas que necesitaría el niño durante su estadía en casa de su abuela.

Después de pasar un rato con su pequeño y decirle que pronto estarían todos juntos en casa, de charlar con su suegra Alyssa y ponerla al tanto de la situación, pues en la noche anterior, cuando fue a buscar a August en el hospital, no tuvieron la oportunidad de platicar con calma, se marchó para el lugar donde se encontraba su esposo y su hija.

Le tomó tan solo quince minutos llegar al *London Bridge Hospital*, donde sin perder tiempo se encaminó hacia la habitación donde había dejado a Xander y a Katherine en la mañana. Justo cuando ella se iba acercando, pudo ver que el médico que los recibió en la noche, se daba la vuelta para retirarse, pero se detuvo en el acto al verla.

—¡Señora Granderson! —dijo el hombre con algo de sorpresa en su rostro, pero además de eso, Shirley pudo percibir algo más. Había miedo y tristeza en esa mirada.

No era fácil. Era absolutamente lo más difícil de su carrera, tener que lidiar con los sentimientos de familiares de pacientes que fallecían era sin duda, sumamente arduo. ¿Cómo se suponía que debía hacerle frente al tener que

decirle a los padres de una pequeña, que la vida de su hija estaba condenada a finalizar sin siquiera haber comenzado a plenitud?

Desde que tenía uso de razón, Ralph demostró un repudio absoluto hacia el cáncer, pues tuvo que ver morir a su abuela, víctima de un adenocarcinoma en el colon. Y tal acontecimiento lo marcó tanto, que fue lo que lo motivó a estudiar medicina. Durante los primeros años de estudio, contempló la idea de dedicar su vida al estudio de dicha enfermedad, haciendo cuanto curso, especialidad y doctorado estuviera a su alcance, pero a mitad de la carrera, se sintió seducido por la pediatría, siendo esta la especialidad que terminaría eligiendo. Nunca pensó que volvería a verse en medio de todo el drama que implicaba esa maldita enfermedad, llamada cáncer. En esta oportunidad, la víctima era una inocente niña de tres años.

Tomó una profunda inhalación en cuanto estuvo frente a la puerta de la habitación que le habían asignado a Katherine Joan Granderson, y sin pensárselo mucho —para no arrepentirse— giró el pomo. Se encontró a Xander Granderson, sentado a un lado de su pequeña, y el corazón se le encogió ante la escena que contemplaba. La pequeña sonreía y jugaba con un osito de peluche, mientras su padre la miraba totalmente embelesado.

—Buenas tardes —saludó.

Xander se puso de pie de inmediato y se acercó al doctor.

—Buenas tardes, doctor. ¿Alguna información acerca del estado de mi hija? —indagó el ansioso padre.

Carter sonrió por mero nerviosismo y asintió.

—Veo que su esposa no está por acá —dijo Carter, lanzando una mirada furtiva alrededor de la habitación.

—No tarda en llegar —farfulló Xander y frunció el ceño—. ¿Sucede algo malo? —inquirió.

—Es algo que me gustaría hablar con ambos —Carter estaba aterrado de tener que darle tan mala noticia a ese pobre hombre, y más sin tener a alguien a su lado que lo apoyara—. Volveré en un rato —dijo—. Por ahora me gustaría

mantener a Katherine en observación —se dio la vuelta con un movimiento raudo, dispuesto a salir de la habitación, pero se detuvo al divisar que la madre de la niña se acercaba.

—¡Oh! Allí la tiene —comentó Xander—. Ya llegó. ¿Qué es eso que debe conversar con los dos? —Granderson hizo la pregunta, pero el doctor seguía de espaldas a él.

—¡Señora Granderson! —escuchó que Carter decía.

—¿Qué sucede? —Shirley no pudo evitar sentirse alarmada.

—Llegas a tiempo, cielo —indicó su esposo—. El doctor tiene algo que decirnos.

—¿Sí? ¿Qué será? ¿Está todo bien con Kate?

El corazón de Shirley se aceleró. Su instinto materno la alertó. Algo no estaba bien. Había algo raro en la actitud de ese médico. Xander por su parte, se sentía muy confundido por la manera en que el doctor Carter parecía evitar cualquier contacto visual con él.

¡Joder! En la escuela de medicina no le enseñaron eso. ¿Por qué rayos no existía una cátedra de “como decirle a los padres que su hijo tiene un cáncer”? Tomó una gran bocanada de aire y decidió decírselos de la única manera que conocía. Con términos complicados para confundir y alivianar un poco la mala noticia.

—Como ustedes saben... —comenzó—, realizamos diversas pruebas para determinar el porqué de los síntomas que presenta su hija —alternó la mirada entre ambos padres—. En la hematología no encontramos nada alarmante, solo los leucocitos un poco elevados, pero nada que un poco de antibióticos no pueda remediar —sonrió para disimular el temblor de su voz—. En la tomografía pudimos observar alta celularidad en el piso del cuarto ventrículo cerebral, por esa razón realizamos una resonancia magnética, para poder determinar con precisión la naturaleza...

Shirley escuchaba con total atención, pero Xander parecía estar perdido en el eco de la voz del doctor, pues su mirada divagante lo puso en evidencia.

»...es un tumor —agregó Carter.

—Es benigno, ¿verdad? —las palabras de Xander salieron con tanta ilusión que a Carter se le hizo mucho más difícil terminar de darle las malas noticias.

—Consulté con un especialista, un oncólogo, porque... —el doctor intentó explicar, pero Granderson lo interrumpió.

—¿Oncólogo? ¿Por qué rayos pediría la opinión de un oncólogo?

—Señor Granderson, el doctor Stiles es una eminencia en el área de tumores cerebrales. No hay nadie en este hospital que este más cualificado para dar un diagnóstico de este tipo...

—Un oncólogo es especialista en cáncer, y mi hija no tiene cáncer. Es absurdo —Xander estaba aterrado.

Shirley se acercó a su esposo y trató de sujetarlo para calmarlo, pero fue en vano. Xander sacudió su brazo para evitar que ella lo agarrara. La reacción de él, le causó un mal sabor de boca a ella.

—Señor Granderson, escúcheme. Es necesario que conserve la calma. La necesita —Carter levantó los brazos, tratando de calmarlo—. En sus 18 años de experiencia, el doctor Stiles se ha topado con decena de estos casos. Él pudo identificar una formación de células embrionarias pequeñas...

—¿Y eso qué diablos significa? ¿Cómo carajo puede identificar el tipo de células sin una biopsia? ¿No es acaso lo que se debe hacer antes de llegar a un diagnóstico? —era el pánico quien hablaba, no Xander.

—Eso es cierto —dijo Shirley—. ¿Cómo puede estar tan seguro de que...

—No hace falta. Una biopsia supondría un sufrimiento innecesario para la niña, pues solo nos confirmaría lo que ya sabemos.

—¿Y qué es lo que ustedes saben? —la voz de Xander se quebró. Sabía exactamente de que hablaba el médico, pero necesitaba oírlo. Estar seguro.

—Su hija tiene cáncer —Carter dijo las palabras con fingido

profesionalismo, pues por dentro temblaba como una hoja de papel. Pero no podía mostrarse débil frente a los padres de su paciente. Debía mantener su postura impasible, él debía ser un pilar de apoyo para los Granderson, en ese momento tan difícil.

Un par de lágrimas rodaron por la mejilla de Xander, mientras Shirley no pudo evitar estallar en llanto. Ambos, los esposos, se aferraron el uno al otro en un fuerte abrazo, donde había mucho amor, pero sobretodo, desesperación.

»Lo siento muchísimo —continuó el médico—. Lo más recomendable es comenzar con el tratamiento lo antes posible.

Para Xander y Shirley, la vida dio un giro de 180°. Solo una nefasta palabra bastó para hacer tambalear el mundo de ambos.

Cáncer.

Capítulo 13

Los días parecían pasar a prisa, sin piedad. Mientras Xander se debatía entre los ensayos en el teatro y el hospital. Su madre se ofreció a ayudarlo en cuanto pudiera. La pobre mujer se sintió devastada al saber que su nieta tenía tan horrenda enfermedad. La hermana mayor de Xander, Sharon, dejó de lado algunos asuntos para poder viajar y apoyar a su hermanito en tan duro momento.

La situación de Katherine fue manejada de la manera más discreta posible. Lo último que deseaba Granderson era que la prensa se llenara los bolsillos a costa del estado de su hija.

Para Shirley fue duro tener que decidir entre el trabajo y quedarse al lado de su pequeña. Su malestar se acrecentó cuando después de explicarle la situación al estudio, este respondió diciendo que mientras más rápido viajara y cumpliera con su trabajo, más rápido podría estar de regreso, al lado de su pequeña. Para ella, la decisión de irse a Estados Unidos, fue muy difícil, pero Xander la animó a hacerlo. Tenía un contrato que debía cumplir.

Por su lado, Katherine fue sometida a diversas pruebas para determinar la gravedad del cáncer que padecía. Por fortuna para todos, la resonancia magnética espinal reveló que el meduloblastoma no había hecho metástasis hacia la médula. El doctor Stiles descartó la idea de hacer cirugía y erradicar el tumor de una buena vez, pues la ubicación del mismo estaba muy comprometida, por la proximidad de la lesión al tronco cerebral. La radio y la quimioterapia fueron las mejores opciones para tratarla.

Shirley llamaba todos los días a su esposo para estar al tanto de lo que sucedía con Katherine, y aunque había días en que la niña respondía muy bien al tratamiento, había otros en los cuales, Xander no podía dejar de llorar a mares, al ver como su pequeña sufría, pero prefería decirle a su esposa que

todo marchaba bien, para no preocuparla más de la cuenta.

Aunque la señora Granderson era muy profesional, hubo momentos en los que no podía disimular su malestar. Sin querer, su mente se dissociaba de su cuerpo y viajaba muy lejos, a Londres. Esto le hizo ganarse algunas reprimendas por parte del director de la película, quien le decía que debía concentrarse y dejar los problemas personales a raya. *¡La función debe continuar!* Era lo que siempre decía él, cada vez que percibía que Shirley estaba distraída.

¿Pero cómo no estar dispersa?

Se trataba de la niña que vio crecer, y aunque no era su madre biológica, la amaba demasiado. La sentía como suya propia.

El día que Xander fue a visitar a Roxanne en prisión, esta se sintió muy sorprendida, pues él no había ido a verla desde el día que le entregó a Katherine. Ambos mantenían comunicación vía telefónica, y a pesar de que ella le exigía, le pedía, y le rogaba que quería ver a su hija, Xander jamás cedió a sus peticiones. Así que, para Roxanne debía tratarse de algo muy serio, cuando lo había hecho ir hasta allí para decírselo en persona.

Cuando Roxanne escuchó todo lo que Xander le dijo respecto a Katherine, sintió una rara mezcla de emociones que iban desde la ira hasta la tristeza. Es cierto que Roxanne era una mujer calculadora y de duro corazón, pero era madre, y ese era un instinto que simplemente nacía. Saber que esa pequeña cosita que creció dentro de ella padecía de la misma maldita enfermedad que le arrebató a su madre cuando era una jovencita de 15 años, la hizo sentir muy mal, y de cierto modo culpable por portar genes de una persona que padeció cáncer. Pero Xander fue muy afable al tratar de tranquilizarla, diciéndole que ese tipo de cáncer no era hereditario.

Ambos lloraron un rato ante la injusticia de la vida, lloraron de rabia, porque una niña tan pequeña e inocente tenía que sufrir tanto, mientras gente de verdad malvada, gozaba de una salud plena.

Fue la primera vez que entre Xander y Roxanne no hubo hostilidad, ni

rencores de por medio. Solo un mismo sentimiento. Miedo de perder a Katherine, para siempre.

Las semanas siguieron su curso, y con ellas, un día llegaba la esperanza a la vida de Xander, pero al otro día, se largaba. Era un juego desgastante para su psiquis, quien además de tener que lidiar con sus responsabilidades en la obra de teatro, tenía que dar la cara frente a la agencia. Aaron llegó a un acuerdo con las tres casas productoras que firmaron a Xander para sus próximas películas, y su cliente no tendría que viajar a América sino hasta principios del año próximo.

Katherine parecía responder muy bien al tratamiento, pues la caída de su cabello era la evidencia. A Xander le partía el corazón tener que ver a su niña, completamente calva. Unos días sonreía y jugaba con su hermanito August. Otros días se ponía de muy mal humor y no quería hablar con nadie. El hospital se convirtió en su segundo hogar.

El doctor Carter se encariñó mucho con la pequeña, y se lo demostraba con sinfín de regalos, que iban desde muñecas hermosas hasta bolsas repletas de golosinas, las cuales no era recomendable que ingiriera en exceso, por esa razón, la señorita Amanda, la enfermera de las mañanas, se las administraba.

El pronóstico que dio el doctor Stiles fue muy esperanzador. De seguir el tratamiento al pie de la letra, Katherine se libraría del cáncer antes de lo esperado.

Shirley era quien viajaba cada vez que podía, a Londres. Trataba de terminar sus escenas lo más rápido posible, para que el director le diera permiso de ir a ver a su hija.

Para Xander y su esposa no importaba nada más que tener a Katherine sana de una vez por todas y olvidarse de todo ese infierno en el que habían tenido que vivir durante los últimos seis meses.

Las grabaciones concluyeron para Shirley, y por fin pudo regresar a Inglaterra, al lado de su familia. Aunque sin saberlo, entre ella y su esposo se formó un claro distanciamiento, a causa de la enfermedad de Kate. Pero era

algo con lo que aprendieron a lidiar.

La pareja tenía casi cuatro meses que no tenían relaciones sexuales. La última vez fue durante un fin de semana en el que Shirley estuvo en Londres. Katherine respondió muy bien al tratamiento y la posibilidad de ganar la batalla contra el cáncer, fue vislumbrada por primera vez por el doctor Stiles, así que esa noche, los Granderson decidieron celebrarlo, amándose como solo ellos sabían hacerlo.

No obstante, sin percatarse, el sexo había pasado a un segundo plano en su matrimonio.

Hubo una fuga de información, y en cuestión de días, todos los diarios locales y revistas de farándula, ventilaron la delicada situación de los Granderson, quienes últimamente aumentaron sus visitas al hospital, debido a que Katherine recayó, luego de una notable mejoría.

La paz mental de Xander y Shirley se esfumó cuando Stiles confirmó la presencia de células cancerígenas en la médula espinal de la niña, luego de un análisis del líquido cefalorraquídeo lumbar. Prueba que solo hizo por mero protocolo, pues tres meses atrás, cuando la realizó, no consiguió nada alarmante. Era como si el cáncer en vez de detenerse, estuviera dando pasos voraces, apoderándose de todo ese pequeño cuerpecito.

Ese maldito tumor los engañó a todos, haciéndoles creer que estaba desapareciendo, mientras crecía oculto a la vista de todos, esperando el momento indicado para hacerse notar.

Una nueva resonancia magnética mostró la presencia de un tumor en el pedúnculo cerebeloso.

Las sesiones de quimioterapia se incrementaron, y Katherine se mostraba cada día menos colaboradora.

Una mañana, mientras Shirley la alistaba para ir al hospital, la pequeña de casi cuatro años, se le quedó mirando fijamente y pronunció unas palabras que perseguirían a Shirley hasta el último día de su vida.

—¿Mami? ¿Soy una buena niña?

—¡Por supuesto que sí, cielo!

—Entonces, ¿Por qué los doctores me castigan, con esas puyas y esas medicinas horribles que me hacen tomar?

A Shirley se le partió el corazón en mil pedazos, y no pudo evitar estallar en llanto. La vida era cruel al ponerle una prueba tan dura.

Xander tuvo que rechazar varias ofertas de trabajo, pues no tenía cabeza para nada más que estar al lado de su hija. Perdió casi 30 libras de peso, estaba ojeroso y muy irritable, al igual que su esposa.

Para todos, los Granderson estaban atravesando por un duro momento. Sus amigos no tardaron en hacerse sentir.

Danny Maxwell, quien era el padrino de Katherine, viajó varias veces desde Canadá, aprovechando que no tenía compromisos pendientes, para pasar unos días en Londres, junto a su ahijada. También los padres de Shirley hicieron acto de presencia para darle apoyo moral a la pareja. Eddie, Anette, Matías, Margaret, Hoffman y Redman, se mostraban más que dispuestos a ayudar a los Granderson en cuanto pudieran.

A mediados de verano, una nefasta noticia llegó. El cáncer ganó terreno y se propagó como una maldita plaga, y por más que Stiles buscó alternativas para intentar salvar a Katherine, todo esfuerzo fue en vano.

Aunque la pequeña sonreía y no tenía idea de lo que realmente sucedía en su cuerpo, la fatiga hizo mella en ella. Kate deseaba jugar con su hermano, pero sus piernas y manos no respondían. Su llanto brotaba cada vez que los médicos se acercaban a ella, para darle un medicamento. Estaba harta de eso. Y lo peor de todo, es que Xander lo sabía. Esa no era vida para una niña de cuatro añitos.

—El pronóstico es nada alentador —dijo el doctor Carter.

—¿Qué tan malo es? —indagó Xander.

—Es el momento que consideren despedirse de ella —la voz del doctor se quebró—. Su tiempo de vida es muy corto.

Shirley reventó en llanto entre los brazos de su esposo. Xander por más

que deseaba llorar, ni una lágrima salió de sus ojos. Lejos de tristeza, era otro el sentimiento que se apoderó de él: Impotencia.

Fue un largo día para los Granderson, quienes a pesar de sonreír y tratar en lo posible que Katherine estuviera bien, sentían que el alma se les resquebrajaba en pedazos con el paso de cada segundo.

Esa noche, por fin Shirley pudo conciliar el sueño, luego de tomarse el té de valeriana que ella misma preparaba y tomaba todas las noches. O al menos eso creyó Xander al asomarse por la puerta de la habitación y verla acostada entre August y Kate, esta última entre los brazos de su esposa, durmiendo plácidamente, a pesar del par de manguerillas conectadas a su débil cuerpecito. Una para alimentarla y la otra para suministrarle medicamentos que le evitaban los dolores que padecía.

Tomó una gran bocanada de aire y se encaminó hacia el balcón que había en la sala de estar. A veces, cuando necesitaba estar a solas con sus pensamientos, ese era el lugar indicado, pues desde allí tenía una hermosa vista del río Támesis.

Esa escena tan tierna que acababa de ver, en lugar de darle un placer prolongado, lo atormentó. Eran las tres personas más importantes de su mundo, y una de ellas estaba sufriendo mucho. Sus ojos se empañaron al recordar el día que la tuvo por primera vez entre sus brazos, y cuando esos ojitos inocentes lo miraron. El corazón se le partió en dos al pensar en su pequeña, quien con escasa edad, le tocó sufrir más de lo que él había sufrido en sus 39 años de vida.

Un deseo atravesó por su cabeza, y se estremeció de tan solo contemplar esa idea. Una cálida mano se posó sobre su hombro, ayudándolo a deshacerse de ese escalofriante pensamiento.

—Ven a la cama, cielo —era su esposa—. Debes tratar de descansar un poco.

—Pensé que estabas dormida —dijo él, con un hilo de voz.

—Dormí un par de minutos. Llevé a August a su cama para que este más

cómodo.

—¿Y Kate? —indagó él.

—Duerme en nuestra cama —contestó Shirley.

Xander no pudo aguantarlo más. Su llanto brotó, cubriendo su rostro con amargas lágrimas.

—No lo aguanto más —confesó él, entre sollozos.

Shirley se acercó lo más que pudo a su esposo y lo abrazó, acunando la cara de él entre sus manos.

—Aquí estoy, amor. Me tienes aquí —dijo ella.

—No entiendo por qué Dios me castiga de esta forma —Xander estaba por completo abatido.

Ella lo miró directo a los ojos, a la vez que se aferraba a él con más fuerza.

—No digas eso. Dios no te está castigando, pues no tendría motivos para hacerlo. No has hecho ningún mal a nadie.

—Te equivocas. Le hice mucho daño a Adeline y a Anna. Hasta te hice daño a ti, en un momento.

—Eso es absurdo. No digas tonterías. Eres un hombre maravilloso. Excelente padre y un esposo amoroso. Nada de esto es tu culpa —le aseguró ella, a la vez que esparramaba besos en su cara.

—No. No sabes lo que dices. Soy un padre nefasto —más lágrimas caían de su ojos.

—¿Por qué dices eso? No te tortures así...

—¡Por desear que esto se acabe! —estalló él—. Por anhelar que su sufrimiento acabe. Dios me oyó.

—¿De qué estás hablando? —ella se mostró muy confundida.

—Yo deseé esto —Xander se movió con rudeza y se apartó de ella—. En mi desesperación por verla así, sufriendo tanto... deseé que muriera, que todo esto se acabara. ¡Maldición! —vociferó.

Shirley intentó acercarse de nuevo a su esposo, pero este se negó a que

lo tocara.

»Me duele mucho verla así —agregó entre sollozos.

Sin poder aguantarlo más, Xander se derrumbó. Cayó sentado en el suelo. Se sentía devastado. Toda esa entereza que había mostrado los últimos meses, se fue al garete. Lloró como nunca antes lo hizo. De dolor, de rabia... de impotencia.

A Shirley no le importó que su esposo la hubiese rechazado anteriormente. Se puso de rodillas frente a él e intentó abrazarlo de nuevo. Esta vez, él si se dejó consolar, dejó correr su llanto mientras su amada secaba sus lágrimas con delicadeza y le ofrecía su hombro para drenar todos esos sentimientos que había estado reprimiendo.

Lo sabía. Ese día que tanto temía que llegara, llegó. Los ojos de Xander se fijaron sobre la frágil figura que yacía sobre aquella cama de hospital. De su bracito colgaba una manguerilla plástica, por la cual la alimentaban, pues tenía ocho días sin probar bocado. Katherine no era ni la sombra de aquella vivaz niñita que le encantaba ir al parque en las mañanas, y jugar pelota con su hermano mayor. Esa pequeña que le encantaba ver *La Sirenita* una y otra vez, ya no estaba. Se había ido. Sus ojos no tenían ese brillo que la caracterizaba, y su sonrisa ya no se dibujaba en sus labios.

El final estaba cerca, y Xander lo sabía. Estaba aterrado.

Por el largo pasillo del hospital, se acercaba una mujer, rodeada por tres guardias de seguridad, todos identificados como trabajadores de la penitenciaría femenina de *Eastwood Park*. La pelirroja llevaba un uniforme de color naranja, típico de las reclusas. En cuanto estuvieron frente a la puerta de la habitación que les indicó previamente la enfermera en recepción, la mujer llamó con suavidad, golpeando la puerta.

—Hola, Xander —saludó a quien le abría la puerta.

—Hola, Roxanne —contestó él, haciéndose a un lado para que ella

pasara.

Xander le pidió a Aaron que moviera sus influencias para lograr, junto al abogado de Roxanne, que le dieran un permiso especial para poder ir a ver a Katherine en el hospital. La orden fue emitida hace un par de semanas, pero la fecha de dicho permiso se postergó muchas veces. Para él fue un alivio saber que Roxanne podría ver a su hija antes de que esta se fuera para siempre.

Roxanne dio unos cuantos pasos en dirección a la cama donde yacía su pequeña. Miró a Shirley, sentada en una sillita al lado de la niña.

—Shirley —la voz de Roxanne no tenía atisbo ninguno de odio ni mucho menos, solo dolor. La nombrada tan solo se limitó a mover la cabeza sutilmente, como un saludo tenue. Roxanne se giró hacia el padre de la niña—. Gracias por esto, Xander.

Shirley se puso de pie y se dirigió hacia la puerta de la habitación. Pensó que Roxanne merecía unos cuantos minutos a solas con su hija, pero antes que lograra salir, Xander la sujetó con sutileza del hombro.

—Espero que no te importe que ella esté aquí —le susurró al oído, refiriéndose a la recién llegada.

—Por supuesto que no. Es su madre, merece estar con ella en este momento —respondió la esposa, con una débil sonrisa.

Roxanne se sentó en la silla donde hace unos segundos atrás se encontraba Shirley. Miró a Katherine y no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla.

—Mi niña —sollozó a la vez que le ponía la mano en la frente.

Katherine se removió un poco, abrió sus bellos ojitos azules y la miró. Frunció el ceño un poco, pues en los últimos días, la luz del sol le molestaba más de lo normal.

—¿Eres un ángel? —Preguntó la pequeña—. Ya estoy lista para irme al cielo.

Roxanne se llevó la mano a la boca, para ahogar su lamento. Esas palabras le partieron el corazón en mil pedazos.

Kate cerró sus ojos, y en cuanto esto sucedió, todas las maquinas que estaban conectadas a su frágil cuerpecito comenzaron a emitir sonidos, y una en específico, emitió un pitido sostenido. Un sonido desgarrador. La tonada de la muerte.

—No —el corazón de Xander se detuvo—. No —se oía incrédulo ante lo que presenciaba—. Nooooooooooooo —el grito desesperado de un padre desconsolado, se apoderó de la habitación.

Shirley, se giró de golpe al oír a Xander y entró de nuevo a la habitación, donde contempló a Roxanne sujetando la mano de Katherine y Xander llorando a borbotones. Ella se quedó petrificada, mientras el alma se le desgarraba.

En cuestión de segundos, la habitación estaba abarrotada de enfermeras y médicos, quienes gentilmente les pidieron a todos que se retiraran.

Shirley se aferró a su esposo, mientras sus lágrimas caían por sus mejillas. Xander lloraba y apretaba a su esposa con fuerza, contra su pecho. Roxanne yacía de pie, a un lado de la puerta de la habitación, y sentía que algo dentro de ella se desgarraba. ¿Acaso era su alma? Podía escuchar las voces del médico y las enfermeras, que luchaban por la vida de Kate. Su pequeña. Y recordó las tantas veces que le rogó a Xander que la dejara verla, pero él nunca accedió a llevarla a *Eastwood Park*, pues no era el lugar para una niña. Lo que él nunca pensó ni imaginó, era que una espantosa enfermedad se la arrebataría.

Los minutos parecían eternos. Lo único que Xander deseaba era que el doctor Carter saliera y le dijera que todo estaba bien, pero una parte de él, le decía a gritos que eso no iba a suceder, que tanto dolor, tanto sufrimiento... por fin había llegado a su final.

La puerta de la habitación se abrió, y de ella salieron tres enfermeras, cada una más triste que la otra. Xander no quería aceptarlo. No podía. En cuanto el doctor salió, lo supo, pues la mirada de Carter era evidente.

—Lo siento —susurró el médico al acercarse a los padres.

Esas palabras hicieron que Roxanne se tambaleara un poco, y fue gracias a uno de los guardias de la prisión, que ella no cayó de bruces contra el suelo.

Los Granderson se fundieron en un abrazo desesperado, mientras las lágrimas caían a raudales.

Katherine murió.

Capítulo 14

Tres meses después.

Un sorbo más no era suficiente, así que se tomó todo el contenido del vaso a fondo blanco. Nada ni nadie podía hacer que Xander dejará de sentirse tan miserable. Ni siquiera las sesiones que Aaron programó con uno de los mejores psicólogos de la ciudad, lo ayudaron. Shirley no halló la forma de hacerlo sentir mejor, pues su esposo cada día estaba más y más irritable.

Granderson estaba sumido en una profunda depresión, y se refugió en el alcohol. Bebía día y noche. Trabajar con él se hizo tedioso con el paso de los días.

Delgado, barbudo y desgarbado... esa era la imagen que tenía que contemplar Shirley cada mañana al despertar y encontrar a su marido, al lado de la chimenea, con una botella de bourbon en la mano.

La señora Granderson lloraba todas las noches en el silencio de su habitación, debido a la impotencia de no poder hacer nada por su amado esposo, además del dolor que significaba la pérdida de Katherine, pero desde el día de su sepelio, se prometió a sí misma, ser fuerte por Xander. Ser su pilar de apoyo se convirtió en su pan de cada día. No obstante, él se mostró muy reacio a dejarse ayudar. La pena en su corazón era demasiado grande.

Por otro lado, Shirley trató en lo posible de mantener su carrera al margen en ese tiempo, para dedicarse a su familia, y la idea de tomarse un año sabático, cada día era más tentadora.

Alyssa Shelley, la madre de Xander, visitaba constantemente a la pareja y prácticamente se convirtió en el apoyo de Shirley. Ambas se mostraban muy preocupadas por el bienestar de él. Junto a Aaron, Eddie y Margaret, planificaron una intervención, pues Xander estaba comenzando a descontrolarse. Tomaba antidepresivos como si fuesen caramelos, tomaba alcohol como si de agua se tratara.

Sin embargo, dicha intervención fue un desastre. Xander los insultó a todos, hiriendo profundamente a su esposa. Aaron por poco y se lleva un puñetazo en la cara por decirle a Xander que era un egoísta desconsiderado.

Los días transcurrían y la convivencia se hacía cada vez más tediosa. Shirley se vio tentada a irse para Venezuela con su hijo, por un tiempo y dejar que Xander drenara todo lo que sentía de la manera que quisiera, pero la idea quedaba descartada cada vez que un pensamiento fatalista se cruzaba por la mente de ella. Lo amaba demasiado, sin importar lo mal que la tratara. No iba a dejarlo solo. Él la necesitaba más que nunca, y ella lo iba a ayudar aunque él no lo quisiera.

—¿Xander? —Shirley tanteó antes de entrar al estudio de su esposo. Él yacía sobre un sillón, con la mirada fija en la ventana—. Noté que no desayunaste y te he traído...

—No tengo apetito —dijo él, interrumpiéndola.

—He escuchado eso durante las últimas tres semanas. Debes alimentarte.

—Me alimentaré cuando tenga hambre —contestó de mala gana y dio un sorbo de su botella de whisky.

—¿Hasta cuándo vas a estar así? —indagó ella con voz trémula.

—¿Hasta cuándo me harás la misma pregunta?

Ella dio unos cuantos pasos en dirección a él, y se situó por delante de su esposo. Se inclinó un poco y con ternura, sujetó su rostro entre sus manos, pero Xander se negó a hacer contacto visual con ella.

—Cielo, por favor mírame —pidió ella—. Te amo —las palabras de su mujer lo obligaron a verla. Había lágrimas en esos bellos ojos ambarinos—. Estoy aquí, para ti. Y cada vez que te veo, así, se me parte el corazón en mil pedazos.

¿Cómo describir lo que Xander sentía? Si ni él mismo lo sabía. Eran muchos sentimientos mezclados. Se sentía miserable por sentirse mal y a la vez hacerle daño a su esposa, a su bella Shirley que lo adoraba y que estuvo a su lado día y noche desde aquel fatídico día.

Lentamente, Shirley se acercó a los labios de su esposo. No le importaba que llevara una frondosa barba, lo que sentía por él era tan inmenso, que aunque luciera como bestia, siempre lo vería como príncipe. Sin embargo, él echó su cabeza a un lado, para evitar el beso.

—Mi aliento debe ser espantoso —ladeó la cabeza y agitó la botella en su mano—. Expido licor.

—No me importa —ella volvió a tomar el rostro de su esposo entre sus manos—. Te amo como sea.

Xander sonrió a medias, pero dicha sonrisa no logró alcanzar sus ojos, pues su mirada seguía siendo triste.

—Cada vez que te miro, pienso que no te merezco —farfulló él.

—No digas eso.

Shirley se inclinó y posó sus labios sobre los de su esposo. Sintió un montón de emociones. Perdió la cuenta de los días que transcurrieron sin un mínimo acercamiento entre ellos.

»Ven. Vamos —Shirley se puso de pie y haló a Xander de la mano, con sutileza.

—¿A dónde? —él frunció el ceño.

—A la ducha. Te daré una mano con esa barba —contestó ella con dulzura.

Xander se puso de pie y se dejó guiar por su esposa. Por un momento dejó de pensar y sentir tanto.

—¿Y August? —indagó él.

Shirley sonrió, se giró hacia él y le puso la mano en la mejilla. En medio de su tristeza, a veces Xander se desconectaba de su entorno. Tanto, que no se percató de que su hijo tenía dos días en casa de su madre. La señora Alyssa se ofreció a cuidar al niño, por un par de días, pues pensó que de ese modo, su nuera podría dedicarse de lleno a Xander. El psicólogo les recomendó que estar un tiempo a solas les ayudaría a reavivar la pasión que se encontraba adormecida a causa de la depresión de su esposo.

»Está con tu madre —dijo ella y siguió caminando hacia la habitación de los dos, llevando a su esposo de la mano.

Se detuvo en cuanto llegaron al cuarto de baño. Ella se volteó hacia él y lo ayudó a despojarse de su ropa.

Sin perder tiempo, abrió el grifo de agua caliente y se aseguró de que estuviera a la temperatura adecuada. Miró a Xander, y no pudo evitar sentir tristeza. Su esposo parecía ausente. Era como si accediera a sus peticiones, solo por inercia.

»¿Amor? —trató de hacerlo espabilar. Xander meneó su cabeza ligeramente y la miró—. Está listo —le indicó e hizo un ademán con la mano, apremiándolo a entrar en la ducha.

Xander se quedó inmóvil por un par de segundos, observando con detenimiento a la hermosa mujer que tenía frente a él. Toda esa dedicación. Todo ese amor. ¿Pero por qué no podía dejar de sentirse tan miserable? ¿Por qué no podía dejar de pensar en Katherine? ¿Por qué deseaba llorara y llorar? Su psicólogo le dijo que su depresión tenía cura, y la tenía frente a sus ojos.

Se abalanzó sobre Shirley, haciéndola chocar contra una de las puertas corredizas. La sujetó con delicadeza y le dio un beso en los labios. Cerró sus ojos y decidió olvidarse de tanto dolor, aunque fuera por unos pocos minutos.

Con astucia, la desvistió y recorrió ese delicioso cuerpo que hacía mucho tiempo no degustaba. Había olvidado lo bien que se sentía estar con la persona que más amaba en el mundo.

Shirley tembló ante el arrebató de Xander, y una lágrima rodó por su mejilla. Anhelaba tanto ese momento. Lo deseaba todas las noches, cuando se ahogaba en llanto, recordando a esa chiquilla a la que le enseñó a caminar, por la que se desveló innumerables noches y a quien extrañaba enormemente ver en las mañanas, comiendo sus *Froot Loops* y manchar su ropita con esos divertidos colores.

Se aferró al cuello de su esposo, a medida que la intensidad de los besos incrementaba.

Xander se detuvo un momento para contemplar ese cuerpo desnudo, en el que tantas veces se refugió. Tenía ganas de ella. Su cuerpo la extrañaba muchísimo.

Cuanta melancolía.

La besó y se embebió de ella. La tocó, la acarició, la amó.

Shirley deliró al sentirlo hundirse en ella. Era una sensación exquisita que la hacía llegar al cielo.

Otra lágrima rodó por su mejilla.

Una lagrima de agradecimiento, por lo que tenía. Por su esposo, por su hijo, por estar viva, por volver a sentir a su hombre... por volverse a sentir amada.

Xander gimió de placer y Shirley ahogó ese excitante sonido entre sus labios, los que la besaban con pasión, pero con mucha ternura.

El agua corría y bañaba los cuerpos de los esposos, que con dedicación se expresaban el amor que sentían el uno por el otro.

Él embestía lentamente, tratando de alargar el momento, lo máximo posible. Ella se entregó total a ese deleite de lujuria. No quería nada más. Solo a él.

Cuando él alcanzó el nirvana, una extraña sensación se apoderó de él. No lo pudo evitar. Enterró su cara en el cuello de su mujer y reventó en llanto. Un llanto descontrolado que hizo que Shirley sintiera miedo.

—¿Qué sucede, mi vida? —preguntó ella, acunándolo en su pecho.

—No quiero sentir más esto —habló entre sollozos a la vez que golpeaba su pecho con fuerza—. Deseo estar dormido. Despertar y darme cuenta de que todo fue una horrible pesadilla. Me duele —lloró a raudales—. Quiero tenerla entre mis brazos...

—Cielo. Mírame —dijo ella. Él obedeció—. Ella está con nosotros. Aquí —puso su mano sobre el pecho de él, a nivel de su corazón y luego hizo lo mismo con ella—. Nada ni nadie podrá arrebatarnos eso.

—Siento que tarde o temprano, la vida también me arrebatará eso.

—No cielo. Yo estoy aquí. También August. Estamos junto a ti.

—Ojala pudieras comprender lo que siento —susurró Xander.

—Lo entiendo. Sé lo que sientes, amor.

—No es cierto. No eras su madre. Lo que tú sientes no se podrá comparar nunca con lo que siento yo.

Esas palabras se clavaron en el corazón de Shirley, y aunque sabía que su esposo no las decía con alevosía, no pudo evitar sentirse muy mal. He allí, de nuevo, el Xander que no era ni la sombra del que se había enamorado.

—Eso fue muy cruel —musitó ella.

—La vida es cruel —espetó él.

Toda esa magia que se hizo presente entre los dos, se esfumó. Shirley se sintió muy herida y molesta. Terminó de bañarse y sin mediar palabra, se retiró. Xander hizo lo mismo, con la diferencia de que él se tomó unos cuantos minutos más bajo el chorro de agua caliente que caía sobre él, mientras la sensación de vacío volvía a apoderarse de su ser.

Ese hombre que se reflejaba frente al espejo, no era él. Era una mala imitación de sí mismo. Debajo de sus ojos se podía notar dos bolsas oscuras, producto de tantas noches sin dormir. Sus pómulos estaban bien marcados, pues su cara lucía demacrada. No había brillo en sus ojos, y la frondosa barba le hacía asemejarse a un leñador.

Los días, las semanas, los meses, transcurrieron, y aunque el tiempo pasaba y el dolor se hacía un poco más llevadero, Xander parecía vivir en un mundo aparte al resto de los demás.

Amigos y familiares permanecían atentos de él. Aaron lo visitaba casi todos los días, desde que Shirley decidiera irse a casa de su suegra para evitar pelear con su esposo a cada rato. Xander estaba insoportable, y Shirley no quería que August albergara un mal recuerdo de su padre, cuando muy bien

podía evitarlo. Un entorno como el que su esposo le ofrecía, en el cual estaba ebrio casi todos los días, gritaba y lanzaba objetos sin ninguna razón, no era el propicio para un niño de seis años.

Fue un año infernal para ella, quien con mucha paciencia, ternura y dedicación, hizo todo lo posible por ayudar a su marido, pero él no quería ser salvado.

La carrera de Xander se detuvo por un período indefinido, pues nadie quería trabajar con una persona tan amargada como en la que convirtió. Por su lado, Shirley continuó trabajando en películas de alto presupuesto, miniseries y obras de teatro. Todo fuera por mantener la mente ocupada. Esa noche le tocaba asistir a la premier londinense de su nueva película, esa que grabó el año pasado, con nada más y menos que con Marcus Ward.

Marcus se convirtió en toda una sensación en el mundo del espectáculo, pues con la ausencia de Xander Granderson, el agente de Ward ganó ventaja para que su cliente llegara a ser el más solicitado por los grandes directores.

Los pensamientos se arremolinaron dentro de la cabeza de Xander. Era demasiado para procesar. Parecía como si de repente hubiese despertado de un largo letargo y las palabras de su amigo, retumbaran en su mente.

—*La vas a perder. Y no hay dolor más grande, que perder a alguien que puedes tener, pero que por tu estupidez, prefieres dejar ir* —dijo Aaron.

Debía hacer algo. No podía darse el lujo de perder también a su esposa. Sacudió su cabeza con fuerza y se obligó a concentrarse. ¿Qué tenía que hacer? Primero, una buena afeitada, luego ir por un traje muy elegante y alistarse para volver a interpretar su rol de esposo, el que hace mucho tiempo no jugaba.

Caminaba y sonreía. No le quedaba otra opción, aunque la tristeza estuviera arraigada en su corazón. *La función debe continuar*, era lo que decía Scott Redman cada vez que la veía cabizbaja.

¿Pero cómo se supone que debía continuar, si una de las personas más importante en su vida, y la cual deseaba que estuviera allí, no estaba?

—¡Shirley! ¡Por aquí! —la voz de uno de los corresponsales de prensa, captó su atención—. Una sonrisa para el *Daily News* —pidió con amabilidad el hombre, y ella hizo lo que le pedían.

El lugar estaba abarrotado de gente. Reporteros, fotógrafos, *paparazzi*, fanáticos, actores, directores... un montón de personas del medio. Ella caminaba por el amplio *boulevard* forrado de tela roja, en semejanza a las grandes alfombras rojas típicas de Hollywood. La falda de su vestido amarillo ocre se movía sutilmente con el viento. Era un bello vestido tallado al cuerpo, de corte sencillo pero muy elegante. Largo y con una abertura que llegaba hasta su muslo derecho. Esa noche, optó por llevar el cabello recogido en un moño alto. Unas sandalias de tirantes, plateadas, complementaban el atuendo.

Shirley posaba para las cámaras y la ráfaga de flashes casi la deja ciega, pero sonreía como si se le fuese la vida en ello.

Súbitamente sintió que alguien la sujetaba de la cintura. Eran unos brazos fuertes. Masculinos. Por fracción de segundo sintió que su corazón latía a mil ante la posibilidad que fuera su esposo, pero no era así. Marcus Ward sonreía con amplitud a la vez que se acercaba a su rostro para darle un beso en la mejilla.

—Luces absolutamente preciosa —le dijo al oído.

—Gracias —respondió Shirley, echándole una rápida mirada al caballero—. Tú también te ves muy bien.

—¿Cómo estás? ¡Hace mucho tiempo que no sé de ti —Marcus dio inicio a una conversación casual.

—Ya sabes, lo mismo de siempre. Trabajo, familia. Familia y trabajo —respondió ella, sin dejar de sonreír y mirar las cámaras que los fotografiaba.

—Lamento mucho lo que sucedió con tu hija. Me enteré hace un par de semanas —Marcus se volvió a acercar al oído de ella—. Lo siento muchísimo, de verdad.

Shirley tuvo que sonreír con más amplitud, para evitar que un par de lágrimas nublaran sus ojos.

—No te preocupes, estoy aprendiendo a lidiar con ello, poco a poco. ¿Cómo estás tú? Supe que te va muy bien en Los Angeles.

—Pues debo agradecerérselo a mi agente. Él sabe mover sus fichas.

—*Chicos, una sonrisa para el Daily News* —se oyó la voz de alguien entre la multitud de fotógrafos.

Marcus sujetó con más fuerza a su compañera de elenco. Ambos sonrieron y posaron un rato más para las cámaras.

De repente, dejaron de ser el centro de atención. La atención de las cámaras fue reclamada por alguien más que parecía que acababa de llegar, pues varias personas encargadas del protocolo del evento comenzaron a caminar en dirección a donde comenzaba a aglomerarse un gran número de reporteros y fotógrafos.

Marcus y Shirley miraron con inquietud hacia el lugar donde parecía estar alguien muy importante.

—¿De quién se tratará? —indagó Marcus.

—No tengo ni idea.

—¿Será la autora de los libros? —Ward continuó haciendo sus conjeturas.

Shirley sintió que el corazón se le detenía y la boca se le secaba al lograr divisar la causa de tanto revuelo.

Vestido con un traje gris de tres piezas, pulcramente peinado y recién afeitado, Xander Granderson se acercaba. Era normal que la prensa perdiera la cabeza, pues era la primera vez que él hacía una aparición pública oficial desde hace ocho meses.

Millones de preguntas eran lanzadas al aire, con la esperanza de ser contestadas, pero Xander estaba concentrado en una sola cosa, encontrar a su esposa entre ese montón de gente.

Saludó a un par de personas a medida que caminaba por la alfombra

roja, a la vez que sonreía. Tal escena hizo que el corazón de Shirley volviera a latir. Hace mucho tiempo que no veía a su esposo de esa manera: tan radiante. De hecho, no recordaba la última vez que su esposo sonrió de esa manera.

—Disculpe, señor Granderson —una mujer del protocolo se acercó a él—. Sígame por acá.

Él no opuso resistencia y se dejó guiar. En cuanto logró divisar a Shirley, fue como si su corazón se le fuera a salir del pecho. Ver a su esposa después de varias semanas, era lo que necesitaba para sentir que estaba realmente vivo.

—Hola —dijo en cuanto la tuvo en frente.

—Viniste —musitó ella, notablemente emocionada y sorprendida.

El carraspeo de alguien hizo ambos que giraran sus cabezas hacia un lado.

—Nos vemos luego —le dijo Marcus a Shirley. Asintió con la cabeza en dirección a Xander, como un saludo cortés, y se retiró.

—Espero estar en la lista de invitados —bromeó Xander.

Shirley dejó escapar una carcajada nerviosa, y sin pensárselo dos veces, se aferró a su cuello como si no hubiese mañana.

—Me alegra mucho que hayas venido —le dijo ella, al oído.

Xander sonrió y la abrazó con más fuerza.

—Te extrañé mucho —confesó y le dio un dulce beso en los labios.

En medio de la emoción por verse y estar juntos de nuevo, no se percataron que estaban en el medio de la alfombra roja, y que decenas de cámaras los fotografiaban. Hasta que la misma mujer que guió a Xander, se acercó a la pareja y le indicó que la película estaba a punto de comenzar y que debían entrar al teatro.

Tomados de la mano, los esposos se encaminaron en dirección al lugar donde se proyectaría la nueva película de Shirley Sandoval.

A pesar de que Xander trataba de mantener su mirada fija en la pantalla, era inevitable dejar de ver a su esposa. Esa noche lucía especialmente atractiva. ¿O tal vez se debía a que esa noche se cumplirían 21 días sin verla? Y no era porque alguno de los dos estuviera de viaje, sino porque Xander llegó a un punto de no retorno, al aislarse en su propio mundo, evitando el contacto con las personas que se preocupaban por él, pero gracias a Dios reaccionó y se dio cuenta que, de seguir como iba, se quedaría solo.

Shirley estaba muy emocionada de tenerlo a su lado, y compartir con él, uno de sus logros.

Un par de gemidos, provenientes de los altavoces de la sala, hizo que la mirada de Xander se fijara en la enorme pantalla frente a él. Sabía que la película que grabó su esposa contenía varias escenas subidas de tono, pues estaba basado en una novela erótica, pero jamás imaginó sentirse tan incómodo al ver a su mujer en brazos de otro hombre, aunque fuese solo actuación.

Xander frunció el ceño y su mandíbula se tensó al percibir la naturalidad de las escenas. No se veían nada fingidas. Eso por un lado era bueno, pues eso dictaba mucho de la calidad actoral de su esposa, pero por otro lado... ¿Y si no estaban fingiendo? El gusanillo de los celos y las dudas lo hicieron removerse con inquietud sobre su butaca.

Shirley notó la incomodidad de su esposo y le dio un suave apretón de mano, a la vez que le susurraba algo.

—Es solo actuación.

Él sonrió a medias. Una sonrisa falsa. Dentro de él se aglomeraba un montón de emociones extrañas.

Unos minutos más, y otra escena íntima entre los protagonistas de la película. Xander tuvo que apartar la mirada de la pantalla.

»¿Qué sucede, cielo? —indagó Shirley.

Él negó con la cabeza.

—Nada —respondió—. Estoy bien.

—Pues no lo parece —comentó ella, frunciendo ligeramente el ceño.

Xander carraspeó su garganta y tuvo que obligarse a mirar la pantalla de nuevo.

«Todo es mentira. Es parte de su trabajo», se dijo mentalmente.

En cuanto volvió su atención a la pantalla, retomó la trama de la película. El trasfondo era la típica historia romántica cliché, del hombre adinerado que se enamora de una mujer hermosa de bajos recursos, al mejor estilo de *Pretty Woman*, con la diferencia de que a su esposa no le tocó interpretar a una prostituta sino a una cajera de supermercado.

«¡Maldición!». Xander tuvo que dejar de mirar la pantalla de nuevo. No toleraba ver como otro hombre tocaba y besaba a su esposa. Era la cosa más incómoda que le tocó vivir. Cerró sus puños con fuerzas y su mandíbula se tensó, una vez más.

—Cielo, si quieres podemos... —Shirley intentó decirle que si él quería, podían salir de la sala.

—No. Estoy bien. No pasa nada —dijo Xander.

Fueron los 94 minutos más largos de su vida, y cuando creía que ya todas esas escenas de mal gusto, para él, habían concluido, hubo una que hizo que la sangre le hirviera, al percatarse de un pequeño detalle.

Los dedos de los pies de Shirley, se engurruñaban a la vez que Marcus Ward la besaba con pasión a orillas de una playa.

La toma los mostraba de pies a cabeza.

No había duda.

Eso que veían sus ojos, no era actuación.

Él, mejor que nadie, sabía que hay emociones o sensaciones que no se pueden fingir. Y en ese caso, Shirley no podía estar fingiendo, al dejar aflorar una reacción tan natural en ella.

Esos gestos, esos gemidos... esas manos recorriendo su cuerpo...

Xander sintió que su ojo derecho comenzaba a temblar, y que la cabeza

le iba a estallar en cualquier momento.

De repente, las luces se apagaron y la audiencia estalló en aplausos. La película había concluido.

En medio de su molestia, Xander no se percató que Shirley estaba de pie frente a él y extendía su mano para que se levantara de su asiento. Ella sonreía. Él echaba chispas.

Uno a uno se fue acercando a la estrella de la noche, Shirley Sandoval. Actores, productores, directores, cantantes, diseñadores, editores de afamadas revistas, todos para felicitarla por tan excelente actuación.

Lentamente, Xander se puso de pie, tratando de hacer tripas corazón, y se unió a su esposa, quien saludaba amablemente a todos los que se le acercaban.

—¡Xander! Es un placer verte por acá —la voz de un hombre lo hizo espabilar. Al percatarse de quien lo saludaba, vio una cara que se le hizo muy familiar. Sin embargo no logró recordar en ese instante —Orlando Wagner — el hombre hizo un gesto, señalándose a sí mismo—. Los entrevisté a ti y a Shirley, cuando aún no estaban casados. ¿Lo recuerdas? En el auditorio de LAMDA...

—¡Oh sí! ¡Por supuesto que lo recuerdo! —dijo por fin Xander.

—Me alegra de verdad verte después de tanto tiempo. No debe ser fácil después de todo lo que has tenido que pasar, volver a retomar el curso de tu vida y...

Las palabras de Orlando hicieron que la mente de Xander divagara por un momento, dejando de sentirse molesto y celoso para volver a una emoción que lo acompañó durante el último año: tristeza. Era como si Wagner hubiese metido el dedo en la llaga.

—Con permiso —dijo Granderson—. Necesito un poco de aire —señaló con su mano hacia la puerta y sin más, se alejó de allí.

—Ya vuelvo —Shirley se disculpó también para ir detrás de su marido.

Xander caminó a toda prisa. Unas cuantas lagrimas empañaron sus ojos, amenazando con derramarse y hacerle pasar un mal momento frente a ese

montón de cámaras que estaban pendientes del mínimo tropiezo para destrozar al más ingenuo.

En cuanto logró llegar a un lugar apartado de toda la multitud, pudo respirar con más tranquilidad.

—¿Cielo? ¿Estás bien? —Shirley indagó al aproximarse.

—Será mejor que me vaya —musitó él.

—¿Irte? ¿Pero de que estás hablando?

—Creo que no fue una buena idea que viniera.

—No digas eso, mi amor. Estoy muy feliz de que hayas venido.

—¿En serio? Pues no lo parecía cuando llegué. Te veías muy feliz con tu amigo Marcus.

—¿Feliz? ¡Solo posaba para las cámaras! Tú eres mi felicidad. Verte aquí, así —lo señaló de pie a cabeza—, tan tú. Extrañaba al viejo Xander —bromeó ella, pero en vez de lograr que su esposo se relajara, logró todo lo contrario.

—¡Jah! Yo también extraño a la antigua Shirley, la que no me mentía.

—¿Cómo? —Ella frunció el ceño—. ¿Se puede saber en qué te he mentido.

—No has contestado mis llamadas durante las últimas dos semanas —dijo Xander.

—Me sentía herida por la manera en que me trataste. Fuiste muy cruel. ¿Acaso pretendes que permita que me maltrates cuando te dé la gana y haga como que si no pasara nada?

—De seguro la estabas pasando muy bien con tu amiguito.

—¿Pero de qué coño hablas?

—Debí haberlo sospechado desde un principio. La manera en que hablabas de él. Lo deslumbrada que estabas...

—No sé de qué estás hablando. ¿Podrías explicármelo?

—Tú y ese tal Marcus. ¿Crees que no me di cuenta de que hay algo entre ustedes?

—Ya perdiste la cabeza. Creo que es mejor que sigamos hablando de esto en casa. No es el momento ni el lugar para una escena de celos. Es más, ¿desde cuándo sufres de ataques de celos? ¿Quién eres y qué hiciste con mi esposo?

—¿Y cuándo será el momento? ¡Me has estado evadiendo! ¿Crees que no me doy cuenta? Tal vez ya te aburríste de mí, de mi depresión, de...

—¿Bebiste antes de venir para acá?

La pregunta de Shirley fue solo por curiosidad, pues de ser positiva la respuesta, eso justificaría el comportamiento de su esposo. Sin embargo, para Xander, la pregunta parecía ser el peor insulto que recibió en su vida.

Si a una persona en estado depresivo le agregas ira, celos, dudas, y el sentimiento de estar siendo juzgado, obtienes una bomba.

Exactamente eso.

—¿Qué diablos estás insinuando? ¿Qué soy un jodido alcohólico? —estalló Xander.

—No, amor. Nunca insinuaría tal cosa.

—¿Por qué en vez de juzgarme, no comienzas a decirme la verdad?

—¿De qué verdad hablas? ¡Nunca te he mentado!

—¿Vas a negar lo que vi? ¡Esa puta escena no tenía nada de fingida! ¿Crees que soy idiota? —Xander no podía evitar hablar en un tono de voz elevado.

Shirley miró a los lados para asegurarse de que nadie los estuviese oyendo. Por suerte, Xander había logrado alejarse lo suficiente cuando salió, supuestamente, a tomar un poco de aire.

—Por favor, baja la voz —dijo ella. No quería arriesgarse a ser comidilla para el montón de *paparazzi* que andaba por allí.

—Dilo —presionó él—. Quiero ver si eres capaz de reconocerlo.

—¿Sabes qué? No pienso seguir con esto. Si deseas quedarte, bien. Si no, puedes irte.

Shirley se dio la vuelta, decidida a alejarse de allí y seguir disfrutando de su noche. No obstante, Xander la sujetó del brazo justo antes de que ella

volviera a entrar a la sala de proyecciones.

—Dilo —él volvió a insistir, pero esta vez, con un tono de voz moderado—. Reconoce que esa escena la disfrutaste. Que te gustó sentir que era otro el que te tocaba, que era otro el que te besaba. ¡Vamos! Reconoce que entre tú y Marcus Ward hay algo.

—De acuerdo. ¿Quieres la verdad? Sí. Lo disfruté. Pero no fue algo que planeé. Solo sucedió. Y no hubo nada más allá que esa escena —dijo ella, omitiendo por completo lo sucedido en su tráiler justo después de grabar esa pauta—. Si me preguntas si deseo repetirlo, la respuesta será no. Al único hombre que amo como una loca y al que he deseo día y noche eres tú, aunque tú no seas capaz de darte cuenta de eso.

A pesar de que Shirley dio una respuesta sincera y completa, Xander solo escuchó: *Sí. Lo disfruté*, pues los sentidos se le nublaron. La sangre se le heló, y el corazón se le detuvo.

—¡Shirley! —Marcus Ward apareció de repente—. Nos necesitan para un par de fotos —dijo su inocente compañero.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

—¡Hijo de puta! —vociferó Xander, abalanzándose sobre el actor.

Shirley dio un brinco y trató de sujetar a su esposo, pero fue imposible. El infierno se desató en la tierra.

Capítulo 15

El tic tac del reloj en la pared, era lo único que se escuchaba. La mirada de Aaron, intensa, sobre quien pretendía tratar como su cliente y no como su amigo. En ese momento, Xander no merecía ningún trato especial. El agente estaba muy cabreado, y estaba seguro de que si lo cortaban, no sangraba.

—¿Y bien? —Wickerman rompió el silencio—. Te daré la oportunidad de explicar qué coño fue lo que sucedió anoche.

Xander se encogió de hombros y se mostró muy relajado. Tanto, que hizo que Aaron se cabreara más de lo que ya estaba.

—¿Qué quieres que te diga? —dijo él—. Esas imágenes —con su mirada señaló el ejemplar del *Daily News UK* que estaba sobre el escritorio de Aaron—, lo dicen todo.

—Tú sí que sabes hacer apariciones en público —de un manotazo, Wickerman tomó el periódico y le echó un vistazo—. ¡Joder, Xander! Ocho meses fuera del foco mediático, apareces y... ¡Boom! Te conviertes en primera plana de los principales diarios de la ciudad. Eso sin mencionar el centenar de revistas, cuyas portadas adornarás, durante las próximas semanas.

—Muy bien. De acuerdo. Lo admito. Mi comportamiento no se justifica. Sé que la cague y que...

—Tienes suerte de que Marcus Ward no va a presentar cargos por agresión. Deberías agradecerle a tu esposa.

—¿Agradecerle que se acueste con otro? —comentó Xander con sarcasmo.

—¡Vaya! Pero que creativo te has vuelto —Aaron soltó un bufido—. Decir que Shirley te engaña, es la cosa más estúpida que he escuchado.

—Ella lo reconoció —dijo Granderson entre dientes.

—Tal vez tú la hostigaste de tal manera, que la obligaste a hacerlo...

—¿Pero qué carajo quieres que haga, Aaron? —Xander se puso de pie, mostrándose retador—. ¿Qué le pida disculpas a ese cretino, en público?

—Sería un buen comienzo, para esta campaña que he emprendido para limpiar tu reputación.

—No lo haré —fue tajante—. Le partí la cara a ese tipejo. Sí. Y no me arrepiento ni un solo segundo de haberlo hecho. Se la volvería a partir si se atraviesa en mi camino...

—¿Te estás oyendo? —Lo interrumpió el agente—. Suenas como un perfecto psicópata. Llamé a Shirley para pedirle que viniera. ¿Qué fue lo que dijo? Que si tú estabas acá, no iba a venir. ¿Lo captas? Tu esposa no quiere ni verte. Y no la culpo. Te comportaste como un imbécil con ella.

Sin previo aviso, la puerta de la oficina se abrió. La asistente de Aaron entró a trompicones, tomó el control del televisor que estaba en una de las paredes, y los encendió.

—Tienen que ver esto —dijo Geraldine.

Granderson y Wickerman fijaron sus miradas sobre la pantalla, en la cual se veía un video amateur que se filtró en las redes sociales, al parecer, captado por algún fanático asistente al evento de la noche anterior.

En el video se podía ver a Xander, arremetiendo contra Marcus Ward, sin ninguna razón aparente. Y a pesar de que Ward yacía contra la pared, cubriéndose el rostro con sus brazos, Granderson no dejaba de propinarle golpe tras golpe. Shirley gritaba desesperada, mientras que un par de hombres trataban de separar al atacante de su víctima.

—Aléjate de mi esposa —gritó Xander cuando un hombre logró alejarlo de Marcus.

Ward se veía muy confundido, con sangre emanando de su boca y su co estrella, también protagonista junto a él, de la película que estaban promocionando esa noche, se mostraba muy alterada con lágrimas en su rostro.

En ese momento, Xander fue consciente de lo que hizo. Se comportó

como un animal. Y una vez más, hirió a la mujer que más amaba en su vida.

Sin embargo, ver la cara de Marcus Ward ensangrentada, le hizo sentir una rara sensación de satisfacción y sin poder evitarlo, sonrió.

—¿TE PARECE GRACIOSO? —vociferó Aaron, fulminando a Xander con la mirada.

Granderson dio un respingón sobre su silla. Jamás había visto a su amigo tan molesto.

—LOS PROBLEMAS MARITALES SE SOLUCIONAN EN PRIVADO. ¡MALDICIÓN, XANDER! —El nombrado abrió los ojos como platos—. SI QUIERES PARTIRLE LA CARA A ALGUIEN. HAZLO CUANDO NADIE TE VEA.

La cara de horror de Xander fue tal, que hizo que Aaron sintiera miedo de sí mismo. Se obligó a calmarse, pues de lo contrario, podría terminar siendo ingresado en emergencia por una apoplejía.

Wickerman tomó una gran bocanada de aire y la soltó muy despacio.

—Tu matrimonio pende de un hilo —dijo Aaron, tratando de recuperar la compostura—. Shirley te adora. ¡Daría la vida por ti! Pero incluso ella, tiene un límite, y tú lo estás sobrepasando.

Esas palabras, hicieron que algo dentro de Xander vibrara.

—¿Ella te dijo algo? —indagó.

—No es necesario. Tan solo me siento en silencio y observo. Sé que tuviste que superar muchas cosas. Que la muerte de Kat...

—No quiero hablar de eso —susurró Xander, interrumpiéndolo.

—Yo tampoco —le aclaró Aaron—. Tan solo estoy enumerando los hechos. Te convertiste en alguien muy egoísta, Xander: aislándote y haciendo a un lado a la persona que se ha dejado la piel tratando de ayudarte, haciéndole creer que no la necesitas. Y vamos a estar claros. Tú dependes de ella. ¡Joder! No te imaginas las veces que he tenido que verla llorar. Por ti. Porque le duele verte así. ¿Desde hace cuánto que no tienen sexo?

La pregunta hizo que Xander frunciera el ceño.

—Creo que eso es algo entre ella y yo.

—De acuerdo, me quito la máscara de agente y me pongo la de amigo.
¿Cuándo fue la última vez que tuvieron relaciones?

—Hace tres semanas ella y yo...

—¿Esa fue la vez que le dijiste que ella no era la madre de Katherine y que no podía entender tu dolor?

—¿Cómo sabes eso? —indagó Xander.

—Logré sacárselo luego de verla llorar por casi una hora completa, sentada allí —Aaron señaló el sillón donde estaba Xander—, justamente donde estás sentado tú.

—No sabía que ella...

—Te comportaste como una perfecta bestia —espetó Wickerman—. Si en realidad ella te fue infiel, no la juzgo. Es lo que te mereces por ser tan...

—¡Ya basta! —Xander levantó las manos en señal de rendición—. Ya lo entendí. Le pediré una disculpa pública a ese idiota y trataré de enmendar toda esta situación.

—Aprovecha que aún estás a tiempo. Todavía no ha introducido la demanda de divorcio.

—¿Cómo? ¿Shirley te comentó que quiere divorciarse de mí? —el corazón de Xander se detuvo.

Aaron se carcajeó.

—Estoy bromeando. Ella ni siquiera lo mencionó.

—Bien. Iré de inmediato a casa de mi madre. Necesito hablar con mi esposa.

—Ella no está allí.

—¿Cómo? ¿Dónde está?

Aaron soltó un suspiro.

—Ella me pidió que no te lo dijera, ¿pero qué puedo hacer? ¡Soy un romántico empedernido!

Xander sonrió al mirar el anillo que llevaba su amigo en el dedo, y

recordó que tres meses atrás, él y Adeline se casaron en una ceremonia sencilla a las afueras de la Londres, boda a la cual no asistió porque estaba borracho, tirado sobre la alfombra de la sala de su casa, sintiendo miserable y solo.

»Se está hospedando en el *Park Plaza*, solo hasta el lunes. Le toca viajar a Alemania.

—¿Saldrá de la ciudad? —Xander sonó confundido.

—¡Joder! ¿Desde hace cuánto tiempo que tú y Shirley no conversan? —Xander intentó responder esa pregunta—. No me respondas—. Aaron evitó que lo hiciera—. Anda, anda. Ve a buscar a tu mujer.

Por fin, después de tanto tiempo, Xander se volvía a sentir vivo. Con ganas de tener a su esposa entre sus brazos, pero a la vez era consciente de todas sus metidas de pata. Tenía que hacer algo especial para lograr que Shirley lo perdonara. No iba a ser nada fácil.

Estacionó su auto frente a la floristería de costumbre y ordenó el ramo más caro al entrar. Un arreglo floral de rosas rojas con bombones deliciosos. Se aseguró de que fueran los favoritos de su amada. Rellenos de almendras.

Sonrió, sintiéndose como todo un Romeo, al subirse en su auto y emprender su camino hacia el lugar donde se encontraba la mujer que hacía que su corazón se acelerara o se detuviera por completo.

Al llegar al hotel se acercó a la recepción, donde fue reconocido por la recepcionista, de inmediato. La muchacha se declaró fan suya, y por ende no le costó mucho averiguar en qué habitación se hospedaba Shirley. Y a pesar de que Annie —así se llamada la mujer que lo atendió— se mostró reacia en darle la llave de la habitación, cedió en cuanto Xander le contó que su objetivo era darle una sorpresa a su esposa y reconciliarse con ella. La chica resultó ser otra romántica empedernida.

Granderson tomó el elevador que lo llevó al séptimo piso del hotel.

—Por favor, no lo hagas —Shirley se lo imploró.

—¡Joder, Shirley! Sé que te prometí que no presentaría cargos, pero no puedo dejar que esto se quede así. No puedo permitir que tu esposo ande por allí, golpeando a cuanto hombre se te acerca.

—Ya te expliqué que fue lo que pasó. Él perdió la cabeza por algo que le dije.

—¡Mierda, Shirley! ¿Estás oyendo lo que dices? ¿Estás justificando lo que él hizo? —Marcus estaba indignado.

—No. Por supuesto que no.

—Si al menos me hubiese ganado esa paliza por algo que de verdad hubiese hecho, tal vez no me molestara tanto tener el rostro como *Rocky Balboa*. ¡Joder! ¡Mi cara! No es por ser banal, pero es con lo que me gano la vida. Mi agente no se va a detener hasta que Xander asuma la responsabilidad de sus actos.

—Es el padre de mi hijo. Es mi esposo. Por favor, no lo denuncies. Hazlo por mí. Por favor.

—Esa fue la razón por la que me mantuve al margen, Shirley —la mirada de Marcus se llenó de nostalgia—. Porque era tu esposo. Eras una mujer casada y no quería convertirme en el otro. No quería entrometerme en un matrimonio tan sólido.

—Marcus... —Shirley intentó hablar.

—Me gustas muchísimo, Shirley. Me gustas desde aquel día que te vi. Eres hermosa —Ward se acercó a ella y sujetó su mano con ternura—. He tenido que contenerme, por él. Porque a pesar de todo, lo respeto. Porque tú lo respetas. Tan solo respóndeme una cosa.

Shirley lo miró fijamente a los ojos.

»¿Eres feliz con él?

—Marcus, yo... —ella balbuceó.

—Sé sincera, por favor.

—No lo sé —musitó Shirley—. Han sucedido tantas cosas, que ya no sé ni lo que siento.

—¿Por qué sigues con él?

—Porque lo amo. Eso sí lo tengo claro —respondió ella, tajante.

Marcus frunció el ceño.

—¿Cómo puedes amar a alguien que no te trata como su prioridad?

—Él me ama. Solo que ha pasado por muchas cosas...

—¿Estás segura de que te ama? Porque déjame decirte que actúa como un completo egoísta.

Un par de lágrimas se asomaron en los ojos de Shirley.

»¿Desde hace cuánto no te toca? —preguntó Marcus, acercándose más a ella—. ¿Desde hace cuánto no te besa? —Él se acercó más—. ¿Desde hace cuánto no te hace el amor? —la pregunta sonó como un susurro al oído de Shirley.

Ella cerró los ojos, sintiéndose invadida por una extraña sensación que hace tiempo no sentía. Se sentía querida.

»Intentémoslo. Quiero acariciar tu pelo —lentamente él introdujo sus dedos en el cabello de ella—. Déjame rozar tu boca —con sus labios rozó con delicadeza los labios de ella—. No hace falta que me ames. Tan solo deja que yo te amé a ti —con el dorso de su mano, acarició la mejilla de ella—. No quiero otras manos —despacio entrelazó sus manos con las de ella.

Procurando ser lo más sigiloso posible, Xander introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta de la habitación. Lentamente entró y lanzó una mirada rápida a su entorno, pero no había señal de Shirley. Dio unos cuantos pasos más y se percató de que había una segunda habitación contigua. De seguro, allí estaría su mujer. Tomó una gran bocanada de aire y sujetó con fuerza el ramo de flores que tenía entre sus manos y atravesó el umbral de la

puerta que lo llevaría al lugar preciso donde... se le partiría el corazón en mil pedazos.

Aproximadamente, a unos cinco metros de distancia, un hombre abrazaba a su esposa y la besaba en los labios. Y lo peor del caso era que ella lo estaba disfrutando. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de eso. Shirley tenía los ojos cerrados y se aferraba al cuello de ese hombre.

Tal cual como había entrado, como ladrón a media noche, salió de allí, dejando el ramo de flores en una mesita que se encontraba al lado de la puerta.

En esa oportunidad no sintió ganas de matar a ese sujeto que le robaba el amor de su esposa. Se sentía derrotado, sin ganas de seguir luchando por una mujer que al parecer había olvidado los votos que pronunció hace casi siete años atrás.

Prometo serte fiel y respetarte. Darte mi amor sin ninguna condición. Hasta que la muerte nos separe.

Él los recordó.

«Una mierda. Las palabras se las lleva el viento».

Shirley le dio un empujón sutil a Marcus, al caer en cuenta de lo que estaba haciendo.

—No —susurró—. Agradezco que me veas de esa manera. Es hermoso que sientas todo eso por mí, pero no puedo. Xander es mi todo. No puedo siquiera imaginar la vida sin él.

Marcus soltó una risa sarcástica.

—No puedo creer la suerte que tienen algunos —dijo él.

—Lo siento, Marcus, por haber alimentado esto. Me gustas. No pienso negártelo, pero...

—Estás enamorada de tu esposo —completó Ward con algo de mordacidad—. De acuerdo. Ya lo pillo.

—Lo siento.

Marcus se giró y se encaminó hacia la salida.

—Puedes quedarte tranquila. No lo demandaré.

Dicho eso, se marchó.

Lágrimas amargas rodaron por las mejillas de Shirley. No lograba entender porque amaba tanto a ese hombre terco, que se convirtió en un amargado, que no era la sombra del hombre del que se enamoró. Lloró amargamente porque la vida era injusta. Lloró al recordar lo feliz que fue hace dos años atrás. Drenó esos sentimientos agridulces que le robaban las ganas de sonreír. Anheló retroceder el tiempo y volver a tener al hombre que una vez fue su sueño hecho realidad.

Caminó hacia la puerta para asegurarse de que estuviera cerrada. No quería que nadie la molestara. Sin embargo, su atención fue captada por unas flores que yacían sobre una mesa. Ella no recordaba haberlas visto allí antes. Frunció el ceño y se acercó a ellas. Rebuscó hasta encontrar una tarjetita.

Perdóname por haber sido un imbécil.

Prometo volver a ser el hombre del que te enamoraste.

Te amo con todo mi ser.

Xander.

Ella se llevó una mano a la boca, ahogando un grito.

Dejó las flores a un lado y se apresuró en salir de la habitación para buscar al empleado que había dejado las flores en su habitación. Por suerte lograría sacarle algo de información al respecto, pero el corredor estaba desierto.

Rápidamente, tomó el elevador y bajó hasta la recepción.

Lo primero que se le ocurrió fue preguntarle a la recepcionista.

—Disculpe. Alguien dejó esto en mi habitación. ¿Podría decirme quien fue?

—Su esposo —contestó la muchacha.

—¿Cómo?

—Sí. Su esposo subió a su habitación hace aproximadamente diez

minutos.

—¿Mi esposo? ¿Xander Granderson?

—Sí, señora. El actor. Es su esposo, ¿cierto? —Shirley asintió—. Sí. Él subió. Me que quería darle una sorpresa. Me pidió la llave de su habitación, y se la di —la chica se mostró avergonzada—. ¿Hice bien?

De repente, un montón de imágenes se aglomeraron en la cabeza de Shirley.

Ella en los brazos de Marcus. Ella dejándose besar por Marcus. Ella dejándose llevar.

«¡Oh por Dios! Xander nos vio».

Levantó la mano por... ya había perdido la cuenta de las veces que hizo señales al *bar tender* para que le sirviera otro trago. Se tomó el *shot* de vodka en cuanto se lo sirvieron, arrugó la cara, lo saboreó y volvió a pedir otro más.

—No te creo —balbuceó Eddie. Era la décima vez que repetía esa frase—. No puedo siquiera imaginarla con otro hombre.

—Pues créelo. Yo la vi con mis propios ojos —comentó Xander.

En cuanto salió del hotel, telefoneó a su amigo y acordaron encontrarse en *St. James Tavern*, donde llevaban aproximadamente tres horas charlando y bebiendo. Xander se encargó de poner al día a su colega, contándole lo que sucedió esa mañana.

—¿Y qué piensas hacer? —indagó Connery.

—No tengo ni idea. Por el momento, pienso embriagarme hasta perder la conciencia —respondió y se bebió otro trago de vodka.

—Marcus Ward —Eddie musitó el nombre como si se tratara del nombre de un personaje ficticio—. ¿Quién lo iba a imaginar?

—Camille —espetó Xander.

—¿Qué? —Ed frunció el ceño.

—¿Recuerdas hace un año, en la cena previa al estreno de la obra? —

Eddie entrecerró sus ojos—. Camille le hizo una pregunta a Shirley, acerca de ese tal Marcus y ella respondió que el sujeto era muy guapo y que la había pasado muy bien con él.

—¡Mierda! ¿Cómo coño logras acordarte de cosas que sucedieron hace tanto tiempo?

—Vi como a mi esposa le brillaban los ojos al hablar de un hombre que no era yo. ¿Cómo crees que puedo olvidar algo así?

—¿Y tú teoría es...?

—Que Camille sabía algo y solo deseaba dejar a Shirley en evidencia. ¿Cómo diablos no me di cuenta?

Eddie se encogió de hombros.

—No lo sé, Xander. Camille es capaz de lo que sea, con tal de acostarse con el hombre que le interesa.

—¡Habla la voz de la experiencia! —comentó Xander, sarcástico—. Y hablando del diablo... Hace mucho que no sé nada de Camille.

—Lo último que supe de ella es que mi ex esposa la quería asesinar al enterarse de que se había acostado conmigo.

—Lamento mucho lo tuyo con Victoria —comentó Xander.

—No te aflijas. Era algo inevitable.

—¿Crees que se encuentre en la ciudad? —preguntó Granderson.

—¿Quién? ¿Camille?

Xander no lograba entender porque de repente le habían entrado unas ganas enormes de ver a esa mujer. A esa diosa húngara. Sin embargo, la imagen de Shirley besándose con Marcus, le aclaró las cosas. Deseaba quitarse ese mal sabor de boca.

Sacó su móvil del bolsillo de su camisa y buscó el número de esa mujer y sin pensárselo dos veces, la llamó.

»¿Qué estás haciendo? —Preguntó Eddie, leyéndole la mente a su amigo—. Esa mujer está loca —murmuró.

—Ojo por ojo, amigo. Ojo por ojo.

—¡No me jodas, Xander! Vas a quedarte tuerto si llevas a cabo esa loca idea que tienes en mente.

—Me importa una mierda —Xander se exasperó.

—No me digas que no te lo advertí —musitó Eddie.

—*Hola guapo* —la inconfundible voz de Camille Wawrowski lo saludó.

Aproximadamente a las siete de la noche, Xander estacionó su coche frente a la casa de Camille. Ella fue muy específica al indicarle la dirección.

Luego de una acalorada discusión con Eddie, Xander logró deshacerse de su amigo, el que no se cansó de repetirle que encontrarse con Camille, en el estado en que él se encontraba, era una pésima idea. No obstante, las ganas de Granderson por sacarse la espina que Shirley le clavó en el corazón, eran más grandes que su propio juicio.

Por su parte, Camille movió sus piezas. Era su oportunidad y no iba a desaprovecharla. Como siempre, era toda una maestra para la manipulación. Compararla con una loba era lo más idóneo. Esperaba con paciencia hasta que su presa estuviera vulnerable, y allí, justo allí, lanzaba su ataque mortal.

Con Xander no sería diferente.

Él sería uno más del montón.

Como todos con los que se encaprichaba, utilizaba y desechaba como si se tratara de un condón usado.

De manera anónima envió un mensaje de texto a algunos *paparazzi*, con la misma dirección que le indicó a Xander previamente.

Ella era especialista manipulando a los medios.

Cuando la stampa de Xander Granderson quedó a la vista de todos, las fotografías no se hicieron esperar. Captando cada uno de los movimientos del actor, desde que bajó de su coche hasta el momento que Camille abrió la puerta y lo saludó de una manera muy cariñosa.

—Bienvenido —dijo Camille, coqueta, al cerrarse la puerta.

—Gracias —masculló él.

—¿A que debo el honor de tu visita? —indagó ella—. Cuando recibí tu llamada, pensé que te habías equivocado de número.

Granderson se tambaleó un poco.

»¡Oh! Veo que estuviste divirtiéndote sin mi—comentó la mujer—. Toma asiento, por favor —con su mano señaló un amplio sofá de cuero en medio de la sala—. Iré a buscar algo para ti.

Para Xander, las cosas no estaban claras, de hecho, eran confusas. Se sentía mareado.

—¿Me prestas el sanitario? —preguntó, levantando la voz.

—¡Claro! Esta al final del pasillo, a la derecha —gritó ella desde la cocina, mientras le servía un buen trago de whisky a su futura víctima.

Xander se echó abundante agua en el rostro y se secó con una toalla que encontró. Se arregló el cabello y adecentó un poco su ropa.

Al mirarse al espejo, no logró reconocer al hombre que estaba frente a él.

«¿Qué estás haciendo?» Le preguntó la voz de su conciencia.

Cerró sus ojos con fuerza y unas lágrimas afloraron de sus ojos al revivir ese feo recuerdo.

Esos dedos tocando su piel. Esa boca besando su boca.

La ira se apoderó de él, una vez más.

Sintió náuseas.

Y de nuevo esas ganas de llorar.

Eran demasiadas emociones de sopetón.

Recordó a Matías, a Leonardo Angeles, a Ian Ducchers...

«¿También se habrá revolcado con ellos?».

Sus piernas flaquearon y tuvo que agarrarse con fuerza al lavabo para no caerse.

Metió su mano en el bolsillo de su camisa, sacó su móvil y volvió a revisar la lista de llamadas sin contestar. Había 11 de Shirley, de esa misma

tarde.

«Tal vez se percató de mi flores y el remordimiento no la deja en paz».

Rió con sarcasmo.

—¿Por qué lo hiciste? —dijo entre dientes.

De nuevo ese recuerdo.

Esos dedos tocando su piel. Esa boca besando su boca.

«¡Maldita sea!».

Cegado por la rabia, lanzó su móvil contra la pared y este se hizo añicos.

Camille, que estaba al otro lado de la puerta, tratando de escuchar que era lo que hacía Xander en su baño, dio un respingón al oír el golpe.

De repente, la puerta se abrió y Xander salió como un ciclón.

—¿Te encuentras bien? —indagó ella—. Escuché algo que...

Camille no pudo terminar de decir la frase, pues Xander la estampó contra la pared, haciendo que los vasos de vidrio que ella tenía entre sus manos, cayeran al suelo.

De manera brusca, él se apoderó de los labios de ella.

Xander tomó el rostro de Camille entre sus manos, sin detenerse un momento a ser delicado. La besaba con mucho ímpetu a medida que la aprisionaba con más fuerza contra la pared.

Camille estaba sorprendida, y de cierto modo se sintió agredida.

—¡Caramba Xander! ¿No te gustaría una copa primero? —logró decir casi sin aliento.

Él se separó de ella y la miró directo a los ojos.

—Dejémonos de estupideces. Esto es exactamente lo que querías. ¿No? —dijo él.

—Sí, pero pensaba que...

—¿Que te llevaría a cenar? ¿Qué te soltaría alguna clase de cursilería romántica para llevarte a la cama?

—¡Por supuesto que no! —dijo ella, mostrándose muy ofendida.

—A esto es a lo que he venido. No perdamos tiempo —Xander jadeó a la

vez que se desabotonaba la camisa.

Camille se sintió extraña, y no sabía porque. Estaba acostumbrada a tomar lo que quería y no lamentarse por nada.

Exacto.

Era eso.

Era ella quien tomaba, quien dominaba la situación y no al contrario.

Tomó una gran bocanada de aire y clavó su mirada sobre el hombre que estaba delante de ella. Lo deseaba con todo su ser, pero no podía permitir que el la tratar como un juguete. No. Ella no era el juguete de nadie. Ella era quien movía los hilos.

Dio un paso adelante, decidida a tomar las riendas.

Se acercó a Xander y lo agarró de la pretina del pantalón.

—¿Quieres jugar? —soltó la pregunta con malicia—. ¡Juguemos!

De un brinco, se abalanzó sobre él, chocando su boca contra la de él. Jadeó al sentir esa lengua tocando la suya. Esa deliciosa lengua.

Camille introdujo sus dedos entre los cabellos de Xander, y se sintió poderosa al percatarse que él se doblegaba ante ella.

Lentamente lo fue guiando hasta el sofá, donde ambos se precipitaron sin ninguna sutileza.

Con un movimiento raudo, Xander desagarró la blusa de ella, encontrándose con un par de senos voluptuosos, los cuales acunó entre sus manos, negándose a dejar de besarla en la boca. Poco a poco, sus dientes se resbalaron por su cuello, hasta llegar a su oreja, la cual torturó dando suaves mordiscos.

Las manos de Camille se dirigieron a la bragueta del pantalón de Xander, y con astucia la abrió. Deslizó su mano entre la tela que cubría su pene y lo sujetó con firmeza. Dio un apretón suave y siseó al sentir lo duro que estaba.

Xander abrió los ojos y hubo algo dentro de él, que lo hizo reaccionar. Algo que no lograba entender.

Miró a la mujer frente a él y se sintió miserable.

No era su esposa.

—No —dijo él y dio un brinco hacia atrás—. No puedo hacerlo.

—¿Qué? —Camille estaba abrumada de tanta excitación que sentía—.

¿Qué estás diciendo?

Él meneó su cabeza repetidas veces.

—Yo hice una promesa —murmuró, con la mirada divagante.

—¿Xander? —Camille rió nerviosamente—. ¿Estás bromeando, verdad?

El nombrado sacudió su cabeza y logró espabilar. Era como si hubiese despertado de un largo sueño. Se agachó y se subió el pantalón, tomó su camisa, la que había caído en el suelo y se apresuró en ponérsela, a medida que se encaminaba hacia la puerta. Dispuesto a marcharse de allí. Su rostro parecía el de alguien que acababa de ver un fantasma.

»¿Xander? —Camille odiaba ser rechazada—. ¡XANDER! —gritó al notar que el hombre no se detenía—. Vuelve acá. Sé lo suficiente hombre para terminar lo que comenzaste —continuó vociferando ella.

Él abrió la puerta y salió casi corriendo, abrochando los botones de su camisa. Ni siquiera se atrevió a mirar hacia atrás. Temía que si lo hacía, su ego de hombre lo animara a volver y cometer el peor error de su vida.

Llegó a su auto y subió en él. Se aferró al volante con manos temblorosas.

—Yo hice una promesa —repitió la frase entre dientes—. Y si mi esposa no pudo cumplirla, yo si lo haré.

Puso el coche en marcha, y se largó.

En la distancia, los lobos observaban en silencio. Carroñeros que se regodeaban con las desgracias ajenas, fotografiaban el momento en que Xander Granderson le era infiel a su esposa, con nada más y nada menos que con Camille Wawrowski. Una mujer con una reputación bastante cuestionable.

Al amanecer, se desataría una gran tormenta.

Capítulo 16

*She told me, don't worry about it
She told me, don't worry no more
We both know we can't go without it
She told me you'll never be in love, oh, oh, woo*

El sol brillaba con intensidad en lo alto de cielo londinense. Era una mañana muy especial, pues un clima tan cálido no era común en la capital inglesa. A Geraldine le encantaban los días así, y era por días así, que muchas veces había bromeado con su jefe diciéndole que se marcharía a América, precisamente a Los Angeles, cuando se le presentara la oportunidad, pero lo cierto era que Aaron Wickerman se volvería loco si le llegase a faltar su asistente.

*I can't feel my face when I'm with you
But I love it, but I love it, oh
I can't feel my face when I'm with you
But I love it, but I love it, oh*

El súper éxito de *The Weeknd* sonaba a todo volumen en los auriculares de su iPod, mientras esperaba en la fila de la cafetería a ser atendida. Como todas las mañanas, estaba allí para pedir el acostumbrado *Caramel Macchiato* sin azúcar para su jefe

Pagó su orden y salió a toda prisa hacia la agencia, pero antes de subir a su coche, hizo una parada en el puesto de revistas que estaba en la esquina, para adquirir el periódico del día. Aaron se lo agradecería mucho.

Saludó al dueño del kiosco, tomó el periódico y cuando estaba a punto de darle el dinero al dependiente, su mirada atónita se fijó sobre una hilera de revistas que colgaban en un lateral de puesto.

Los ojos casi se le salen de sus cuencas al leer el apellido “Granderson”

en por lo menos siete magazines diferentes.

Ruptura en puerta.

Los Granderson, ¿en crisis?

Xander Granderson vuelve a sus andanzas.

Wawrowski y Granderson, ¿tienen un romance?

¿Ward y Sandoval? Granderson encontró la manera de vengarse.

Geraldine sintió que se le bajaba la tensión al leer cada uno de los enunciados en las portadas de aquellas revistas, los cuales estaban acompañados de imágenes de Xander entrando a lo que se suponía era la casa de “su amante”, fotos del altercado entre él y Marcus Ward, imágenes de Shirley y Xander...

Rápidamente tomó todas las revistas que tenían imágenes de Granderson en la portada, pagó y corrió hacia su auto.

Aaron resopló y se removió sobre su silla. Había recibido una llamada de un importante director que insistía en que Xander fuera el protagonista de su próxima película. Al parecer la polémica reciente había hecho que su cliente volviera a estar en los rankings de popularidad.

—Lo siento, pero no —se volvió a negar—. En este momento, mi cliente no está en condiciones de trabajar con nadie.

—*¿Entonces porque están haciendo tantos esfuerzos por convertirlo en tendencia?* —indagó el hombre al otro lado de la línea.

—*¿De qué estás hablando?* —Wickerman frunció el ceño.

—*No es el mejor tipo de publicidad, pero admito que es efectiva. Esa pelea entre él y Marcus Ward, sí que fue un movimiento inteligente. ¿De quién fue la idea? ¿Tuya o del agente de Ward?*

—Eso es algo entre ellos dos —Aaron resopló con hostilidad—. Y te aseguro que no fue una treta publicitaria.

—*Como sea. ¿Lo de Camille Wawrowski, fue idea tuya o de su agente?*

Aaron sacudió la cabeza, como si eso fuese a disminuir la confusión que sentía.

—Ahora sí que me perdí. ¿De qué hablas?

La atención de Wickerman fue captada por Geraldine, que acaba de atravesar la puerta de la oficina, como un huracán. El rostro de su asistente denotaba pánico. No tuvo necesidad de preguntarle que le sucedía, pues la mujer dejó caer en su escritorio, el montón de revistas que traía entre sus brazos.

Aaron sintió que se iba a desmayar al ver porque su asistente irrumpió en la oficina de esa manera.

»Oye, Leonard, te llamo luego. Se me acaba de presentar un inconveniente —dijo y finalizó la llamada sin ningún tipo de protocolo—. ¿Qué diablos es eso? —palideció.

—Es la noticia del día. Está en todos lados. La web está inundada de eso.

Wickerman tomó una de las revistas y la miró con detenimiento. La imagen central mostraba a Xander saliendo de casa de alguien, con la camisa a medio abotonar. A un lado, en un círculo superpuesto sobre la imagen principal, se veía a alguien en la puerta de esa casa, desconocida para el agente. Al observar con más detenimiento, reconoció a la mujer.

—¡Oh por Dios! ¿Esto es cierto? ¿Es Xander?

Geraldine se encogió de hombros.

—Si no es, se parece muchísimo a él.

—¿De cuándo es esto? —Aaron se desesperó buscando la información.

Las manos comenzaron a temblarle.

—Allí dice que fue ayer —respondió la asistente.

—¡Mierda! ¡Que rápidos son!

—Con una noticia tan polémica como esa, son muchos los que compiten por la exclusiva. Ninguno quiere quedarse atrás.

—¡Madre santa! Xander va a terminar acabando conmigo.

Shirley abrazó con fuerza a su pequeño. Siempre le costaba despedirse de él, aunque fuera por unos pocos días. Deseaba con todo su ser poder llevárselo con ella a América, pero en tres días comenzaría la escuela. No podía faltar.

Le dio un besito en la nariz al separarse de él.

—¿Cuánto tiempo vas a tardar? —indagó el pequeño, con esa tierna vocecita que le enternece el corazón.

—Solo serán dos semanas. Acabaré rápido y estaré de regreso antes de tu cumpleaños.

—¿Me traerás chocolates?

—Sí, mi amor. Muchos chocolates. De todos los tamaños y colores —contestó la madre con una radiante sonrisa—. Dale un beso a mami.

August se acercó a su mami y la abrazó con fuerza, estampando sus diminutos labios en la mejilla de ella.

—Te quiero mami —dijo y salió corriendo hacia la sala, donde continuaría viendo las aventuras de *Masha y el Oso*.

Shirley se quedó de pie allí, mirando como su hijo se alejaba.

«Crece tan rápido», pensó.

Sintió una mano en su hombro. Era su suegra.

—Muchísimas gracias, Alyssa, por lo que haces —dijo Shirley.

—No tienes por qué agradecer. Es mi nieto, y lo hago con todo el amor. Tenerlo por acá me llena de dicha —giró su cabeza y lanzó una mirada a su nieto—. Es como ver a Xander cuando tenía su edad.

—Por suerte y se parece bastante a él, sino diría que no es suyo.

—¡Oh! No digas eso. Tal vez Xander ande un poco paranoico últimamente, pero él te ama y confía en ti, es solo que...

—Sí. Lo sé —Shirley interrumpió a su suegra—. Es su estado depresivo, que lo hace susceptible y un tanto desconfiado.

La señora Shelley sonrió. Quería mucho a su nuera, pues sabía que era

una buena mujer que adoraba a su hijo.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —preguntó la señora Alyssa, cambiando el tema. No quería seguir ahondando en un asunto que por lo visto, le incomodaba a Shirley.

—En tres horas, pero debo pasar por la agencia a finiquitar algunas cosas con Aaron.

La madre de Xander pudo percibir cierto atisbo de melancolía en la voz de su nuera. Sabía que las cosas entre ella y su hijo no estaban bien, y se aventuró a indagar un poco.

—¿Hablaste con él después de lo que pasó? —Alyssa se refería al altercado con Marcus Ward.

—No. Hace dos días que no sé de él. Ayer... —Shirley dudó en si contarle o no—. Ayer sucedió algo —titubeó.

—¿Qué pasó?

—Xander fue a buscarme al hotel. No sé cómo dio conmigo, pero seguramente se valió de sus encantos para conseguirlo. Supe que estuvo en mi habitación, porque dejó un ramo de flores en la entrada de mi habitación.

—¡Eso es hermoso! —comentó Alyssa notablemente ilusionada—. ¿Trataste de comunicarte con él?

—Sí, pero...

—Un momento. ¿Por qué dejaría las flores y se marcharía? Dijiste que logró colarse en tu habitación —Alyssa estaba confundida. No era una conducta típica de Xander.

Shirley se llevó las manos a la cabeza y resopló.

—Ay, Alyssa, creo que Xander me odia.

—¿Pero qué dices? ¿Por qué te odiaría?

—Porque creo que vio algo que no se suponía que viera, pues ahora cree algo que no es.

Alyssa frunció el ceño. No lograba entender a Shirley.

—¡Mami! —la voz de August hizo que las dos se voltearan en dirección

a la sala—. ¡Papi está en la tele!

Ambas se apresuraron en llegar a donde se encontraba el niño.

—¡August! —Lo reprendió la abuela—. Te he dicho que no me gusta que juegues con el control remoto—. Se giró hacia Shirley—. No me gusta que vea esos programas...

—Yo no fui. Fue Lulú —el pequeño señaló con su manito hacia el sofá, donde Alyssa pudo ver a la gata angora que le obsequió su hija Elyse, dos meses atrás, para que le hiciera compañía, parada sobre el control del televisor.

—... *es que después de la disputa entre Marcus Ward, y estas imágenes comprometedoras entre Xander Granderson y Camille Wawrowski, es evidente que el matrimonio de los Granderson se está cayendo a pedazos.*

Shirley y Alyssa se quedaron de una pieza ante el comentario. En la pantalla del televisor se mostraban un par de imágenes donde se veía a Xander llegando a casa de... ¿Camille?

«¿Qué coño hacía Xander en casa de esa mujer?». La pregunta resonó en la mente de la señora Granderson.

Otra imagen, una de Xander, saliendo de la casa de... ¿su amante? ¿Había oído bien? El de la televisión había dicho que su esposo estaba teniendo una aventura con otra mujer, y que esa mujer era nada más y nada menos que...

«Esa maldita zorra».

Shirley sintió que la furia se apoderaba de ella, y el deseo incontrolable de asesinar a su marido, fue inminente. Pero fue un sentimiento pasajero. En cuestión de segundos, sus ojos estaban empañados, y lágrimas caían a raudales por sus mejillas.

Xander abrió los ojos de golpe. Ese maldito teléfono sonando, era la

reencarnación del mal. Sentía que su cabeza iba a estallar, y se vio tentado a levantarse, lanzar esa máquina infernal contra la pared y destrozarla como hizo con su móvil. No quería hablar con nadie. Solo quería dormir y olvidarse del mundo por un par de horas más, pero el condenado teléfono no dejaba de sonar. Se detenía por breves segundos y volvía a repicar otra vez.

Se incorporó de mala gana sobre la cama y se llevó las manos al rostro para espabilar un poco. Lentamente se puso de pie y se encaminó hacia donde provenía ese endemoniado sonido.

—Diga —contestó, negándose a abrir los ojos por completo. Su voz sonó más ronca de lo normal.

—*¡Felicidades! Hasta que por fin lo lograste* —la voz de Wickerman destilaba sarcasmo.

—¿Aaron? ¿De qué estás hablando? —Xander indagó.

—*Si querías mandar todo a la mierda, tan solo tenías que decírmelo. A mí se me habría ocurrido una manera más sutil de hacerlo.*

Xander rió nerviosamente.

—De verdad no entiendo absolutamente nada de lo que estás diciendo...

—*¿Qué hiciste ayer, Xander?*

—Yo...

—*Luego de irte a emborrachar, fuiste a parar en casa de Camille Wawrowski, hacer sabe Dios qué cosa...*

—¿Qué? —Granderson frunció el ceño—. ¿Cómo coño sabes eso?

—*¡Todo el mundo lo sabe!* —vociferó Aaron.

—Entre Camille y yo no pasó nada, solo un beso y tal vez un poco de...

—*¿En serio?* —Lo interrumpió el agente—. *No quiero conocer los detalles.*

—Pero no sucedió nada, yo me fui antes que sucediera algo de lo que pudiera arrepentirme.

—*Eso díselo a la prensa, que anda haciendo pedazos tu imagen y tu reputación.*

—¿Qué tiene que ver la prensa con todo esto?

—¡Xander! —Wickerman estaba exasperado—. *Hay fotos tuyas, entrando y saliendo de casa de esa tal Camille, adornando portadas de revistas, ¡en la primera plana de periódicos! Imágenes de ustedes en una posición bastante comprometedoras. ¿Cómo rayos lograron hacerse con tan buenas tomas? No tengo ni idea. Lo cierto es que...*

—Camille —Xander musitó el nombre—. Fue ella. Eddie me advirtió, pero no le hice caso.

—*Tu nunca le haces caso a nadie.*

—¡Por Dios! ¡Shirley! Tengo que hablar con ella...

—*No creo que sea buena idea. Acaba de estar aquí, hecha una furia, y me ha comentado que...*

—¿Qué? ¿Qué te dijo?

—*Xander... ella... quiere divorciarse de ti.*

—¿Qué? Pero no hice nada con Camille, es solo un malentendido.

—*No Xander. Esto solo fue la gota que rebasó el vaso. Tu matrimonio pendía de un hilo. Yo te lo dije.*

—No. Debo hablar con ella y decirle que...

—*Eso será imposible. Ella acaba de abordar un vuelo con destino a Los Angeles.*

—¿Qué? Debo ir. Por favor, telefona a la agencia de vuelos y...

—*No lo hagas, Xander. Dale tiempo al tiempo. Deja que las cosas se calmen.*

—No me digas que hacer. No puedo simplemente dejar las cosas así. Shirley cree que...

—*Shirley cree que eres el imbécil más grande del mundo, y lo primero que hará al verte será abofetearte. Es mejor que dejes que se calme un poco.*

—¿Y si cree que ella no me importa? ¿Por no ir tras ella?

—*Déjale un mensaje diciéndole lo mucho que te importa. Tal vez no lo lea ni lo oiga de inmediato, pero lo hará algún día, y sabrá que estás arrepentido.*

Pero por el amor de Dios. Por lo que más quieras, no vayas a buscarla.

—No lo sé, Aaron. Debo verla y decirle que...

—*¡Maldita sea, Xander! Por una vez en tu vida, hazme caso — Wickerman perdió la poca paciencia que le quedaba—. En este instante, todos están pendientes de que des un paso en falso para destruirte. Ir a los Estados Unidos no es sensato. Allí solo serás blanco fácil para esos carroñeros que solo les importa hundirte para surgir ellos.*

—¿Y qué pretendes que haga?

—*Esperar. Dos semanas pasan rápido. En menos de lo que crees, Shirley estará de regreso y podrán charlar con calma.*

—¿Y si ella no quiere hablar conmigo?

—*Te inventas un modo. ¿Yo que sé?* —Aaron estaba muy molesto.

—De acuerdo. Por una vez en la vida, te haré caso.

—*¡Vaya! ¡Gracias por eso!* —Dijo el agente con sarcasmo—. *Tómate este tiempo para organizarte y pensar muy bien las cosas.*

—Bien. Lo haré.

—*Por favor, procura no involucrarte secretamente con otras mujeres, no le compres drogas a un contrabandista, ni hagas cualquier cosa que llame la atención de los medios.*

—Ja ja ja. Muy gracioso —Xander soltó un poco de ironía—. Crees que yo propicié todo esto.

—*Tan solo intenta mantenerte bajo perfil* —dijo Aaron con notable hostilidad—. *Yo me dejaré la piel intentado desmontar todo este circo que se ha montado la prensa.*

Fue el viaje más largo de su vida. La tristeza, la ansiedad y la rabia, no eran sensaciones que se mezclaran bien, además de la sensación de vacío que la embargaba. Con 36 años de edad, Shirley sentía que su vida no había cambiado casi nada en 10 años, desde que llegó a Londres con una maleta cargada de

sueños, a excepción de que tenía un precioso hijo y una carrera prominente en Hollywood. Sin embargo era su corazón el que no sentía la diferencia.

La escena se repetía, solo que el escenario era distinto. Arribaba sobre suelo americano, con una maleta cargada de desilusiones. Pensar en su esposo, compartiendo su lecho con otra mujer, la llenaba de dolor.

Cinco años hermosos junto al hombre que amaba. Esa había sido la duración de su felicidad, luego la enfermedad de Katherine, hizo que un enorme abismo se abriera entre los esposos, dando paso a una relación frágil, donde la confianza se fue perdiendo poco a poco.

De cierto modo, ella también se sentía culpable por lo que sucedió, pues de nunca haber permitido que Marcus se tomara tantas atribuciones, no habría ido a buscarla en su hotel ni mucho menos la habría besado. Xander no habría tenido que presenciar nada de aquello.

Ella trató de comunicarse con él en el instante que se percató de las flores, pero todo intento fue en vano. Lo que nunca imaginó era que Xander fuese a tomar represalias de aquella manera, por creer algo que no era.

Todo eso se habría podido evitar de haberse sentado a charlar con su esposo, pero lamentablemente, la comunicación entre ellos, era casi nula. Tenían más de dos meses sin siquiera rozarse la mano. La relación de ambos era fría y el matrimonio se estaba yendo al carajo.

Cuando llegó a su hotel, decidió relajarse un poco y dejar de pensar tanto. Sin embargo, fue imposible. No podía dejar de pensar en que su esposo le había sido infiel.

Fuese lo que fuese, lo que lo motivó, no tenía justificación alguna. Lo que Xander hizo era una traición. Y Shirley no podía lidiar con eso. Podría perdonarle cualquier cosa, menos eso.

Encendió su móvil para llamar a August y se percató de que tenía varios mensajes de voz y muchos mensajes de texto. Todos de Xander. No tenía ganas de escucharlo ni mucho menos oír sus explicaciones, así que optó por descartar todo. Llamó a casa de su suegra, conversó un rato con su hijo y apagó su

móvil de nuevo. No quería que nadie la molestara.

Tomó una ducha caliente y se preparó para descansar. No obstante, no pudo conciliar el sueño. Las lágrimas no la dejaron. Los recuerdos bellos junto a su esposo se veían empañados por esas imágenes que vio horas antes. Las de Xander con esa mujer, que ahora, ante los ojos del mundo, era la amante de su esposo.

La función debe continuar.

Fue lo primero que se dijo al abrir los ojos. Si había dormido veinte minutos, era mucho.

Salió de la cama y se preparó mentalmente para el largo día que tenía por delante. Rueda de prensa, sesión de fotos y estreno en la noche. Si eso se repite a diario por 15 días, viajando a través de distintas ciudades de Estados Unidos, se obtiene a una muy agotada Shirley. Al menos, no tuvo tiempo de ocio, para ponerse a pensar en lo moribundo que se encontraba su matrimonio.

Por el bien de todos, Marcus Ward decidió mantenerse al margen de todo. De hecho, por consejo de su agente, comenzó a salir con una linda reportera. Shirley tuvo que lidiar con todos los rumores que giraban en torno a ella y Xander.

Faltando cinco días para regresar a Londres, donde tendría que asistir a otra premier, antes de partir hacia Manchester, ella se encontraba en la habitación de su hotel, en Boston, tomándose una copa de vino mientras esperaba que fuesen las cuatro de la tarde en Inglaterra, para poder llamar a August. Esa era la hora que él llegaba de la escuela.

Su móvil sonó, y Shirley se vio tentada a ignorar la llamada entrante de su amiga Anette, pero decidió contestar. Al fin de cuenta estuvo evitándola durante las últimas dos semanas.

—Hola Anette —saludó.

—*¡Dios! Hasta que por fin contestas* —dijo la emocionada amiga.

—Lamento mucho no haberte respondido anteriormente, pero no quería hablar con nadie.

—¿Ni siquiera con tu mejor amiga? —Anette sonó indignada.

—Ehmm... supongo que yo...

—Ay amiga, me enteré de lo que sucedió. Xander es un...

—No quiero hablar de eso —Shirley la interrumpió.

—¿Y entonces de qué? Se supone que para eso son las amigas, para hablar de estas cosas.

—¿Cómo están Matías y la pequeña Kelly? —Shirley no tenía ganas de hablar de sus problemas.

—Ellos están bien. Bonitos y gorditos, pero no te llemé para hablar de mi esposo y mi hija, sino de ti. Amiga, ¿estás bien?

Shirley cerró los ojos con fuerza y pensó una respuesta para esa pregunta. ¿Estaba bien? ¿La verdad? No.

—¿Cómo se supone que esté bien? Mi esposo me engañó con la zorra de Hollywood —la voz se le quebró.

—He escuchado muchas cosas de esa mujer. ¿Es cierto que cambia de novio como si cambiara de calcetines?

—Y no le basta acostarse con todos los solteros apuestos. ¡No! Ella debe ir tras los casados.

—Supe que ella también tuvo que ver con el divorcio de Eddie Connery —comentó Anette.

Shirley no pudo soportarlo más. Se quebró.

—¡Joder! ¿Por qué tuvo que hacerlo? —sollozó—. Ambos lo prometimos. Ser fieles y amarnos hasta el final de nuestras vidas.

—Amiga, cuanto quisiera poder tomar el primer vuelo, ir y abrazarte, darte mi apoyo y decirte que todo va a estar bien, pero hoy se estrena mi obra.

—A veces pienso que cometí un error. Tal vez esta vida no es para mí...

—No quisiera decir que te lo dije, pero ¿recuerdas cuando te dije que este mundo no era fácil? ¿Qué tenías que pensar bien las cosas antes de arriesgarte a tener una vida junto a Xander? Lamentablemente, la reputación de Xander le preside. En el pasado fue bastante... ¿inestable? Sentimentalmente hablando,

claro.

—Sí. Lo recuerdo. ¿Pero a que te refieres con eso de “la reputación de Xander” y con su “inestabilidad emocional”?

—*¡Oh vamos! Tu mejor que nadie lo debes saber. Al fin y al cabo, eras su más ferviente fan. Antes de estar contigo, estuvo comprometido en dos oportunidades. Ambas relaciones finalizaron por una infidelidad de él. A Adeline la dejó por una compañera de trabajo. A Anna Ferguson la dejó por... ti. Sabías exactamente donde te estabas metiendo, y aun así decidiste lanzarte a la aventura.*

Las palabras de Anette se colaron en lo más profundo de la conciencia de Shirley, haciéndola recordar muchas cosas. La manera en cómo comenzó su relación con Xander, no era la más idónea. Ella misma cometió adulterio y le causó mucho daño a Matías. Tal vez, eso que estaba viviendo, la traición de Xander, era solo parte de su karma. Tal vez le llegó el momento de rendirle cuentas a la vida.

De repente, sintió que ese “futuro incierto” que Anette le auguró hace varios años atrás, comenzaba a cobrar vida. Su presente estaba sobresaturado de incertidumbre y tristeza.

Ella no iba a ser capaz de sobrellevar todo lo que se le avecinaba.

«Es cierto. Si dejó a Anna por mí, ¿Quién me asegura que no me dejará a mí por otra mujer?». Ese pensamiento retumbó con furia en su mente. «Si le perdono una vez, lo volverá a hacer, y yo lo seguiré perdonando, porque lo amo. Nunca seré feliz, sabiendo que él duerme con otra». Más y más pensamientos se arremolinaron en su cabeza.

Shirley sintió que el corazón se le partía en mil pedazos, las lágrimas caían a borbotones por sus mejillas y su vida... se desmoronaba a sus pies.

Había una salida. Era lo mejor para todos, aunque ameritara tener que atravesar por un tedioso proceso legal, hundirse en papeleos, ser la comidilla de la farándula y renunciar al apellido Granderson.

—¿Shirley? —Anette tanteó—. ¿Estas allí? ¿Shirley?

No hubo respuesta.

Una semana después.

Si Xander continuaba caminando de un lado al otro, como lo estaba haciendo, de seguro abriría una zanja en el suelo. Aaron se limitó a seguirlo con la mirada.

—Ten paciencia. Te devolveré la llamada en cualquier momento —dijo el agente.

—Me odia —farfulló Xander—. Sé que me odia.

—No digas estupideces. Apenas llegó ayer. Tal vez ha estado ocupada con...

—Le dejé treinta mensajes en su contestadora, ayer. Podría haberme mandado un miserable mensaje.

—Ya sabes lo difícil que son las mujeres. Pueden pasarse toda la vida molesta con uno...

—Ella no es así. Al menos no lo era.

—Tú lo dijiste. “No lo era” —Aaron dibujó las comillas en el aire, con sus dedos.

—Debería haber regresado a casa. ¡Este es nuestro hogar!

—Tal vez ella no ha tenido tiempo de pensar las cosas bien. Dale más tiempo.

—¡Me voy a volver loco! ¿Es que acaso no lo entiendes?

El timbre sonó, haciendo que el corazón de Xander se acelerara.

»Es ella —musitó—. ¡Es ella! —exclamo y salió corriendo hacia la puerta principal—. Es posible que haya perdido su llave —dijo entre dientes mientras caminaba.

Se detuvo frente a la puerta, tomó una onda inhalación y abrió.

Su decepción fue tremenda al ver que no era su esposa.

»¿Quién es usted? —le preguntó a caballero delante de él.

—Traigo un paquete para usted, señor Granderson —contesto el hombre. Xander miró el sobre con recelo.

—¿Qué es eso? —indagó.

—No lo sé. Mi trabajo es entregarlo. Nada más. Firme aquí, por favor.

Xander hizo lo que le pedían, tomó el paquete entre sus manos, se adentró en la casa y cerró la puerta. Caminó hacia la sala, sintiéndose muy confundido.

—Veo que no era Shirley —dijo Aaron al verlo aparecer de nuevo—. ¿Quién era?

—Un mensajero trajo esto —Xander agitó el sobre en el aire.

—¿Y qué es?

—No tengo ni la más mínima idea.

—¿Y que estas esperando para abrirlo? —Wickerman se puso de pie y se acercó a su amigo.

Xander procedió a romper el precinto de seguridad del sobre, y abrirlo. Al hacerlo, se percató de la naturaleza de su contenido.

—Es una carpeta —balbuceó Xander.

—¡Que raro! ¿Y que contiene? —Aaron trató de ojear por encima del hombro de Xander.

Una a una, fue pasando las hojas que estaban dentro de la carpeta. Sintió una corriente helada recorriendo su espalda al darse cuenta de lo que se trataba. Palideció, y Aaron lo notó.

»¿Qué es? —insistió Wickerman.

—Es una demanda de divorcio —respondió Xander con un hilo de voz.

—¡Vamos! —Shirley apremió a su hijo—. Despídete de tu abuela.

August hizo un puchero.

—¿Por qué no podemos quedarnos? ¡Quiero ver a papá! —protestó el

niño.

—Solo será por un par de días. Viajaremos por carretera. Sé lo mucho que te gusta hacerlo —comentó Shirley, tratando de convencerlo.

—No hace falta que te vayas. Puedes quedarte el tiempo que necesites —dijo Alyssa.

—No puedo. No estaría bien. No me sentiría cómoda. Es este momento, Xander debe estar recibiendo los papeles del divorcio.

La señora Shelley chasqueó la lengua y se mostró muy afligida.

—¿Estás segura de esto, hija? Ustedes dos se aman.

—A veces el amor no es suficiente, señora Alyssa.

—¡Wow! No me di cuenta en que momento dejé de ser simplemente Alyssa para convertirme en señora Alyssa —la madre de Xander hizo notable énfasis en la palabra señora.

—Lo siento mucho —murmuró Shirley.

—Eres la madre de mi nieto. No quiero que levantes un muro entre nosotras. ¿De verdad estás segura de esto? —la madre volvió a insistir en el tema.

—Sí, Alyssa. Es lo mejor para ambos. Las cosas entre Xander y yo han ido de mal en peor, durante el último año. Si continuamos el camino que llevamos, pronto la convivencia se tornará una pesadilla. No quiero que August se vea atrapado en medio de todo eso.

—Es lo mejor para ambos —Alyssa repitió las palabras de su nuera, como tratando de encontrarle un significado—. Es lo mejor para ti y para Xander. ¿Pero qué es lo mejor para August?

—Que sus padres no lleguen a un punto donde deseen matarse el uno al otro. No quiero tener que llegar al día en que no sienta ni una pizca de amor por Xander. Que la rutina termine de matar lo bueno que queda en nosotros. En este momento me siento asfixiada de tanto...

—Dense un respiro, dialoguen, comuníquense. Dense una oportunidad. Ambos hicieron una promesa. ¡Hónrenla!

—Qué más quisiera yo, pero ni siquiera soy capaz de mirarlo a los ojos. Siento tanta ira, tanto dolor...

—Si te digo que las cosas no son como crees...

—No le creería. Usted es su madre. Siempre estará de parte de él. Pase lo que pase, usted meterá las manos en el fuego, por él.

—Ay, hija. Veo que nada de lo que te diga, te hará cambiar de opinión, pues ya has tomado una decisión.

Tres días después.

Marcus se sentía muy incómodo por estar allí. Una parada en Londres no era algo que le hiciera mucha ilusión, y mucho menos después de lo acontecido unas semanas atrás. Temía que en cualquier momento, Xander Granderson se cruzara en su camino y terminara lo que comenzó, pero Avril, la hermosa rubia con la que comenzó a salir hace un par de semanas, le comentó lo feliz que sería al visitar la capital inglesa, y él, como buen caballero, la complació.

¿Qué tenía de malo aprovechar el tiempo?

Antes de ir a Manchester, la pareja pasaría un lindo fin de semana en la bella ciudad nublada.

Por orden de su agente, Marcus debía ir a todas partes con un guardaespaldas. Un hombre de 1.93 m. de altura y casi 220 libras, musculoso y cara de pocos amigos. Morgan era su nombre.

El destino tenía que ser una puto sádico, porque de todos los lugares en Londres, justamente tenía que entrar a la misma cafetería donde se encontraba la última persona que deseaba encontrarse.

Se percató de la presencia de Xander Granderson al final del local, gracias a un turista que no dejaba de dar brinquitos y decir lo feliz que estaba de haberse topado con una celebridad. Sin embargo, en cuestión de segundos, Granderson dejó de ser el centro de atención, y en su lugar, Ward acaparó las

miradas de todos los presentes.

Xander puso los ojos en blanco al notar que Marcus Ward estaba a escasos metros de él, siendo vitoreado por una decena de personas, más o menos. Terminó de beberse lo que le quedaba de su café, de un sorbo, se apresuró a pagar la cuenta y salir de ese sitio. No tenía intención de dar un espectáculo frente a esa gente.

En el momento que Marcus vio que Xander salía de la cafetería, intentó escabullirse y seguirle, pero Morgan se interpuso en su camino y negó con la cabeza.

—A un lado —dijo Marcus—. Necesito hablar con él.

De cierto modo, Marcus sentía que le debía eso a Shirley. Aclararle las cosas a Xander.

—Lo siento, pero el señor Rick me dijo que...

—Rick trabaja para mí —Ward interrumpió a su cuidador—, y por ende tú también trabajas para mí. A un lado. No te lo diré dos veces.

Morgan se hizo a un lado.

—Espérame aquí —le dijo Marcus a Avril. Ella asintió con la cabeza.

Ward se apresuró a alcanzar a Xander. Algo dentro de él, demandaba que hiciera algo. Sabía que Shirley estaba sufriendo mucho, y a pesar de lo sucedido, Marcus la apreciaba muchísimo.

—¡Xander! —logró decir antes de que este se subiera a su coche.

El nombrado se vio tentado a ignorarlo e irse de allí, pero había mucha insistencia en la voz de Marcus.

—Oye, de verdad no quiero líos contigo —dijo Granderson al girarse—. Mi abogado está disponible para cuando desees hablar con él y...

—No he venido a hablar de eso. Vine a decirte que entre Shirley y yo nunca hubo nada. Ella y yo...

—¡Jah! Sí que eres caradura al venir a decirme eso.

Marcus frunció el ceño.

—Es verdad. Entre ella y yo no pasó nada.

—Los vi —indicó Xander—, en el hotel. Vi como ustedes se besaban y lo mucho que ella lo disfrutaba. Pero eso ya no importa. Ahora que nos vamos a divorciar, ella será libre para hacer lo que quiera. Nada le impedirá estar contigo.

—¿Van a divorciarse? —Marcus estaba sorprendido.

—¡Como si no lo supieras! —dijo Xander con sarcasmo.

—No, Xander. No tenía idea.

—Como sea —Granderson farfulló y se giró hacia su coche para subirse en él, pero la mano de Marcus, sujetando su brazo, frenó su movimiento.

—No sé hasta qué punto viste u oíste, pero aquel día, en el hotel, yo la besé, lo confieso. Sin embargo, ella me dejó muy claras las cosas. No quería, no quiere ni querrá algo conmigo. ¡Joder! Esa mujer te ama demasiado. La manera en que brillan sus ojos cuando me habla de ti, me hace sentir envidia, porque tal vez nunca llegue a encontrar a una mujer que me ame de la manera en que ella te ama a ti.

Xander escuchaba con mucha atención.

»Te respeta, y me lo dejó claro cuando me pidió que nunca más me volviera acercar a ella. Nunca pretendí que las cosas terminaran así, pero cuando supe que ustedes tenían problemas, vi la oportunidad perfecta para dar el paso, decirle lo que sentía... pero resultó un desastre total. Le pidió a la casa productora que reservara habitaciones, para ella, en distintos hoteles a los míos, para ni siquiera toparse conmigo en los pasillos, durante toda la gira por Estados Unidos. No me dirige la palabra. Solo posamos para las cámaras porque lo solicita el contrato que ambos firmamos hace un año.

—¿Me estás diciendo que tú y ella no son....

—¿Amantes? Pfff... No —Marcus lo interrumpió.

Xander estaba estupefacto.

—Quería que lo supieras. ¡Joder! Mi madre sufrió mucho por culpa de un tercero que se entrometió entre mi padre y ella. Jamás haría algo parecido a lo que le hizo mi padre a mi madre. No quiero ser la manzana de la discordia.

Si tú y ella llegan a divorciarse, que sea por diferencias que no pueden solucionar, no por mí.

En ese momento, Xander se sintió estúpido por haber sido impulsivo y reaccionar de la manera que lo hizo, yendo a casa de Camille y metiéndose en el lio que se metió.

—Créeme, tú no tienes nada que ver con todo lo que está sucediendo — musitó.

—¿No? —Marcus arrugó el entrecejo—. Pensé que...

—Fui yo quien lo arruinó todo. Y creo que ya es demasiado tarde para enmendarlo.

—Tal vez no —dijo Marcus y una sonrisa se dibujó en sus labios—. Si de verdad la amas, debes luchar por ella. Entre ustedes dos hay algo muy especial. No dejes que se muera.

Una semana después.

La fría mañana de Londres, no contribuía en lo más mínimo con el estado anímico de Xander, quien miraba por la ventana.

Afuera hacían unos 11°C aproximadamente y para más colmo, llovía.

«Tal y como llueve en mi corazón», pensó.

Se giró de golpe en cuanto sintió que alguien entraba en su estudio.

—Van a ser las nueve, tesoro —le dijo su madre.

Xander asintió con la cabeza y sonrió a medias.

—Enseguida salgo —le indicó él.

Se giró nuevamente hacia la ventana y miró como Londres compartía su dolor. Estaba muy triste, pero debía hacer de tripas corazón, pues él mismo se lo buscó.

Tomó su billetera y se la metió en el bolsillo del pantalón. Acomodó su corbata frente al espejo e inhaló profundo.

«Al mal paso, mejor darle prisa».

Salió de su estudio, sintiendo como el corazón se negaba a aceptar su realidad.

La amaba con todas sus fuerzas y siempre lo haría.

Se subió en su auto y lanzó una rápida mirada a su madre, quien lo miraba desde la puerta de la casa.

Alyssa podía sentir el dolor de su hijo como si fuese el suyo propio.

«Que Dios te dé fuerzas, hijo», fue su deseo.

Sin darle más preámbulo al asunto, puso el auto en marcha.

Llegó a un elegante edificio al cabo de casi media hora de camino.

Si hubiese podido retroceder el tiempo, Xander lo habría hecho, así podría evitar lo que sucedió.

«El error más grande de mi vida».

¿Cómo pudo ser tan tonto como para caer en la tentación? Él lo prometió, pero no lo cumplió. No confió en ella. Rompió la sagrada promesa que le hizo a su esposa y debía asumir la responsabilidad de sus actos.

La vio.

En la distancia pudo percibir la figura de la señora Granderson y junto a ella su pequeño August.

Sintió que el estómago se le revolvió, pues se suponía que el niño no debía estar allí.

—¿Por qué lo trajiste? —le preguntó a su esposa en cuanto estuvo cerca de ella.

—Se dice “hola”, primero que nada —respondió Shirley con notable molestia.

¿Cómo fue que su tierna, dulce y encantadora Shirley se convirtió en una mujer tan dura? No lograba entender. O tal vez, se negaba a entenderlo.

—¡Papi! —August se abalanzó sobre él.

—Hola, cielo. ¿Cómo estás?

—Tengo sueño, pero tuve que venir con mami porque tía Anette no podía cuidarme.

—Pudiste haberme llamado —Xander le lanzó una ruda mirada a Shirley —. Mi madre podría haberlo cuidado.

—No creo que haga falta. No nos tardaremos mucho aquí —contestó ella sin quitar su mirada de la pantalla de su móvil.

La verdad era que Shirley no podía mirarlo. Temía que si lo hacía, su impecable interpretación de mujer fuerte, se viniera abajo. Amaba a su esposo con cada célula de su ser, pero no podía perdonarlo. Ya no le quedaban lágrimas que derramar ni mucho menos corazón para despedazar.

—¿Señor y señora Granderson? —La voz de una mujer captó la atención de la pareja—. Adelante —agregó la mujer, haciendo un ademán para que entraran en la oficina del Licenciado Flowers.

—Disculpe —Xander se acercó a la encantadora secretaria que acababa de salir de la oficina de su jefe—. ¿Podría quedarse con el niño, un momento?

La mujer miró al pequeñín y sin dudarlo, asintió.

Shirley tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no reventar en llanto. Dudaba de la decisión que había tomado. Tenía miedo de hacer lo que iba a hacer, pues eso significaba que todo se acabó.

—Buenos días, señores. Tomen asiento —solicitó el abogado que ella contrató para llevar el caso.

Shirley colocó una carpeta sobre el escritorio y Xander hizo lo mismo.

El Licenciado Flowers tomó ambas carpetas y las hojeó. Quería cerciorarse de que ambas partes hubieran firmado, pero le sorprendió mucho que uno de ellos no lo hizo.

Shirley sintió que el corazón se le iba a salir por la boca y no pudo evitar mirar a su esposo, quien también la miraba.

Había amor, mucho amor, en sus ojos.

¿Pero por qué?

Por la desconfianza.

¿Cómo era que habían llegado hasta allí?

Por ceder a las tentaciones.

¿Cómo era que estaban a punto de divorciarse, si todavía se amaban?

Porque ambos eran tercos.

»¿Señor Granderson? —La voz del abogado los obligó a romper con la conexión—. Veo que no firmó. ¿Puedo preguntar por qué?

Xander sacudió su cabeza con fuerza y carraspeó la garganta, para deshacer el nudo que se le hizo en la misma.

—Lo siento. Olvidé hacerlo.

Rápidamente sacó el bolígrafo que tenía en el bolsillo de su camisa, tomó su carpeta y...

...levantó su mirada para ver a su esposa por última vez, antes de que dejara de serlo.

—¿Por qué? —le preguntó.

Shirley trató de ser lo más fuerte posible, pero una lágrima necia salió de sus ojos. Con rudeza, se la limpió. No podía darse el lujo de flaquear. No allí. No después de tantas cosas.

Xander miró la otra carpeta que tenía el abogado y pudo percatarse de que Shirley ya había firmado.

Cerró los ojos y tomó una gran bocanada de aire.

«La decisión ya está tomada».

Si de verdad la amas, debes luchar por ella. Entre ustedes dos hay algo muy especial. No dejes que se muera.

Las palabras que Marcus Ward le dijo hace unos días atrás, se reprodujeron en su cabeza.

Abrió los ojos y miró a su esposa. Se llenó de valor y pronunció la palabra.

—No.

Shirley abrió los ojos como platos.

—¿Qué estás haciendo? —Dijo entre dientes—. Firma el jodido papel.

—No lo haré —gruñó él—. No sin que me des la oportunidad de explicarte todo.

Ella tragó grueso e hizo todo lo posible para evitar que las lágrimas que se aglomeraban en sus ojos, rodaran por sus mejillas.

—No hay nada que explicar. Me engañaste —Shirley sonó implacable.

—¡Maldita sea! Hasta hace una semana creía que tú me engañabas con Marcus, sin embargo nunca deseé divorciarme de ti —espetó él.

—¿Creías? —Ella habló con sorna—. ¿Qué te hizo cambiar de opinión? Pensaba que ante tus ojos, yo no era más que una desalmada sin corazón, y que además me acostaba con cuanto hombre se me atravesara.

El licenciado alternó su mirada entre ambos, sintiéndose muy incómodo por la escena.

—Yo nunca dije tal cosa —Xander levantó la voz.

—Lo insinuaste en muchas ocasiones —Shirley parecía imperturbable.

—¿De verdad crees que me trago toda esta fachada tuya? —Xander la señaló con desdén—. Mostrándote frívola, cuando sé que dentro de ti hay una batalla de emociones librándose en este momento.

—Firma el papel y acabemos con esto —masculló ella.

—No voy a firmar ese maldito papel. No cuando significa que no te tendré nunca más entre mis brazos, que no te veré despertar a mi lado. Me niego a deshacer los tantos planes que teníamos juntos. NO-VOY-A-FIRMAR —hizo énfasis en cada palabra.

—En vista de que ambas partes no se ponen de acuerdo, tendré que posponer esta sesión para cuando logren ponerse de acuerdo —dijo el licenciado Flowers, poniéndose de pie.

—¡Maldición, Xander! Firma y acabemos con esto de una buena vez. Podrás ser libre para irte con tu nueva zorra.

—Si tan solo me escucharas, podría decirte que entre ella y yo no pasó nada más de lo que pasó entre tú y Marcus. Y que lo que hice, lo hice cegado de rabia, no porque lo deseara hacer. ¡Joder, Shirley! Te amo a ti, solamente a ti. ¿Por qué te cuesta tanto confiar en mí?

—¡PORQUE TU LO HICISTE CONMIGO! —vociferó ella.

—¿Cómo? ¿De qué hablas?

—Tú acabaste tu relación con Adeline Richards, por una aventura con Bárbara Harris. Terminaste tu relación con Anna Ferguson por estar conmigo —Shirley chilló—. Harás lo mismo conmigo. Me dejarás por una más joven, por una más bonita....

—Así que es eso —Xander sintió que una venda caía de sus ojos—. Quieres dejarme antes que yo te deje a ti. Quieres evitar que te haga daño como el que le hice a otras mujeres.

Xander lanzó una mirada al abogado, y este captó el mensaje. Quería privacidad con su esposa.

El licenciado se puso de pie y se retiró.

Shirley no podía controlar su llanto. Lo había estado controlando por mucho tiempo.

Xander extendió su mano, pero en el momento en que tocó el hombro de su esposa, ésta se movió bruscamente, evitando que la tocara.

—Dijiste algo que llevo marcado en mi alma, y que no logro olvidar, por más que lo intente. Tal vez sea la cosa más horrible que alguien me haya dicho en la vida.

—Mi vida, lamento mucho cualquier daño que te haya causado.

—Dijiste que nunca podría entender tu dolor, porque no era la madre de Katherine —todas las emociones de Shirley afloraron de sopetón—. No sabes cuantas noches he llorado en silencio, porque ella ya no está. No sabes cuantas veces he llorado, aferrada al señor Gibs, deseando que sea ella, mi ángel, la que este entre mis brazos. Esas palabras que me dijiste, me persiguen día y noche, me atosigan y...

Shirley no pudo continuar hablando, el llanto no se lo permitió.

Xander se inclinó un poco más y logró pasar sus brazos por detrás de ella, acunándola sobre su pecho, mientras ella se deshacía entre lamentos y sollozos.

—Perdóname —dijo él, al borde de las lágrimas.

Epílogo

*Veinte años después.
Luss, Escocia.*

Atravesó el umbral de la puerta y dejó la maleta a un lado de las escaleras. Miró a su alrededor, tratando de percibir alguna de señal de sus padres, pero el lugar estaba muy silencioso. Típico en la antigua finca de su bisabuelo.

Caminó hacia la cocina y se acercó a la puerta de madera que conducía hacia el solar. Sintió que su corazón daba un brinco al verlos, uno al lado del otro, cada uno concentrado en su lectura. Su madre leía Hamlet de Shakespeare y su padre leía algo de Oscar Wilde. Sonrió al percatarse de que Bradley, el San Bernardo que su tía Sharon le regaló, descansaba al pie de la silla de su madre.

—¡Ya estoy aquí! —exclamó, haciendo que sus padres dieran un brinco del susto.

—¡Oh! Pero miren quien llegó. La princesa ya está en casa —Xander se puso de pie y se precipitó a abrazar a su hija.

—¿Por qué te gusta tanto darnos estos sustos de muerte? —protestó Shirley, llevándose una mano al pecho.

—A mí me encanta que me asustes así —dijo Xander, dándole un beso a su nena en la frente.

—No saben cuánto los extrañé —confesó Kate—. Me ha costado un poco acostumbrarme a la universidad.

Ambos padres rodearon a su hija, abrazándola con cariño.

Kate Elizabeth Granderson Sandoval, era la viva imagen de su madre, pero con los ojos de su padre. Su nombre le rendía homenaje a ese angelito que los cuidaba desde el cielo. Estaba a punto de cumplir diecinueve años y era la hermanita menor de August.

Según los médicos, Shirley no podía tener más hijos, pero ella fue un

precioso milagro.

»¿Mi hermano no ha llegado? —indagó la chica, echando una rápida escaneada al lugar.

—No tarda en llegar —dijo Shirley—. Llamó hace una hora diciendo que ya estaban cerca.

—Más le vale. Las vacaciones de verano de los Granderson no serían lo mismo sin sus trucos de magia —comentó Kate, haciendo referencia al hecho de que August se convirtió en uno de los ilusionistas más famosos del mundo—. ¡Un momento! ¿Dijiste “estaban? ¿Con quién viene? ¿Viene mi prima Sarah?

—No —dijo su padre—. Nos presentará a su novia.

—¿Novia? ¿August por fin se animó a tener novia? —Kate abrió los ojos, sorprendida—. Estaba comenzando a pensar que era gay.

—¡Kate! —ambos padres la reprendieron al unísono.

—¿Qué? —la chica se encogió de hombros—. No tiene nada de malo ser homosexual.

—Sí. Lo sé. Tu madrina lo es. Es solo la manera en que lo dices —comentó Shirley, con ese tono maternal característico de ella.

—Lo siento, no pretendía...

Kate dejó la frase a medias al escuchar el claxon del auto de su hermano.

—¡Ya están aquí! —Xander anunció lo obvio.

—Iré a sacar el pato del horno —comunicó Shirley—. Ustedes vayan a recibir a August. ¡Vayan, vayan! —hizo un gesto con sus manos.

Padre e hija salieron al encuentro del otro miembro de la familia, o mejor dicho, de los otros miembros de la familia.

—¡Bichito! —Dijo August al ver a su hermanita—. Veo que no has crecido ni un poco. Enana —bromeó y la abrazó. Luego abrazó a su padre.

—¿Qué tal el viaje? —indagó Xander.

—Tedioso y largo.

—Solo a ti se te ocurre venirte desde Alemania en un Corvette del 97 —

se burló Kate. August le sacó la lengua.

Los ojos de Xander se posaron sobre la preciosa jovencita que se acercaba, por detrás de su hijo.

—Papá —habló August—. Te presento a mi novia.

La chica sonrió con timidez y extendió su mano hacia su ahora suegro.

—Un placer, Aháva Weigand —dijo ella.

Xander entrecerró sus ojos y miró a la dama con detenimiento.

—¿Weigand? ¿Tienes algo que ver con Dominik Weigand? ¿El futbolista?

Aháva no pudo evitar sonrojarse.

—De hecho, es mi padre —reconoció ella.

—¡Vaya! Pero que honor tenerte acá. Tu padre es una leyenda.

—Gracias —la muchacha sonrió ampliamente.

—Deja en paz a mi novia, papá. No quiero que la asustes.

Xander soltó una sonora carcajada.

—Si no se ha asustado con esa cosa —miró el auto de su hijo—. No creo que se asuste con nada.

—No te metas con Chloe. Es una edición de coleccionista —refunfuñó August.

—¿Notaste que le pone nombre a sus autos? —Kate rodeó su dedo por su oreja—. Esta de manicomio —susurró solo para que oyera su cuñada.

Aháva rió a carcajadas.

—¿Dónde está mamá? —preguntó el hijo mayor.

—Adentro. Sirviendo la cena —indicó Xander—. ¡Vamos a comer!

La velada transcurrió de manera amena, entre chiste de Xander y Kate, y palabras amables por parte de Shirley hacia su nuera. Se sentía feliz de saber que su hijo por fin encontró a esa persona especial que le enseñaría ese par de cosas que no le competía a ella enseñarle.

Aháva resultó ser una chica adorable, y no tardó ni siquiera veinte minutos en ganarse el corazón de todos.

Luego de cenar, Kate, August y su novia decidieron retirarse a descansar. Todos tuvieron que viajar muchas horas para poder estar en casa de sus padres. Las vacaciones familiares era el evento más esperado del año, por cada uno de los miembros de la familia.

Esa noche, se cumplían 5 años desde que Xander y Shirley se mudaran a la preciosa propiedad que antaño perteneciera a Jacob E. Granderson, el abuelo de Xander.

Los esposos decidieron dejar sus vidas de celebridades y retirarse a vivir sus últimos años de vida, en total tranquilidad, solos, alejados del bullicio citadino. Luss, el mismo lugar donde se casaron, fue el lugar elegido para erradicarse. Allí eran solo Shirley y Xander, los esposos Granderson. Para algunos, los vecinos agradables, para otros, la pareja bonita que vivía al final de la cuadra.

Para Xander, Shirley era su mundo.

Para Shirley, Xander era su todo.

Se amaban con locura, y ni siquiera el paso de tiempo logró mermar, ni un poco, esa pasión que sentía el uno por el otro. Y cada vez que tenían un altercado, lo solucionaban haciendo el amor. No había mejor terapia que esa. Ambos disfrutaban de sus cuerpos con total plenitud, sin tapujos ni reservas.

Eran felices.

Tenían todo lo que necesitaban.

Él a ella y ella a él.

No importaba más nada.

FIN.

